

# Cuando por la patria se muere



A 200 años de la consumación  
de la Independencia de México

**P**GRAÑÉN  
**PORRÚA**  
Grupo Editorial

**Manuel  
Espino**



**RUTACINCO**  
la estrategia ciudadana



**Cuando  
por la patria  
se muere**



**Cuando  
por la patria  
se muere**

**Manuel Espino**

**A 200 años de la consumación  
de la Independencia de México**



MÉXICO, 2020



IMPRESO EN MÉXICO  
*PRINTED IN MEXICO*

Colima 35, Tizapán,  
01080 Ciudad de México

Primera edición, noviembre de 2020

© 2020 Manuel Espino

© 2020 Por características tipográficas y de diseño editorial  
Lito-Grapo, S.A. de C.V.

Impreso en los talleres de Lito-Grapo, S.A. de C.V.

Derechos reservados conforme a la ley

Imagen de portada: *Los Sentimientos de la Nación*.

Interpretación reciente. Gobierno de Guerrero, 2014.

ISBN Lito-Grapo: 978-607-8758-09-8

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de los editores, en términos de lo así previsto por la Ley Federal del Derecho de Autor y, en su caso, por los tratados internacionales aplicables.

## AGRADECIMIENTOS

*A* la Virgen Santísima de Guadalupe, Madre de todos los mexicanos; sembradora de los sentimientos cristianos en nuestro pueblo, forjadora de nuestra nacionalidad y estandarte inspirador de nuestra Independencia; Reina de México y Emperatriz de Hispanoamérica.

*A mis hermanos mexicanos*, con quienes heredé un país libre y a cuyo trabajo cotidiano sumo gustoso el propio para preservar nuestra Independencia y Soberanía en democracia, desde los valores que nos dan identidad nacional y exaltan nuestro patriotismo.

*A los historiadores y biógrafos*, que en sus esclarecedoras obras aprendí a reconocer la valía humana de Morelos, prócer que con visión de Estado y rectitud de intención, enalteció la Guerra de Independencia, y cimentó, junto a muchos otros patriotas el Estado mexicano libre y soberano que hoy tenemos.

*A la memoria de José María Morelos y Pavón*, desde mi reconocimiento a su comportamiento de hombre de fe, con fortalezas y debilidades. Con mi admiración y gratitud a su valiente y generoso desempeño como sacerdote, militar, político, estadista, legislador y el mejor jefe insurgente.

*A mi esposa y a mis hijos*, por su cariño y acompañamiento en mi arduo trabajo al servicio de México; y en quienes tengo la motivación de hacerlo bien, en congruencia con nuestras convicciones de familia.



## PLEGARIA

Pido auxilio a Dios para que, desde nuestra natural diversidad cultural e intelectual, demos una mirada reflexiva al pasado común, en afán de encontrar razones cívicas y religiosas, políticas y sociales, para la humana comprensión de nuestra historia y para la necesaria reconciliación futura desde el presente, en aras de la unidad nacional y del bien común de nuestra querida patria, libre e independiente.

Que Santa María de Guadalupe, “Patrona de nuestra libertad”, como la proclamara el Padre José María Morelos y Pavón, haga de estas páginas una oportunidad para que, valorando el desempeño de nuestros predecesores, nos comprometamos a honrar sus ideales y a trabajar juntos en nuestro porvenir.





## PRÓLOGO

*Pedro Salmerón Sanginés*

Es fácil escribir la presentación o la reseña (es decir, la invitación a leer) de un libro que parte de premisas teóricas cercanas a las del comentarista, o cuyas ideas centrales son compartidas por el reseñador. También es fácil hacerlo (para mí lo ha sido) cuando se trata de desenmascarar farsantes o falsarios que se disfrazan de críticos históricos. Pero cuando el libro a describir no es ninguna de las dos cosas, se presentan complicaciones.

¿Cómo escribirle un prólogo a un libro con el que tienes montañas de desacuerdos y, a la vez, lo consideras enriquecedor y pertinente? Te obliga a pensar y te da oportunidad de escribir cosas que no habías escrito. Elijo para abrir la discusión, tres contrapuntos:

Primero: un punto de partida para entender correctamente la historia desechando esquemas teleológicos (es decir, los esquemas de la filosofía de la historia

que suponen que el devenir humano está predeterminado y que la historia tiene un final preestablecido) es la certeza histórica, no absoluta, de la inexistencia de Dios en la historia.

¿Eso significa que Dios no existe? No: significa, dicen algunos teólogos jesuitas, que la existencia de Dios no es un problema histórico. Y algunos lo dicen de manera muy inteligente: “Dios, en su infinito amor por los seres humanos, renunció voluntariamente a su omnisciencia en lo que a nosotros respecta, para otorgarnos el más bello presente que pudo entregarnos: la libertad”. Y es que no hay ni un solo hecho histórico, ni una sola obra construida por el hombre, que no pueda explicarse por el trabajo y el pensamiento humanos. Ni una sola.

La existencia del dios de los cristianos (o de cualquier otro) no es, por tanto, una cuestión histórica, sino teológica o filosófica. De fe, pues.

Y sin embargo, históricamente, Dios existe como una de las ideas más poderosas de la historia y, como toda idea realmente poderosa, causa de males sin cuento lo mismo que de las más gloriosas y magníficas obras de los hombres.

Y aquí, Manuel Espino presta particular atención a ese tema, al que los historiadores contemporáneos no se la habíamos prestado, o no lo suficiente: el peso de la fe católica y particularmente del “acontecimiento guadalupano” como motor y guía de los insurgentes, de Miguel Hidalgo y José María Morelos, pero también

del pueblo y los capitanes que los siguen. Dije motor y guía y las citas y documentos que exhibe Manuel, nos obligan a tomarlo muy en serio.

Segundo: tengo años insistiendo en que es preciso quitarnos las telarañas que, sobre la masonería, nos impiden entender correctamente el siglo XIX mexicano. La masonería jugó en el periodo 1825-1855 el mismo rol que los partidos políticos actuales, porque la masonería no era otra cosa que la forma de organización y articulación política de aquella época. Todos los cuentos posteriores refieren a otras cosas. A espantajos y fantasmas.

Por ejemplo, Benito Juárez, que en las presunciones masónicas es su gran héroe y maestro y que en las fantasías antimasonicas el gran traidor, en realidad fue admitido en la masonería a sus 40 años de edad y, como la mayoría de los dirigentes liberales, no concedía importancia a los ritos masónicos. De hecho, Juárez siguió siendo, hasta el fin de sus días, católico convencido y practicante. Y no hay ni textos ni fotos suyas que contradigan eso (las que hay con Juárez con atavíos masónicos, es un vulgar montaje posterior, lo que se ha demostrado sin duda ninguna). Quienes se construyen una explicación del mundo basada en las conspiraciones o las acciones de minorías que sí saben, suponen, desde la ultraderecha, que la masonería es instrumento del diablo (literalmente), palanca de la gran conspiración judía; o desde el otro lado, los que creen que toda grandeza viene de las logias y las remontan hasta la antigua Jerusalén o los Templarios.

De modo que cuando vi que en las primeras páginas Manuel Espino hablaba de la masonería, temí que incurriera en alguna de esas explicaciones. Y encontré un muy interesante (e inesperado) equilibrio en el manejo del tema, sin excesos ni conspiranoias, sin magias ni absurdos: la masonería se explica desde lo político. Pasen a leerlo.

Tercer contrapunto: el “frenesí” de Hidalgo. Aquí Manuel Espino parece retomar la postura que sobre la rebelión de los indios del Bajío en septiembre de 1810 (a la que equivocadamente llamamos “la rebelión de Hidalgo”, reduciendo un movimiento de miles de mujeres y hombres conscientes, a un solo hombre), tejieron los conservadores, desde Lucas Alamán hasta algunos que no quiero nombrar, a quienes combatí en *La Jornada* a lo largo de 2012 y a los que sigo combatiendo. Retomo sobre el tema, fragmentos de una reflexión mía de 2017. Carlos Herrejón Peredo inicia así su magistral biografía (ampliamente citada por Manuel Espino):

Hidalgo ha sido, es y será piedra de escándalo, de división y de tropiezo, sobre todo para quienes renuncian a comprenderlo: Panegiristas incondicionales y patrioteros de ayer; iconoclastas y seudohistoriadores de hoy, mercaderes del morbo.

Herrejón se dirige a aquellos vulgarizadores de la historia que, deformando a Lucas Alamán, se dedican a “desacralizar” a Hidalgo para mostrarlo como un hombre

vulgar que se dejó llevar por el frenesí de la destrucción. Para mí, lo que realmente odian es que haya abierto la puerta para que el pueblo tomara en sus manos su propio destino. Tienen pesadillas con la “plebe” y la “canalla”, a la que quisieran ver permanentemente contenida.

Y por supuesto, felsean, falsifican y mienten para ocultar la evolución del pensamiento político de Hidalgo. Llegan a decir que no buscaba la independencia política. Ocultan o deforman su muy avanzado pensamiento económico, político y social. Herrejón le dedica particular atención a ese aspecto de la biografía de Hidalgo: la abolición de la esclavitud (sin indemnizaciones de ninguna especie y “so pena de muerte” a quien desobedeciera), la eliminación de los tributos de las castas y diversas propuestas que tienden a la formación de un gobierno representativo, la igualdad ante ley, así como la búsqueda de mecanismos que permitieran reducir los abismos sociales, como la devolución de sus tierras a los “naturales”.

Los tributos y la esclavitud nos llevan del cura Hidalgo a la gente. La gente que incendió los ayuntamientos y las haciendas de Guanajuato en el Bajío en 1810: el pueblo. Porque en un libro clave, Luis Fernando Granados (*En el espejo haitiano: los indios del Bajío y el colapso del régimen colonial español*, Ediciones Era, 2017) demuestra que no “el pueblo” abstracto de la mitología nacionalista, pero sí los “pueblos” en plural, se sumaron a la rebelión “de” Hidalgo (en realidad, de ellos), por razones y objetivos que el historiador desentraña.

De ese modo, en septiembre de 1810 “un chingo” de indios, mestizos y castas, arrasaron con la capital mundial de la plata, realizaron “una carnicería”, y destruyeron el complejo minero-agrícola del Bajío, que en ese año era la región más capitalista de la América española. Así, en México, más allá de los proyectos de los caudillos criollos de la primera o la última hora, se conseguirá “la Independencia, sí, pero especialmente la desaparición del orden estamentario colonial”: ni esclavos ni tributarios habrá en México independiente.

La destrucción de ese régimen económico derivó en la ruralización de la política y la campesinización de la vida pública. Las revoluciones, tan destructivas (y mortales) para la economía de las élites, ¿se traducen, para el pueblo, en liberación?, ¿el debilitamiento de los mercados internacionales trajo consigo un aumento en el valor del trabajo, es decir, de la vida? Granados encuentra que en algunas regiones “la Independencia como proceso social desde abajo *sí* resultó en una modificación sustantiva de la relación colonial”. En el Bajío, los campesinos sin futuro que se lanzaron masivamente a la revuelta, se convirtieron en rancheros que se alimentaban a sí mismos y no a los amos y a las minas. La insurrección de 1810 rompió el orden colonial.

Lo que ocurrió en México en 1810 fue un movimiento político que rompió el régimen colonial que se expresaba en la explotación económica y el dominio político expresado en términos culturales. “La abolición del tributo fue acaso la victoria popular más con-

tundente de esa movilización autónoma; el colapso del orden colonial, su consecuencia más duradera.”

Y Manuel Espino también lo nota: a veces, parece que repite la versión alamanista-conservadora del “frenesí” de Hidalgo, pero no lo hace, aunque repruebe la violencia: entiende y explica el avanzado pensamiento político de Hidalgo (también impulsado por su fe, para volver al primero de los contrapuntos) y el de la revolución. Escribe Espino:

Hidalgo mandó pronunciar... el primer bando insurgente de abolición de la esclavitud, de las castas y del tributo, lo que significaba una transformación de incalculables proporciones.

Esos tres contrapuntos me permiten encontrar la propuesta: comencemos las discusiones para ampliar nuestra conciencia histórica. Abrámos la deliberación para centrarnos en lo que resulta central, la parte medular del libro de Manuel: la explicación cabal de la grandeza política y militar, pero también espiritual y personal, del cura Morelos.

El autor nos cuenta de forma clara, amena, comprensiva, cómo se forjó una patria en los campos de batalla y en la discusión de los principios y leyes que debían regirla. Es decir, cómo se sentaron las bases del Estado mexicano. A la vez, seguimos sus peripecias y hazañas, sus pequeñeces privadas y sus grandezas públicas. Su significado para los mexicanos. Todo conta-

do con la pasión y la agilidad a que ya nos tiene acostumbrados Manuel Espino.

Coincido con él en considerar a la historia como maestra de la vida, como decía mi mentor Álvaro Matute (q.e.p.d.): “la historia debe ser vista con una vinculación grande hacia la ética, hacia la formación de valores... yo creo más en la historia *magistra vitae*, ciceroniana, que en una historia aséptica. Si tiene algún sentido dedicarse a la historia es justamente para enseñar y formar... La historia nos provee de la conciencia de valores. Si eso no funciona, entonces la historia no sirve para nada”.

Durante décadas, los historiadores olvidamos esa vieja máxima y a veces necesitamos que alguien de fuera de la academia venga a recordárnosla.

Gracias por hacerlo, Manuel.



## INTRODUCCIÓN

Para contribuir, a una equilibrada y racional inteligencia de lo que fue el episodio independentista de nuestra historia nacional, así como exaltar el patriotismo y la conciencia histórica, a 200 años de haber sido consumada nuestra Independencia Nacional, deseo reconocer por igual la legitimidad de afanes de las facciones que escenificaron aquella confrontación civil, entre novohispanos.

Liberales y conservadores, peninsulares y nativos de la Nueva España —término acuñado por Hernán Cortés—, tuvieron sus justificadas razones en aquellas circunstancias, como también sus comprensibles excesos en el propósito de sus propias causas a defender, no exentas de ansias coyunturales a propósito de las reformas borbónicas que devinieron en desmedidos y abusivos actos del gobierno virreinal.

Los diversos enfoques de hasta dónde llevar la emancipación de la Corona generaron discrepancias entre sus principales protagonistas, que derivaron en posicionamientos ideológicos, mismos que en el curso del tiempo serían móvil de nuevas guerras civiles y, aún ahora, inspiran decisiones políticas que llevan a la polémica. El choque de los osados insurgentes con funcionarios, gobernantes y militares de la Nueva España, fue la expresión de la pluralidad de proyectos de poder e intereses económicos de la época. Ambos ejércitos se nutrieron de hombres arrancados de las poblaciones, a menudo por la fuerza, y de los recursos económicos propios de cada localidad. Fue un acontecimiento histórico y aleccionador que debemos reconocer como ocurrió, sin escúpulo ni pretensión de incidir a favor o en contra de los actuales y legítimos afanes de poder en disputa; tampoco en el ánimo de descalificación entre quienes pensamos diferente.

### Controversia innecesaria

Ya en el México independiente, un tema o pretexto para la discordia fue el origen de la nación mexicana y el papel que en su configuración jugó un acontecimiento que es imposible sustraer del origen de nuestro pueblo y de la conformación de este como nación: las apariciones de la Virgen de Guadalupe a Juan Diego. Suceso que en vano algunos insisten en desvincular de nuestro origen nacional por prejuicios de muy diversa índole.

Uno de los primeros personajes conspicuos que, adrede o sin premeditada intención, introdujeron la injustificada controversia acerca del influjo independentista, fue Melchor Ocampo. Éste fue un abogado masón e ideólogo del liberalismo, formado en el Seminario de Morelia y coautor de las Leyes de Reforma, que al lado de su gran amigo el presidente Benito Juárez apoyó la causa liberal y pugnó por la necesaria separación de la Iglesia y el Estado.

El susodicho, que así como defendía la unidad nacional frente al “ambicioso vecino del norte” y a la par avalaba el cruce de tropas extranjeras por territorio nacional, afirmaba que los activistas de aquel proceso ideológico-político habían sido los “fundadores de nuestra nacionalidad”. El pensamiento liberal respalda esa respetable sentencia que no comparto por estar sustentada en un criterio ideológico y superficial, ajeno a la realidad histórica, conceptual y semántica de lo que una nación significa.

Ni Benito Juárez, destacado liberal, nacionalista y notable masón, tuvo semejante actitud, por el contrario, desde que fue gobernador de Oaxaca se había declarado católico y guadalupano, ordenando solemnizar del mejor modo posible “la festividad de Nuestra Madre y Señora de Guadalupe”. Junto a su prelado llegó a presidir la tradicional celebración del día 12 de diciembre que, ya siendo presidente de la república, mediante decreto fechado el 11 de agosto de 1859, lo declararía festivo. Incluso una de sus hijas, nacida en 1849, la había bautizado

con el nombre de la Virgen Morena, Guadalupe<sup>1</sup>. En plena confrontación con los conservadores, dos acciones del “místico de la legalidad y la honestidad” quiero destacar: La primera, que entre las Leyes de Reforma por él promovidas y promulgadas, la del 12 de julio de 1859 estableció la relación Estado-Iglesia en estos términos: “Perfecta independencia entre los negocios del Estado y los negocios puramente eclesiásticos”.

La fórmula juarista implicaba que el Estado daba su lugar a la Iglesia, no que estuviera en contra de ella como institución. Y segunda: en su propuesta de Ley sobre Libertad de Cultos del 4 de diciembre de 1860, sin contradecir sus convicciones anticlericales —referidas a su inconformidad por el acopio de riqueza de muchos prelados—, reconoció que la libertad religiosa es un derecho natural. Es decir, el presidente Juárez no cargaba confusiones semánticas ni se peleaba con la historia, tampoco con la religión.

Cien años después de La Reforma, el mandatario Adolfo López Mateos, “el último presidente gran masón”, al asumir la primera magistratura de la República y a propósito del 150 aniversario del “Grito de Dolores”, declaró que “los orígenes y los anhelos de nuestro pueblo se hallan en su revolución histórica a partir de la Independencia y hasta nuestro tiempo; precisamente en nuestra Revolución”, y puntualizó “solamente en ella”.

<sup>1</sup> Bernardo López Ríos, *Benito Juárez era guadalupano*, bernardolopezrios.blogspot.mx 19 de julio de 2013.

Un disparate de tal envergadura, expresado por un presidente de México, no puede ser consecuencia de la ignorancia, obedece a un recurrente posicionamiento que algunas logias de corte jacobino, desde antes de La Reforma, en su pertinacia han promovido sistemáticamente. Niegan la realidad de la nación preexistente al movimiento independentista, mismo que han pretendido hacer ver como mérito casi exclusivo de su hermandad.

No obstante aquel dislate, durante su gobierno, López Mateos matizó, sin rectificar su errática aseveración inicial. Expresó que:

La imagen de la Virgen de Guadalupe no es considerada una obra pictórica porque las manos que la pintaron no son de este mundo..., es sin duda la más valiosa reliquia del género religioso que existe en México<sup>2</sup>.

En diferentes momentos históricos, la necia controversia llegó a los extremos de la violencia. El caso más sonado ocurrió en el interior de la insigne y nacional Basílica de Santa María de Guadalupe, el 14 de noviembre de 1921, cuando un activista anticlerical detonó una bomba de dinamita a los pies de la venerada imagen guadalupana, la había ocultado en un ramo de flores. Las indagatorias apuntaban a que la autoría intelectual del atentado fue

<sup>2</sup> Erika de la Luz, *Culto a la Virgen de Guadalupe a través de la historia*, Imagen Radio, 11 de diciembre de 2019.

del mismo presidente Álvaro Obregón, conocido por su postura anticlerical y desplantes insultantes a la Virgen del Tepeyac, quien terminó por proteger al causante de la explosión sin que se esclarecieran los hechos.

El presidente Miguel Alemán Valdés, el Cachorro de la Revolución también abonó a la polémica cuando acudió a una peregrinación guadalupana de su partido en 1949, así como al referirse a la Virgen Morena durante una entrevista con Radio Vaticano en 1950, donde le rindió homenaje “por la total libertad que ha concedido a la religión”<sup>3</sup>.

Vicente Fox Quezada también hizo su aportación al escándalo público por haber acudido a rezarle a la Guadalupana y sostener en sus manos un crucifijo de madera el día que fue investido con la banda presidencial. Aquel desplante de excentricidad le atrajo críticas hasta de sus correligionarios “por haber atentado contra la laicidad”. Estando en su derecho de hacer pública su religiosidad, aquel hecho del Presidente de México, fue visto como un acto de provocación y protagonismo, porque la fe no se presume, se vive.

La fe, un aliciente de la lucha

Naturalmente, en los seres humanos habitan los ideales de justicia y de libertad para todos los hombres. Ese

<sup>3</sup> El Universal, el gran diario de México, *Las relaciones Iglesia Estado en México, 1916-1992*, México 1992, Tomo II, p.41.

impulso antropológico tuvo expresiones desde la época virreinal, se manifestó en el trabajo y testimonio de los grandes evangelizadores y pensadores que amalgamaron esos anhelos. Así eran sus convicciones.

Desde la llegada de Colón a tierras que forman parte del continente americano, se inició la gestación de Hispanoamérica, en cuyo proceso de formación mucho tienen que ver el evangelio y la fe católica. Con la llegada, también de ultramar, de los conquistadores en 1519 al territorio que hoy es México, y con el arribo casi inmediato de los pioneros misioneros en 1523, vino la culturización de los pueblos originarios, la mezcla de razas y la evangelización, que derivaron en un mestizaje de clara identidad cristiana.

Durante tres siglos, el culto católico se hizo un elemento determinante en el proceso gradual que definió nuestra identidad nacional. Como ocurrió después, en la tarea de concebir, madurar y dar a luz un movimiento libertario que provocó el choque de dos visiones políticas y sociales que, sin embargo, compartían la misma religión. Aquí cabe mencionar que al menos 120 curas participaron en la insurgencia y se tiene registro de 20 que lo hicieron con la formación realista<sup>4</sup>.

La fe católica la había en ambos bandos, en los que se generaron tensiones alentadas por conceptos sociales divergentes y visiones diversas. Unas provenientes

<sup>4</sup> Andrés Beltramo, *¿La “rehabilitación” de José María Morelos?*; Info-Católica, 27 de diciembre de 2011.

del mismo credo religioso, porque es innegable que la Iglesia fue protagonista en aquellos sucesos, desde las diversas posiciones en disputa. Otras, auspiciadas desde el liberalismo radical alojado en las logias masónicas anticlericales. Las dos, corresponsables de la desconfianza que todavía estorba a la unidad y al desarrollo nacional.

Aquí resulta ilustrativo destacar que cuando inició la Guerra de Independencia, a tres siglos de dominio español, la población radicada en Nueva España era de poco más de 6 millones de habitantes —mitad hombres y mitad mujeres, de todas las edades—, desde la Alta California hasta Costa Rica. Así se ha calculado la cifra a partir del censo que con fines tributarios realizó en 1791 el Conde de Revillagigedo, y de la estimación hecha por Alejandro Humboldt en 1804. Solo 17 000 eran españoles nacidos en España, entre ellos estaban los hombres más ricos y poderosos del territorio, ya como mineros, comerciantes o funcionarios de gobierno; había un millón de criollos, dos millones eran mestizos, casi tres millones pertenecían a las comunidades originarias y aproximadamente 200 000 pertenecían a las castas, que eran los descendientes de la mezcla entre las ramas étnicas anteriores y otras<sup>5</sup>.

Entre los eclesiásticos y laicos que ofrecieron resistencia al movimiento independentista, había convic-

<sup>5</sup> Gobierno del Estado de México, Consejo Estatal de Población, *Semblanza y datos de la población*, 2015.

ción por conservar los privilegios que provenían de la Corona y que consideraban necesarios para el desempeño de sus responsabilidades dentro del régimen. Los que siguieron el camino de las armas para rebelarse al trono, acogieron con generosa entrega la causa de la Independencia, aunque con los excesos inherentes a toda lucha armada. Algunos de ellos bajo la influencia de los postulados que proponía la racionalidad ilustrada en boga.

Fue el caso del cura Miguel Hidalgo y Costilla, quien al enarbolar el estandarte guadalupano para convocar a los mexicanos a sumarse en la guerra por él iniciada, no solo presentó a Santa María de Guadalupe como protectora de una nación mestiza, sino que también la convirtió en forjadora de un país independiente. Esa conciencia se encarnó en el corazón mismo del ideario de José María Morelos, quien decía que la insurgencia se reducía “a defender y proteger en todos sus derechos nuestra santa religión... y extender el culto de Nuestra Señora la Virgen María”.<sup>6</sup> Esa influencia la tuvo José Miguel Ramón Adauto Fernández y Félix, al cambiar su nombre por el de Guadalupe Victoria.<sup>7</sup>

<sup>6</sup> Colegio de Michoacán, *Repaso de la Independencia, Memoria del Congreso sobre la Insurgencia Mexicana, octubre 22 y 23 de 1984*, compilación y presentación de Carlos Herrejón Peredo, Coedición de El Colegio de Michoacán y el Gobierno del Estado de Michoacán, Zamora, Michoacán 1985, p. 141.

<sup>7</sup> Episcopado Mexicano, Carta Pastoral, *Conmemorar nuestra historia desde la fe, para comprometernos hoy con nuestra Patria*, septiembre 2010, n. 13.

Junto a la enseñanza evangélica sobre la tolerancia, la no resistencia al agresor y el perdón de las ofensas, la tradición de la Iglesia reconoce el legítimo derecho a oponerse a la opresión y a las realidades de injusticia evidente y prolongada, que atenten contra los derechos fundamentales de las personas y dañen considerablemente el bien común.<sup>8</sup> Seguramente así lo entendió Miguel Hidalgo al participar en la conspiración que reaccionó a las reformas borbónicas, explotadoras y restrictivas de las libertades, y causantes de una aguda pobreza del pueblo que, en nombre de su religión, reaccionó contra el “mal gobierno”.

### Guadalupe en la esencia de México

Más allá de la entendible y superflua controversia antes documentada, historiadores, biógrafos, sociólogos, hermeneutas y estudiosos de las religiones coinciden en reconocer que aquel suceso ocurrido en 1531 en México, está íntimamente relacionado, primero, con la configuración del pueblo de México y, después, con la evolución de éste a la condición de nación, donde el pueblo se siente unido por diversos vínculos y con plena conciencia de compartir un origen y destino comunes.

El historiador mexicano Luis Arturo Salmerón, por ejemplo, acepta que los relatos sobre las apariciones influyeron fuertemente en la cultura novohispana, que:

<sup>8</sup> *Ibid*, n. 12.

Sus consecuencias ideológicas en el devenir histórico de nuestro país han sido objeto de profundos y trascendentes estudios contemporáneos, en los que se observa que la devoción guadalupana fue uno de los ejes estructurales de la génesis de un sentimiento patriótico entre criollos y mestizos en Nueva España, distinto al de los españoles peninsulares; por ello es considerada una de las piedras angulares de la idea de emancipación de la Corona española<sup>9</sup>.

La mejor evidencia de que la Virgen de Guadalupe está en la esencia del pueblo mexicano se refleja en nuestra cultura, en canciones, poesías, obras teatrales, monumentos, denominaciones de pueblos, comercios y todo tipo de agrupaciones cívicas, evocan a la Virgen del Tepeyac. Amén de la acendrada tradición de bautizar a millones de infantes con su nombre. Ajenos o indiferentes a la infructuosa polémica, somos los hijos de esta nación mariana quienes en su mayoría le expresamos nuestro amor y gratitud, y hasta le cantamos reconociendo el lugar que tiene entre nosotros. Al cantar *La Guadalupeana*, popular canción del maestro Víctor Manuel Tarazona Camacho, durante las romerías de cada 12 de diciembre, reconocemos que “desde entonces para el mexicano, ser guadalupano es algo

<sup>9</sup> Luis Arturo Salmerón, *Sobre la aparición de la Virgen de Guadalupe a Juan Diego*, Relatos e Historias de México, Editorial Raíces 2019.

esencial”. Y en el marcial *Himno Guadalupano*, letra de José López Portillo y Rojas aceptamos que:

De la santa montaña en la cumbre, apareció como un astro María, ahuyentando con plácida lumbre las tinieblas de la idolatría ... en Dolores brilló refulgente cual bandera su imagen sagrada, dando arrojo al patriota insurgente y tornando invencible su espada.

Desde entonces, afirma el sacerdote jesuita e historiador Agustín Churraca Peláez, La Virgen “es la esencia del alma mexicana, el motivo supremo de su alegría, el objeto del sentimiento más depurado del corazón mestizo e indígena y el fundamento último de nuestra raza y nacionalidad”<sup>10</sup>.

La guadalupana fue determinante para que el desesperante mundo de los insurgentes, rodeado permanentemente de angustias, miserias y trastornos, fuese visto con aspiración de libertad.

### Insurgentes guadalupanos

Sin afán de ahondar en la controversia sostengo —al margen de mitos y con base en la realidad histórica—, que el movimiento insurgente detonado en 1810, en nombre de la Virgen de Guadalupe, tan solo fue la fra-

<sup>10</sup> Agustín Churraca Peláez, *Historia mínima de la Iglesia*, Colección Iglesia No. 33, Editorial Carrera, Bogotá 1985, n.118, p.48.

gua donde comenzó a forjarse el Estado de una nación precursora, de raigambre religiosa desde los albores de La Colonia; desde que el pueblo dejó de ser fragmentario y, en tanto comunidad de personas, se reconoció como una unidad colectiva con propia conciencia y voluntad para ayudarse a conseguir un propósito político común.

En estas páginas dejo claro que cuando sobrevino el Movimiento de Independencia, el pueblo de México ya era nación, no la fundó Miguel Hidalgo, ni sus seguidores, porque ya había alcanzado una identidad en torno de vínculos espirituales —no necesariamente religiosos—, que trascienden lo meramente político en orden a un destino común. Ese vínculo de cohesión espiritual del pueblo, fue la Virgen de Guadalupe, símbolo identitario más fuerte e innegable y con continuidad en el tiempo, que dio origen a la nación mexicana, sobre los cimientos morales de un pueblo ya existente como unidad colectiva. Nación, cuya independencia fue convocada recordando a ese símbolo que prevalece con toda su fuerza en el alma nacional.

Con serena sensatez, así lo reconocieron Hidalgo, Morelos, Matamoros, Álvarez, Guerrero, Victoria, los Bravo y muchos más, prominentes liberales católicos durante y después de la Guerra de Independencia. Aquellos mexicanos, no fueron a la lucha para hacer una nación, sino para independizar a una ya existente, la suya.

Aquí remarco, por indiscutible y evidente, que los discriminados criollos, mestizos, mulatos, indios y

negros, en la encrucijada de su destino formaron de súbito el ejército insurgente, cuyo iniciador y Primer Comandante —Miguel Hidalgo—, deliberadamente, en nombre de la Virgen de Guadalupe convocó una guerra imbricada con la religión católica, que pretendía poner fin a los privilegios excesivos y abusos de los peninsulares en la Nueva España. Lo hizo consciente de lo que la Virgen significaba para la nación deseosa de libertad, por ello tomó como bandera un estandarte con la imagen de Santa María de Guadalupe a quien sabía y reconocía como origen de muchas de las notas esenciales de la mexicanidad floreciente.

No hay discrepancia en que, en la epopeya permanente de México, hombres y mujeres insurrectos, devotos guadalupanos, fueron los mexicanos que sin distinción de razas enarbolaron la causa de nuestra Independencia. Por ella padecieron persecución y hasta condenas religiosas, unos terminaron en la cárcel, otros en el destierro. Quizá fueron más los que ofendieron sus vidas, la mayoría en el anonimato que los mantiene ignorados hasta ahora. Sean estos renglones un homenaje y expresión de gratitud para todos ellos que, aunque ausentes de las páginas de nuestra historia nacional, dejaron su huella indeleble en el recinto de la patria e hicieron posible el preciado don de la libertad que hoy tenemos. Libertad que nos compromete a ejercerla con responsabilidad democrática, tolerancia y madurez ciudadana en nuestra propia circunstancia como Estado laico.

De quienes sí existen referencias, la historia ha iluminado algunas biografías como las más emblemáticas. De ellas, más allá de los errores y aciertos de los personajes, o de las opiniones de quienes los avalan o defenestran, reconozco la destacada labor que realizaron hombres y mujeres de aquel tiempo. Como el fraile mercedario Melchor de Talamantes, ilustre hijo del Perú, de pensamiento liberal y redactor del *Proyecto de Plan de Independencia de México*, en agosto de 1808, a quien algunos historiadores consideran el más dotado y radical de los ideólogos criollos. Merecidamente es considerado precursor de la independencia de una nación que hizo propia, por la que antes de morir padeció cárcel y tortura.

Valoro el papel sobresaliente que sin duda tuvo Miguel Hidalgo y Costilla, el cura de ideas liberales, de quien suele afirmarse sin pruebas que fue miembro de la masonería, a cuya instancia se le asignó el título de “Padre de la Patria”. Antes de tomar las armas fue protector afable de sus feligreses indígenas, aunque de conducta laxa y distante de la ortodoxia eclesiástica de su tiempo. Aprecio su determinada osadía para detonar el levantamiento popular de emancipación cuando así lo sugerían los rumores de “república” e “independencia”, aun en las condiciones más adversas y a contrape-lo de quienes le recomendaban huir a Norteamérica y esperar mejores tiempos para emprender la independencia de México.

Tomar esa decisión, fue su mérito trascendente que no se deprecia por su brevísimo desempeño como jefe

militar de apenas cuatro meses y cuestionado por sus subalternos, quienes se le rebelaron y lo aprehendieron debido a su deficiencia estratégica, a su método guerrillero extremadamente sanguinario, a la ausencia de una motivación ideológica o programática<sup>11</sup>, a su permisividad para el pillaje y la destrucción de su desorganizado ejército que, a modo de turba frenética, integraba a proscritos sociales sin visión de causa y sí con sobradas ambiciones inmediatas y superficiales.

También considero importante recordar el preponderante y fundamental desempeño de Ignacio Allende, un criollo perteneciente a la clase acomodada, pero inconforme con los excesos del gobierno virreinal. Un entusiasta caudillo de formación militar, respetuoso de la doctrina de la guerra, aunque audaz y temerario. Mismo que, estando al servicio del virreinato, se involucró en la causa Independentista desde la Conspiración de Valladolid en 1809; que promovió la de Querétaro y participó en las juntas secretas con los corregidores de esa ciudad, para planear la rebelión contra la Corona Española y comenzó la lucha al lado de Hidalgo, como segundo jefe del Movimiento.

Allende discrepó de su comandante, sacerdote y militar improvisado, por su incontinente imprudencia y evidente impericia para la guerra. Muy a su pesar, le guardó respeto y obediencia hasta que —cansado de sus excesos y *alcabuetadas*— lo depuso del mando

<sup>11</sup> Colegio de Michoacán, *op. cit.*, p. 60.

y lo relevó en el liderazgo de los insurgentes. Ello ocurrió tras la inesperada y humillante derrota frente a los realistas en la Batalla de Puente de Calderón, en enero de 1811, en el actual estado de Jalisco. Aquel episodio bélico fue el último en la primera etapa de la lucha, y significó su debacle militar junto con Hidalgo, quienes huyendo al Norte fueron traicionados y apresados dos meses después, para luego ser fusilados en Chihuahua.

Distinguida mención de reconocimiento merece Leona Vicario, la “heroína de la Independencia”, como la llamaban los insurgentes durante la lucha. Considerada la primer periodista mexicana; fue una ciudadana de compromisos y acciones en generoso apoyo informativo, logístico, económico y moral de la gesta que la convirtió en una figura ilustre y patriota. Participó en la organización secreta más importante de entonces, la de Los Guadalupe. Por sus méritos y valor, tras su muerte el Congreso le otorgó el título de “benemérita y dulcísima madre de la patria”.

En estas páginas me refiero también, por supuesto, a esa sociedad que acabo de mencionar, la de Los Guadalupe, por su destacada e importante participación en los primeros años de lucha en apoyo a la Junta gubernativa de Zitácuaro, presidida por Ignacio López Rayón, y por su estrecha colaboración con José María Morelos, al que facilitó la comunicación estratégica con el cura Miguel Hidalgo desde antes de que éste iniciara el movimiento armado por la Independencia.

Digno de reconocimiento merece el ya citado Guadalupe Victoria, quien una vez fusilado Morelos trajo nuevos bríos a la lucha, cuando la insurgencia venía a la baja. Ya consumada la Independencia, este oriundo de Tamazula, Durango, que había sido seminarista y ferviente guadalupano, ya en su carrera política fue diputado federal y gobernador de Veracruz. Este católico declarado, que como masón fue venerable maestro de alguna de las logias del Rito de York, llegaría a ser el primer Presidente de México en un tiempo en que la laicidad no tenía importancia para los hombres de Estado.

Destaco a otro insurgente que fue amigo y fiel colaborador de Morelos en la lucha por la Independencia, el general Vicente Guerrero —ferviente guadalupano y fundador, después de la guerra, de la logia masónica Rosa Mexicana— quien siendo Presidente de México, en 1829 peregrinó al Santuario de Guadalupe para depositar personalmente, a los pies de la Virgen, las banderas que en la Batalla de Tampico rindió el general brigadier Isidro Barradas, último conquistador que, al frente de una expedición de reconquista, intentó recuperar a México para el rey Fernando VII.

Similar gratitud puede otorgarse al también militar Agustín de Iturbide, el aguerrido soldado criollo de exitoso expediente realista que, habiendo confrontado a los insurgentes, en acuerdo con Vicente Guerrero proclamó el Plan de Iguala e hizo posible la consumación pacífica de nuestra Independencia Nacional.

Este trascendente suceso ocurrió el 27 de septiembre de 1821, tras pactar y firmar con el masón peninsular y último virrey Juan O'Donjú, el Tratado de Córdoba del 24 de agosto de ese mismo año. Iturbide, tras lograr la unidad nacional y la emancipación de España, fundó el Estado mexicano en la modalidad de Imperio y creó la Orden Mexicana de Guadalupe en honor a la Santa Patrona y Protectora del Imperio. Fue fusilado tras de ser inmerecidamente calumniado y acusado con el baldón de traidor a la patria.

Mención obligada merece el abogado, escritor y político oaxaqueño Carlos María de Bustamante, personaje emblemático de la propia insurgencia y uno de los historiadores fundamentales de la Guerra de Independencia. Morelos lo nombró inspector de caballería y editor del semanario *Correo americano del Sur*, publicación favorable a la causa independentista. Fue uno de los individuos clave en la convocatoria al Congreso de Chilpancingo. Atestiguó la captura del Generalísimo cuando custodiaba a los representantes de los primigenios poderes constitucionales.<sup>12</sup>

Es justo descollar y reconocer con gratitud a otras figuras que, por su participación, también son representativas de aquel noble acontecimiento. Lo son porque lograron mantenerlo vivo por más de una década,

<sup>12</sup> Andrea Rodríguez Tapia, *Las ideas políticas de José María Morelos en la historiografía mexicana del siglo XIX*, Secretaría de Gobernación, México 2013.

pese a la superioridad militar y económica del gobierno y ejército realistas, y que a la par de darle libertad a la nación aportaron a la consolidación de nuestra identidad cultural.

Además de los personajes antes mencionados, por su notable participación sobresalieron, José María Izazaga, Josefa Ortíz de Domínguez, Miguel Domínguez, Juan Aldama, Mariano Abasolo, Carmen Camacho, Juan José de los Reyes Martínez, *El Pípila*; Ignacio López Rayón, Andrés Quintana Roo, Gertrudis Bocanegra, Hermenegildo Galeana de Vargas, el *Tata Gildo*; Valerio Trujano, Nicolás Bravo, Leonardo Bravo, Juan Álvarez, *El Zorro*; Altagracia Mercado, *La Heroína de Huichapan*, y muchos más.

José María Morelos,  
el caudillo más extraordinario

De todos ellos, mexicanos perfectamente humanos — que optaron por vivir en la pelea por una causa, antes que degradarse—, deseo compartir en este breve texto mis limitadas valoraciones sobre un personaje considerado por muchos “de luces y sombras”; odiado, temido y admirado por algunos de sus enemigos de guerra y que en mi opinión fue el más importante encauzador de aquel movimiento independentista: José María Morelos y Pavón, el sacerdote vallisoletano de innata religiosidad humana, profundamente mariano. El cual, como muchos otros clérigos tomó las armas y fue jefe

militar; que tras la muerte de Miguel Hidalgo encabezó la segunda etapa del conflicto por la Independencia mexicana entre 1811 y 1815, imprimiendo su sello de estadista a la política de su tiempo. Amén de haberse destacado por su acreditado, público y permanente amor a la religión católica, a la Santa Madre Iglesia, a la Virgen de Guadalupe, a sus feligreses y a sus soldados.

Mi afirmación respecto del auto nombrado “Siervo de la Nación” es sin demérito de lo que otros mexicanos, conocidos o no, aportaron para concebir, iniciar y consumir aquella gesta. No es mi intención ponderar las virtudes de quienes nos legaron un país independiente, tampoco controvertir posiciones ideológicas o religiosas que insisten en hacer de nuestra historia una exaltación de héroes y mártires, o una denostación de villanos y pecadores que parcializa o distorsiona la evolución nacional.

Sin más afán que abonar a la comprensión de la verdad histórica —que puede no ser de nuestro agrado—, en esta breve semblanza biográfica me ocupo del caudillo visionario y patriota que fue Morelos. Del ser humano imperfecto, con debilidades incontroladas que tuvo como hombre y de cuya faceta se han dicho y escrito versiones propias de novela que aquí no paso por alto porque, al margen de las difíciles precisiones al respecto, es verdad que fue un sacerdote con pasiones de arriero.

Aludo al insurgente que fue injustamente procesado y declarado hereje por la Inquisición, que a la sazón fue

incomprendido por la jerarquía eclesiástica que se opuso a las primeras luchas por la independencia de México y que, mediatizada y sometida a la Corona española, en su rechazo al derecho de la nueva nación mexicana, lo censuró y degradó severamente, no obstante su condición eclesiástica, como la de muchos más insurgentes<sup>13</sup>.

Describo aquí al ser humano que la Iglesia, también con dignatarios pecadores, con su poder conservador y escrupuloso de entonces, en voz del obispo español fray Manuel Abad y Queipo lo tildó de “ignorante” y “abandonado de Dios”; lo excomulgó para finalmente entregarlo sin misericordia a la autoridad virreinal que lo fusiló en su despropósito de frenar lo que ya era imparable.

En estas páginas me refiero a ese ilustre mexicano que fue “Cura de Indios”, y que tras la Consumación de la Independencia por la que ofrendó su vida, la misma Iglesia que lo había degradado del orden sacerdotal para condenarlo a la muerte, le rindió solemne homenaje al recibir sus restos mortales junto a los de su mentor Miguel Hidalgo y otros caudillos insurgentes, en la Catedral Metropolitana de la Arquidiócesis de México el 17 de septiembre de 1823<sup>14</sup>. Ese día, la Iglesia concedió la razón *post mortem* a aquellos guadalupanos. Morelos y sus compañeros de lucha fueron reconoci-

<sup>13</sup> Comité de Asuntos Editoriales de la Cámara de Diputados, *México y el Vaticano, breve reseña histórica*, Asuntos Editoriales LVII Legislatura, Talleres Gráficos de la Cámara de Diputados, p. 18.

<sup>14</sup> Conferencia del Episcopado Mexicano, *op. cit.*, n. 42.

dos a título de “magnánimos e impertérritos caudillos, padres de la libertad mexicana”.

A ese reconocimiento tardío pero sincero y humilde, se sumó la felicitación que el Papa San Pío X enviara al pueblo de México y al Episcopado en la Conmemoración del Primer Centenario de la Independencia. Para el Bicentenario de aquella gesta, el Episcopado Mexicano obsequió a la nación la Carta Pastoral *Commemorar Nuestra Historia desde la Fe, para Comprometernos hoy con Nuestra Patria*, en la que reconoce que:

Miguel Hidalgo, José María Morelos y muchos otros fueron sacerdotes, quienes, más allá de sus cualidades y limitaciones humanas sirvieron de instrumento a la Providencia para iniciar la Independencia Nacional y favorecer así la constitución de la nueva Patria Mexicana. Como creyentes, en aquellas circunstancias específicas, lucharon por los valores de la libertad y la igualdad, y dieron voz al reclamo de justicia de un pueblo sumido en la pobreza y la opresión, largamente padecida. Su ministerio sacerdotal, del cual nunca renegaron, los acercó a los dolores de este pueblo y los movió a promover sus derechos, incluso tomando las armas, camino que no siempre se justifica, menos en nuestros tiempos en los que contamos con múltiples instituciones e instrumentos jurídicos para resolver los conflictos en diálogo y caminos de paz<sup>15</sup>.

<sup>15</sup> *Ibid*, n. 15.

Orgullosa de ser mexicana y sin ánimo de revisionismo histórico —del que mucho se ocuparon los expertos y la Iglesia Católica a propósito del Bicentenario de la Independencia— desde estas páginas deseo compartir un punto de vista más respecto del desempeño militar y político de Morelos para separar a nuestra nación del régimen de España y legarnos una patria con soberanía y autodeterminación, orientada hacia una vida digna. Escribo, basado exclusivamente en lo que otros, historiadores y biógrafos —yo no lo soy—, han investigado y relatado. Redacté estas páginas, al margen de inútiles maniqueísmos que empobrecen nuestra historia, que petrifican sus capítulos y desfiguran a quienes en ellos intervinieron siguiendo sus legítimos ideales.

En la sociedad mexicana de hoy, libre y plural, jalonda por sus altibajos cívicos, existen muchas otras opiniones que merecen mi consideración. A ellas quiero sumar la propia en ánimo de reconciliación. Como católico y guadalupano, comprometido con la verdad y la justicia, asumo de antemano el riesgo de la crítica que puede venir de aquellos que no escatiman tinta para mentir, o de algunos correligionarios que reducen su valoración sobre el personaje central de este texto a un juicio que solo corresponde a Dios, único con potestad para perdonar o condenar desde su Justa Voluntad, bajo cuyos designios se desarrollan las historias de todos los pueblos.

Tienen mi respeto las sentencias que me parecen sesgadas y subjetivas, porque se limitan a la prejuiciada aseveración de que el cura de referencia fue un hereje y

pecador, un desobediente de los cánones de la Iglesia, además de masón, condición mítica atribuida a la ligera y sin que exista una sola evidencia o prueba documental de que José María Morelos y Pavón haya pertenecido a logia alguna. Yo sostengo que no.

Con el respaldo de quienes sin calenturas ideológicas han estudiado en serio a este personaje, aquí acreditado que además de haber sido un diestro atajador de arriería y comerciante de alimentos y enseres domésticos por toda Tierra Caliente y Sierra Costa del sur novohispano, en su juventud fue un buscador constante de aprendizaje, un lector asiduo que siempre mostró anhelo de superación.

En esta narrativa queda claro que en el seminario no fue “el que apenas aprendió lo necesario para ser curita de pueblo”, sino el estudioso que acabó sus cursos de filosofía moral en primer lugar de la clase y dio muestras de una profunda disciplina de pensamiento que se reflejó en su vida cotidiana; que, ya siendo sacerdote, en su vivencia de cura de almas fue piadoso y siempre evitó la glorificación personal. Procuró ser un guía espiritual generador de esperanza. Como ciudadano, creyó hasta el final en la idea de una nación libre, misma que ayudó a construir aportando los cimientos de los poderes en que hoy se asienta la república mexicana<sup>16</sup>.

<sup>16</sup> José Fabián Ruiz, *Morelos, Intelectual & Filósofo Revolucionario*, Ediciones Michoacanas, Morelia 2017, pp. 5, 6, 12, 40 y 92.

Esta vez escribo para recordar con gratitud de heredero, a quien tuvo el privilegio, concedido por Dios, de ser llamado a las tres vocaciones más exigentes de generosidad y sacrificio que a mi juicio existen: la sacerdotal, la militar y la política, y que tras vivirlas con intensidad como estadista y patriota para legarnos una nación independiente, compromiso que le costó la vida, y que antes de ser fusilado dejó una enseñanza para todos en la carta en que, desde su aceptada paternidad bendice al mayor de sus hijos, donde redactó la máxima con que se le identifica: “Morir es nada, cuando por la patria se muere”.

Vaya entonces este abordaje biográfico como personalísimo reconocimiento a ese hombre virtuoso, con dotes de jefe nato, nacido para mandar, actuar, organizar y dirigir<sup>17</sup>, de quien los estadistas admiran su profunda y certera visión de organizador y gobernante; de quien los militares valoran sin reservas su elevada capacidad para la estrategia de guerra y los biógrafos dan cuenta de su vida ejemplar como pastor de sus feligreses.

Confío en que, si algún detractor de Morelos leyere estas páginas, al ponderar los factores naturales y culturales, económicos y sociales, que influyeron en su vida, le suceda lo que al escritor conservador novohispano, Lucas Alamán. Este político masón, contempo-

<sup>17</sup> Ubaldo Vargas Martínez, *Morelos siervo de la nación*, Editorial Porrúa S.A., Quinta Edición, México 1982, p. 13.

ráneo del héroe, quien no tenía una especial simpatía por el cura de Carácuaro y lo criticó acremente en no pocas ocasiones, al conocer al caudillo dijo de él, que jugó el principal papel en la historia de la Revolución de Nueva España, el “más extraordinario” de los revolucionarios y uno de los más originales<sup>18</sup>.



<sup>18</sup> Lucas Alamán, *Historia de México*, Editorial Jus, México 1942, t. II, p. 423 y t IV, pp. 334-338.



CAPÍTULO PRIMERO

PROLEGÓMENOS  
DE LA GUERRA  
DE INDEPENDENCIA





## El acontecimiento guadalupano

Como todos los pueblos, el mexicano es producto de una historia muy peculiar que le da identidad y cohesión, con un pasado que explica el presente y advierte el porvenir. En tal sentido, la historia de cada nación debe conservarse como el valor máspreciado. Los orígenes y los anhelos de nuestra comunidad mestiza se encuentran y se explican en el proceso de fusión de razas y de culturas, de costumbres y de valores que ocurre desde la llegada del capitán Hernán Cortés en 1519. En ese momento comenzó una etapa de civilización hispánica, formadora del estilo del pueblo mexicano que se gestó y se iría modelando en idiosincrasia propia al paso de tres siglos.

Antes de la llegada de los españoles, México no existía como nación, y las congregaciones humanas asentadas en una misma comarca no tenían conciencia

de unidad en la colectividad y diversidad cultural. En el territorio vivían comunidades que habían formado diversos Estados indígenas<sup>1</sup>, mismos que desaparecieron al ser incorporados, durante la Conquista, al Estado español, el cual estableció un gobierno virreinal que llamó la Nueva España, con un sistema económico heterogéneo, varios modelos de producción, y un régimen tributario despótico. También con instituciones a imagen y semejanza de la Metrópoli, de las cuales la Iglesia Católica fue la principal.

A la par de la Conquista, que fue invasiva y cruel desde el desembarco de Cortés, se dio el proceso de la evangelización a cargo de frailes misioneros —franciscanos, dominicos y agustinos principalmente— que, con ingeniosa pedagogía y actitud humanista, contribuyeron a darle afinidad a los pueblos originarios; a que paulatinamente compartieran intereses y afectos, respetando sus anteriores usos y costumbres que no chocaran con la religión cristiana. Ésta penetró gradualmente en el alma popular hasta hacerse fundamental y consolidarse con el “acontecimiento guadalupano” ocurrido en 1531 con las apariciones de la Virgen de Guadalupe en el Cerro del Tepeyac al indio chichimeca Juan Diego, dejando a éste su retrato plasmado en su rústica tilma de fibras de maguey, según el dicho del oriundo de Cuautitlán, cuya narración quedó descrita en el *Nican Mopohua*, por

<sup>1</sup> Así considerados porque reunían los elementos clásicos para ser Estados: un territorio, una población y un gobierno.

el nahua letrado Antonio Valeriano, quien fue rector del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco.

Pronto la imagen se hizo conocida y querida entre indígenas y mestizos y se convirtió en el primer símbolo común de los pueblos originarios, quienes comenzaron a demostrarle su amor y respeto en muy diversas expresiones culturales y litúrgicas.

Después de las apariciones, el catolicismo aportó con mayor vigor a la unidad espiritual de los pueblos indios, a la suma paulatina de sus voluntades, al desarrollo de sus propios anhelos y, muy importante, a su común consentimiento para ayudarse mutuamente a fin de construir un bien general.

### Conciencia de pueblo

En ese proceso fascinante de conquista y evangelización, de rudeza militar y caridad misionera, se fue creando la vigorosa idea y sentimiento de una sola patria para un solo pueblo con dignidad y responsabilidad propios; que fusionó moralmente a todas las comunidades, en las que fue madurando la decisión de conservar, acrecentar y enriquecer a esa patria para sus descendientes. El gobierno peninsular, al dotar de una particular forma de organización a los nativos, hizo su parte en ese vertiginoso proceso de configuración de una comunidad de comunidades. Así, de manera casi espontánea emergió el pueblo mexicano, aún sin conciencia de destino común.

Puede afirmarse que la raza, presente en las diversas comunidades e idiosincrasias precolombinas, fue uno de los primeros factores de mutuo reconocimiento colectivo. Aquellos pueblos fragmentarios y naturalmente virtuosos, ya siendo súbditos del cetro peninsular, comenzaron a dejar su condición de muchedumbre para reconocerse como un pueblo por su vecindad, relaciones y similitud de creencias en un territorio compartido, donde arraigaban sus afectos de familia. Poco a poco percatándose de su origen, costumbres, sentimientos y valores similares.

Ya en esa condición de *pueblo*, durante los primeros años de la Colonia, consciente de ser distinto al pueblo español, el autóctono se volvió custodio de sus propios valores. Fue descubriendo su derecho a la libre autodeterminación, deseando decidir su propio destino con autonomía e independencia política. Durante el siglo XVI el impacto del emblema guadalupano iba en ascenso en la devoción y afecto de todos los sectores sociales, y fue aceptado en el seno de la Iglesia como advocación mariana<sup>2</sup>. Como comunidad cristiana, se asumió que Dios había otorgado un lugar excepcional a su Madre en tierra mexicana.

<sup>2</sup> Enrique Florescano y Moisés Guzmán, *Símbolos Patrios, la Bandera y el Escudo Nacional*, Gobierno de la República, Secretaría de Gobernación, Chapa ediciones, México 2010, p. 99.

## Surge la nación mexicana

Siendo que la raíz latina del término “nación” evoca nacimiento, puede concebirse a la nación como el surgimiento de un pueblo hacia un destino común, a partir de diversos vínculos que unen a las personas con otras generaciones del pasado y del futuro.<sup>3</sup>

En la Nueva España —que era un conjunto de regiones bien diferenciadas—, en torno de diversos nexos sociales, espirituales y morales, el pueblo mexicano se volvió forjador de su propia cultura, misma que comenzó a definir en los habitantes una identidad propia, y a despertar en él la conciencia de unidad, de destino y de propósitos en el vasto territorio compartido por todos. La imagen guadalupana, principal ligamen del pueblo, se incrustó tan poderosamente en la idiosincrasia nacional que podría decirse, sin aventurar la afirmación, que la Virgen fue la forjadora de la nacionalidad mexicana. Por doquier afloraba el fervor y orgullo guadalupano, como símbolo común y motivo de fe. En los retablos religiosos comenzaron a ser frecuentes las composiciones alusivas a la Virgen Morena, con el emblema indígena del águila y la serpiente que tanto apreciaban los criollos y mestizos de la Nueva España.

Recientemente, en alusión al Bicentenario de la Independencia Nacional, el gobierno de la república, por conducto de la Secretaría de Gobernación, publicó un

<sup>3</sup> Manuel Espino, *Volver a Empezar*, Grijalbo, México 2009, p. 53.

excelente libro conmemorativo que contiene un bellísimo estudio iconográfico de Arturo Chapa, con textos de los doctores Enrique Florescano y Moisés Guzmán, dos connotados historiadores mexicanos que redactan magistralmente una memoria viva y actuante de nuestra evolución como nación. En dicha obra se lee:

En 1737 se declaró a la Virgen patrona de la Ciudad de México y más tarde, en 1746, Protectora de la Nueva España. El Papa Benedicto XIV consagró esa predilección por la virgen morena en 1754, cuando la confirmó como protectora del reino y dispuso que se le dedicara una fiesta litúrgica en el calendario cristiano. Cada uno de esos acontecimientos fue celebrado en la Nueva España con ceremonias impregnadas de emoción y júbilo, y con derroche de pompa, fiesta popular y acentuados sentimientos de identidad colectiva. La virgen fue entonces aclamada como el símbolo más venerado por la población y recibió el juramento formal de fidelidad de las autoridades civiles y eclesiásticas. Y naturalmente cada una de esas “juras” dio nuevas alas al simbolismo guadalupano. Uno de esos vuelos juntó la imagen de la Virgen con el emblema del águila posada en un tunal, y al quedar así unidos esos dos símbolos fundacionales desencadenaron un movimiento patriótico avasallador<sup>4</sup>.

<sup>4</sup> Enrique Florescano y Moisés Guzmán, *op. cit.*, p. 106.

A propósito de la ocasión antes referida, en que el sumo pontífice proclamó a la Virgen de Guadalupe como Patrona de la Nueva España, mediante la bula *Non est equidem*, cuando al máximo dignatario católico le fue mostrado el cuadro con la imagen sagrada, obra del pintor oaxaqueño Miguel Cabrera, pronunció un fragmento del salmo 147. Recitó en latín *Non fecit taliter omni nationi*, que significa “No hizo nada igual con ninguna otra nación”. Aquellas palabras canónicas fueron divisa de la Virgen y de sus fieles creyentes en las décadas siguientes, anteriores a la Guerra de Independencia.

Así, en torno de la identidad guadalupana, surgió la nación que al transcurrir del tiempo se llamaría México, todavía sometida al estado español, aunque con misión propia en el consorcio de las naciones, distinta de la “madre patria” y de los antiguos reinos indígenas que la conformaban.

Comparto y refrendo la idea fundamental, ya enunciada con anterioridad, que la Virgen de Guadalupe fue el principal referente de cohesión para el surgimiento de la Nación Mexicana, en un pueblo profundamente religioso desde antes de la Conquista y preponderantemente católico a partir de la misma. Como lo sería después para la gestación del Estado nacional independiente, fundado en los ideales de la tradición liberal europea que, desde su catolicismo, fueron abrazados desde el liderazgo de fieles creyentes, clérigos muchos de ellos, quienes en nombre de la “Morenita del Tepe-

yac” acudieron al llamado de la vocación independentista de México.

### Influencia ideológica del Siglo de las Luces

Las primeras décadas del siglo XVIII atestiguaron el amplio desarrollo de la erudición y las ciencias en Europa, en tanto la sociedad colonial parecía haberse estancado. El racionalismo se tornaba crítico del dogma al amparo del movimiento político iniciado en Inglaterra por John Locke, considerado el “Padre del Liberalismo Clásico” y uno de los pensadores más influyentes de esa centuria llamada el Siglo de las Luces. Para él, el sujeto de la soberanía nacional es el pueblo y el Estado debe proteger los derechos de los súbditos. Sus contribuciones al republicanismo clásico y la teoría liberal se reflejarían más adelante en la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América, redactada en Filadelfia el 4 de julio de 1776.

Mientras así evolucionaba la vida europea, en las cortes novohispanas privaba el derroche, la superficialidad y la corrupción. Títulos nobiliarios y puestos del gobierno se compraban y utilizaban para el enriquecimiento personal. En el virreinato máspreciado de la Corona española, la economía crecía con lentitud y la pobreza con rapidez; las hambrunas, los abusos de caciques, los tributos impuestos a los pueblos llenaban las calles de mendigos y vagabundos, y los campos de bandoleros. La nueva dinastía de los Borbones, que susti-

tuyó a los Asturianos a principios del siglo, comenzó a modificar a fondo el gobierno virreinal bajo los postulados del despotismo ilustrado<sup>5</sup>.

Comenzaba también a pregonarse la idea, después desarrollada y ampliada en Francia, de que los derechos que Dios dio a los hombres eran superiores a todas las leyes. Crecía el sentimiento anticlerical contra la Iglesia Católica y la Monarquía Absoluta. Durante la segunda mitad del siglo XVIII se desarrolló también el movimiento cultural e intelectual europeo de la *Ilustración*, simbolizado por la Revolución Francesa, detonada en 1789, como reacción al absolutismo monárquico en torno de los ideales de libertad, fraternidad y soberanía popular, y cuyos pensadores pregonaban que el conocimiento humano podía combatir la ignorancia, la superstición y la tiranía para construir un mundo mejor.

Esas influencias revolucionarias, intelectuales y políticas se trasladaron a las colonias de España en los libros que —a finales del siglo XVIII y principios del XIX prohibía y mandaba destruir la Inquisición española—<sup>6</sup>, insinuaban cambios radicales y alimentaban intentos de rebelión social. Tuvieron eco en la Nueva

<sup>5</sup> Luis González y González, *Viaje por la Historia de México*, Secretaría de Educación Pública, Gobierno de México, Editorial Clío 2010, p. 27.

<sup>6</sup> La Inquisición Española fue fundada por los Reyes Católicos hacia 1478, la dirigían religiosos dominicos aunque era controlada por la monarquía que estableció la vigilancia de libros, reservando a la autoridad real el derecho de conceder licencias de impresión.

España, ante las injusticias que padecían sus pobladores bajo la dinastía borbónica. Esa influencia ideológica se incubó en los colegios de la Compañía de Jesús y orientaron el comportamiento de muchos criollos que, siendo una élite reducida y de influencia acotada en la política y en la economía, cuestionaban la sumisión incondicional a que se les obligaba con las autoridades virreinales.

Ese disenso se originaba, en mucho, por tener limitada su participación en las decisiones del reino, aun cuando eran proveedores de la riqueza que gozaban los peninsulares. En tal circunstancia, las ideas liberales que motivaron la guerra de independencia de los Estados Unidos de Norteamérica y su Declaración de Independencia, mismas que animaron la asonada en París que detonó la Revolución Francesa, fueron las que, en Nueva España, inspirarían muy pronto a los airados criollos a oponerse al antiguo régimen monárquico, que había degenerado en despotismo real.

Un fruto extraordinario de ese tiempo había sido La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano<sup>7</sup>, que admite la igualdad de todos ante la ley y la justicia y afirma el principio de la separación de poderes. A los derechos reconocidos en aquel trascen-

<sup>7</sup> La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano fue aprobada por la Asamblea Nacional Constituyente francesa el 26 de agosto de 1789, es uno de los documentos fundamentales de la Revolución Francesa.

dente documento, el polémico sacerdote novohispano Miguel Hidalgo y Costilla solía referirse como “aquellos derechos que el Dios de la naturaleza concedió a todos los hombres”.

### Comienza la idea de emancipación

A mitad del siglo XVIII se vivía bajo el influjo de la política de los poderosos Borbones —familia de origen francés, reinante en España desde 1700— y se concebía al Estado bajo los tradicionales nombres de “la Corona”, “el trono” o “el cetro”, que destacaban la experiencia monárquica de México, términos que habían aparecido en la pluma de notables escritores como el sacerdote jesuita Francisco Javier Clavijero, autor de la *Historia Antigua de México*, y el obispo Juan José de Eguiara y Eguren, quien fuera catedrático eminente de la Real y Pontificia Universidad de México, cuya obra magna fue la *Bibliotheca Mexicana*.

Las ideas y costumbres que invadían la Nueva España, procedentes de la Revolución Francesa, sacudían la política, la vida social y religiosa en el Nuevo Mundo, y estimulaban el debate sobre la igualdad. Entre las acciones borbónicas que en Nueva España excitaron los ánimos de inconformidad, destacaron la creación de un ejército permanente en 1761, la expulsión de los jesuitas en 1767, la implantación del régimen de intendencias en 1786 y la aplicación de un mayor rigor político en todos los aspectos de la vida institucional.

La injerencia de la Corona en asuntos estrictamente eclesiásticos, derivó en que el episcopado y la Iglesia en general fueran utilizados como instrumentos de sometimiento. Ello, no obstante que muchos representantes de la “ilustración católica” promovieron la reforma de las costumbres, la erudición del clero y la promoción del pueblo mediante la beneficencia social. Entre éstos se encontraban el Padre Miguel Hidalgo y Costilla<sup>8</sup>.

Además de la natural tendencia humana a organizarse en la sociedad a la que se pertenece, las circunstancias y sucesos antes citados —entre otros factores— fueron generando en los mexicanos, ya en su realidad profunda de pueblo-nación, una conciencia y anhelo de constituir un Estado independiente del español. Un Estado propio y representativo de los particulares afanes políticos, sociales y religiosos. Expresión de su autodeterminación, con capacidad fáctica de gobernar y autoridad para dirigir a la nación en pro de su destino. Un Estado que los hiciera soberanos de su propia suerte, que fuera la fuerza política dominante dentro del territorio y el instrumento para proteger su patrimonio y su seguridad, para ser guardián y procurador del desarrollo integral de la nación mexicana.

Habían transcurrido casi tres siglos de dominio español y el virreinato disfrutaba de una riqueza económica nunca vista, aunque acaparada por unos cuantos. Los suntuosos edificios de la época y los logros cul-

<sup>8</sup> Conferencia del Episcopado Mexicano, *op. cit.*, n. 27.

turales alcanzados, despertaron el orgullo nacionalista de los criollos, entre quienes era común la idea de que México era su patria y lo que animaba el sentimiento nacionalista para lograr que el Estado, donde radicaba el poder, permaneciera donde residía la nación.

Además, su preponderante participación en la dinámica económica y militar de la Nueva España les hacía confiar en su autosuficiencia. Surgieron entonces grupos y líderes —principalmente criollos— que promovieron la idea de independizar a la población, que entonces no excedía de 4 millones y de la que solo una quinta parte eran peninsulares o descendientes de éstos.

En este contexto histórico, marcado por el emergente liberalismo que insinuaba el derecho de oponerse a toda forma de opresión y proclamaba la igualdad desde una filosofía innovadora en pensamientos y creencias, le tocaría nacer a José María Morelos y Pavón. Desde ultramar reinaba Carlos III y en la Nueva España le representaba el Virrey Joaquín de Monserrat.

Diez meses después de su alumbramiento, los representantes de las Trece Colonias inglesas en el norte del Continente proclamaron su libertad al amparo de las ideas y costumbres procedentes de la Revolución Francesa. En un Congreso reunido en Filadelfia el 4 de julio de 1776 se declararon independientes de la Corona Inglesa y repudiaron al arbitrario monarca Jorge III. Aquella emancipación llegaría a ser inspiradora de similares afanes en los virreinos españoles.

Todavía los espíritus disconformes por la arrogancia peninsular no expresaban su deseo de libertad. Poco a poco se irían agudizando las graves circunstancias políticas, económicas, religiosas y sociales de la Nueva España, en favor de un levantamiento armado que reaccionaría en contra de los privilegios de las castas y clamaría por justicia para los naturales de México en contra del despotismo de un gobierno que no entendía la autoridad como obligación de servir a todos por igual.



CAPÍTULO SEGUNDO

LA FORMACIÓN  
DE UN CRIOLLO  
COMPROMETIDO





## Una infancia azarosa

La antigua y tranquila Villa de Valladolid, asentada en el valle de Guayangareo de la provincia de Michoacán, fue fundada por don Antonio de Mendoza en 1540, su labor fue secundada progresivamente por los religiosos franciscanos, agustinos y jesuitas, cuyos magníficos monasterios y colegios permanecen. Llamada la Ciudad de la Cantera Rosa, durante el siglo XVIII fue una ciudad de aspecto austero con casas modestas, todas de piedra<sup>1</sup>. Sus calles terrosas de aspecto triste eran transitadas por recuas de mulas o burros cargados de mercancías para “tierra adentro”, por artesanos, campesinos o estudiantes que acudían al ya famoso y prestigiado Real Colegio de San Nicolás Obispo, institución fundada por el ilustre Vasco de Quiroga —pri-

<sup>1</sup> Francisco de la Maza, *La Ruta del Padre de la Patria*, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, México 1960, pp. 33 a 36.

mer obispo michoacano—, más conocido como Tata Vasco entre los indígenas purépechas de Nueva España. En esa Valladolid, foco cultural del virreinato, en condiciones de pobreza, nació Morelos el 30 de septiembre de 1765.

A su madre le llegó la hora del parto mientras caminaba fuera de casa, muy seguramente viniendo del tianguis de la Plaza de San Juan de Dios. Según la tradición, dio a luz por accidente en el saguán del que para entonces fuere Hospital o Casa de la Salud de los agustinos<sup>2</sup>, donde hacían esquina las calles Los Alacranes y La Alhóndiga, que hoy en Morelia —así rebautizada Valladolid en 1824, en honor de Morelos— son García Obeso y La Corregidora, exactamente a espaldas de la Catedral, como a cien metros. La casa fue declarada *monumento nacional* en 1930 y desde 1965 es museo dedicado al hijo predilecto de la antigua y señorial Valladolid, que fue cuna de la Independencia.

Cuatro días después de nacido, el 4 de octubre, dedicado a la devoción de San Francisco de Asís, aquel niño comenzó su vida sacramental. Al ser bañado con las aguas bautismales en el curato del Sagrario<sup>3</sup>, contiguo a la monumental Catedral vallisoletana, de estilo dórico. Recibió de sus padres el nombre de José María

<sup>2</sup> José Fabián Ruiz, *Morelos el hombre*, Ediciones Casa Natal de Morelos y Frente de afirmación Hispanista A.C., Morelia, Michoacán 2008, p. 117.

<sup>3</sup> Jesús Romero Flores, *Morelos: genio de América*, Talleres Gráficos del Gobierno del Estado, Morelia, Michoacán 1969, p. 14.

Tecló Morelos Pavón y Pérez. Así quedó registrado en el *Libro de Españoles*. Durante su vida, a menudo referiría molesto ese hecho, porque él no se sentía español sino americano. La especulación sobre su origen racial ha generado controversia.

Lucas Alamán, sin aportar pruebas, afirma que Morelos “por ambos lados procedía de una de las castas mezcladas de indio y negro”<sup>4</sup>. Siendo así, sus padres habrían conseguido que en su fe de bautismo no quedara asentado que era mulato, sabían que los integrantes de las castas —y por las venas del nuevo cristiano corría sangre de raza negra— tenían menos oportunidades que los criollos. Como haya sido, al llegar al mundo era súbdito del rey Carlos III, estaba sujeto al gobierno virreinal del marqués de Cruillas y tenía asegurada una niñez sin abundancia.

Su madre, Juana María Guadalupe Pérez Pavón y Estrada, oriunda de Querétaro con raíces criollas en Apaseo y en Celaya. Fue una mujer enérgica y ferviente católica que había sido maestra de escuela en pueblos y ranchos. Su padre, José Manuel Morelos Robles, nativo de Valladolid, también provenía de familias criollas y mestizas, era de oficio carpintero. Aquel matrimonio bendecido en sacramento en 1760, de vida lastimosa y piadosa, formó una familia de cinco hijas y cuatro hijos, de los que solo llegaron a la vida adulta José María, Juan de Dios Nicolás, nacido en 1763 y María Antonia,

<sup>4</sup> Lucas Alamán. *Historia de México*, op. cit., t. II, p. 295.

de 1771. Deambulando de un lado a otro, aquellos esposos fueron a vivir con sus hijos en una pobre casa de la hacienda de Sindurio, cercana a Valladolid, que pertenecía a los padres agustinos.

La vida no les era fácil, todo lo contrario, y aunque Juan Manuel tenía un trabajo modesto, era insuficiente para sacar a su familia de la pobreza. Tal vez esa limitación fue la causa de problemas con su esposa y de haberse hecho aficionado al alcohol, a las apuestas y, finalmente, abandonar su hogar cuando José María tenía diez años, y apenas había recibido las primeras enseñanzas de su abuelo materno José Antonio Pérez Pavón, muerto en 1776, en la pequeña escuela particular para niños del barrio de San Agustín, junto al río Chico, que había fundado su bisabuelo Pedro Pérez Pavón.

Juan Manuel se fue huyendo de sus deudas contraídas en el juego. Se llevó a Nicolás, el mayor de los hijos que le sobrevivían. La fiebre del oro le despertó la ambición y fue a parar a San Luis Potosí, donde nunca se hizo afortunado ni pudo evitar para su familia el no tener “para las amanezcas”. Aquel abandono paterno fue quizá el primer cincelazo severo que comenzó a esculpir el carácter de Morelos y le forzó a una temprana exigencia de sí mismo.

A la par de los primeros años de infancia de Morelos, su madre le infundió el sueño de llegar a ser hombre de Iglesia, a él le gustaba ver a los sacerdotes reves-

tidos de sus ornamentos litúrgicos<sup>5</sup> y sentía inclinación por el stado eclesiástico<sup>6</sup>. Por ese entonces el ambiente se tornaba denso por el descontento social que evolucionó por décadas. Así lo describe la Conferencia del Episcopado Mexicano:

Se fueron conformando las condiciones de un movimiento libertario, vinculado a la identidad nacional y en ella al Acontecimiento Guadalupano.

Todos estos elementos fueron sumándose y traducéndose en una búsqueda colectiva para instaurar la justicia y la libertad en una sociedad mestiza<sup>7</sup>.

La presión de la pobreza orilló a su madre a enviar a José María a la pequeña hacienda de San Rafael en Tahuéjo, un poblado de Apatzingán muy cerca de Uruapan, en los alrededores del Pico de Tancítaro, que hoy forma parte del municipio de Taretan. La hacienda era un bello vergel frutícola y agrícola, de actividad cañera y también se cultivaba maíz, cacao, piloncillo y añil. Ahí, a la edad de catorce, el chico fue entregado “con todo y nalgas” al cuidado de un primo hermano de su padre, su tío Felipe Morelos Ortuño, hombre práctico y gruñón, quien durante 11 años —desde 1779 hasta

<sup>5</sup> Gral. Francisco L. Urquiza, *José Ma. Morelos, op. cit.*, p. 7.

<sup>6</sup> Martín Luis Guzmán, *Morelos y la Iglesia Católica*, Empresas Editoriales, México 1948, pp. 169 – 170.

<sup>7</sup> Conferencia del Episcopado Mexicano, *op. cit.*, n. 12.

1790— le enseñaría diversos oficios para “ser hombre y ganar dinero”. Juana permaneció en Valladolid con María Antonia, su hija menor.

### Joven talentoso, productivo y enamorado

Junto a la necesidad de supervivencia, a la sombra y tutela de su tío Felipe, Morelos llegó a la juventud. En 1784 recibió la noticia de que su padre había vuelto como si nada a la casa de su madre, a la que pronto volvería a embarazar. Un año después, el año de la peste, nació su hermana María Vicenta, quien a los pocos meses murió al igual que su padre a causa de dicha enfermedad infectocontagiosa. José María se quedó huérfano del mismo padre por segunda ocasión.

A la edad de quince años se inició en el rudo oficio de arriar mulas por los agrestes campos y solitarios caminos que conoció como la palma de su mano y conectaban el triángulo Acapulco-Valladolid-Ciudad de México. En el puerto se concentraba el comercio con Asia. Ahí se celebraba la gran feria a donde llegaban mercancías locales, así como las de Oriente que eran desembarcadas del Galeón de Manila. Cada que podía, José María llevaba a su madre lo que había ganado para ayudar a su subsistencia, o algunas cosillas de regalo como muestras de su cariño<sup>8</sup>.

<sup>8</sup> Lucas Alamán, *op. cit.*, t. IV, p. 222.

En sus actividades laborales se hizo conocedor de la geografía de aquella amplísima región que abarca los actuales estados de Michoacán y Guerrero, por donde quiera que pasaba hacía amigos. Además de ser uno de los más famosos arrieros de la región, destacó como buen jinete, domador de caballos y ganadero. Se hizo hábil comerciante y astuto descubridor de bandidos y contrabandistas. Por su talento natural, fue escribano, contador y constructor. En esa devoción por el trabajo se desarrolló como hombre fuerte y templó su carácter recio.

En esa etapa de su formación, combinaba su perseverante aprendizaje del campo con el de la Gramática Latina, que solía estudiar sentándose bajo la fresca sombra de alguna “parota” de los alrededores de la hacienda, escuchando en el silencio terracalenteño el trinar de los pájaros silvestres, las lejanas campanadas de la capilla pueblerina y el murmullo del arroyo lugareño. Así absorbía la cultura que le compartían diversos textos latinos. Aquella tarea autodidacta, ya no la suspendería por el resto de su vida <sup>9</sup>.

Era echado para adelante, determinado sin arrogancia y franco sin “chabacanería”; no era hombre de vicios, aunque para matar el tiempo disfrutaba las peleas de gallos y el juego de naipes llamado *malilla*. No bebía alcohol ni fumaba, sino de vez en cuando<sup>10</sup>.

<sup>9</sup> José Fabián Ruiz, *Morelos el hombre*, *op. cit.*, pp. 139 y 140.

<sup>10</sup> Gral. Francisco L. Urquiza, *op. cit.*, pp. 8 y 9.

Siendo un muchacho normal, robusto y saludable, le llegó también el fuego amoroso de la juventud, avivado por las bellas mozas de Apatzingán que en definitiva le disiparon el infantil anhelo de seguir la vida religiosa. Los datos de aquellas mujeres se han esfumado en el tiempo, aunque se sabe de su romance con una joven campesina con quien inició su vida de enamorado. Aquella hermosa jovencita se llamaba Francisca Ortiz, *Panchita*, sobrina de Antonio Gómez de Maturana, hacendado de Tepecoacuilco, de donde ella era originaria<sup>11</sup>, aunque algunos historiadores la hacen de Oaxaca.

Esta población, era el centro comunitario más importante del sur, por su comercio, industria, ganadería, agricultura y vida social. En dicho lugar, José María tenía muchos amigos, atajadores de arrieros que le querían y apreciaban desde que comenzó sus andanzas de arriero, mismas que le permitieron conocer a esa mujer, quien por una mala jugada del destino se habría de convertir en su amor platónico.

Pasados los veinte años, a Morelos le urgía un cambio de vida para materializar sus planes en beneficio propio y de su familia distante, de la que era el único sostén. Le inquietaba su muy estrecha situación económica, ya que además de su propia manutención había que alimentar a su empobrecida madre, a su hermana

<sup>11</sup> Arturo Ríos, *Morelos: su hijo con Francisca Ortiz*, México Nueva Era, periodismo digital de vanguardia, [mexiconuevaera.com](http://mexiconuevaera.com), 14 de octubre de 2015.

soltera y a su hermano Nicolás, de quien jamás se supo fuera un hombre de provecho<sup>12</sup>.

En 1789, mientras José María elucubraba acerca del derrotero de su vida, en Francia, cuna de las nuevas ideas que ya permeaban en la Nueva España, había ocurrido la toma de la fortaleza de Bastilla en París. Este acontecimiento impulsó en forma definitiva el movimiento revolucionario que sentó las bases de la democracia en el mundo, cuya influencia intelectual pronto llegaría a impactar en los mestizos y criollos, entre los cuales crecía un resentimiento por la ominosa vida a que eran obligados por la Corona española.

Cuando José María supo de las penas por las que estaba pasando su enferma madre, se vio obligado a regresar a Valladolid. Con gran pesar se despidió de Panchita, la amaba con sinceridad y pretendía unirse a ella en matrimonio. Le prometió volver en dos años para casarse, para llevarla con él y entonces incursionar en la carrera de las armas, como eran sus planes. Pero el caprichoso destino impediría que los protagonistas de aquel noviazgo, fraguado en la pasión de la adolescencia, se juntaran para siempre en el altar.

José María partió a Valladolid, iba hecho un hombre productivo y de bien. Siempre tendría presentes los diez años que permaneció en Tahuejo. Con cariño y gratitud recordaría a su tío Felipe como su buena sombra, encargado de su etapa de aprendizaje, y por

<sup>12</sup> Ubaldo Vargas Martínez, *op. cit.*, p. 11.

supuesto, a sus muchos amigos. También, aunque con un dejo de silenciosa frustración, rememoraría sus intensas vivencias con aquella mujer que, poco tiempo después, se volvieron un desierto de añoranza.

### Estudiante de San Nicolás

En las complicadas circunstancias antes referidas, el licenciado José Juan de Izazaga, hombre culto de origen vasco, rico e influyente, por amistad decidió apoyar económicamente al animoso joven con deseos de superación personal, mismo que a decir de algunos de sus biógrafos había logrado algunos ahorros para la manutención de su venerada madre. Morelos estimaba a Izazaga desde que lo había conocido en la hacienda del Rosario —propiedad de aquel hombre rico e influyente—, cuando acarreaba mercancías hacia Ario y Uruapan, en la recua de más de 100 mulas de su tío Felipe. Se sabe que don José María también tenía en alta estima al arriero empeñoso, a quien siempre animó para seguir una carrera profesional, para lo cual le prestaría el ejemplar del entonces reputado texto de gramática castellana, del humanista español Antonio de Lebrija, con el cual, desde su habitual perseverancia, en forma autodidacta comenzaría su personal aprendizaje<sup>13</sup>. Con tan valiosa ayuda, José María regresó a Valladolid en 1790. Era entonces un habilidoso arriero de estatura

<sup>13</sup> José Fabián Ruiz, *Morelos el hombre, op. cit.*, pp. 46 y 132.

mediana, compleción robusta, tez morena, ojos negros y mirada profunda, ceja muy poblada y unida, de fácil sonrisa, aunque de rústicos modales y paliacate en la cabeza.

En acuerdo con su agobiada madre, a fines de 1791, con poderosos deseos de superación decide ingresar al famoso Colegio de San Nicolás, que en ese tiempo destacó por promover una renovación del pensamiento progresista y liberal, influyendo en la formación de la inteligencia criolla<sup>14</sup>. Era rector del colegio el cura don Miguel Hidalgo y Costilla, a quien Morelos le habría dicho que ya estaba grande para estudiar, pero deseaba intentarlo. Tenía 24 años, Hidalgo le dijo que nunca era tarde para comenzar.

José María tenía planeado concluir como bachiller para después enlistarse en la carrera de las armas y regresar por su amada Panchita para hacerla su esposa. Entonces su madre, deseosa de que su vástago optara mejor por la vida religiosa, reclamó infructuosamente para él, ante el tribunal eclesiástico, la capellanía que había fundado en Apaseo su abuelo Pedro Pérez Pavón, bisabuelo de José María. Aquella pretensión de doña Juana sólo llegaría a generar pleitos con algunos de sus parientes que buscaban para sí la misma capellanía.

<sup>14</sup> Ernesto de la Torre Villar, *Temas de la Insurgencia*, Universidad Nacional Autónoma de México, México 2000, p. 460.

A principios de 1792 el ex-arriero fue aceptado en el renombrado Real Colegio de San Nicolás Obispo, de Valladolid; situado sobre la embaldosada Calle Real del centro poniente de la vieja ciudad novohispánica. En un breve encuentro con Hidalgo le entregó a éste la carta donde el hacendado don José Juan de Izazaga lo recomienda. Tal vez ello valió para que el rector aceptara a Morelos como alumno, toda vez que el color de su piel delataba su origen racial, sin embargo, Hidalgo no quiso aplicar el criterio discriminatorio de no aceptarlo por ser mulato. José María ingresó como estudiante capense, es decir, de los que estudiaban de manera gratuita sin residir en el colegio, los cuales portaban una “capa parda” en señal de que recibían educación sin cargo a su peculio. Seguía con la idea firme de abrazar más adelante la carrera militar.

Miguel Hidalgo, de palabra acertada e irónica aunque de carácter afable, solía ser ensalzado por el alumnado colegial, no obstante, fue sujeto de una serie de rumores en su contra que tenían su origen en los oscuros rincones de la mitra y claustros religiosos; fue acusado de impulsar una reforma educativa perniciosa, de tener mujer con hijos, de ser pretencioso, jugador de naipes y fiestero. En tal circunstancia fue obligado por las autoridades eclesiásticas a renunciar a la rectoría por sus nada ortodoxas ideas, opuestas a la clase conservadora española. Por tal razón, Morelos no pudo ser su discípulo en el aula, aunque se asumió como tal atraído por su fama y la admiración que le profesaba; y se sabe

que en lo sucesivo sostendrían una relación frecuente y estarían al pendiente el uno del otro<sup>15</sup>.

Hasta los 24 años, Morelos solo había aprendido las primeras letras, pero no podría decirse que cuando ingresó al Colegio de San Nicolás —donde destacó como estudiante de alto nivel intelectual— fuera un hombre iletrado como refieren algunos de sus biógrafos. Contra esas frecuentes versiones mordaces, o al menos desinformadas, de quienes han cuestionado los alcances de su inteligencia y su intelectualidad académica, el ahora alumno Nicolaita se dedicó a estudiar con ejemplar entusiasmo.

Así lo hizo constar Jacinto Moreno, uno de sus mentores de gramática latina, quien en términos elogiosos certificó que, bajo su dirección, José María Morelos cursó las clases con tan particular aplicación, que consiguió sobresalir casi a todos sus demás condiscípulos. Por tal desempeño fue premiado con última oposición de mérito en el aula general, misma que desempeñó de manera magistral, ganando el aplauso de todos los asistentes<sup>16</sup>.

En su evolución académica quedaría claro que para nada era falta de ilustración, aunque lo pareciera de primera vista por su costumbre de usar palabras poco

15 José Fabián Ruiz, *Morelos, Intelectual & Filósofo Revolucionario*, *op. cit.*, pp. 58 y 59.

16 Carlos Herrejón, *Morelos, Revelaciones y enigmas*, El Colegio de Michoacán y Penguin Random House Grupo Editorial, México 2019, pp. 20 y 21.

refinadas y modales ordinarios, o de cierta rudeza, que dejaba ver más su faceta de arriero. Por esas maneras sencillas y ásperas, Andrés Quintana Roo llegaría a describirlo, ya siendo jefe insurgente, como un hombre de “grande empuje” en sus movimientos, y hacía notar las “faltas de lenguaje” en su modo de expresión<sup>17</sup>.

### Seminario y consagración religiosa

Influenciado por su piadosa madre y por la necesidad de subsistencia, aun cuando no sentía a profundidad la vocación sacerdotal o no la había descubierto para sí, como un llamado de Dios, decide retomar aquel incipiente anhelo de su infancia y seguir la carrera eclesiástica, no la militar como era su intención original.

Se cree también que optó por la vida clerical movido por la tristeza de haber perdido a Francisca Ortiz, la mujer que amaba y que por motivos no muy claros se fue con Matías Carranco, un apuesto joven criollo que presumía de tener ascendencia real, pero que en realidad era un pobre diablo nacido en Tepeacoacuilco<sup>18</sup>. Entre las versiones no confirmadas al respecto, se dice también que Matías la raptó una tarde —aparentemente por la fuerza— mientras ella regresaba de la iglesia a su casa, sin que se supiera a donde se la había llevado,

<sup>17</sup> Gral. Francisco L. Urquiza, *op. cit.*, p. 11.

<sup>18</sup> Mauricio Leyva, *Juan Álvarez, entre el zorro y la pantera*, Ediciones Diario de Guerrero, Chilpancingo, 2010, pp. 36 y 42.

ni que hubiese puesto resistencia. Aquel suceso había dejado emocionalmente destrozado a Morelos y no fue difícil que su madre lo convenciera de abrazar la carrera sacerdotal y de esa manera aspirar a una capellanía que había pertenecido a un miembro de su familia.

Existen serios problemas documentales respecto de esta explicación acerca del cambio de opción vocacional de Morelos, como los hay en general respecto de la insurgencia y de la historiografía política de México. También se dice que cuando iba a ser fusilado, el coronel realista Manuel de la Concha le preguntó: señor Morelos, habiendo nacido usted para militar, ¿Por qué prefirió ser sacerdote?, y el cura le contestó: “porque era la única forma de dejar de ser arriero”<sup>19</sup>.

Mucho de lo que se ha escrito de este personaje de acción se origina en la leyenda o en la tradición, puede ser el caso de estas versiones no confirmadas, pero que contribuyen a entender mejor su lado humano, sus ideas, sentimientos y personalidad, en el contexto de sus circunstancias y de su época. Bien refiere Pedro Salmerón —prologuista de esta obra literaria—, citando al filósofo francés Claude Levi-Strauss y al historiador veracruzano Enrique Florescano, que el mito también cuenta la historia de los héroes porque son los hechos adoptados, adaptados y repetidos por amplios sectores sociales, toda vez que la verdad del mito no está en su contenido, sino en su vasta aceptación y en

<sup>19</sup> *Ibid*, p. 7.

el hecho de ser una creencia social compartida<sup>20</sup>. Tal cual son las tradiciones, transmitidas de generación en generación.

Morelos no formó parte de la élite intelectual vallisoletana. El hecho es que, a poco de concluir sus estudios como bachiller, previo concurso de oposición ordinario, hacia octubre de 1792 ingresó al Seminario Tridentino, en la misma ciudad de Valladolid, para cursar filosofía moral, donde no haría sino entregarse al estudio en cuerpo y alma. En 1795, tan solo tres años después, en acto público disertó y aprobó con el honorífico primer lugar las cátedras de filosofía y, en abril de ese mismo año, casi de manera simultánea, recibió de la Real y Pontificia Universidad de la Ciudad de México, el grado de Bachiller en Artes<sup>21</sup>.

Por lo que de él se conoce, siempre fue un autodidacta informado, siempre acompañado de libros que tenía como consejeros perpetuos. En sus tesis filosóficas abordó temas de lógica, ética, metafísica y física. Sus textos hacen alusión a destacados pensadores y estudiosos como Aristóteles, Pitágoras, Ptolomeo, Copérnico, San Agustín, Feijoo, Descartes, Spinoza y Newton, entre otros muchos<sup>22</sup>. El historiador y sacerdote jesuita Agustín Churraca Peláez afirma que “era

<sup>20</sup> Pedro Salmerón, 1915 *México en guerra*, Ediciones Culturales Paidós, México 2018, p.15.

<sup>21</sup> *Ibid*, p. 24.

<sup>22</sup> *Ibid*, p. 88.

un hombre que pensaba por sí mismo” y que la influencia intelectual que recibió le fue proporcionada en cuatro etapas de su vida: durante su trabajo, mientras estuvo en el Seminario, en su ministerio sacerdotal y a lo largo de la insurgencia<sup>23</sup>.

Había la opción de cursar el seminario llevando una retícula de asignaturas durante más de seis años, lo que le haría un sacerdote con posibilidades de ejercer en las grandes ciudades e instituciones de la Iglesia, carrera religiosa negada a los miembros de las castas. O bien, podía escoger la modalidad que le ocupaba a lo mucho, cuatro años para ordenarse, en cuyo caso estaba destinado a ser Cura de indios, lo que significaría ejercer el ministerio sacerdotal en comunidades lejanas, asistiendo a grupos indígenas. Motivado tal vez por la urgencia de tener un modo estable para vivir, o bien, obligado por su condición de mulato, se inscribió en la segunda alternativa.

Como obligaban los programas de aquella época, en el Seminario cursó Filosofía, Teología, Moral, Dogma y Sagrada Escritura. Durante su formación académica —que alternaba con tareas educativas para proveer a sus gastos y sostener a su madre—, fue profesor de filosofía y de gramática latina en Uruapan durante dos años, al mismo tiempo estudió también Lógica, Física y Ética. Además del aprendizaje formal en las aulas, a modo de formación complementaria, leyó a Feijoo,

<sup>23</sup> Carlos Herrejón Peredo, *op. cit.*, pp. 127 y 128.

Cordoniu, Piquer Verney y a los Apatistas de Verona. Como afirma el periodista Jorge Manzo Méndez, era “un intelectual con conocimientos muy profundos de lo que es la filosofía como ciencia”<sup>24</sup>.

Otra fuente del pensamiento de Morelos fue la Teología Político Caritativa que buscaba la aplicación del dogma, de la Escritura y de la Moral a resolver los problemas del pueblo; una “interpretación ilustrada de la caridad cristiana” que politizó a una gran cantidad de curas y les aportó conocimientos de organización social y de economía.

Apenas iniciados sus estudios en el Seminario, Morelos solicitó ingresar al estado clerical. En diciembre de 1795 recibió los cuatro órdenes menores, el sacro subdiaconado y la primera clerical tonsura, que es el símbolo de la separación del mundo civil. Habiendo mostrado ser un hombre de humana religiosidad<sup>25</sup>, recibió también los tres privilegios clericales: el del canon, el del fuero y el de la inmunidad personal. Entonces es enviado a Uruapan, donde el 6 de abril de 1796, el siempre bien recordado obispo fray Antonio de San Miguel Iglesias —el gran impulsor de la teología caritativa—, le concede licencias de subdiácono para confesar y predicar. En agosto solicita su admisión al diaconado, lo que equivale a ser sacerdote auxiliar. Sor-

<sup>24</sup> José Fabián Ruiz, Morelos, *Intelectual & Filósofo Revolucionario*, op. cit., pp. 6 y 7.

<sup>25</sup> José Fabián Ruiz, *Morelos el hombre*, op. cit., p. 67.

presivamente, esta vez no tuvo la habitual brillantez que había alcanzado en todos los cursos y exámenes anteriores, aprobó con “positivo ínfimo”, es decir “de panzazo”, rompiendo su brillante trayectoria de estudiante destacado.

El 21 de septiembre el obispo lo confirmó como diácono, solo faltaba concluir sus estudios y ser admitido en la orden del presbiterado. Hizo los ejercicios espirituales de norma en el convento de San Agustín. Al fin, el siempre bondadoso obispo San Miguel aprobó las diligencias promovidas por Morelos y el 21 de diciembre de 1797 —tres días antes de Nochebuena—; y en una ceremonia por demás solemne, le otorga la ordenación como presbítero en el oratorio del Palacio Episcopal, frente a una imagen de Santa María de Guadalupe, pintada por Cabrera<sup>26</sup>.

El obispo lo revistió con la manta y la túnica del subdiácono, con la estola y la dalmática del diácono, y con la casulla del presbítero. En ese momento el acto solemne debe haber alcanzado su clímax cuando, en medio de un profundo silencio, el prelado impuso sus manos sobre la cabeza del nuevo sacerdote. El prelado ratificó así una vocación inequívoca al sacerdocio de aquel hombre predestinado a mucho más que una vida de pastor de almas. Después vino la emotiva celebración conjunta de la misa por el obispo y los nuevos

<sup>26</sup> Carlos Herrejón, *op. cit.*, p. 25.

sacerdotes<sup>27</sup>, entre ellos José Sixto Verduzco, originario de Zamora, quien como Morelos llegaría a ser miembro de la junta de gobierno establecida por los insurgentes en Zitácuaro y, más adelante, en 1813, miembro del Congreso Nacional de Chilpancingo.

Con la energía y voluntad que siempre le caracterizaron, y con su espíritu ajeno al desfallecimiento, José María —forjado en la pobreza familiar— había logrado, a la edad de 32 años, su propósito de respuesta a una vocación tardía alentada por Juana María, su piadosa madre, de quien desde pequeño recibió sólida formación cristiana. Ella, junto con la hermana de Morelos seguramente estaba en éxtasis de felicidad, y llena de entendible vanidad maternal, observando, entre coros gregorianos y aroma de incienso, al nuevo religioso junto al altar mayor. Su hijo ya era clérigo presbítero —uno más para la eternidad de los tiempos—, con el poder de consagrar, ofrecer y administrar el cuerpo y la sangre de Cristo a los vivos y a los muertos.

Antes de meterse de lleno a su misión sacerdotal, al tiempo que el obispo con quien estaba incardinado le otorgaba licencias para ejercer el ministerio en Uruapan, a finales de año tuvo oportunidad de encontrarse con sus mejores amigos y conocer a otros en Tepecoacuilco, para celebrar la Navidad. El encuentro había sido iniciativa de don Hermenegildo Galeana —hombre habitua-

<sup>27</sup> José Herrera Peña, *Morelos ante sus jueces*, Editorial Porrúa, S.A., México 1985, pp. 170 a 173.

do a la oración— quien poco antes de la ordenación de José María platicó con Valerio Trujano, que por aquellos días se dedicaba a comerciar tabaco en las colonias del norte, a quien pidió organizar una misa. Por cierto, en aquella ocasión Hermenegildo le preguntó a Valerio si se sabía algo de Francisca Ortiz, Panchita, la exnovia de Morelos. Trujano le respondió que ya había aparecido en Chilpancingo, con su familia<sup>28</sup>.

Llegada la fecha de la reunión sugerida por Galeana, el nuevo cura José María se hospedó en la Posada Vigía de los Caminos, donde también lo hizo un joven arriero, de pelo ensortijado, llamado Vicente Guerrero. La cita fue en casa de Trujano, su mejor amigo por esos rumbos, el que cinco años atrás le informó al entonces estudiante de bachiller que su prometida había sido raptada.

Ahí se congregaron hombres orgullosos del ahora Padre Morelos, que hacían de su relación un ambiente de cálida camaradería. Entre ellos don Leonardo Bravo, Tata Gildo; don José Juan de Izazaga y su hijo José María; don Antonio Gómez de Maturana y su sobrino Antonio Gómez Ortiz —tío y primo respectivamente de Panchita—, los hermanos Orduña, que iban con sus esposas; Julián de Ávila, propietario del rancho de Zacatula y su caporal Pedro Ascencio —que más tarde se haría contrabandista—, Antonio Álvarez, El Gallego, y su hijo Juan, a quien le inspiró

<sup>28</sup> Mauricio Leyva, *Juan Álvarez, Op. Cit.*, p. 39.

sumo respeto el cura que era admirado y querido por todos los presentes.

Con algunos de aquellos amigos, cuando arriero, José María había recorrido caminos, cantado canciones y compartido la comida que la naturaleza les prodigaba. Se habían divertido entre los grandes árboles e imponentes serranías de Tierra Caliente. Habían convivido en la humildad de los hogares que los recibían cuando Morelos trabajaba con una recua de mulas<sup>29</sup>.

Durante la misa, para todos, que estaban acostumbrados a ver al fornido José María en ropa de campo, resultó conmovedor verlo ahora como guía espiritual enfundado en sus ornamentos litúrgicos; orando para que Dios cuidara de ellos, que 12 años después habrían de seguirle en sus insospechadas facetas de militar y político. Los integrantes del grupo sostenían ideas afines y cultivaron una franca amistad. Morelos los veía como sus pares, ocupaba entre ellos un lugar privilegiado en su afecto desde arriero. Posición que también le reconocerían siendo sacerdote<sup>30</sup>.

En aquella ocasión, el nuevo cura michoacano — distinguido por su inseparable paliacate anudado en la nuca, con el que paliaba sus dolores de cabeza— comen-

<sup>29</sup> Alejandro Martínez Carbajal, *La guerra de independencia en Guerrero*, H. Congreso del Estado de Guerrero, LIX Legislatura, Instituto de Estudios Parlamentarios “Eduardo Neri”, primera edición 2010, p. 243.

<sup>30</sup> *Ibid*, pp. 36, 39, 42, 49 a 52.

tó que las colonias del norte habían logrado su independencia y que era necesario seguir su ejemplo. Juró que aprovecharía la oportunidad más insignificante para pelear por la libertad de la patria. Vicente Guerrero ofreció ser el primero para seguir a Morelos, lo emuló el joven Juan Álvarez —el mismo que, al fundarse el estado de Guerrero, sería su primer gobernador en 1850— y en seguida todos se unieron al juramento.

Ahí quedó formado el grupo de Tepecoacuilco con cuatro directivos, para actuar en tiempo de paz o de guerra: Valerio Trujano, Ignacio de Orduña, Julián de Ávila y Antonio Gómez Ortiz, éste manifestó que pondría su fortuna, cuando llegara la hora, para los gastos de la guerra<sup>31</sup>. Durante los años posteriores, aquel grupo sería crecido en sus integrantes con otros tepecoacuilquenses. Era período de conspiraciones.

Algunos días después de la memorable reunión de aquel grupo de patriotas, el 25 de enero de 1798, el obispo de Valladolid le extendía a Morelos el nombramiento como vicario interino en Tamácuaro de la Aguacana, dentro del Curato de Churumuco y la Huacana, pueblos indígenas de origen tarasco, pobres y de escasa o nula importancia, rodeados de cerros y riscos de difícil acceso en la región calcinante de Tierra Caliente, que tiene bien ganada fama por lo áspero de su clima y aridez de buena parte de su territorio. Ya con

<sup>31</sup> Alejandro Martínez Carbajal, *op. Cit.*, pp. 35 a 39.

la responsabilidad propia de sus deberes religiosos, con la humildad o resignación de un modesto sacerdote sin relaciones ni influencias, emprendió la peligrosa e ingrata misión encomendada.

### Su vida sacerdotal

Cuando el novel cura de facciones duras y enérgicas llegó a Tamácuaro de la Huacana, con sede alterna en Churumuco, población desaparecida en 1965, sepultada por las aguas de la laguna que se formó al construirse la presa del Infiernillo. Morelos llevaba consigo a su debilitada madre y a su hermana Antonia. En aquel clima malsano y ardiente, ambas enfermaron por el rescoldo de una vieja peste de viruela y sarampión que afectaba a la comunidad. Las trasladaba de regreso a Valladolid a petición de su madre, cuando sufrió un accidente: su caballo es asustado por una serpiente y al caer él se golpea la cabeza<sup>32</sup>. No puede continuar y manda a sus mujeres con la compañía de dos hombres. La enfermedad las hace quedarse en Pátzcuaro, ahí las asiste su pariente José Antonio Conejo, primo de Juana, quien había llegado moribunda. Así fue el penoso inicio de la vida sacerdotal de José María.

En vano Morelos solicitó la “caridad” de ser trasladado a tierra fría, de naturaleza más benigna, para evitar que su progenitora acabara en Pátzcuaro. Así se

<sup>32</sup> Pedro Ángel Palon, *op. cit.*, p. 42.

lo suplicó con angustia al secretario de la Mitra Don Santiago Camiña. Sin lograr su propósito quedó huérfano de madre a principios de 1799. Antonio Conejo le procuró funerales dignos, aunque tanto ella como su hijo ya no pudieron despedirse. En marzo de ese año, al fin fue autorizada la transferencia de Morelos. Se le envió como nuevo párroco y juez eclesiástico del pueblo de San Agustín Carácuaro, que tenía agregada la vicaría de Nocupétaro, el pueblo de Acuyo, algunas haciendas y más de cien localidades menores<sup>33</sup>.

El lugar que le fue asignado está situado en el sureste de la Tierra Caliente de Michoacán, a 130 kilómetros de la capital, dentro de la cuenca del río Balsas. Fue evangelizado por los seguidores de San Agustín a mediados del siglo XVI. Llegó a ser de las misiones terracalienteñas más importantes de los agustinos, mismos que heredaron escultura de caña de maíz de Cristo crucificado, conocida como “el Cristo Negro” o “el Señor de Carácuaro”, muy venerada aún en toda Tierra Caliente, los Miércoles de Ceniza. Tiene fama de milagrosa y todavía se conserva en el templo parroquial<sup>34</sup>.

En el tiempo en que llegó Morelos, la comunidad de Carácuaro era igual de pobre que la de Churumuco, aunque con más gente. Los pobladores vivían de

<sup>33</sup> Carlos Herrejón, *op. cit.*, p. 32.

<sup>34</sup> Gerardo Sánchez Díaz y Ramón Alonso Pérez Escutia, *Carácuaro de Morelos, Historia de un Pueblo de la Tierra Caliente*, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo e Instituto de Investigaciones Históricas, Morelia 1994, pp. 28 a 34.

lo que su trabajo en el campo les proporcionaba. Criaban ganado y cultivaban maíz, chile, caña y frijol. La parroquia era considerada como de cierta importancia porque décadas atrás había sido uno de los principales proveedores de carne para poblaciones como Valladolid, Pátzcuaro y otras del Bajío. Morelos se estableció ahí a partir de junio de 1799<sup>35</sup>, no se imaginaba que ahí permanecería 11 años, hasta octubre de 1810.

En el aislamiento y la soledad de aquel curato, en sus idas y vueltas por todos los rincones de su expandida parroquia, se haría consciente de la injusta estructura social que en ese tiempo se vivía en la Nueva España y maduraría su temple de revolucionario. Allí también conocería las formas en que se expresaba la religiosidad popular, las supersticiones de la gente, y vería la necesidad de orientar a la población hacia un catolicismo más riguroso.

En Carácuaro los indios vivían en condición miserable y no podían pagarle su tasación o salario al cura Morelos, a quien, de inicio escatimaron obediencia y se resistían a cumplir sus deberes con la Iglesia. A cinco meses de su llegada, los nativos acudieron a quejarse con el obispo De San Miguel, quien dio por concluido el incidente a favor del párroco. Los rejejos pobladores, poco a poco se fueron adaptando a su pastor.

<sup>35</sup> Carlos Herrejón, *op. cit.*, p. 29.

Mejor actitud y acogida tuvo en Nocupétaro, a donde llevó consigo a su hermana Antonia, quien quedó bajo su cuidado y solo habría de acompañarlo durante algún tiempo. Ahí, los naturales trabajaban para mantener a sus familias y pagaban sus tributos. El cura recién llegado se distinguiría por su celo pastoral y por ser metódico y aplicado para mejorar las condiciones de vida de sus feligreses. Echó mano de su ingenio y de la experiencia adquirida en Tahuejo, y organizó de tal modo su parroquia que, en poco tiempo había generado empleo para sus fieles y logrado ingresos para cubrir sus propias necesidades.

De su propio peculio se dio a la tarea de restaurar la escuela del pueblo, realizar obras piadosas, comenzar la construcción de un gran cementerio y hasta edificar la iglesia que quedaría concluida en 1802. De ésta, el Padre José María llegaría a decir orgulloso que, “después de la de Cutzamala, es la mejor de Tierra Caliente”. En ese recinto del culto católico, Morelos dejaría de obsequio un cáliz. Ahí también, su religiosidad lo llevó a escribir el novenario del Santo Cristo de Carácuaro<sup>36</sup>.

Siendo creativo y renuente a guardar dinero, Morelos decidió construir una iglesia mejor que la que tenían, con la ayuda de hacendados, rancheros, viudas ricas, indios y criollos. Él mismo se puso en acción y a diario cargaba piedra, ladrillo o sacos de arena; su

<sup>36</sup> *Ibid, op. cit.*, p. 37.

ejemplo de laboriosidad y perseverancia le permitiría alcanzar su cometido como jefe parroquial, en comunidad. Le ayudaba ser espontáneo y de sonrisa socarrona para ser visto como amigo y no tanto como cura. Su facilidad para hacer amena la convivencia y su gracia para contar chistes también le servía para motivar el trabajo en equipo.

De ese tiempo, se conoce que, en general, las relaciones de Morelos con los párrocos vecinos fueron cordiales y, en algunos casos, muy fraternales. Así ocurrió con sus colegas de Huetamo, Churumuco, Urecho, y de manera particular con el de Tuzantla, Sixto Berduzco, compañero de ordenación sacerdotal y que, como otros, pronto serían connotados insurgentes. Ayudaba con frecuencia, por ejemplo, al cura de Purungueo, Santiago Ignacio Hernández, a quien asistió en su última enfermedad y dio sepultura en 1804<sup>37</sup>.

Como José María solía viajar con frecuencia a Valladolid, donde mantenía relaciones con altos dignatarios de la Iglesia, especialmente con el obispo de Michoacán fray Antonio de San Miguel, a la sazón gran amigo del cura Hidalgo. Por agosto de 1801 compró una casa en Valladolid, frente al callejón de Celio — hoy calle de Jiménez — en la que alojó a su hermana y donde solía recibir visitantes. A sus expensas, habría de hacerle mejoras y edificarle la planta alta. La propiedad, es conocida hasta el presente como la “Casa

<sup>37</sup> *Ibid, op. cit.*, p. 43.

de Morelos”. Misma que después regaló a su hermana, quien ahí permaneció al casarse, en 1807, con Miguel Cervantes, un buen hombre de Guanajuato a quien Morelos le había encomendado los arreglos de la casa y le atendía un establecimiento comercial, o “tendajón de sumistrajos”, que había abierto en la misma.

Por esos años, aunque no hay documentos irrefutables que lo confirmen, tal vez en más de una ocasión conversó ahí con el Cura de Dolores, Miguel Hidalgo, quien también hacía frecuentes visitas a Valladolid y con quien se conoce tuvo comunicación epistolar durante ese lapso, de 1801 a 1810<sup>38</sup>, según consta en algunas cartas durante la etapa de la conspiración precedente a la Guerra de Independencia.

Su vigorosa y variada formación laboral en Tahuejo, desde labriego hasta administrador, le habría valido para desarrollar la capacidad creadora y transformadora de su feligresía, con la que generó fuentes de ingresos para el bienestar general. Su intuición le permitió comprender que el trabajo humano es el centro mismo de la cuestión social, y lo organizó en tal forma que contribuyó a unir a su comunidad de manera solidaria, comprometida y productiva.

En la casa parroquial no faltaba pan y abrigo para los pobres, aunque a ninguno se le daba limosna, a todos se les asignaba alguna faena en favor de la obra común según sus posibilidades, a cambio de esa cola-

<sup>38</sup> Gral. Francisco L. Urquiza, *op. cit.*, pp. 18 y 19.

boración laboral Morelos les daba una compensación. Es claro que era un buen pastor con su rebaño, y sus ovejas le querían y respetaban por su comprensivo y celoso cuidado que les dispensaba.



CAPÍTULO TERCERO

GUERRA  
DE INDEPENDENCIA



## Crisis de España, preludio de una guerra justa

**A**l iniciar el siglo XIX en la Nueva España se consolidaba, principalmente entre los criollos, la idea de crear un Estado nacional y dejar de depender de una monarquía ajena, lejana y despótica. Les alentaba la reciente independencia de las colonias inglesas en Norteamérica, la Revolución Francesa y, sobre todo, la abdicación en España de Carlos IV en favor de su hijo Fernando VII. Por influencia de Napoleón Bonaparte, el infante monarca devuelve la Corona a su padre y éste, acobardado, vuelve a abdicar, esta vez en favor del estadista francés Napoleón, uno de los mayores genios militares de la historia.

Las vergonzosas renunciaciones de los reyes borbones, conocidas como Abdicaciones de Bayona en favor de Napoleón, el “déspota ilustrado”, quien mediante agresivas guerras de conquista y alianzas se había hecho del control de casi toda Europa Occidental y Central. A la

sazón era emperador de Francia y rey de Italia y quería poner al frente de la débil monarquía española a un familiar suyo, para ejercer el mando en forma indirecta. Para ello cedió los derechos recibidos de la Corona Española a José, su hermano mayor, mismo que reinaría con el nombre de José I hasta 1813. Así, el poder que desde la Península Ibérica se ejercía sobre las colonias americanas quedó, por la fuerza de los hechos, en manos de Francia, o más propiamente dicho, de Napoleón Bonaparte.

El obispo de Michoacán, fray Antonio de San Miguel, el que había ordenado a José María —a quien tenía particular confianza—, solía enviar circulares a las parroquias. A propósito del cautiverio de Fernando VII y la resistencia que en la península se organizaba, en algunas de aquellas notificaciones, solicitaba donativos para gastos extraordinarios de la Corona. Morelos cooperaba con aquella causa, pero cada vez menos. Señalaba que, si las cofradías no tenían recursos para el socorro pedido, se debía a una disposición real que había despojado a los párrocos de la dirección de las mismas<sup>1</sup>. Fue entonces que se despertó en el cura de Carácuaro la conciencia de los problemas políticos, que acelerarían en él la vaga idea revolucionaria que ya compartía de tiempo atrás con sus amigos de Tepecoacuilco y sus alrededores.

<sup>1</sup> Carlos Herrejón, *op. cit.*, pp. 44 a 46.

José Bonaparte, masón y Gran Maestro del Gran Oriente de Francia<sup>2</sup>, era un hombre inteligente, sumamente culto y con talento para moverse en las turbulentas aguas de la política. Además era honesto y, a pesar de su rechazo inicial a la Corona Española, pretendía gobernar con magnanimidad y acento ilustrado. Sin embargo, aquella quiebra de la monarquía absoluta de España generó inconformidad entre sus cortesanos y derivó en consecuencias graves para la Nueva España.

Apenas tuvo lugar la proclamación del nuevo monarca de España y las Indias en junio de 1808, el pueblo español rechazó dicha imposición y tomó la iniciativa de organizarse mediante juntas provisionales. El rechazo a un rey intruso devino en la guerra peninsular de independencia contra el invasor y en la formación de concilios, principalmente la Junta Central, que convocó a Cortes para dotar a España de una Constitución.

Aquellas circunstancias despertaron en las colonias americanas el anhelo de autodeterminación, de gobernarse a sí mismas a través de asambleas semejantes a las establecidas en España. Aquella incipiente aspiración libertaria se atizaba con la difusión que los liberales, y en particular los masones en expansión, hacían del

<sup>2</sup> René Casin, *Comentarios sobre Napoleón y la Francmasonería*, Instituto Napoleónico México-Francia, Consultado en <http://inmf.org/casifranmac.htm>, p. 4.

pensamiento revolucionario de Rousseau y de Montesquieu, entre otros, cuyas heterodoxas ideas sugerían nuevos modelos de gobierno.

Mientras se daba la ocupación de España por los ejércitos de Napoleón, en América se respiraba un ambiente nacionalista cada vez más perceptible en el que surgió un brote de conjura, mismo que se ramificó por todo el centro del territorio virreinal. Se planteó entonces, por primera vez, la idea de establecer un régimen autónomo del reino de la Nueva España, de sentido democrático y apoyado en normas fundamentales, así fuera mediante una guerra justa; propósito a lograr mediante la subversión del pueblo y con el apoyo de tropas regulares a cargo de militares simpatizantes del afán de independencia<sup>3</sup>.

Ante el vacío de poder en la Corona, algunos ideólogos criollos inconformes con depender del poder francés, propusieron convocar un “Congreso Nacional Americano”. Fray Melchor de Talamantes colaboró en la organización preparando algunos manuscritos para modificar el modelo político administrativo de la misma y “ejercer todos los derechos de la soberanía”<sup>4</sup>.

Las primeras reuniones se celebraron a mediados de julio, de manera subrepticia. El virrey José de Itu-

<sup>3</sup> Ernesto de la Torre Villar, *op. cit.*, pp. 458 a 461.

<sup>4</sup> Ernesto Leone, *Proyecto de Plan de Independencia de México*, Documentos para la Historia del México Independiente 1808-1938, edición y compilación de Miguel Ángel Porrúa, 2010, p. 68.

rrigaray convocó a la formación de una Junta de Gobierno de México, que presidiría él mismo, con el fin de lograr los primeros acuerdos y asumir el gobierno virreinal. Ahí los españoles peninsulares se pronunciaron por esperar y obedecer a la metrópoli, en tanto los criollos, liderados por el síndico Francisco Primo de Verdad propusieron que ante la ausencia del monarca Fernando VII, la soberanía estaría delegada en un Congreso.

Al final, Iturrigaray no tomó partido, sus titubeos generaron desconfianza en los peninsulares residentes, quienes constituyeron el grupo los *Patriotas de Fernando VII*. Como premonición de lo que ocurriría después, vino el primer golpe de Estado en la historia moderna de México. La noche del 15 al 16 de septiembre de 1808 fue asaltado con violencia el palacio virreinal por aquellos españoles inconformes, dirigidos por el rico comerciante y hacendado Gabriel de Yermo. Los golpistas aprehendieron y destituyeron al virrey y arremetieron contra los criollos que alentaban el Congreso<sup>5</sup>. Iturrigaray fue sustituido por el octogenario capitán Pedro de Garibay, nombrado virrey en la conmoción política, solo por ser el militar de más alto rango en ese momento. No duraría mucho en su cargo.

Vino entonces la orden de hacer presos a aquellos soterrados precursores de la independencia de México. Primo de Verdad fue encerrado en las celdas del Pala-

<sup>5</sup> *Ibid*, p. 19.

cio del Arzobispado de México y amaneció muerto el 4 de octubre. A Talamantes se le acusó de ser el autor intelectual y promotor principal de la emancipación de la Nueva España, se le enjuició y sentenció culpable por un tribunal mixto que lo declaró “religioso díscolo, insubordinado y escandaloso, fecundo en subterfugios para cubrir con ellos la enormidad y castigo de sus delitos”. Tras unos meses de prisión en una celda inmunda de la Inquisición, fue enviado a San Juan de Ulúa, donde murió de fiebre amarilla el 9 de mayo de 1809. Ambos rebeldes al yugo napoleónico, a juzgar solo por su legítima aspiración emancipadora y el desenlace de su causa, con justicia pueden ser considerados los primeros mártires de la Independencia.

Los ganadores instauraron un régimen leal a España pero no sofocaron el propósito libertario de quienes lo concibieron a costa de sus vidas y que, por la osadía liberal de sus ideas, a la ligera han sido tildados de masones. Aquel episodio fue el antecedente directo de la idea de autonomía que se extendió por muchos sectores de la colonia; fue el detonador de la lucha caótica y tesonera que duraría más de diez años en busca de nuestra emancipación de la metrópoli española.

### Paternalidad del cura de Carácuaro

Al mismo tiempo que acontecía aquel dramático y fallido intento, también en tierras michoacanas, entre Carácuaro y Nocupétaro transcurría la vida como

cura, juez eclesiástico y hacedor de obras comunitarias de José María Morelos y Pavón. Desde 1803, el cura combinaba su vida religiosa con la responsabilidad de haber procreado un hijo con su feligresa Brígida Almonte, soltera y vecina de Carácuaro, con quien el religioso había sostenido una relación discreta, afectuosa y pasional.

Aquella jovencita era sobrina del gobernador de la comunidad indígena, Mariano Melchor de los Reyes, quien había destinado a Brígida y a su madre, doña Tomasa Plácida, al personal servicio del párroco Morelos<sup>6</sup>. La muchacha era una hermosa india de raza pura, oriunda de Tierra Caliente, a quien Morelos había conocido tres años antes y la ocupó para que le asistiera en las tareas domésticas. Lo deslumbraron su sensualidad y su cuerpo bien proporcionado, tanto como su negro y sedoso cabello. Llamado a la tentación de la carne, cohabitó con ella dando fin a su atribulada alma solitaria, como solía ocurrir a los curas de indios. Tal vez con menor intensidad, pero los sacerdotes que gozaban de mejores oportunidades eclesiásticas, como Miguel Hidalgo, también procreaban hijos fuera de la disciplina del celibato.

El jovial cura José María, el líder nato de su parroquia y amiguero como pocos, que era de predominante temperamento sanguíneo nervioso, aunque también apasionado, se enamoró primero como un

<sup>6</sup> José Fabián Ruiz, *Morelos el hombre*, *op. cit.*, pp. 94 y 95.

adolescente, después como un hombre, y surgió un amor idílico al que se entregó sin reservas. Este romance, acontecía al mismo tiempo que su comunidad cural le ayudaba a concluir la construcción del templo de Nocupétaro, del cual dije antes que Morelos valoró como “el mejor de Tierra Caliente”.

Brígida Almonte tenía 16, a lo sumo 18 años de edad, cuando nació Juan Nepomuceno, el hijo biológico y primogénito de José María, a quien bautizan un día después del alumbramiento con el nombre del santo conmemorado en ese día, con el apellido de la madre. En adelante, aquel hijo bastardo sería conocido como el “sobrino” del padre Morelos. Según el propio testimonio de éste, además tuvieron una hija, nacida allá por 1805 o 1806, a quien bautizó con el nombre de Guadalupe. Algunos biógrafos afirman que fueron cuatro los hijos de esa relación desautorizada pero tolerada por la Iglesia<sup>7</sup>.

Aquel era un tiempo en que los hijos legítimos e ilegítimos estaban en una proporción muy similar entre los españoles y las castas, y entre los sacerdotes era frecuente la paternidad. Como ocurrió con muchos clérigos de la época —y como ha ocurrido después— la concupiscencia de la carne había doblegado el voto de castidad sacerdotal de aquel hombre propenso al entusiasmo, cuya voluntad siempre había sido vencedora en otros aspectos de su vida, no pudo cumplir con la

<sup>7</sup> Ubaldo Vargas Martínez, *op. cit.*, p. 43.

rígida regla del celibato. Hacia el final de su vida y ante el tribunal del Santo Oficio —que preguntaban todo acerca de sus vidas a los procesados— el Padre Morelos habría de confesar su paternidad.

En 1808, el año de la infecunda pretensión de autonomía nacional, otra mujer de nombre María Ramona Galván, había perdido la honra y parido a un hijo que ella atribuía de manera insistente a Morelos, quien se negó a aceptar la paternidad del infante. Entonces la madre acudió con la hermana de José María a Valladolid, quien acepta ser madrina del niño, bautizándolo con el primer nombre del supuesto padre, José Victorino, aunque con el apellido de la madre, Galván<sup>8</sup>.

Años adelante, ya cuando Morelos andaba en campaña como jefe militar de la insurgencia, nacería otro hijo, gestado en el vientre de Francisca Ortíz —de quien ya hemos hecho mención antes—, a la que como persona había conocido en sus correrías como arriero en Tepecoacuilco, la tierra natal de ella, y a quien, se dice, conoció como mujer bañándose en un arroyo<sup>9</sup>.

En tanto, allende el mar, los españoles excitaban su patriotismo en la guerra contra Francia; en la Nueva España los criollos, entre cuyos hijos había muchos sacerdotes, militares y abogados, seguían su ejemplo aprendiendo a conocer lo que significa patria y discu-

<sup>8</sup> Pedro Ángel Palon, *Morelos, morir es nada*, Editorial Planeta, México 2007, p. 50.

<sup>9</sup> *Ibid*, p. 24.

tiendo las modalidades en que pretendían hacer valer la soberanía del pueblo para alcanzar su autodeterminación como nación. Ese sector social fue el más influenciado por las aún emergentes ideas de la Ilustración, y en el que se fraguó la idea de independencia respecto de la Corona peninsular.

### Organización secreta Los Guadalupes

Ya sembrado el atrevido y revolucionario propósito de emancipación, alentado por las coyunturales ideas liberales que causaron revuelo en Europa, los criollos novohispanos no declinaron su intención ante los primeros intentos fallidos de insurrección que, pese a su conspiración a la sombra, habían sido descubiertos y disgregados mediante represión. El ingenio produjo entonces la intención de crear organizaciones clandestinas, redes ocultas de apoyo al incipiente movimiento libertario, que permitieran detonar la lucha y darle dimensión trascendente al ya muy expandido afán de independencia. Poco se sabe de los diversos grupos clandestinos que se formaron animados por el común deseo de derrocar a la Corona española.

La sociedad más relevante que surgió en aquellas circunstancias fue la de Los Guadalupes, así llamada en honor a la Virgen Morena aparecida en el cerro del Tepeyac, patrona de las fuerzas alzadas y considerada

madre de los mexicanos. En poco tiempo se consolidó aquella agrupación —casi exclusivamente urbana y capitalina— que, sin ser de corte eclesiástico, llegaría a ser una organización católica secreta, bien tramada y de acción eficaz. Estaba influenciada por las ideas y conceptos provenientes de la Revolución Francesa que, si bien se fue configurando de manera incipiente desde 1808, habría de ajustar su desempeño y fortalecerse hasta 1810 y consolidarse en 1811 para mantenerse activa hasta 1814<sup>10</sup>.

Su estructura no fue conocida, estaban constituidos por personas de muy diversa procedencia social y profesional. Casi todos sus miembros eran criollos, había entre ellos, comerciantes, artistas, abogados, médicos, clérigos, funcionarios de gobierno y oficinistas. Aunque también participaron indígenas que desempeñaban tareas modestas como artesanos, campesinos y arrieros, pero igualmente ansiosos de liberarse de sus opresores.

Algunos de los de mejor posición social, contaron con recursos económicos suficientes para mantener un buen nivel de vida y además financiar a la insurgencia, lo que les movía a participar también en la toma de decisiones de la que consideraban su patria, así fuera asesorando a los jefes alzados. Por lo que, como refiere Ernesto de la Torre Villar, “los dirigentes secretos de

<sup>10</sup> notimetrica.com, *Los Guadalupe, qué importancia tuvieron en la Independencia de México*, cultura, 21 de agosto de 2018.

la asociación, entre otros, algunos de los juristas más notables, asesoraban a los revolucionarios en su labor de organización jurídica”<sup>11</sup>. Lo que confirma que la organización tenía entre sus jefes a personas ilustradas e influyentes.

Los integrantes de esta organización furtiva, que de todo se enteraban, representaban —tal cual explica de la Torre Villar—, el apoyo más valioso a los jefes insurgentes. Estaban por doquier y no podían ser identificados, escuchaban y leían las órdenes más ocultas sin ser sorprendidos; mas no solo informaron de cuanto conocían, sino que tenían un poder de mando y decisión extraordinario, actuando cerca de los jefes de armas que rodeaban la Ciudad de México, de cuya actividad estaban muy pendientes<sup>12</sup>.

A principios de 1809, aquellos conspicuos personajes de ideas renovadoras y contrarios al régimen colonial, celebraron reuniones en casas particulares donde, en las conversaciones que trababan, consideradas peligrosas por las autoridades, se criticaba la actuación de la Audiencia y el gobierno del nuevo virrey Pedro de Garibay. En ese contexto de tensión y voluntad sediciosa, la organización secreta en formación, cuya actividad no se desarrollaría en el campo de batalla sino

<sup>11</sup> Ernesto de la Torre Villar, *Sociedades Secretas y Movimiento Insurgente, Repaso de la Independencia*, Compilación de Carlos Herrejón Peredo, Colegio de Michoacán Gobierno del Estado de Michoacán 1985, p. 108.

<sup>12</sup> *Ibid*, p. XXXVI.

en los círculos cercanos a la Corona española, extremó sus precauciones y afinó su configuración. Aunque tenían reuniones en distintos lugares cercanos a la Ciudad de México, hicieron de ésta su centro de operaciones. En ocasiones su actividad fue intensa y casi visible, en otras difícil y completamente oscura.

Su éxito tendría relación directa con el sigilo que guardaban, de modo que la información que de ellos se tiene es fragmentaria, se conoce mediante la correspondencia quitada por los realistas a distintos jefes insurgentes, muy en particular de Rayón y Morelos. La primera, por no ser destruida como era lo obligado, cayó en manos del ejército español; la segunda, perdida por José María en Tlacotepec en febrero de 1814.

También se supo de la organización por las declaraciones de varios jefes al ser aprehendidos, principalmente las de Mariano Matamoros al inicio de ese año. Además, se conoció de su existencia por denuncias en su contra, así como por oficios de varios jefes y funcionarios realistas, sobre todo los del ya para entonces virrey Calleja. Adicionalmente, existen escritos de historiadores de aquella época y de diversas investigaciones recientes que aportan datos fraccionados, útiles para el conocimiento de su desempeño<sup>13</sup>.

A partir de que sus actividades fueron descubiertas, comenzarían a ser arrestados sus integrantes. Antes de

<sup>13</sup> Virginia Guerra, *Los Guadalupe*, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, pp. 71 a 76.

que ello ocurriera, la colaboración de Los Guadalupe con el movimiento insurgente, una vez puesto en marcha, fue principalmente de llevar y traer correspondencia cifrada, así como de conocer y revelar información relevante o secreta de los españoles, específicamente del gobierno virreinal.

Su actuación sirvió para integrar a la lucha a los simpatizantes dispersos de la insurgencia y conectarlos con los jefes. El grupo dio a las tropas rebeldes el auxilio material y moral que, en una guerra desigual, requerían los combatientes. Aportaron un servicio de inteligencia, mantenido bajo reserva; con sus reportes y sugerencias dieron soporte a decisiones informadas y prudentes a los jefes rebeldes.

Enterados de los sistemas políticos y constitucionales en boga, aconsejaban a los caudillos frente a determinados problemas y les recomendaban a personas perseguidas por su actitud patriótica. También hacían labor de espionaje y lanzamiento de alertas. Informaban a los insurgentes de quiénes eran sus auténticos partidarios, prevenían de las personas de poco fiar o que declinaban sus convicciones a otros intereses.

Su desempeño más destacado sería el apoyo directo a la Junta de Zitácuaro, así como la comunicación bilateral con José María Morelos, como consta en diversas cartas. También distribuyeron medicamentos a los combatientes y papel para las imprentas, mismas que también proveyeron a los insurgentes. Los intelectuales Guadalupe contribuyeron a redactar, entre otros do-

cumentos, la Constitución de Apatzingán. Sus propios textos los firmaban con el pseudónimo de “Los Doce”.

Considerados actores de segunda o tercera importancia, lo cierto es que sin su aportación a la causa insurgente —como la que hicieron innumerables personas de toda clase y condición— no se comprendería a cabalidad aquel fenómeno histórico. Su labor y presencia fue decisiva en la lucha, misma que respaldaban incondicionalmente, aunque no solían participar en combate.

### La conspiración y “El Grito”

En 1809, el cura Morelos se ocupaba de concluir el segundo piso de su casa en Valladolid y el cementerio del pueblo en Carácuaro. Estaba en espera de que llegara la hora para participar en la revolución libertaria, de cuya gestación estaba enterado, la política de Nueva España se complicaba. En Tepecoacuilco, sus amigos aguardaban también. Seguían dispuestos a entrar en acción para emancipar a México de España. Hermenegildo Galeana, destacado integrante de aquel colectivo, reclutaba para ese propósito a Juan Álvarez, quien a la muerte de su padre —don Antonio Álvarez—, se aficionó al placer con mujeres y al trago. Galeana le habría dicho que: “Es mejor morirse por la patria que morirse por el trago”<sup>14</sup>.

<sup>14</sup> Mauricio Leyva, *Juan Álvarez, op. cit.*, p. 60.

El virrey Garibay fue relevado en julio por el arzobispo Lizarra y Beaumont, hombre despreocupado por las espontáneas confabulaciones contra el despotismo peninsular que no se habían contenido con el represivo sometimiento y muerte de Primo de Verdad y Talamantes.

Las conspiraciones se multiplicaron, una de ellas fue tramada en septiembre, también en Valladolid, por el teniente Mariano Michelena, el capitán José María García Obeso y otros oficiales miembros de la estructura eclesiástica. Sin embargo, en su precipitación y descuido, fueron descubiertos y nulificados en diciembre. Las controversias que animaron aquel intento fallido eran por asuntos económicos y políticos, no de religión, pero el clericalismo que tenía sus propios y materiales intereses hizo que la Iglesia se pusiera del lado de la Metrópoli.

Miguel Hidalgo era miembro prominente de la conjura que en Querétaro había compartido con Ignacio Allende —quien lo había invitado a unirse a la conspiración en febrero de 1809—, con su hermano José, Juan Aldama, Josefa Ortiz de Domínguez y su esposo, el corregidor Miguel Domínguez, el sabio Miguel Iturriaga y otros que solían acudir a sus reuniones secretas para planear la rebelión a la corona española.

Desde su incorporación a la junta revolucionaria, Hidalgo fue recibido y aceptado con entusiasmo por los conspiradores, quienes en razón de sus méritos lo hicieron el alma de la conspiración, le encomendaron

ser el ideólogo y vocero del Movimiento Insurgente cuando llegara la hora; consideraban que era el “elegido” de la Providencia para realizar el glorioso destino de libertar a su patria. En tanto que Ignacio Allende, por su formación en el ejército novohispano, sería el encargado de la organización y acción militar.

Es significativo que las conspiraciones que buscaban la Independencia, tuvieron lugar en ciudades levíticas, conventuales, de total dominio eclesiástico y de gran religiosidad, como lo es Santiago de Querétaro, por entonces centro de la vasta conjura, que había sido fundada el 25 de julio de 1531—día del Apóstol Santiago— donde hoy es el convento de la Cruz; en tierra habitada por indios chichimecas, otomíes y cucuchichiles, evangelizados inicialmente por los franciscanos, tras ser sometidos por el cacique de Jilotepec Fernando de Tapia, en alianza con los españoles al mando de Hernán Pérez Bocanegra y Córdoba.

Después, a esa “muy noble y leal ciudad de Santiago de Querétaro”, que es de suma importancia para el recuerdo de la libertad cívica de México, llegarían los dominicos, los agustinos, los carmelitas, los mercedarios y los jesuitas, todos a dejar una profunda huella de religión que aún perdura junto con la sobriedad del barroco espectacular del siglo XVII.

Aquel anhelo de libertad devino en la organización de juntas conspiradoras en varios lugares, principalmente en ciudades del Bajío, aunque sus planes no eran todavía muy claros. Aquellas reuniones, a las que acu-

dían más partidarios de la Independencia, que de las letras, se celebraban bajo el disfraz de una academia literaria. Todos esos movimientos eran secundados por los gobernadores de pueblos indios en la región.

Aquella ebullición subterránea era como el magma ardiente que estaba a punto de estallar. Ya en agosto de 1810, las juntas patrióticas estaban convertidas en activos centros de conspiración; militares de regimientos provinciales, curas de pequeñas feligresías, abogados, rancheros, comerciantes y algunos aristócratas, se reunían en secreto, fabricaban armas en la clandestinidad y se ganaban adeptos para una revolución<sup>15</sup>. Ese mismo mes, Ignacio Orduña —conspirador de Querétaro— se reunió con Morelos en Valladolid y ambos marcharon a Dolores a conversar con Miguel Hidalgo<sup>16</sup>.

El levantamiento se había convenido entre ellos para el 29 de octubre, como consta en la carta que le envió el padre Hidalgo al cura Morelos, fechada el 4 de septiembre, en la que le dice que el Corregidor de Querétaro así se lo ha confirmado y que, de acuerdo a la entrevista que sostuvieron entre ambos curas a fines de julio, le pide su participación y la de sus devotos feligreses<sup>17</sup>. El religioso vallisoletano había recibido el anuncio con entusiasmo e inició los preparativos para

<sup>15</sup> Fernando Benítez, *La Ruta de la Libertad*, Ediciones ERA, Alacena, primera edición 1960, p.23.

<sup>16</sup> Alejandro Martínez Carbajal, *op. cit.* p. 39.

<sup>17</sup> Mauricio Leyva, *La Masonería en el siglo XIX en México*, Senado de la República, Instituto Belisario Domínguez, México 2012, p. 45.

incorporarse a la lucha que en aquella misiva, a modo de clave, se le refería como la celebración del “gran jubileo”, es decir la iniciación del levantamiento armado en contra del gobierno español.

Sin embargo, a pesar del sigilo de las juntas, los espías del gobierno estaban informados de que se planeaba un levantamiento y los acontecimientos previstos tuvieron que precipitarse porque un traidor servil al virreinato, de nombre Mariano Galván —al que emularon otros—, denunció la conspiración y se corrió la voz haciéndola motivo de reacción contra los personajes descubiertos. En medio del desconcierto y las múltiples denuncias, el palacio del corregimiento —donde hoy es el palacio de gobierno del estado de Querétaro— se convirtió en detonante de la insurgencia.

Ahí, el Corregidor Ignacio Domínguez, que siendo uno de los mejores gobernantes de la época era también un hombre tímido y cometió una serie de errores. En lugar de convocar a los conspiradores y encabezar la revuelta, llamó a su mujer, apasionada de la conspiración, y desconfiando de su temperamento fogoso la encerró bajo llave, dejándola incomunicada. Aun así, a través de la cerradura, pudo decirle lo sucedido al alcaide de la cárcel Ignacio Pérez y lo instruyó para darle aviso a Ignacio Allende de lo ocurrido. A las diez de la noche entró Ignacio Pérez a San Miguel El Grande pero no encontró a Allende, se encontraba con el cura Hidalgo en el pueblo de Dolores, solo encontró a Aldama. Era el 15 de septiembre de 1810, ambos recorrieron

en apenas cuatro horas, las ocho leguas que separan a San Miguel de Dolores, en la provincia de Guanajuato, para encontrarse con Hidalgo e informarle que habían sido descubiertos.

En las primeras horas del día siguiente, el cura los recibió en su casa. Pérez entró directo a la habitación de Allende y le dio el recado de la Corregidora. Al poco rato llegó Mariano, el hermano de Hidalgo. El párroco de Dolores les invitó “un chocolatito” mientras los escuchaba y asimilaba que él y sus compañeros militares eran ya considerados criminales, perseguidos por el delito de rebelión, que entonces era el único delito imperdonable.

La cacería de rebeldes no tardaría en llegar y era preciso huir, era la propuesta de los militares, Hidalgo solo meditaba sin decir nada. Ellos le sugieren salir a Estados Unidos y ganar tiempo para reorganizarse, Allende insiste en ello, sin embargo, el párroco solo consideró dos opciones: esperar la aprehensión y la cárcel, o empuñar las armas en busca de la libertad. Optó por la firmeza de defender la causa de la Independencia y, de una buena vez, dar inicio a la guerra civil esperada por muchos años. “Caballeros, estamos perdidos, es el momento de ir a coger gachupines”, les dice a sus amigos conspiradores y se dio así la primera discrepancia entre Allende e Hidalgo.

Ante el titubeo de sus compañeros conspiradores, el clérigo asumió el mando de la insurgencia, tenía entonces 57 años. Mandó despertar a sus treinta obreros

y se dirigió a la cárcel. Ahí liberó a los presos, a quienes armó con piedras y palos y con ellos asaltó el cuartel, luego les ordenó aprehender a los españoles aristócratas del pueblo, mismos que para las cuatro de la mañana ya habían sido encarcelados. Acto seguido, se dirigió a la fachada de su hermosa parroquia, de estilo barroco mexicano churrigueresco, pero no entró a la sacristía donde tantas veces se revistió con los sagrados ornamentos.

A las cinco se oyó el toque del alba y en seguida ordenó a su campanero José Galván, “el Cojo”, repicar el *Esquilón de San José*, la campana del templo —a la postre conocido como *La Campana de Dolores*— como para llamar al pueblo a la primera misa y reunirlo en el atrio en esa madrugada del 16 de septiembre. Por ser domingo y día de mercado, acudieron muchos arrieros, campesinos, indios en su mayoría, vestidos de manta y descalzos. Ahí, junto a la hermosa fachada de columnas estípites de la iglesia de Nuestra Señora de los Dolores, el enardecido pastor arengó a los pocos congregados, con expresiones que la mayoría de los historiadores clásicos coinciden en que pudieron ser éstas:

¡Únanse conmigo! ¡Ayúdenme a defender la patria! Los gachupines quieren entregarla a los impíos franceses. ¡Se acabó la opresión! ¡Se acabaron los tributos! Al que me siga a caballo le daré un peso, a los de a pie cuatro reales.

¡Viva la religión católica! ¡Viva y reine por siempre en este Continente Americano nuestra sagrada patrona, la Santísima Virgen de Guadalupe! ¡Viva la Independencia! ¡Viva Fernando VII! ¡Muera el mal gobierno!

Su discurso de sencillas y precisas palabras tenían una carga de explosiva intención política. De esa manera, el ahora jefe insurgente, ajeno a la cultura de la guerra, en su frenesí exaltó la religión católica tan arraigada en el pueblo mexicano, de la que afirmó estaba en peligro, y consciente de que la Guadalupana había sido el consuelo y la esperanza de la raza indígena durante tres siglos, la exultó para adherir a los parroquianos de su curato.

También se dice que vitoreó al apabullado Fernando VII, quizá más por estrategia proselitista entre los sectores inconformes con el virrey, imagen visible del “mal gobierno”, pero acostumbrados a reverenciar al rey ultramarino. Aunque existe razonable duda de que haya evocado al rey, toda vez que el cura era de los conspiradores que pugnaban por una independencia absoluta de la Corona, como habría de evidenciarse en diversos momentos de lo que sería su corto período al frente de la insurgencia.

Aquel sencillo evento pueblerino de tan sacudida madrugada, sería de la mayor trascendencia y motivo de celebración nacional en la historia de México. Fue el detonante de un gran movimiento libertario de reivindicaciones políticas y sociales, con profundas motivaciones religiosas. Sentó las primicias para la formación

de la nación mexicana. A partir de ese momento, cualquier cosa podría ocurrir.

### La primera tropa y el estandarte insurgente

Esa misma madrugada, Miguel Hidalgo y Costilla, el cura convertido en jefe militar, todavía con su atuendo de sacerdote se puso a la cabeza de una revuelta desordenada a la que fue sin plan alguno; como él mismo aceptaría durante el interrogatorio de su juicio. A las once de la mañana, montado en un caballo prieto de poca alzada, dio la orden de marcha y el improvisado ejército de unos 600 hombres se puso en movimiento, sin idea de la disciplina militar, sin una estrategia que ejecutar y sin estructura definida.

Por la buena o por la mala, lo siguieron cientos de improvisados reclutas, inconformes y resentidos con el gobierno que consideraban partidario del “ateo Napoleón”. Los vecinos, los despidieron desde los balcones, observaban con curiosidad aquel extraño espectáculo, mientras el cura repartía saludos y se despedía de sus fieles.

A Mariano Abasolo —oriundo de Dolores, quien había participado en las conspiraciones de Valladolid y Querétaro y servía como capitán en el regimiento de Dragones de la Reina—, en medio de aquel trajín y al mando de una pequeña tropa, correspondió apoderarse de las armas y municiones que se encontraban depositadas en un arsenal, para ser repartidas entre los

insurrectos. Muy probablemente actuó en atención a órdenes de Allende, de quien siempre fue amigo leal y a quien debía su participación como conspirador.

El germen de aquella temeraria milicia fueron los ocho sirvientes de Hidalgo, sus 30 obreros, 70 presos y algunos centenares de campesinos, empleados y artesanos. Era el inicio de la gesta libertaria de la patria, que dejaría una larga estela de destrucción y muerte. Durante la última década se habían difundido presagios que anunciaban la proximidad del fin del régimen colonial, así como noticias alarmantes de ultramar que inquietaban a todos los sectores. Mientras tanto, la vida de Morelos discurría en sus constantes idas y vueltas entre su monótona parroquia caracuense y la bulliciosa ciudad de Valladolid<sup>18</sup>.

Los líderes naturales de los pueblos, en algunas regiones, hablaban y alardeaban, que pronto habría un levantamiento de emancipación, y hasta se asignaban jurisdicciones y tareas para cuando llegara el momento. La realidad era que la mayoría de aquellos súbditos del rey de España no tenían claridad de cómo, de repente, pasaron a ser insurgentes de una causa que apoyaban más por el impulso de una inconformidad colectiva cuyas motivaciones, si acaso, solo presentían.

Los dirigentes de la primera e impreparada tropa insurgente, sí tenían motivos claros de su proyecto, preponderantemente político. Anhelaban un gobierno sin

<sup>18</sup> Gerardo Sánchez Díaz y Ramón Alonso Pérez Escutia, *op. cit.*, p. 84.

corrupción, sin tiranía; aceptado por el pueblo y preocupado de una mejor vida para éste; que cancelara los tributos, suprimiera las diferencias raciales y aboliera la esclavitud. Aunque no tenían definición consensuada de un modelo de régimen para sustituir al que pretendían derrocar. Tan fue así, que pronto vendría la discrepancia sobre el grado de emancipación respecto de la Monarquía, lo que estimuló las pasiones políticas de algunos, comenzando con las del propio Hidalgo, que a menudo pondría en riesgo la de por sí limitada posibilidad de éxito de la guerra iniciada por aquella muchedumbre.

El mismo día de su integración como tropa, aquellas desaliñadas huestes enfilaron rumbo a Guanajuato. En el trayecto se irían adhiriendo labradores, propietarios de tiendas y expendios de alimentos. Todos hombres extraídos de las poblaciones, villas, haciendas y rancherías, que se oponían al pago de las desproporcionadas pensiones que exigía el gobierno<sup>19</sup>. Antes de pernoctar en San Miguel El Grande, Hidalgo dispuso hacer una breve parada en el hermoso Santuario de Jesús Nazareno de Atotonilco, de cuya sacristía tomó un lienzo con la imagen de la Virgen de Guadalupe a modo de estandarte que, en adelante, sería la bandera de armas del ejército independentista.

<sup>19</sup> Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, INHERM, *Historia de los Ejércitos Mexicanos*, México 2015, p. 83.

A partir de ese momento, la virgen de Guadalupe atrajo a las filas de la insurgencia a las masas indígenas, a miles de trabajadores y desempleados del campo y de las minas, que con todo y familias se sumaban a la bola. Así como curas, militares, licenciados e individuos pertenecientes a los sectores medios y populares de las ciudades. Todos se identificaban como católicos y guadalupanos. Muchos eran formados en las ideas de la Ilustración, ideología de moda, y del patriotismo criollo y tenían un proyecto político moderno y secular. Sin embargo, cada uno de esos grupos hizo de la Virgen de Guadalupe, emblema religioso y político de la insurgencia y centro de un culto patriótico, el emblema de su propia causa<sup>20</sup>.

Así de intempestivo fue el inicio de nuestra Gesta de Independencia, con aquella incitada tropa salida de la nada, abigarrada, descalza y de fieles guadalupanos, armada con palos, machetes, cuchillos, hondas con piedras, herramientas de arar, lanzas y algunas armas de fuego, que a su paso dejaban pueblos vacíos, porque sus habitantes se hacían insurgentes. Sus inconscientes integrantes —merecidamente reconocidos como héroes—, ante el temor de morir, matarían sin piedad y hasta con crueldad, lo que hizo de aquella vivencia una de las más terribles de la biografía de México

<sup>20</sup> Enrique Florescano y Moisés Guzmán, *Símbolos Patrios, la Bandera y el Escudo Nacional*, Gobierno de la República, Secretaría de Gobernación, Chapa Ediciones, México 2010, p. 115.

por sanguinaria, cruel y brutal. Así lo entendió en ese tiempo el obispo electo de Michoacán, Manuel Abad y Queipo, quien calificó la guerra como un fenómeno extraordinario sin prototipo ni analogía en la historia de los sucesos precedentes, esencialmente anárquica, destructiva de los fines que se proponía y de todos los lazos sociales<sup>21</sup>.

En 1810, la insurrección había tomado por sorpresa a casi todos. Fue en ese momento cuando en la capital novohispana comenzó a estructurarse de mejor forma la organización clandestina de *Los Guadalupe*, que aún era identificada por los pocos que la conocían y por sus miembros, como “el grupo del Águila”<sup>22</sup>.

### Semblanza del comandante en jefe

El osado sacerdote convertido en jefe militar del movimiento insurgente fue engendrado en una casa de rancho en Pénjamo, en la hacienda de San Diego de Corralejo, intendencia de Guanajuato. Sus padres, don Cristóbal Hidalgo y doña María Gallega, españoles ambos, pertenecían a la clase media acomodada. Fue el segundo de cinco hijos, todos varones. Nació el 8 de mayo de 1753 en Cuitzeo de los Naranjos, ahora llamado Abasolo.

<sup>21</sup> Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, *op. cit.*, p. 81.

<sup>22</sup> Virginia Guerra, *op. cit.*, pp. 71 a 76.

Recibió el baño sacramental del bautizo en una capilla que fue sustituida por la actual parroquia. Lo llamaron Miguel Gregorio Antonio Ignacio Hidalgo y Costilla Gallega Mandarte y Villaseñor, quien gozaría una niñez y juventud sin penurias económicas, todo lo tendría a la mano. Era época de paz y bonanza para la Nueva España, en nombre del rey Fernando VI gobernaba en la Ciudad de México el virrey Francisco de Güemes, mejor conocido como el conde de Revillagigedo.

Allá en el Bajío, creció fuerte y alegre con sus amigos de la hacienda, aprendiendo de las personas rudas y sencillas de la región, siempre pegado con Joaquín, su hermano mayor. Ambos recibieron de su padre las lecciones de las primeras letras. La tranquila vida del campo se vio truncada cuando quedó huérfano de madre a los nueve años, fue el primer golpe que forjaría su carácter, y que dejó una profunda marca en Miguel. La pequeña y rústica capilla de la hacienda se volvió el refugio donde iba a rezar para sentirse cerca de su madre. En ese fervor propio de la niñez, creyó descubrir una vocación para servir a sus semejantes a través de la religión<sup>23</sup>.

En 1766, cumplidos los 12, junto con su hermano Joaquín fue enviado por su padre a Valladolid —la joya occidental del virreinato y capital eclesiástica de toda la región—, a estudiar en el Colegio Jesuita de

<sup>23</sup> Francisco Javier Luna, *Miguel Hidalgo y Costilla, biografía*, Mexicanos Ilustres, Editores Mexicanos Unidos, México 2013, pp. 10 y 11.

San Francisco Javier. Para los jesuitas, la educación era un deber sagrado; con ella formaban el espíritu de la juventud y proporcionaban gente ilustrada y capaz, para las distintas necesidades de la administración y la sociedad. Todos sus colegios eran gratuitos y estaban repartidos a lo largo y ancho del territorio novohispano. Los movía la convicción de tener una misión divina como guías de los gobernantes, que los hacía entrometerse en política de manera constante y por ello se les consideraba rebeldes potenciales, lo que derivó en que las autoridades reales se convencieran de que los jesuitas debían dejar de existir y ordenaron suprimir la orden.

Ahí en su colegio, siendo adolescente, Miguel fue testigo de la opresión que le dejó una inquietud permanente, cuando en 1767, estando en clase, irrumpieron los soldados reales para leer un edicto del Rey que, desde Madrid, ordenaba la expulsión de los jesuitas. Éstos, desde su llegada impulsaron un sentimiento ecuménico, fundamentado en el regionalismo, y habían propiciado la formación de élites de poder eclesiástico y político, leales al Papa antes que al Monarca, en las cuales surgió una sensibilidad nacionalista<sup>24</sup>. El hecho de ver cómo a sus maestros que admiraba, los escoltaron a Veracruz para ser enviados y reclusos en Italia, dejó en él una profunda huella, parecida al resentimiento.

<sup>24</sup> Ernesto de la Torre Villar, *op. cit.*, p. 458.

De la lectura de aquel mandato, dos frases que escuchó, representativas de un gobierno opresor, le habían llamado poderosamente la atención y las guardó en su memoria. La primera:

Las razones de la expulsión las guarda el monarca en su real pecho.

Y la segunda:

Sepan ustedes, súbditos del gran monarca español, que han nacido para callar y obedecer y no para discutir las altas órdenes del gobierno.

Esto es, nadie tenía derecho a saber los motivos del trono para echar a quienes eran mentores del pueblo; a éste solo le correspondía enterarse y acatar. Aquel suceso trajo desconcierto y provocó expresiones sociales de rebeldía, que se dieron en todos los territorios del reino por la defenestración de los religiosos, que Miguel consideró injusta y le sembró en la mente, despierta e inquisitiva, la idea de enfrentarse un día a esa forma de gobernar.

Al ser clausurado su plantel escolar, los hermanos Hidalgo volvieron a casa por unos días, después su padre los envió al pueblo donde él nació, Tejupilco, para que ahí pasaran un año de vacaciones forzadas. Entre juego, curiosidad y deseo de conocimientos, Miguel aprendió el idioma otomí, como antes había aprendido

el náhuatl y el purépecha, y como después estudiaría latín. Ambos hermanos regresaron a Valladolid como alumnos internos del venerable colegio de San Nicolás, donde Miguel estudió francés —el idioma culto de la época—, además de artes y filosofía, y pronto adquirió fama como alumno avanzado. Sus compañeros lo miraban con envidia, admiración y recelo por igual. Por astuto y taimado, recibe por apodo el *Zorro*, que sería su carta de presentación a lo largo de su vida.

En 1773, en compañía de su inseparable hermano, concluyó el bachillerato para acudir a la Real y Pontificia Universidad de México, en la capital del Virreinato, única que podía otorgar títulos dentro del territorio novohispano de la época. Tras presentar sus papeles y pagar los derechos correspondientes, Miguel y Joaquín fueron examinados y cerraron esa etapa de sus vidas al recibir, cada uno, el título de Bachiller en Artes<sup>25</sup>.

En ese momento Miguel contaba con 17 años, su espíritu es en extremo indagador y su voluntad oscilante. Su curiosidad lo lleva a probar la vida en fiestas, parrandas, dudosas compañías y festivas borracheras que le merecen ser reprendido por su padre. Entonces aprende el valor de la discreción, pero no el de la obediencia. Al igual que su hermano, desea seguir el camino del sacerdocio, quizás en recuerdo del compromiso de infancia hecho en la capilla de su natal Corralejo, o tal vez porque, en esa época, es la única vía para seguir

<sup>25</sup> Francisco Javier Luna, *op. cit.*, pp. 19 a 21.

el camino del conocimiento y tener una forma estable de vida.

Al concluir su segundo ciclo de enseñanza que duró dos años, los hermanos nuevamente son aprobados sin mayores complicaciones y regresan a Valladolid a continuar su carrera eclesiástica, durante la cual hace de la filosofía francesa su fundamento ideológico y abraza el ya difundido anhelo velado de independencia, en el grupo social al que él pertenecía: el criollo, porque aunque su fe de bautismo dijera “español” no era un español de España, sino de México.

En agosto de 1778, a los 25 años, al igual que su hermano Joaquín, recibió la orden mayor de presbítero y con ella era ya un sacerdote en toda regla y podía celebrar la eucaristía, bautizar, casar y absolver los pecados. A partir de entonces, desde el púlpito y en tertulias sociales, Miguel dejaba escuchar sus opiniones donde se burlaba, velada y abiertamente, del ámbito académico, de la Iglesia y de todo el orden novohispano. Tras una sucesiva vivencia de triunfos y méritos que lo destacan como hombre astuto y de privilegiada inteligencia que soñaba con una sociedad diferente, más igualitaria y menos dogmática, en el año de 1781 regresó al Colegio de San Nicolás, primero como tesorero y más adelante como vicerrector.

En 1789 le impactó la noticia del estallido de la Revolución Francesa que para él fue sugerente de una idea libertaria en la Nueva España. En enero de 1790 ascendió al cargo de rector, llegando así a la cima de su

carrera académica. Ese mismo año la vida de su padre, a quien visitaba con frecuencia, terminó de manera natural<sup>26</sup>. Miguel disfrutaba su desempeño como rector, rodeado del afecto de sus estudiantes.

Era un conversador lleno de encanto, de lenguaje fácil e insinuante; un hombre fecundo, alegre y aficionado a la música, lo mismo que al juego y a los placeres de la mesa y de la tertulia. Por su fuerte y carismática personalidad, por sus juicios críticos y su habitual ironía, llegó a ser considerado “irrespetuoso”, “peligroso innovador” y hasta “herético”. Las constantes quejas llegaron ante el obispo Antonio de San Miguel, prelado queridísimo por su grey y respetado por su obra social, sobre todo por la construcción del hermoso acueducto —entre 1785 y 1789— que aún luce majestuoso en Morelia y es orgullo de sus habitantes.

El caso es que este hombre sabio y justo, muy a su pesar por la estima que sentía por Hidalgo, decidió en febrero de 1792 despojarlo de la rectoría. Lo hizo renunciar a ser catedrático y tesorero del Colegio de San Nicolás, para enviarlo al curato del lejano villorrio de Colima, donde como arrinconado párroco destacó por darle magnificencia al culto e intensificar la enseñanza del catecismo entre los indios.

Para terminar de quitar la administración eclesiástica a los franciscanos de San Felipe, el obispo San Miguel, que reconocía el talento de Hidalgo y sabía de su

<sup>26</sup> *Ibid*, pp. 35 y 36.

recia formación canónica y teológica —además de que le tenía estima—, decidió enviarlo a ese pueblo, conocido como San Felipe Torres Mochas, así llamado porque en aquel tiempo el templo parroquial tenía la torre a medio construir. Ahí viviría diez años en una casa modesta en la calle de Alcantarilla, que sería famosa con el nombre de “la Francia Chiquita”, aludiendo al afrancesamiento de las fiestas y eventos que ahí solía realizar el padrecito, quien traducía y representaba para sus feligreses y amigos las obras principales de Moliere y de Racine.

Su conocida actividad creadora la desplegó en lo social para resolver los asuntos más apremiantes de su comunidad parroquial, como nadie había hecho antes. Por su laxa forma de ser, fue intrigado por los franciscanos de Taximaroa —hoy ciudad de Hidalgo, lugar frecuentado desde sus días de rector en San Nicolás— donde el cura tuvo las peregrinas ocurrencias de afirmar que “Dios no estaba en este mundo”, y que “la Iglesia estuvo manejada por hombres ineptos, incluso un santo canonizado, el Papa Gregorio VII”, que “en las Sagradas Escrituras no constaba la venida del Mesías” y que “el coito no era pecado”. Y hubo de enfrentar por ello un proceso incoado por la Inquisición<sup>27</sup>.

Alejado de la carrera académica entró en contacto con la geografía humana, aprendió a percibir los latidos del pueblo en las circunstancias más apartadas y marginadas. Se involucró en la vida del campesino y

<sup>27</sup> Francisco de la Maza, *op. cit.*, pp. 134 a 136.

del artesano, del comerciante y del rentista, del indio y del mestizo, del criollo y del español, que serán en adelante sus feligreses. Como cura pueblerino fue testigo del hambre, del miedo y de la desigualdad social. Esa realidad le acrecentó la preocupación auténtica, no solo por las necesidades espirituales de la feligresía sino por su realidad social y carencias materiales que deseaba transformar. En efecto, aquella experiencia lo llevó a procurar el mejoramiento de sus comunidades parroquiales desde la agricultura y el fomento de las industrias, particularmente la alfarería. Pero también le hizo comprender el explicable resentimiento de los oprimidos indios que predispusieron su propio ánimo.

Siendo un hombre familiarizado con los trabajos del campo desde su infancia, al recrudecerse la hostilidad de la Corona con la carga de tributos a los indios, decidió separarse unos meses de la parroquia de San Felipe para ponerse al frente de sus tres haciendas: Xaripeo, Santa Rosa y San Nicolás. Siendo generoso y de bolsa siempre abierta para los demás, con el producto de sus ranchos rústicos —donde criaba toros de lidia— ayudaba a pagar las deudas de sus feligreses y evitar así que fueran azotados. En ese afán terminó vendiendo sus fincas para hacer obras de caridad, lo que le ganaba el cariño de sus feligreses, así como la amistad y respeto de los mejores hombres de su época.

Hidalgo, según la descripción que de él hiciera Lucas Alamán, era un hombre de mediana estatura, cargado de espaldas, de color moreno y vivos ojos verdes,

la cabeza algo caída sobre el pecho y bastante cano y calvo; vigoroso aunque no activo y pronto en sus movimientos. Era amigo de los buenos libros y de los buenos vinos; le gustaban el juego y la fiesta brava. Como la mayor parte de los intelectuales, era desaliñado y vestía a semejanza de los curas rurales un capote de paño negro, sombrero redondo y un bastón grande.

Le distinguía una personalidad incandescente, con un agudo sentido de la teología y de gran sensibilidad social. Estudiante del pensador jesuita español del siglo XVI, Francisco Suárez, quien fue autor de la teoría del tiranicidio, del derecho a dar muerte al tirano; es decir, de la posibilidad de matar al gobernante que se ha convertido en un déspota o criminal; y que además justificaba que un sacerdote podría convocar a rebelarse al tirano. En aquellas dolientes y aciagas circunstancias, el tiranicidio fue una opción que llegó a considerar el párroco.

A principios del siglo XIX, su hermano José Joaquín era cura de la Congregación de Nuestra Señora de los Dolores, a quien hubo de sustituir al fallecer en septiembre de 1803. Ya establecido en la magnífica iglesia de dos altas torres de la parroquia de Dolores, donde el pueblo era grande, nada rico y muy religioso, se apoyó en tres vicarios para las tareas espirituales. Al mismo tiempo irrumpió en el monopolio español, que limitaba la actividad productiva a la vinicultura y a la textilería.

Rompió la exclusividad de los gachupines y en favor de los indios y mestizos a su tutela, instaló talleres de alfarería, curtiduría, apicultura, talabartería, carpintería y herrería; plantó árboles morales y vides, puso criaderos de gusano de seda. Mandó traer colmenas de La Habana, de manera que en su casa se producía cera y miel. Él mismo leía a sus trabajadores tratados industriales y les enseñaba con sus manos a manejar las herramientas<sup>28</sup>. Todo, para que los pobres del pueblo aprendieran diversos oficios y se volvieran obreros especializados.

El general español José María Calleja, también llegó a describir en tres palabras a Miguel Hidalgo, lo llamaba “el curtía cabrón”. Lo conoció unos diez años antes de que éste iniciara la lucha independentista y de que a él le tocara perseguirlo para aniquilarlo. Calleja había residido en San Luis Potosí, donde se desempeñó como capitán de infantería de aquella intendencia, y donde había contraído matrimonio con una criolla. Se conocieron en los primeros años decimonónicos, en una plaza de toros, precisamente en aquella ciudad que era un importante centro minero del oro y la plata. Tras la muerte de Hidalgo, el militar realista solía tildar al religioso criollo como buena gente, como un tipo extraordinario que ponía de buen humor al que

<sup>28</sup> Fernando Benítez, *op. cit.*, p. 13.

tuviera enfrente, con un raro talento para engatusar a las personas<sup>29</sup>.

A partir de 1808 el padre Hidalgo solía reunirse con un grupo de amigos entre los que había altas autoridades civiles y eclesiásticas, comerciantes e industriales de fortuna. Con ellos gustaba hablar de filosofía, ciencias y letras. También sesionaba con otros amigos, criollos hostiles a España en su mayoría, conscientes de su novohispanidad, con quienes charlaba principalmente de temas políticos, en un tiempo en que los criollos solían decir con orgullo: “Yo no soy español, soy americano”.

En 1809 se unió a una sociedad secreta formada en Valladolid —muy probablemente la de Los Guadalupe—, que pretendía formar un Congreso para gobernar la Nueva España en nombre del rey Fernando VII, preso de Napoleón. Estaban involucrados los militares José María García Obeso, José Nicolás de Michelena, Mariano Quevedo, José María Abarca; los eclesiásticos Manuel Ruiz de Chavez, cura de Huango, y fray Vicente de Santa María; así como los licenciados José Mariano de Michelena y Soto Saldaña; además de personajes influyentes como José María Izazaga, Lorenzo Castillo, Antonio Cumplido, Antonio Castro y varios más.

En aquellas tertulias secretas desarrollarían un discurso con argumentos favorables a su causa: si el criol-

<sup>29</sup> Irving Reynoso, *Calleja y Morelos, las memorias de un insurgente desconocido*, Ediciones B, México 2011, pp. 21 y 22.

llo posee un territorio vastísimo y fértil, henchido de oro y plata, además de facultades físicas, intelectuales y volitivas sobresalientes y una cultura equiparable a la europea, es claro que no necesita de la tutela de metrópoli alguna, menos si ésta es inferior a la colonia y no se justifica depender de ella; si los metropolitanos tratan de arrebatar a los nacidos en la Nueva España la riqueza, entonces el derecho a la independencia se vuelve una necesidad y para los nativos se vuelve un deber, hacer de México la nación más poderosa del orbe.

En las susodichas reuniones, con tales razonamientos, comenzó a pesar la idea en Hidalgo de que sería absurdo, por un exceso de fidelidad, no separarse de España<sup>30</sup>. Al ser descubiertos los conjurados, la conspiración se trasladó a Querétaro, a la casa de los Corregidores, a donde Hidalgo —como ya dije antes— habría sido invitado a integrarse por Ignacio Allende, originario de San Miguel El Grande, donde también alentaba la insurrección.

### Inicia la ruta bélica del padre Hidalgo

Cerca del medio día de aquel señero 16 de septiembre de 1810, avanzaron las turbas encabezadas por Hidalgo, Allende y Aldama. Estos últimos, que reconocían el liderazgo social de Hidalgo, se disciplinaron y pu-

<sup>30</sup> *Ibid*, pp. 159 a 164.

sieron a las órdenes del cura rebelde, quien entonces contaba con 57 años. Con ellos al frente, emprendieron la marcha aquellos 600 hombres alborotados que integraron la primera formación insurgente. En una confusión de sentimientos, con amor mariano y odio al mal gobierno, gritaban “¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe y mueran los gachupines!”. Comenzaba así, muy de prisa, la revolución del cura de Dolores, y pronto también, crecería como la mala hierba.

Antes de salir de Dolores, en la hacienda de la Erre —una de las más antiguas de México, fundada en 1535—, el administrador les ofreció un magnífico almuerzo y el novel ejército recibió en donación instrumentos de labranza a modo de armas. Ahí, Hidalgo formó el primer Estado Mayor del Ejército Insurgente. Aquella columna insurrecta salió de la Erre a las dos de la tarde. En el trayecto se irían sumando otros y los caminos domésticos se convertirían en una ruta nacional hacia la libertad de México.

Hidalgo con su tropa llegó a Atotonilco a las cinco de la tarde, era parte de su parroquia. Famoso el lugar por su milagroso santuario, su casa de ejercicios, sus seis templos recamados de oro con imágenes benditas, a donde de todos lados llegaban peregrinaciones. En este Santuario había celebrado su matrimonio Ignacio Allende en 1802<sup>31</sup>. El vicario don Remigio González los recibió y les sirvió chocolate en la sala. Hidalgo, con profundo conocimiento

<sup>31</sup> Francisco de la Maza, *op. cit.*, pp. 168, 169, 181 y 185.

del pueblo y de su religiosidad mariana, tomó un cuadro con una pintura en lienzo de la Virgen de Guadalupe. Con ella improvisó un estandarte y agitándolo frente a sus seguidores, gritó inspirado: “¡Viva nuestra Madre Santísima de Guadalupe! ¡Viva la América!”.

Cuando Hidalgo abanderó a su tropa con el estandarte guadalupano, provocó que la gente aclamara de rodillas a la Virgen y les transmitió la certeza de que estaban en una lucha justa y santa. Les hizo sentirse protegidos del cielo con una madre también santa, que les servía de inspiración, defensa y consuelo. Así, Hidalgo hizo a la Virgen partidaria de la Independencia y símbolo de su lucha. Ahí se dio una gran adhesión de seguidores.

El Ejército Insurgente irrumpió en la rica e industrial población de San Miguel El Grande, ciudad pequeña con un armonioso despliegue de iglesias y conventos, así llamada en honor a Fray Juan de San Miguel, el franciscano que lo evangelizó y fundó en 1542. Por la calle de la Concepción llegaron 6 000 rebeldes que, en su papel de nuevos soldados, con la venia del Primer Comandante saquearon el pueblo que se había entregado a Hidalgo sin resistencia. Liberaron a los criminales que estaban presos y encarcelaron a los europeos. Fue la primera ciudad importante, rica y culta, a donde llegaron los insurgentes, que ahí permanecerían dos días.

En aquel escenario de historia y de belleza en sus templos, casas y colegios, ahora convertido en cuartel de guerra, había nacido Ignacio Allende. Ese día, el primero de la lucha armada, los insurgentes dieron

inmerecido trato a la ciudad que mantuvo el fuego de la conspiración que se había extinguido en Valladolid.

Al Padre Hidalgo le llevaron un cofre con monedas que habían tomado del domicilio de Don Loreto María de la Canal, el hombre más rico del pueblo. Desde el balcón de la vivienda que ocupaba —propiedad de Landeta, uno de los españoles llevados a prisión— les arrojó las monedas a sus seguidores: “Tomen Hijos que todo esto es suyo”, les dijo<sup>32</sup>. Al día siguiente comenzaron las desavenencias entre los caudillos. En la casa de Allende, éste le hizo ver a Hidalgo su desacuerdo con el pillaje que amenazaba la gobernabilidad pretendida y le propuso a hacer una pausa para juntar y entrenar 16 000 hombres antes de continuar con aquella precipitada y desordenada aventura. Hidalgo no quería rigorismos con la tropa y se inclinaba, incluso, a tolerar sus desmanes.

El reclamo de Allende, que insistió en la disciplina, era el inicio de una soterrada lucha por el poder con el religioso que mal comenzaba su desempeño como jefe militar y político de la insurgencia. Los dos creían tener la razón en la discusión y ninguno cedía. En su apresuramiento y arrebató, Hidalgo lo ignoró, ya traía consigo un brote de arrogancia autoritaria, muy común en quienes no alcanzan a dimensionar el principio de autoridad como una obligación de servir a un propósito con juicio justo. En lo sucesivo, con frecuencia con-

<sup>32</sup> Lucas Alamán, *op. cit.*, 1942, t. II, p. 246.

fundiría la autoridad con la imposición caprichosa, lo que derivaría en anarquía entre sus tropas.

El día 19, ya con unos 1 500 hombres en filas, salieron de madrugada hacia Chamacuero —hoy Co-monfort— y llegaron a medio día. Desde ese lugar, de calles estrechas e irregulares, que tanto había visitado Hidalgo cuando era cura de San Felipe Torres Mochas, el ahora mandamás del bando insurgente repartió armas y parque a las tropas, juntó algún dinero y mandó aprehender al cura por oponerse a la causa de la Independencia. Pasaron por San Juan de la Vega y Apaseo el Grande, donde el cura militar descansó unos momentos.

Antes del anochecer arribaron a la hacienda de Santa Rita, desde donde los jefes insurgentes enviaron amenazante intimación al Ayuntamiento de Celaya —donde estaban refugiados muchos españoles—, para que les fuera entregada la ciudad a discreción, a cambio de ser “tratados con humanidad”, de lo contrario serían tratados con todo rigor y serían degollados 78 europeos que traían consigo. Los frailes gachupines del convento del Carmen, vestidos de charros y montados a caballo, en vano recorrieron las calles exhortando al pueblo para que se defendiera.

Al no recibir respuesta, los insurgentes ingresaron a la ciudad sin recibir resistencia, eran más de 4 000 hombres, algunos criollos pueblerinos, muchos rancheros, pocos con armas de fuego, otros con lanzas y los más con machetes, hondas y palos. Era el amanecer

del día 20, Hidalgo iba al frente portando el estandarte guadalupano, su entrada fue solemne<sup>33</sup>. Los españoles habitantes del lugar habían huido hacia Querétaro.

Ya en posesión de la plaza, los recién llegados se entregaron al rutinario saqueo; el propio Hidalgo estuvo tirando dinero a puñados desde los balcones del mesón de Guadalupe en que se alojó, mientras la multitud lo vitoreaba y gritaba “¡mueran los gachupines!”<sup>34</sup>. Por esas denigrantes acciones, Aldama manifestó su disgusto al cura, quien de mala gana le respondió que él no sabía otro modo de hacerse de partidarios<sup>35</sup>. Lo que sí reprobó y castigó con la pena de ordenanza, que es la muerte, fue el abuso contra las mujeres del lugar.

El día 21 de septiembre, Hidalgo envió al intendente Riaño, a Guanajuato, una larga y respetuosa carta, escrita en tono conciliador, donde le planteaba claramente el dilema: paz y felicidad o guerra desastrosa, y le conminaba a entregar la plaza en cuanto llegara la fuerza insurgente. Riaño vería en la carta un reto y le contestaría de manera insultante que lo esperaba con su chusma. Ese mismo día, en una llanura de las inmediaciones de Celaya, ocurrió un evento de gran trascendencia: se pasó revista a la tropa y se nombró a Hidalgo capitán general, a Ignacio Allende tenien-

<sup>33</sup> Carlos Herrejón Peredo, *La Ruta de Hidalgo, 16 de septiembre, 1810, 30 de julio 1811*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, INEHRM, México 2012, p.12.

<sup>34</sup> Francisco de la Maza, *op. cit.*, pp. 213 y 214.

<sup>35</sup> Lucas Alamán, *op. cit.*, t. II, pp. 247 y 248.

te general, y mariscal a Aldama. Después, en la iglesia de San Antonio se celebró misa frente al estandarte guadalupano tomado del santuario de Atotonilco y se dieron las gracias. El ayuntamiento convalidó el reconocimiento a los tres principales jefes. Tras un festivo desfile, Hidalgo se estrenó en el cargo conferido con una arenga. Aquel suceso marcó la legitimación pública del caudillaje.

Al siguiente día, sábado 22, el capitán general partió con su ejército a Guanajuato. Tras breves paradas en El Aguaje, actual Villagrán, y en Molino de Sarabia, el lunes 24 llegó a pernoctar a la barroca Salamanca, otra de las ciudades de paso en su juventud. Se adjudicó el dinero que encontró en el majestuoso convento de San Agustín, que dominaba el paisaje, y envió varios contingentes a proseguir la insurgencia por distintos rumbos del altiplano.

En aquella ciudad que se distinguía por sus casas con fachadas de ladrillo, ahora en su papel de jefe militar, escribió la primera proclama que reivindicaba el movimiento revolucionario y urgió a los criollos a unirse a la guerra, motivada por la religión, implorando a Dios la victoria. En ese emblemático lugar del Bajío, también recibió la ruda noticia de que su amigo Abad y Queipo lo había declarado excomulgado<sup>36</sup>.

<sup>36</sup> Carlos Herrejón Peredo, *Testigos de la Primera Insurgencia: Abasolo, Sotelo, García*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, INEHRM, México 2009, pp. 90 y 91.

Al amanecer del 25 salieron hacia Irapuato, antes de llegar y entrar a sus estrechas y desordenadas calles, saquearon la próspera hacienda de Temascatío, que era punto de abastecimiento y descanso en el Camino Real. Por la noche, la hermosa fachada de la parroquia de San Francisco fue mudo testigo de la llegada del ya numerosísimo ejército encabezado por el excomulgado Hidalgo, eran cerca de 9 000 hombres erigidos en ejército rebelde. Pueblo y autoridades lo recibieron con algarabía y el alcalde puso su bastón de mando a los pies del Caudillo.

En aquella floreciente ciudad, almacén de pueblos mineros y centro importante del comercio de la región, el capitán general comisionó a don José Antonio Torres, mestizo oriundo de la antigua provincia de Guanajuato, para insurreccionar la Nueva Galicia. Era mayordomo de una hacienda donde lo apodaban “El Amo”, se trataba de un hombre rústico e iletrado, pero reconocido por su astucia, viveza, actividad y valor, que al grito de “Viva la Virgen de Guadalupe” hizo florecer la insurgencia en su jurisdicción y destacaría como uno de los principales cabecillas de la misma<sup>37</sup>.

Antes de despuntar el alba, el día 27 cruzó por los pequeños poblados de Calera y Jaripitío —hoy municipio de Aldama— y prosiguió hasta la entonces opulenta hacienda de las Burras, donde fue recibido con todo

<sup>37</sup> José María Miquel i Vergés, *Diccionario de Insurgentes*, Editorial Porrúa, México 1969, p. 569.

comedimiento y el pueblo se entregó ya de manera voluntaria a la insurgencia. En reunión del capitán general con los principales jefes se deliberó sobre la toma de dicha ciudad y fue redactada otra misiva, con intimación final, enviada al militar e intendente de Guanajuato, don Juan Antonio de Riaño y Bárcena, donde se le daba cuenta del propósito de la Causa: “Proclamar la independencia y libertad de la nación”, y se le proponía entregar Guanajuato en forma pacífica.

### La matanza de Guanajuato

Al día siguiente por la mañana, después de que uno de los capellanes de Hidalgo dijera misa a la tropa junto a la fachada lateral de la iglesia, partieron rumbo a Guanajuato, la más célebre, rica y hermosa de las ciudades mineras de México, levantada sobre lo que otrora había sido una población tarasca. Allende decía que tan conspicua ciudad era digna de ser “la capital del universo”, figuraba entonces como la segunda del virreinato y tenía 70 000 habitantes. Humboldt, que la había visitado en 1804, escribió de ella que: “Es admirable ver en este sitio salvaje grandes y hermosos edificios rodeados de las cabañas miserables de los indios”.

A la una de la tarde del día 28, el desparpajado e indisciplinado ejército insurgente comenzó a entrar en forma abrupta a la ciudad de callejones insospechados y encantadores, los pobladores lo recibieron

con aclamaciones y repiques de campanas. Ese día se presentó ante el cura caudillo, para ofrecer sus servicios en favor de la causa, el inteligente y dinámico potosino Mariano Jiménez, entonces estudiante de minería, quien por sus méritos, disciplina y lealtad, pronto ascendería a coronel.

El valeroso y culto Riaño, realista fervoroso, rechazó una vez más la petición de Hidalgo. Había decidido defenderse de su antiguo amigo que ahora le demandaba rendir la plaza a su cargo, pidió ayuda al jefe de operaciones contrainsurgentes Félix María Calleja que estaba en San Luis Potosí. Mandó repartir armas a la “plebe”, como acostumbraba llamarse al pueblo; atrincheró hasta donde pudo las calles de acceso a la Alhóndiga de Granaditas, donde se había resguardado junto con casi todos los españoles residentes —niños, hombres, mujeres y ancianos—, la tropa, las municiones, el dinero público, los archivos de la ciudad y los víveres disponibles.

Los inexpertos milicianos rodearon el Castillo —así llamaba el pueblo a la Alhóndiga—, se apostaron en los cerros del Cuarto y San Miguel. Hidalgo y Allende, con los mejores soldados del Regimiento de la Reina, subieron a la garita del Hormiguero. El capitán general daba órdenes desde el cuartel del Regimiento del Príncipe. Al poco tiempo, el fuego de los españoles chocó con las pocas balas y las muchas piedras de los furibundos rebeldes. Fue ahí donde un joven minero del pueblo, Juan José de los Reyes Martínez, apoda-

do “El Pípila” —de quien prevalecen dudas acerca de su existencia—, tras una hora de conflicto y protegido con una losa de piedra en su espalda, lograría incendiar con ocotes la puerta del refugio realista y despejar así el acceso de los furiosos insurgentes.

De lo que no hay duda es que éstos lograron ingresar a la Alhóndiga. Minutos antes cayó Riaño en los escalones de la entrada, fue muerto de un certero balazo en el ojo izquierdo cuando regresaba de reforzar las trincheras exteriores. Antes le había escrito al virrey Venegas informándole que se había fortificado y pelearía hasta morir con los hombres que tenía a su lado. Murió con toda entereza y dignidad por la causa que él consideraba justa. Metieron apresuradamente su cadáver a la Alhóndiga, su hijo Gilberto, que lo adoraba, enloquecido trató de suicidarse, pero sus amigos le arrebataron la pistola<sup>38</sup>.

Ya en el interior, los viejos enemigos estuvieron frente a frente, sobrevino una matanza despiadada y horrible, una de las peores masacres de aquella guerra. Más de 500 cadáveres destrozados a golpes, puñaladas y machetazos yacieron esa noche en el patio, corredores y graneros de la Alhóndiga, era la consecuencia del odio acumulado que el sistema colonial se había empeñado en fomentar durante tres siglos.

Las imágenes de horror que el pintor español Francisco de Goya pintara en su serie de grabados llamada

<sup>38</sup> Fernando Benítez, *op. cit.*, p. 57.

*Los Desastres de la Guerra*, en esa misma época, a propósito de la Guerra de Independencia Española, se hicieron vivas y crudas reproducciones en ese inolvidable día en que la sangre de indios, mestizos y españoles, se encharcó en la Alhóndiga. Después vino el saqueo de la ciudad, miles de hombres desquiciados rompían las puertas de las tiendas y comían y bebían hasta hartarse. Abundaron los asaltos a viviendas de españoles; los indios, descalzos, ebrios y exaltados, se ponían las casacas bordadas de oro sobre sus pobres vestidos de manta y embrutecidos cometieron más asesinatos que ensangrentaron la ciudad.

Hidalgo, que se apersonó después de la matanza, quedó atemorizado al presenciar el dantesco lugar que revelaba el despiadado comportamiento de su indómita tropa. Cuando pretendió cesar el desorden mediante un bando que publicó el 30 de septiembre, no fue obedecido, la incontenible plebe siguió el insaciable festín del pillaje<sup>39</sup>. No había sabido o no quiso ejercer el mando —que de modo legítimo se le había otorgado— para contener el desenfreno de sus seguidores que se prolongaría durante tres días.

Ese suceso de infeliz memoria en la historia nacional, dejó claro que Miguel Hidalgo, el que había sabido responder a su vocación sacerdotal, aun con sus naturales defectos, no parecía estar hecho para asumir la responsabilidad militar que había aceptado y a la que se

<sup>39</sup> Lucas Alamán, *op. cit.*, t. I, p. 282.

precipitó sin preparación ni planeación alguna. Aquel día de la masacre se hizo evidente que donde no hay autoridad manda la anarquía, y no la hubo. Había un responsable del mando que se quedó en el pobre papel de espectador estupefacto, incapaz de hacer valer su función de comandante para establecer límites y encauzar, con sentido de responsabilidad, la energía desbordante que él mismo había estimulado a grado de torrente, cuando convocó a la insurgencia.

Se trataba de coger gachupines, sí, pero no perdiendo el sentido de justicia que inspiró aquella lucha, no superando los abusos y humillaciones de los peninsulares en una desenfrenada venganza que deslegitimaba la acción y traicionaba la noble causa. Un buen jefe, sobre todo uno militar, jamás debe quedarse pasivo o inactivo, debe sobreponerse e influir en los acontecimientos para no ser dominado por ellos, y el inseguro capitán general de aquellos insurgentes, en su vacilación, se volvió cómplice de lo ocurrido, en lugar de desautorizar o reprender lo que a la postre generó desconfianza y vino a darle desprestigio personal ante muchos, incluidos sus oficiales, al comandante en jefe del ejército llamado a liberar de la injusticia a la joven nación mexicana.

En los siguientes días, cuando se unió al contingente Mariano Jiménez, Hidalgo nombró autoridades insurgentes, comisionados para diversas regiones que mucho contribuirían a que la insurgencia abarcara mayor territorio y penetrara en el entusiasmo popular.

Mandó fundir cañones, intentó acuñar moneda, hizo un rápido viaje a Dolores y después, el 10 de octubre por la mañana —dejando una ciudad destrozada y ensangrentada, ultrajada y envuelta en miedo— retomó la ruta de su ejército, ahora rumbo a Valladolid, haciendo creer al gobierno virreinal que marchaba a Querétaro. Jamás regresaría al escenario de su primera experiencia sanguinaria, sólo su descarnada cabeza retornaría un año después, tras su fusilamiento en Chihuahua, para ser injuriosamente colocada, a modo de tétrica advertencia, en la esquina que mira al norte en la Alhóndiga de Granaditas.

### Edicto de excomunión

Días antes del arribo insurgente a Guanajuato, el virrey había dispuesto de sus mejores hombres para frenar el creciente impulso de los insurrectos. Puso precio a las cabezas de Hidalgo, Allende y Aldama, así lo comunicó mediante un bando que dictó y difundió. En el inicio de la guerra, la Iglesia también fue protagonista, tanto por sus ministros de todas las jerarquías, como por sus fieles, y desde posiciones encontradas. Unos cuidando sus intereses políticos y conculcando tanto el derecho natural como el canónico, y otros defendiendo los legítimos anhelos y derechos de la nación.

Los obispos de ese tiempo reprobaron el Movimiento por considerarlo sedicioso y secundaron la acción intimidante del gobierno. En defensa de los inte-

reses de la Corona española emprendieron una severa oposición episcopal a la lucha por la emancipación, recurrieron incluso al anatema de una manera contraria al derecho eclesiástico. En el mismo sentido, la Inquisición y el episcopado de entonces reprobaron el movimiento libertario, al que acusaron de sedición.

Los prelados dijeron temer que la Iglesia corriera la misma suerte de ruina y destrucción que en Francia a causa de la Revolución de 1789. Con ese argumento exhortaron a los insurgentes a deponer las armas. Calificaron de herética y sacrílega la conducta libertaria de aquella “chusma de malvados y ladrones” y, por consiguiente, contraria a los intereses de la religión.

El obispo de Michoacán, Manuel Abad y Queipo, originario de Asturias y formado en Salamanca, era un intelectual pacifista de ideología liberal reformista. Compartía con Hidalgo —además de una gran amistad— el gusto por la filosofía francesa y la defensa de la dignidad humana de los indígenas, y era crítico con la actuación de la Corona en México a la que, sin embargo, debía su posición. Quizá por ello traicionó sus antiguas ideas y arremetió contra los rebeldes.

Aquel prelado consideraba que la rebelión era el mayor pecado y el crimen más horrendo que podía cometer el hombre. Con ese fundamento, de manera sorprendente acusó a Miguel Hidalgo de ser impío y ateo, lo llamó “pequeño Mahoma”, y de todos los insurgentes aseveró que habían injuriado a Dios. El 24 de septiembre de 1810, mientras Hidalgo se desplazaba

con sus tropas a la ciudad de Guanajuato, había publicado el grotesco y espurio edicto de excomuni3n contra el jefe de la insurgencia<sup>40</sup>. Lo hizo careciendo de la necesaria consagraci3n vaticana para dictar tan grave decreto; se atrevi3 a tanto, no por una cuesti3n teol3gica, simplemente por el pragm3tico inter3s de provocar miedo en la poblaci3n, hacer dudar a los insurgentes de seguir a un hereje condenado a las llamas del infierno y evitar que m3s gente se sumara a la lucha, aduciendo que Hidalgo y sus seguidores no hab3an respetado la inmunidad eclesi3stica al detener y llevar a prisi3n a algunos miembros del clero.

Bajo esta l3gica, Abad y Queipo encontr3 una chicana para poder excomulgarlo, y lo hizo “por haber atentado contra la persona y libertad del sacrist3n de Dolores, del cura de Chamacuero y de varios religiosos del Convento del Carmen de Celaya”. Hidalgo fue excomulgado simplemente por atentar contra la inmunidad eclesi3stica, por haberse atrevido a tocar a otros sacerdotes, no obstante que ni siquiera hubo maltrato<sup>41</sup>. En su edicto espurio, el prelado decret3 expresiones en este tono:

<sup>40</sup> Manuel Abad y Queipo, *Edicto de Excomuni3n*, Valladolid, 24 de septiembre de 1810.

<sup>41</sup> Centro de Estudios de Historia de M3xico, *Datos que debes conocer sobre la Excomuni3n de Hidalgo*, Fundaci3n Carlos Slim, Conaculta 2014-2020, wikimexico.com

Sea condenado Miguel Hidalgo y Costilla, excusa del pueblo de Dolores. Lo excomulgamos y anatemizamos... para que pueda ser atormentado eternamente por indecibles sufrimientos... Que San Miguel, el abogado de los santos, lo maldiga... Sea condenado Miguel Hidalgo y Costilla en donde quiera que esté... que sea maldito en la vida o en la muerte.

De entrada, los insurgentes se encabitaron con el prelado y no aceptaron como válido aquel castigo eclesiástico, lo consideraban desproporcionado e irracional, sustentado en motivos políticos, porque las acciones reprobadas por el prelado a Hidalgo eran a su entendimiento excusables, por ser la suya una causa teológicamente justa, en contra del mal gobierno y en defensa de la santa religión; sustentada también en “el derecho de oponerse al tirano”, doctrina sostenida por los propios teólogos españoles del siglo XVI, como Francisco de Vitoria y Francisco Suárez, en los que se había inspirado el propio Hidalgo.

Además, Abad y Queipo no estaba facultado para excomulgar, por ser solo un obispo electo, no consagrado aún. Había sido nombrado Obispo de Michoacán en febrero de 1810 por la Regencia y en esa calidad regía su diócesis, pero no tenía aprobación papal. De manera irónica, habiendo regresado a la Península, años después fue acusado de traición a la Corona por el Santo Oficio, y habiendo sido castigado con seis años

de reclusión en un monasterio, murió antes de cumplir la condena.

Días después de conocido y difundido el edicto de repudio a Hidalgo, el ejército rebelde estaba en marcha rumbo a Valladolid, en su trayecto seguía creciendo a tropel, sin que lograra tener una configuración ordenada y disciplinada. También perdía simpatizantes y generaba desencanto en la medida que cundía la información del bestial comportamiento de aquella turba en la Alhóndiga, sobre todo entre los criollos.

Enterado de la aproximación de los insurgentes a la ciudad vallisoletana, donde los canónigos eran todo, el obispo electo de Michoacán Manuel Abad y Queipo, defenestrador del Cura de Dolores, mandó fundir artillería, para lo que se bajó el esquilón mayor de las torres de la catedral, pero al ver que buena parte del regimiento provincial y del pueblo mismo estaban comprometidos con la revolución desde que se formó la conspiración fallida en aquella ciudad a finales del año de 1809, el prelado y otros clérigos, acompañados de muchos españoles allí avecindados, declinaron su intención de fortificarse para esperar a Hidalgo y huyeron hacia la Ciudad de México.

Entonces, el canónigo Mariano Escandón y Llera, Conde de Sierra Gorda y hombre respetado como persona moral y de poder, se vio obligado a suplir las funciones de aquel y desempeñarse como gobernador de la mitra. En esa función, aún sin confirmación pontificia, mientras el ejército itinerante hacía breve parada en Zi-

napécuaro, del 15 al 16 de octubre, el clérigo levantó la pseudo excomunión a Hidalgo y el cabildo mandó leer el edicto respectivo en las misas, así como fijarlo en lugares públicos<sup>42</sup>.

Por su parte, el obispo de Guadalajara, Juan Cruz Ruiz de Cabañas y Crespo, expediría un edicto el 24 de octubre para extender a su jurisdicción la excomunión de Miguel Hidalgo, Ignacio Allende, Ignacio Aldama y Mariano de Abasolo. Los acusó de “apóstatas, cismáticos, perjuros, sediciosos, seductores y opositores a Dios, a la Iglesia, a la religión, al Soberano y a la Patria”.

Casi dos años después, el catalán Antonio Bergosa y Jordán, Obispo de Antequera, hoy Oaxaca, también calificaría aquella revolución de “anticristiana y diabólica” y describiría a los insurgentes como “monstruos” y “levadura podrida”, a quienes llegó a plantearles una falsa disyuntiva: “O ser fieles a la monarquía española, o declararse enemigos de Dios y de Fernando”<sup>43</sup>.

El popular entusiasmo de la libertad sofocó los temores a la censura de los prelados y las excomuniones dictadas fueron ignoradas. La influencia de la Iglesia perdió fuerza por haber sido utilizada como respaldo político de la desprestigiada Corona y la menguada autoridad del rey. No sería sino hasta 1985, durante la celebración del 175 aniversario del inicio de la Inde-

<sup>42</sup> Lucas Alamán, *op. cit.*, t. I, pp. 296 y 297.

<sup>43</sup> Antonio Bergosa y Jordán, Obispo de Antequera (Oaxaca), Carta Pastoral, México, 19 de junio de 1814.

pendencia, cuando el cardenal y arzobispo primado de México —trigésimo cuarto sucesor de Fray Juan de Zumárraga—, Ernesto Corripio Ahumada, declarara que de acuerdo al derecho canónico, la excomunión contra Hidalgo nunca había sido válida e hizo un reconocimiento a los caudillos insurgentes.

### Consternación en Carácuaro

Transcurridos los primeros diez días de la precipitada lucha insurgente, en la quietud de su remoto curato, el cura Morelos recibió con sorpresa la noticia de que la misma había iniciado antes de lo previsto. Así se lo hizo saber su amigo José Rafael Guedea, propietario de la hacienda de Guadalupe, recién llegado de Valladolid, quien le dijo que el cura de Dolores “había movido una revolución” y se dirigía precisamente a la ciudad de la cantera rosa. Noticia lacónica que sin embargo causó en el Padre José María los efectos de una tromba mental.

Aquella novedad cundió veloz, pasaba de boca en boca. Morelos se habría enterado también de la recompensa ofrecida por el virrey a cambio de las cabezas de los jefes insurrectos, así como de la posición asumida por la Iglesia a favor de la Corona. Deben haber sido días de reflexión y desasosiego para él y sus feligreses que, ya dispuestos de antemano a tomar las armas, le preguntaban qué hacer. Él mismo no lo sabía.

La intranquilidad debe haberse agudizado cuando la mañana del 30 de septiembre —fecha de su cum-

pleaños número 45—, mientras Hidalgo permanecía con su ejército en Guanajuato, recibió el edicto de excomuni3n que seis d3as antes hab3a decretado el reci3n electo obispo de Michoac3n, Abad y Queipo, contra el otrora rector del Colegio de San Nicol3s.

Esa tarde, despu3s de las habituales oraciones vespertinas con sus fieles, rosario en mano, silencioso y meditabundo, se dirigi3 a la sacrist3a. Ah3 los hombres y mujeres que sol3an acompa3narle, ya enterados de los 3ltimos y sangrientos acontecimientos, impacientes insist3an en saber qu3 hacer.

Ante el silencio y pesadumbre de su pastor, los parroquianos lo miran en respetuosa actitud, en espera de una definici3n. El cura lee incr3dulo las frases del severo decreto del obispo:

Hidalgo y sus compa3eros, perturbadores del orden p3blico, seductores de pueblos, sacr3legos y perjuros que han incurrido en la excomuni3n mayor del Canon ... Se proh3be, bajo la misma pena de excomuni3n, que se les d3 socorro, auxilio y favor ... Se exhorta y requiere, bajo la misma pena, al pueblo que hab3a seguido al Cura con t3tulo de soldados y compa3eros de armas, a que lo desamparen, y se restituyan a sus hogares.

Como sacerdote subordinado al prelado, ten3a la obligaci3n de publicar aquel mandato, lo cual hizo por obediencia, pero con repugnancia.

Desde 1802, el tambi3n sacerdote Mariano Matamoros —originario de Puruar3n, pueblo de Turicato—

había hecho las veces de enlace entre Miguel Hidalgo y José María Morelos. Ambos habían tenido comunicación epistolar esporádica durante algunos años. Tan es así, que recientemente, el 14 de septiembre de 1810, Hidalgo le escribió que debía estar atento a la fiesta del “gran jubileo” próximo a celebrarse el 29 de octubre. Era la fecha prevista para iniciar la lucha de emancipación. Ahora, notoriamente consternado y encolerizado por el trato que la autoridad eclesiástica daba a quien él admiraba y consideraba su maestro, el religioso fue a la fachada de su iglesia. En cumplimiento de la orden del prelado, contra su voluntad fijó en la puerta el documento para ser leído por sus feligreses.

Ignacio de Orduña, que había presenciado los acontecimientos del día 16 de septiembre, cuando el cura de Dolores dio el famoso grito de Independencia, recibió de Hidalgo la instrucción de buscar a Morelos para ponerse de acuerdo con él y activar a los comprometidos con la causa. Pasó a Carácuaro para tal propósito, pero no lo encontró, le dejó una carta y a “mata caballo” se dirigió a Tepecoacuilco. Ahí reunió a los aliados, los enteró de que la insurrección se había anticipado y acordaron convocar a los vecinos de los pueblos el 5 de octubre.

Con esa fecha, mediante una misiva, desde Tepecoacuilco le informaron a José María Morelos que acababan de cumplir el compromiso que tenían con él y con el jefe de la insurgencia, que estaban ya organizando y desplegando fuerzas en el territorio. Le hicieron saber que estaban sobre las armas, listos para derrotar

a los españoles. También el 5 de octubre, el teniente coronel realista José Antonio Andrade, emisario del virrey, mandó decir a Orduña que si no se entregaba fusilaría a sus hermanos. Al presentarse, fue encarcelado y Andrade, rompiendo su palabra los mandó ejecutar. Con estos hechos se derramó la primera sangre insurgente en el sur de la patria.

Los días siguientes serían de incertidumbre personal y conflicto interior ocasionado por la realidad que estaba viviendo. José María había decidido que la misión que lo haría figurar en este mundo sería ocuparse de su ministerio eclesiástico, pero entró en duda de ello al saber de los últimos acontecimientos. Aun cuando su religiosidad humana se encontraba bien cimentada, la realidad social le sugirió como irrelevante su apostolado eclesiástico, cuando a su majestad el rey de España, le interesaban más las ganancias de las múltiples minas de la región, que el bienestar de los novohispanos<sup>44</sup>.

El cura Miguel Hidalgo —que fue rector del Colegio de San Nicolás y de quien recibió el germen de sus ideas políticas y sociales—, había devenido en jefe militar de una lucha armada que el mismo Morelos vio venir y la había consentido, desde antes de su precipitado inicio. Ahora él, que durante sus estudios para ser bachiller acariciaba con ilusión la idea de seguir la carrera de las armas, estaba ahí en su curato, ajeno a los

<sup>44</sup> José Fabián Ruiz, *Morelos el hombre*, *op. cit.*, p. 79.

acontecimientos provocados por el levantamiento cuya causa era la propia.

Entonces, contagiado del entusiasmo que detonó la insurgencia, dejó que la incipiente idea revolucionaria que había tenido, se incubara a plenitud en su conciencia. Convencido de que se trataba de una guerra justa, repuesto de las contradictorias luchas interiores y sosegada la inquietud que agitaba su alma, se aprestó para secundar y apoyar a Hidalgo sin reservas. No era posible dudar más, decidió buscarlo para sumarse activamente a la Causa de la Independencia. Habiendo sido ungido sacerdote de Cristo, en tal carácter se propuso ofrecerse, ante el jefe de los insurgentes, como capellán castrense. Se apresuró a montar cabalgadura —habitualmente una mula— y partió a Valladolid el 18 de octubre.

### La toma de Valladolid

Había transcurrido un mes del inicio del levantamiento cuando al fin, el 17 de octubre, entró Hidalgo a Valladolid, la ciudad donde había pasado 18 años de su vida, primero como estudiante y después como rector de San Nicolás. A la llegada de los insurgentes Abad y Queipo ya no estaba en la ciudad, había huido hacia la capital de Nueva España evitando el camino principal para no toparse con ellos, que venían de Indaparapeo. Junto con Ignacio Allende, Ignacio Aldama y Mariano Abasolo, Miguel Hidalgo desfiló por la calle real entre las jubilosas exclamaciones de la multitud.

Fue recibido con todos los honores por José María Anzorena, alcalde de primer voto del Ayuntamiento y simpatizante de la idea de independencia. Al pasar delante de la Catedral, Hidalgo se apeó del caballo para entrar a dar gracias encontrando que las puertas estaban cerradas. Su enojo fue tal que declaró vacantes todas las prebendas de los canónigos. Ante su notable enfado, fueron abiertos los accesos para que se cantara el Tedeum.

Hidalgo se alojó en casa del clérigo Antonio Cortés a donde acudieron miembros del cabildo para suavizar la situación e invitar al jefe insurgente a una misa solemne de acción de gracias al día siguiente, pero el caudillo los trató mal y no acudió a la celebración religiosa, sino solo Allende, quien luego se hizo cargo de las tropas, reorganizando a los regimientos de Dragones de la Reina y del Príncipe, así como a los de infantería de Celaya y Guanajuato, a los que se suman el Provincial de Valladolid y el de Dragones de Pátzcuaro. Por esos días hizo nombramientos eclesiásticos y a don José María Anzorena, miembro de una familia respetable, le otorgó el cargo de intendente y comandante militar. Durante su estancia, Hidalgo obtendría fuerzas y recursos, entró con 50 000 hombres y saldría con 80 000.

Dos días después de su llegada, el 19, los indios de la muchedumbre insurrecta, sedientos de pillaje, lo satisficieron con la rapiña y la requisita de los bienes españoles, que tanto molestaba a Allende. Ese mismo día en que iniciaron los saqueos, Hidalgo mandó pro-

mulgar, por medio de Anzorena, el que fue el primer bando insurgente de abolición de la esclavitud, de las castas y del tributo, lo que significaba el principio de una transformación de incalculables proporciones, la primera, a decir del presidente de México Andrés Manuel López Obrador. Precisamente en esa misma fecha, el cura José María Morelos, con mal disimulada ansiedad, salió muy temprano de Carácuaro hacia su ciudad natal, iba en busca de su mentor.

### Morelos, jefe del Ejército del Sur

Cuando el Padre José María llegó a la ciudad de la cantera rosa, Hidalgo ya había tomado el camino hacia la capital del virreinato, por el camino de Acámbaro. Llegó a descansar con su ejército a Charo, pueblo árido y de aspecto triste, ubicado a unas cuatro leguas de Valladolid; donde chichimecas y tarascos habían hecho una gran comunidad para defenderse de los agresivos aztecas a principios del siglo XVI.

En esa población evangelizada por agustinos y franciscanos, ya bien entrada la noche, Morelos le dio alcance a Hidalgo. Ahí pudo expresarle ante un grupo de jefes que lo rodeaban, que él estaba convencido de la justicia de la causa que enarbolaba; que sentía gran atracción por el propósito de la Independencia, que deseaba acompañarlo en su lucha por la libertad e incorporarse al ejército. Por el cansancio de ambos, Hidalgo le pidió

al entusiasta Padre José María que aplazaran la entrevista para el día siguiente.

Esta feliz coincidencia bien debió causar sorpresa a los acompañantes del Generalísimo, ya que seguramente ignoraban su antiguo trato cotidiano en el colegio nicolaíta, como también desconocían que ambos habían tenido una reunión en julio para hablar de la conspiración contra la Corona española. El encuentro puede considerarse el más significativo de la historia de la insurgencia, por lo que a partir de entonces habría de acontecer.

La mañana del día 20 de octubre, el ejército novohispano reanudó la marcha. Los dos curas cabalgaron juntos hasta Indaparapeo, pueblo de origen tarasco con mezcla matlatzínca, al igual que Charo, evangelizado en nombre de la Virgen de la Paz. Los acompañaba de cerca Gregorio Zapién, el asistente de José María, quien sería el narrador de aquella conversación.

En el trayecto, Morelos fue presentando sus inquietudes a quien fuera rector de su colegio. El que también había sido cura de Dolores compartió con el de Carácuaro su “Plan del Gobierno Americano”<sup>45</sup>, destacando el propósito prioritario de gobernar el reino por un Congreso de individuos doctos e instruidos, y todos criollos, “que sostengan los derechos del señor

<sup>45</sup> Ernesto Leone, *Proyecto de Plan de Independencia de México*, Documentos para la Historia del México Independiente 1808-1938, edición y compilación de Miguel Ángel Porrúa, 2010, p. 75.

Don Fernando VII”. Sin embargo, le hizo ver que la causa era justa por varias razones, de las cuales una tenía sustento en el hecho de que su majestad se había puesto en manos de Napoleón.

Tras escucharlo con atención, después de haber comido juntos, Morelos le reiteró su voluntad de ser parte del ejército insurgente y se ofreció para servir como capellán de los soldados. Ya en Indaparapeo, Hidalgo le dijo:

Padre, me parece que más que capellán usted ha de ser general. Mejor tome las armas en lugar de rezar por los que las han tomado.

En seguida lo invitó a ser uno de sus comisionados con rango militar por la costa del sur. La casa que por tradición se reconoce como el lugar a donde llegaron ambos curas, estaba en la Calle Real, hoy llamada “Portal Morelos”<sup>46</sup>. Ahí, en la sala de la ahora vetusta finca, Hidalgo se sentó frente a una mesa, tomó papel y pluma, y redactó un certificado mediante el cual le delega su autoridad para formar el ejército del sur. Estas fueron sus palabras escritas:

Por el presente, comisiono en toda forma a mi lugar-teniente, el bachiller don José María Morelos, cura de Carácuaro, para que en la costa del sur levante tropas,

<sup>46</sup> Francisco de la Maza, *op. cit.*, p. 256.

procediendo con arreglo a las instrucciones verbales que le he comunicado.

La principal de aquellas instrucciones fue la toma de Acapulco, llave de la Nueva España en el Pacífico, con la indicación precisa de que por todos los lugares que pasara, se hiciera cargo de recibir el gobierno y las armas que existiesen, dejando en el mando a los criollos y embargando todos sus bienes a los europeos para destinarlos al fomento y pago de tropas<sup>47</sup>. Antes de abandonar Charo, Morelos acudió a contemplar la imagen de Jesucristo Crucificado que se venera en ese lugar.

Morelos, que era hombre nacido para actuar y tenía la vocación de jefe nato, de inmediato se dispuso a cumplir la orden mandada por su ahora jefe castrense. No pidió armas, hombres, ni dinero. Tras despedirse, ambos curas militares tomaron caminos distintos y jamás volverían a encontrarse. Ya en su papel de militar, el fogoso cura de Carácuaro tomaría como primera guía las instrucciones de Hidalgo, pero su creatividad y carisma le imprimirían al movimiento un sello inconfundible. Se dejaría ver el ingenio práctico del carpintero de Valladolid y del labrador de Tahuejo. En la lucha se trasluciría la disciplina del colegial de

<sup>47</sup> Carlos Herrejón Peredo, *La Ruta de Hidalgo, 16 de septiembre, 1810, 30 de julio 1811*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, INEHRM, México 2012, pp. 23 y 24.

Valladolid, la fe del cristiano y los cálculos del comerciante; también su energía y sentido del humor<sup>48</sup>.

### Ruptura de Hidalgo con sus oficiales

Hidalgo reanudó su ruta, seguido de la insólita muchedumbre que rondaba ya los 50 000 insurrectos, de los cuales menos de 3 000 eran tropa. Durante este nuevo y descansado viaje, a través de montes con abundancia de abetos, pinos y madroños, el día 22 de octubre de 1810 arribó a Acámbaro, pueblo que antes de la Conquista fue frontera de los tarascos y chichimecas; después evangelizado por los franciscanos y erigido curato por Vasco de Quiroga<sup>49</sup>. En ese lugar de espléndidos edificios coloniales y tan frecuentado por el jefe insurgente desde su infancia, éste hizo una revista general de su ejército y la multitud fue dividida en regimientos de 1 000 hombres.

Ahí se realiza también un consejo con los principales jefes donde, a instancias de Allende, se da un intento de relevar del mando militar a Hidalgo, quien logra evitarlo otorgando ascensos de rango a quienes intentaban insubordinarse<sup>50</sup>. Allende pasó a ser el capitán general, en tanto Juan Aldama, Mariano Jiménez, Joaquín Arias y el padre Balleza ahora son tenientes

<sup>48</sup> *Ibid, op. cit.*, p. 51.

<sup>49</sup> Francisco de la Maza, *op. cit.*, pp. 123.

<sup>50</sup> Carlos Herrejón Peredo, *op. cit.*, p. 25.

generales, y el mismo Hidalgo es ascendido a generalísimo, portando a partir de entonces el uniforme correspondiente que era casaca azul con collarín, vueltas y solapas de color rojo, con bordados de oro y plata, tahalí de terciopelo negro bordado, y en el pecho una imagen grande de oro de la Virgen de Guadalupe.<sup>51</sup>

Todo se solemnizó con una misa de gracias, Te-deum, repiques y salvas, sin embargo, los cambios de uniforme por estos nombramientos no amainarían mucho las inconformidades que ya en la tropa se dispersaban. Es claro que para entonces había evolucionado la tensión entre los dos principales jefes de la insurgencia, ya la desconfianza entre ellos era evidente para sus seguidores.

El día 23, el cuantioso contingente llegó a Maravatío, a donde numerosas veces había llegado el jefe insurgente en su trayecto de Valladolid a México y viceversa. La mayoría de los insurgentes se queda en las afueras, mientras Hidalgo se hospeda en una casa del Portal donde recibe a Ignacio López Rayón, quien se incorpora a la lucha por la causa y por orden de Hidalgo va a promulgar en Tlalpujahuá, su tierra natal, un bando solemne semejante al de Anzorena. López Rayón era abogado por el Colegio de San Ildefonso y pronto sería un personaje fundamental para el movimiento.

<sup>51</sup> *Ibid*, p. 84.

Durante el transcurso del día 24, la columna encabezada por el cura Hidalgo hace escala en las haciendas de Pateo y Tepetongo, cruza el Puerto de Medina y pernocta en la hacienda de la Jordana. Al día siguiente, bordeando el Río Lerma, los insurgentes llegaron a San Felipe del Obraje, hoy San Felipe del Progreso, ahí estaba el después célebre Agustín de Iturbide, con una pequeña fuerza de infantería. Antes de entrar al pueblo, Hidalgo le mandó ofrecer la banda de teniente general, pero Iturbide no aceptó. En ese pueblo mazahua fueron recibidos algunos cañones procedentes de Guanajuato y la noticia de que la Inquisición cita a Hidalgo a responder por los cargos en su contra.

El día 27, bajo palio, con cruz alta, sacerdotes revestidos y acólitos con candeleros, y por supuesto cohetes y campanas a vuelo, Miguel Hidalgo fue recibido en forma solemne en Ixtlahuaca, en cuya parroquia —una de las más importantes iglesias a recordar en la ruta del caudillo— participó del solemne Tedeum de agradecimiento a Dios con exposición del Santísimo. El ambiente festivo cambió a sensación de pesadez cuando al jefe de los insurrectos le llevaron copia del edicto inquisitorial llamándolo a comparecencia, mismo que en la sobremesa comentaría haciendo notar las contradicciones del documento.

La mañana siguiente, después de asistir a misa y desayunar y antes de retomar la marcha, por intercesión del cura del lugar, Hidalgo ordenó liberar algunos españoles, mientras tanto Calleja saqueaba su casa en

Dolores, destruyendo morreas, hornos, panales y libros. Ese día 28, cuando arribaron los insurgentes a Toluca, la muchedumbre ya rebasaba los 70 000. Los toluqueños se expresan con admiración por el orden que advierten en la tropa de línea y por la cantidad de indígenas que la complementan. Son recibidos con jolgorio y con una banda de música. El cura insurgente se dio tiempo para rezar y oír cantos de la liturgia católica en el Templo de San Francisco, entonces parroquia y convento a la vez, donde ahora es la Catedral.

La casa donde Hidalgo durmió esa noche, conservada con descuido, está ubicada en la hoy calle de Lerdo, de ahí partiría el día 29 hacia la victoria del Monte de las Cruces, así llamado a causa de las numerosas cruces que recordaban a los viajeros asesinados por los forajidos de la región que se agazapaban en las coníferas de las laderas de la sierra. Antes dispuso que una parte considerable del ejército se trasladara a Cuernavaca, al mando de Juan Ignacio González Rubalcaba<sup>52</sup>.

### Fractura insurgente tras la Batalla del Monte de las Cruces

Luego de su permanencia en Toluca, el día 30 de octubre emprenden la marcha rumbo a la Ciudad de México. En Santiago Tianguistenco, aún con plenitud de optimismo revolucionario, Hidalgo pasa revista a su

<sup>52</sup> Carlos Herrejón Peredo, *op. cit.*, pp. 27 a 29.

peculiar ejército y enseguida inicia el ascenso al Monte de las Cruces, donde hoy es el Parque Nacional Miguel Hidalgo y Costilla, mejor conocido como La Marquesa. Eran alrededor de 80 000 hombres mal armados, pero alentados en su valor con “vivas” a la Virgen de Guadalupe. Allende y Jiménez subieron juntos en sus cabalgaduras y el primero asegura que en la Ciudad de México tiene muchos partidarios, uno de cuyos jefes le tenía ofrecido salir a recibirlo con diez o doce hombres para guiarlos al interior de la ciudad<sup>53</sup>.

El virrey Venegas había ordenado al teniente coronel Torcuato Trujillo que, con las tropas de la Ciudad de México y las de la plaza de Toluca, impidiera la aproximación de los insurgentes. Los realistas habían sido alentados por una misiva del virrey en tono napoleónico, donde les decía:

Trescientos años de triunfos y conquistas de las armas españolas en estas regiones nos contemplan: la Europa tiene sus ojos fijos sobre nosotros; el mundo entero va a juzgarnos; la España, esa cara patria por la que tanto suspiramos, tiene pendiente su destino de nuestros esfuerzos, y lo espera todo de nuestro celo y decisión. Vencer o morir es nuestra divisa<sup>54</sup>.

<sup>53</sup> *Ibid*, p. 29.

<sup>54</sup> Lucas Alamán, *op. cit.*, t. I, pp. 308 y 309.

De esas palabras adornadas, pronto Trujillo y sus soldados habrían de olvidarse. Poco les habría de importar “la España, esa cara patria por la que tanto suspiramos”.

Los defensores del gobierno peninsular se apostaron en el Monte de las Cruces, desde donde se dominaba el Camino Real de México a Toluca, por lo que era una posición estratégica para enfrentar y detener al ejército del cura insurrecto. Ahí, con 400 jinetes y más de 1 300 infantes, acecharon a los insurgentes.

Antes de medio día, cuando ambos bandos estuvieron frente a frente, las huestes insurgentes abrieron fuego; fueron dirigidas por Ignacio Allende, quien estuvo a punto de perder la vida cuando murió su caballo en la batalla. Los independentistas atacaron de manera frontal las posiciones realistas; pronto ganaron terreno y su capitán general propuso a Trujillo rendirse, la respuesta de éste fue agredir a la comisión con bandera blanca. Varias horas se luchó ferozmente, entre centenares de muertos y heridos que gritaban auxilio sin ninguna esperanza de ser atendidos.

Se recrudece la batalla y la fuerza realista es vencida cuando los insurgentes reaccionaron con cólera al ser traicionados por Trujillo, quien fingió voluntad de parlamentar, pero cuando los rebeldes se acercaron confiados, les fue arrebatado el estandarte de la Virgen de Guadalupe y fueron ametrallados. Destacó en dicho logro la figura militar de Allende y la muy meritoria acción táctica de Mariano Jiménez. La victoria fue absoluta, aunque poco gloriosa. Trujillo optó por la

retirada hacia Cuajimalpa, pasó la noche en Santa Fe y al día siguiente entró derrotado a la Ciudad de México con su disminuida división.

Después de esta acción de armas el acceso a la Ciudad de México quedó despejado, aunque la muerte de más de 4 000 hombres de ambas partes, la mayoría indígenas, provocó el miedo y la desertión de muchos insurgentes. El mermado ejército de Hidalgo avanzó hasta Cuajimalpa, a donde ingresa la noche del día 31, con un clima extremadamente frío.

Los cansados insurgentes no tienen provisiones ni donde resguardarse, la mayoría pernocta a la intemperie y se procura calor con fogatas. Los jefes se hospedan en la venta llamada San Luisito, que ya no existe, donde deliberan sobre el avance a la Ciudad de México mientras esperan en vano que sus seguidores de la capital se hagan presentes o manden alguna noticia. Por la tarde deciden enviar una comisión con bandera blanca para persuadir de rendir la plaza al virrey Venegas, quien se niega a acceder y se prepara como puede para lo que las circunstancias sugerían como inminente: la entrada de Hidalgo a la que tres siglos había sido la capital de la Nueva España.

Todo era temor y desasosiego en la ciudad, donde sus habitantes esperaban inquietos, más que los males propios de la guerra, la irrupción bárbara de quienes eran ya famosos por su salvajismo que en nada respetaba a las personas ni a sus propiedades. La tropa defensora de la Corona se apostó en el paseo de Bucareli, en

la calzada de la Piedad y en Chapultepec. El interior de la ciudad se confió al regimiento del Comercio, al escuadrón urbano y a los cuerpos de patriotas. En total, la tropa útil para la defensa de la ciudad excedía apenas los 2 000 hombres.

Temeroso el virrey de que Hidalgo se apersonara en el Santuario de los Remedios y se apoderara de la sagrada y emblemática imagen mariana, que había llegado con la expedición de Cortés en 1519, la hizo trasladar a la catedral en la tarde del mismo día 31, y poniendo a sus pies el bastón, la declaró generala de las tropas realistas y la adornó con la banda militar correspondiente. Ya solo bastaba la decisión y la orden de Hidalgo para que sin necesidad de gran esfuerzo se tomara la capital, foco principal de la revolución<sup>55</sup>.

El día primero de noviembre, por ser día de todos los santos, se llamó a misa a las seis de la mañana, al término de la cual, Allende, Arias y otros jefes coinciden en tomar la ciudad capital, pero se impuso Hidalgo, quien de modo inexplicable hasta la fecha, decidió no tomar la Ciudad de México, argumentando déficit de municiones y falta de certeza del apoyo de los partidarios en la capital virreinal. Antes de medio día, ante la inconformidad de Allende y algunos jefes que lo secundaban, se levantó el campamento para continuar con el mermado ejército hacia Lerma e Ixtlahuaca.

<sup>55</sup> *Ibid*, pp. 313 y 315.

Unos historiadores dicen que Hidalgo se negó a entrar a la gran ciudad por temor al saqueo que pudiesen perpetrar sus seguidores, o porque veía a éstos asustados y deprimidos tras la reciente batalla; otros, que porque venía el ejército de Calleja; otros más afirman que en la Ciudad de México vivían su cuñada, viuda de Manuel Hidalgo, con sus hijos, y el virrey se había encargado de advertirle que si entraba con su tropa a la capital de Nueva España, sus familiares perderían la vida.

Aunque los realistas dirigidos por Trujillo tuvieron que abandonar el campo cargando con la derrota, aquella batalla tuvo para ellos y para el gobierno virreinal un efecto de victoria, tanto así que les reconoció sus méritos con un distintivo y una proclama en que la capital los distinguió como sus defensores y, exaltando su valor y gloria, les conmina a que “el Monte de las Cruces” sea su grito de guerra en futuros combates y la voz que les conduzca a la victoria<sup>56</sup>. En cambio, para los buscadores de la independencia, aquella había sido una victoria pírrica; para Hidalgo significó el inicio de su descenso como líder de la lucha que, pudiendo haber terminado con la toma de la capital virreinal, ahora la nación estaba destinada a sufrir ruinas y muerte durante 11 años más.

Mientras iban camino a Querétaro, ciudad que pretendían tomar los caudillos insurgentes, el 4 de noviembre llegaron a la hacienda de Niximí, ahí dur-

<sup>56</sup> *Ibid*, pp. 309 y 310.

mieron. Al día siguiente, estando en el bello pueblo otomí de San Jerónimo Aculco, enclavado entre lomas y cascadas en el hoy Estado de México, hacia allá se dirigía la ofensiva realista bien equipada y pertrechada, comandada por el general Félix María Calleja y el Conde de la Cadena, para enfrentar a los rebeldes.

Tras la jubilosa, alegre y prolongada recepción que dieron los habitantes del lugar a la columna insurgente<sup>57</sup>, el día 6 hubo reunión de jefes de la milicia formal de éstos. En ella, Allende, Aldama y otros, de nuevo intentaron deponer a Hidalgo del mando supremo y proponen no continuar dando batalla, sino replegarse y organizar una guerra de guerrillas. No lograron su propósito, el capitán general cambió los planes de ataque de Allende y ordenó dar batalla a los realistas al día siguiente, en una loma que domina al pueblo.

El día 7, muy temprano, el abigarrado ejército insurgente estaba en plan de batalla. Al fin se batieron las fuerzas contendientes. Al cabo de una hora y media, la derrota fue aplastante y absoluta para los defensores de la causa independentista. Como extraña coincidencia, ese día, de los peores para Hidalgo, Morelos comenzaba su campaña con el pie derecho: tomó Tecpan y ahí se le unió el valeroso Hermenegildo Galeana, líder

<sup>57</sup> Archivo Histórico Municipal de Aculco, Acta de Cabildo del 25 de mayo de 1825.

nato en las tierras de la Costa Grande, hombre muy respetado y dueño de la hacienda El Zanjón.

Las masas del humillado ejército rebelde se desintegraron, huyeron en desbandada. Allende, que no cejaba en su afán de ponerse al frente de la insurgencia, reagrupó a los más que pudo de la tropa de línea y con 6 000 efectivos que logró juntar, enfiló sus pasos hacia Guanajuato, previo y obligado aviso al cura caudillo. Iba notablemente molesto por la falta de control de Hidalgo sobre las improvisadas huestes, así como por su reiterada actitud arrebatada e impositiva. Desde el inicio de la lucha había entrado en franca discrepancia con su capitán general, a quien consideraba irreflexivo y carente de sentido militar que, una vez más, se había demostrado en la reciente batalla.

Hidalgo se quedó solo, le acompañaron muy pocos —si acaso diez hombres quedaron en su comitiva—, también su hermano Mariano. Con ellos emprendió en secreto la ruta hacia Michoacán, comenzaba sin saberlo el camino de su derrota. Habían transcurrido siete semanas de iniciado el levantamiento armado por aquel hombre que en su afán personalista, aunque motivado por una causa justa, ahora avanzaba con el peso de sus yerros hacia la ciudad donde había sido un destacado catedrático y Rector de Colegio. Los recientes sucesos del Monte de las Cruces y de Aculco fueron el principio del declive de Miguel Hidalgo.

El cura se internó con su séquito en la hermosa Montaña Ñadó, cubierta por densos bosques. Iba car-

gando el fardo de su primera gran derrota y el muy lamentable rechazo de su propia gente. Huyó hacia Villa del Carbón, pasó por Salvatierra y el Valle de Santiago, lugares muy frecuentados en su juventud, durante su época de estudios. La tradición asegura que mientras viajaba a Valladolid, mandó buscar a Allende; el enviado lo encontró en Salvatierra, en la misma casa donde había pernoctado días antes Hidalgo, y recibió del caudillo una carta amarga donde le reprocha al jefe insurgente por tratarlo “con el más negro desprecio”. Aquella misiva era una ratificación de las desavenencias comenzadas en Dolores y que continuarían hasta el final de sus días.

### Hacia la debacle de la insurgencia

Tras penoso viaje, el cura caudillo regresó nuevamente hacia Valladolid, a donde cansado, abatido y hecho jirones, llegó el día 15 de noviembre en la noche. Habían transcurrido tan solo dos meses de que, en aquel año de 1810, Hidalgo desafiara a la historia para escribir en ella el capítulo libertario de México. Los resultados sugerían un fracaso de tan meritorio intento.

En la ciudad vallisoletana, con la ayuda de Anzorena —el intendente que había nombrado—, formó un nuevo ejército con alrededor de 7 000 integrantes de toda la comarca, esta vez con gente menos impreparada y con mayor entendimiento del propósito de la causa insurgente. También redactó el Manifiesto de respuesta

al edicto de la hipersensible Inquisición por el que fue citado a comparecer. En el texto, el menguado caudillo ratificó su profesión de fe como católico, y señaló a los españoles de ambiciosos y manipuladores de la religión en beneficio propio, no le faltaba razón. Los acusó de no ser católicos sino por conveniencia política, y de tener por dios al dinero<sup>58</sup>.

Comenzaba así una nueva etapa político-militar para Miguel Hidalgo, sin Allende, Aldama, Jiménez y Abasolo, en la que destacaría un comportamiento sanguinario del jefe insurgente, como el que mostró el día 12 cuando, sin justificación ni juicio alguno, mandó degollar a más de cuarenta españoles civiles, sacados de sus casas solo para aniquilarlos. Suceso vergonzante del que, cuando llegara el momento de su juicio, aceptaría arrepentido que fue una condescendencia criminal y que “se había dejado llevar por el frenesí de la revolución”. De manera contrastante con el impulso que motivó a Hidalgo a dar muerte a aquellos infelices, durante su estancia en Valladolid propuso el establecimiento de un Congreso “que dicte leyes suaves, benéficas y acomodadas a las circunstancias de cada pueblo”<sup>59</sup>. Tal propósito sería retomado y llevado a la realidad por Morelos más adelante.

El día 15 mandó distribuir y leer, en las iglesias de Valladolid y lugares circunvecinos, su respuesta a los in-

<sup>58</sup> Francisco de la Maza, *op. cit.*, p. 48.

<sup>59</sup> Carlos Herrejón Peredo, *op. cit.*, pp. 37 a 39.

quisidores. Optimista por haber reorganizado su ejército, el día 17 emprendió la marcha hacia la Nueva Galicia, en los actuales Aguascalientes, Jalisco, Colima, Nayarit, Guanajuato y Zacatecas. Le acompañaban 7 000 jinetes y 240 infantes. Antes de llegar fue recibido, el 26 de noviembre, en San Pedro Tlaquepaque, donde el escuadrón de Dragones lo esperaba con su música en la plaza. José Antonio “El Amo” Torres, quien tenía casi un mes de haber tomado Guadalajara por órdenes de Hidalgo —con la encomienda de resolver un conflicto de autoridad entre los cabecillas rebeldes que ahí se encontraban—, le tenía preparado un suntuoso banquete con los representantes más conspicuos de la ciudad.

Allende le había enviado varias cartas a Hidalgo persuadiéndolo para no ir a Guadalajara; consideraba que su presencia solo ocasionaría desórdenes. El cura caudillo desestimó, una vez más, las recomendaciones del militar y el mismo día 26 por la tarde, hizo su entrada jubilosa a la bella ciudad tapatía. La capital neogallaga, habitada por 45 000 pobladores, estaba adornada con arcos de flores y en los balcones colgaban tapices, colchas y cortinas. Acompañado de música, cohetes, vítores y salvas de artillería, entró caminando al frente de un desfile, flanqueado por guardias y cubierto con dosel.

Así, con gala de ostentación que agradaba al jefe político y militar de la insurgencia, éste llegó delirante a la Catedral —la única en México con techos góticos— y después al Palacio Real del gobernador, hoy

convertido en palacio de gobierno, al que hizo llamar Palacio Nacional y donde fue adulado como príncipe, disfrutando ser tratado como “alteza serenísima”<sup>60</sup>, título con el que después él mismo pediría se le llamase. Ahí se instaló para despachar los asuntos de su cargo y mandó quitar el cuadro de Fernando VII, dando inicio a la formación incipiente de un gobierno propio. Envuelto en aquella pompa con la que vivió feliz, su estancia se prolongaría por 46 días: del 26 de noviembre de 1810 hasta el 14 de enero de 1811.

Durante el último mes del año, Hidalgo tomaría diversas decisiones importantes de gobierno nacional y de impacto para el movimiento en diversas regiones. Fue el caso de haber emitido, el 5 de diciembre, el decreto que daba tierra a los indios en sus comunidades, dando paso a un intento de reforma agraria. Además de nombrar comisionados y comandantes para diversas regiones, el día 6 firmó en Guadalajara el primer bando impreso que delinea dos de las premisas en que se basa el movimiento insurgente: la lucha por la libertad y contra las contribuciones. Abolió la esclavitud, so pena de muerte a quienes no cumplieran tal mandato, y derogó el pago de tributos y de los impuestos que gravaban el comercio, denominados alcabalas. Ese edicto lo firmó junto con Ignacio Rayón, a quien otorgó el cargo preponderante de Secretario de Estado y Despacho, algo así como un ministro con amplias facultades.

<sup>60</sup> *Ibid*, p. 44.

El día 9 de diciembre se reencontró en Tlaquepaque con Allende, Aldama y otros mandos procedentes de Guanajuato, a donde sin éxito habían ido a tratar de recuperarlo de manos del temible Calleja, propósito para el que —también sin conseguirlo— solicitaron el apoyo de Hidalgo con su reconstruido ejército. Tras el reencuentro, en un ambiente de recelo por las recientes discrepancias de método y concepciones distintas de la causa, tuvieron una larga conferencia. En ella seguramente tomaron acuerdos políticos para superar las diferencias que antes los había enemistado.

Entonces Hidalgo puso al mando de la tropa a Ignacio Allende y a partir de entonces ambos jefes firmarían los bandos que se publicaron. Para celebrar a la Virgen de Guadalupe, el día 12 asistió a misa, donde se dispuso para él una tarima especial. Después nombró comisionados y mandos militares, como José María González Hermosillo, a quien otorgó el cargo de teniente coronel para posicionar la insurgencia en el noroeste, desde Durango. Designó embajador para Estados Unidos al guatemalteco Pascasio Ortiz de Letona, con la encomienda de hacer alianza con aquel país.

Sin embargo, Hidalgo no rectificó su ya entonces fama de sanguinario desalmado, como quedó de manifiesto cuando, el día 13, autorizó el asesinato de aproximadamente trescientos españoles. Con engaños los había recluido en casas religiosas y, en grupos de 20 o 30, fueron sacados hacia las barranquitas de

Belén para ser pasados por sable y destazados después por Agustín Marroquín, un español con fama de carnicero, con despiadada crueldad, que le había servido como caporal y torero en una de sus haciendas, donde criaba animales astados de lidia.

Así se radicalizaba la revolución, sin que nadie pudiera evitar la saña de un bando contra el otro. Aquellos asesinatos contradicen a los historiógrafos que, pretendiendo marcar una diferencia entre realistas y rebeldes, afirman que los primeros mataban con el único afán de preservar sus privilegios, mientras los segundos lo hacían como la única forma de lograr su libertad<sup>61</sup>. Ninguno de esos supuestos es totalmente falso o cierto.

Allende —cuya animosidad por el cura se había convertido en odio—, no pudo evitar aquel suceso abyecto, como había hecho en ocasiones anteriores, cuando pudo salvar algunas vidas que estuvieron a punto de ser segadas por órdenes del capitán general. Tan infame acción de las matanzas en secreto, reavivó el enojo de Allende hacia su jefe, de quien sentía decepción y tenía por bribón. Entonces consultó al obispo Cabañas si era lícito matar a Hidalgo. El prelado le respondió que sí, por lo que consideró —según él mismo diría cuando llegara el momento de su juicio— que para salvar el movimiento habría que deshacerse del “cura cabrón”, como solía llamarlo entre sus más allegados.

<sup>61</sup> Fernando Benítez, *op. cit.* p. 85.

Entonces, Allende compró un veneno —con la autorización del gobernador de la Mitra— y lo dividió en tres porciones que repartió entre su hijo, el coronel Arias y él mismo. Cada quien, sin conseguirlo, buscaría el mejor momento para matarlo.

Antes de la Navidad, el 15 de diciembre, en el manifiesto al pueblo, Hidalgo proclamó la independencia absoluta, sin aludir a Fernando VII. Tal vez influido por el trato de hereje que había recibido por el episcopado novohispano, así se expresó ante sus seguidores:

Me veo en la triste necesidad de satisfacer a las gentes sobre un punto que nunca creí se me pudiese tildar, ni menos declarármeme sospechoso para mis compatriotas. Hablo de la cosa más interesante, más sagrada y para mí la más amable: de la religión santa, de la fe sobrenatural que recibí en el bautismo. Os juro desde luego, amados conciudadanos míos, que jamás me he apartado ni en un ápice de la creencia de la Santa Iglesia Católica. Jamás he dudado de ninguna de sus verdades, siempre he estado íntimamente convencido de la infalibilidad de sus dogmas, y estoy pronto a derramar mi sangre en defensa de todos y cada uno de ellos.

Es claro que Hidalgo escribió aquel manifiesto con el propósito de ratificarse fiel a la causa independentista, pero también para atajar las acusaciones de que era objeto. Como haya sido, clarificó el propósito libertador

de la lucha y su fidelidad a la fe y adhesión a la Iglesia católica.

El día 20, ensoberbecido como jefe insurgente, ordenó publicar el primer número de *El Despertador Americano*, sin duda el primer impreso que refleja una nueva conciencia crítica nacional, dirigido por el doctor teólogo Franco Severo Maldonado. Para el día 31, la tropa reconstruida de Hidalgo contaba con unos 30 000 milicianos mal armados, entre ellos 5 000 indios flecheros y 6 000 a caballo, por lo que junto con Allende y Rayón suscribió un bando mediante el cual convocaba a los habitantes a donar o vender “cualquier clase de armas de fuego que tuvieran”.

Al comenzar el año de 1811, a menos de cuatro meses del inicio de la gesta independentista, la lucha se aviva con el catolicismo, en cuyo nombre se estimula —como desde el 16 de septiembre— a la población. El 11 de enero, por ejemplo, *El Despertador Americano* publica en términos religiosos las noticias del avance de la lucha, comenta que:

Ensalzado sea para siempre el nombre del Dios de los Ejércitos, que por todas partes se declara protector de nuestra justicia y por todas partes hace triunfar la Independencia de una nación que solo ha tomado las armas para recobrar sus naturales derechos y mantener intacta la religión de sus padres<sup>62</sup>.

<sup>62</sup> *El Despertador Americano*, 11 de enero de 1811, núm. 6, p. 40.

El día 12, el generalísimo y sus principales oficiales asistieron a misa a rendir homenaje a la Guadalupeana, en la fe y confianza hacia la Virgen nunca dejaron de coincidir, sabían que el pueblo criollo y mestizo confiaba en ellos por abanderar una causa de religión que daba sentido a la nación que pretendían independizar.

### Reclutamiento y primera campaña de Morelos

A la par de los sucesos anteriormente descritos en el contingente emancipador, desde el encuentro de José María con Hidalgo en Charo —y a partir de que éste lo nombrara general del Sur—, tras la derrota de Aculco había ocurrido la separación del jefe insurgente y sus principales oficiales, encabezados por Allende. Mientras éstos iban a Guanajuato y aquel a la Nueva Galicia, Morelos regresó presuroso a su curato, con el entusiasmo que le caracterizaba. Le urgía avisar a sus superiores de la determinación que había tomado, pedir permiso de llevar consigo un altar portátil y, puesto que iba a dejar el curato, se nombrara un suplente<sup>63</sup>.

Quería arreglar asuntos pendientes y preparar, en secreto, la misión encomendada y asumida como nuevo comandante de la insurgencia en el sureste de la Nueva España. Esa noche descansó en la casa donde

<sup>63</sup> Carlos Herrejón Peredo, *op. cit.*, p. 58.

vivían su hermana Antonia y su cuñado, a quienes les explicó su decisión e hizo encargos. A la mañana siguiente, domingo 21, celebró misa o acudió a alguna y, después de almorzar, buscó al secretario de la Mitra don Ramón Aguilar. Al no encontrarlo, le dejó una nota solicitando se le nombrara un suplente o coadjutor, toda vez que no pretendía dejar de ser el propietario de su parroquia<sup>64</sup>. Esa tarde partió a su curato.

También quería despedirse de su ministerio sacerdotal y de sus leales feligreses. Ya no volvería a decir misa sino por excepción. En su parroquia dejó las prendas sacerdotales para vestir sus atavíos de caudillo insurgente, como hicieron muchos sacerdotes y frailes que, por toda la Nueva España, comenzaron a adherirse a la causa animada con la evidente pretensión de instaurar un Estado confesional católico.

Comprometido con la encomienda delegada por el cura Hidalgo, el también clérigo Morelos reunió y armó con lanzas y unas cuantas escopetas viejas, a 25 indígenas, campesinos y comuneros, oriundos de Carácuaro y Nocupétaro, pueblos de Tierra Caliente y humildes rincones de la cristiandad que estaban bajo su ministerio pastoral eclesiástico. Con ellos inició la formación del que llegaría a ser su poderoso ejército libertador, una fuerza también de profunda devoción guadalupana y motivación religiosa para la guerra.

<sup>64</sup> *Ibid*, p. 59.

Entre aquellos combatientes, que fueron sus primeros pares —porque los veía como sus iguales— ahora héroes de la Independencia de México, estaban: Gregorio Zapién, su asistente; Vicente Guzmán, Luciano Velázquez, Francisco Zamarripa, Benito Melchor de los Reyes, Félix Hernández, Roque Anselmo, Francisco Cándido, Marcelino González, Tomás de los Santos, Francisco Espinoza, Teodoro Mucio, Concepción Paz, Andrés González, Bernardino Arreola y Máximo Melchor de los Reyes. Estos hombres fueron los primeros, entre los soldados del cura Morelos, quienes tuvieron la osadía de abandonar el conformismo para abrir el surco de la libertad, que algunos de ellos regarían con su propia sangre. Tuvieron el privilegio de convertirse, desde su heroísmo anónimo, en símbolos humanos de la Independencia nacional.

Con aquel primer e inicial contingente de valientes mal armados, hacia los últimos días de ese mismo mes, el 25, Morelos partió de Carácuaro para declarar su abierta rebeldía a la Corona española. Ahí, muy a su pesar, dejó a su amada Brígida Almonte con su hija Guadalupe, llevó consigo a su bastardo Juan Nepomuceno de siete años de edad, con quien tenía una relación entrañable. Religioso como era, acudió a su amada iglesia de Carácuaro a encomendarse al Santo Cristo y a la Guadalupana. Lo mismo haría en Nocupétaro<sup>65</sup>.

<sup>65</sup> *Ibid*, p. 61.

Como si de mucho tiempo atrás estuviera acostumbrado a mandar y ser obedecido, iba metido en su papel militar, aunque no lo parecía. Llevaba un sombrero finísimo del Perú, y debajo de él, su inseparable pañuelo de seda blanco con los extremos anudados sobre el cuello; calzaba botas de campana y portaba dos pistolas clavadas en la cintura<sup>66</sup>.

Morelos salió de su curato, hacia su primera campaña militar, sin imaginar siquiera que solo una vez habría de regresar unos años adelante, durante las festividades de la Virgen de Guadalupe en diciembre de 1813. Era el inicio de su primera campaña, que sería una penosa marcha en busca de armas y recursos para mantener a su naciente ejército. Le esperaba una vivencia intensa de batallas en valles, montañas y selvas, soportando acciones despiadadas y compensando con astucia las carencias.

Decidido a cumplir con la encomienda de su maestro, se internó otra vez en los inaccesibles parajes calentanos y de la Sierra Costa que conoció de arriero con los ojos y con los pies, por la cuenca del Balsas. Lugares de su añoranza que, a partir de ahora, marcarían el rumbo de sus batallas y serían baluartes de la insurgencia. A su paso por Huetamo sumó 40 hombres. Prosiguió hacia el suroeste bordeando el río Balsas y fue a dar a Churumuco, el pueblo terracalen-

<sup>66</sup> Alfonso Teja Zabre, Morelos, Espasa Calpe, Colección Austral, cuarta edición, México 1978, p. 42.

teño que había sido su primer curato, para fortalecer la integración de su primera tropa. Luego se trasladó a Cuahuayutla donde se le incorporó don Rafael Valdovinos y con él otros 30 hombres, convirtiéndose en el primer insurgente que se incorporó con tropa al contingente rebelde.

Quizá con las palabras de Hidalgo en su cabeza, repasando las instrucciones verbales al mismo tiempo que definía la ruta a seguir, Morelos entró al sur por la Costa Grande. Cuando a principios de noviembre llegó al pequeño pueblo porteño de Zacatula, antiquísimo pueblo prehispánico.

El cura militar se apeó del caballo frente a la comandancia militar, donde se agrupaban una veintena de soldados de la Corona, bien armados, a cargo del capitán Marcos Martínez, a quien el jefe insurgente preguntó si estaba dispuesto a seguirlo. Le respondió que sí y le expresó su temor de que el alzamiento fuera contra el rey y no contra el mal gobierno. Morelos le contestó que, en efecto, su temor era justificado porque todo eso era cierto y él no les habría de engañar. Le dijo que peleaban contra el rey y contra el gobierno español.

Como había vacilaciones, porque aquellos realistas temían incurrir en grave pecado contra la religión, el caudillo insurgente los arengó hablándoles con palabras sencillas de la ignominiosa servidumbre colonial y de las esperanzas de un mejor futuro que había sembrado la revolución. Logró entusiasmarlos y cuando ca-

lló, aquellos soldados sencillos y montaraces —como los describe Ignacio Altamirano— le correspondieron con un grito unánime: “¡Viva la Independencia! ¡Viva la América libre! ¡Viva Morelos!”.

Como pactando la adhesión que significaron aquellas frases del capitán Martínez y sus hombres, Morelos gritó con voz fuerte y vibrante: “¡Viva don Miguel Hidalgo, Generalísimo de América!”<sup>67</sup>.

Así ocurrió en las pequeñas y desgarnecidas poblaciones por donde pasaba. La gente, contagiada de entusiasmo, salía al encuentro del lugarteniente de Hidalgo para saludarlo y ofrecerle ayuda para su nada fácil encomienda. Muy a su pesar, el caudillo que contaba con casi 300 hombres de a pie y 50 a caballo, se vió obligado a declinar el entusiasta apoyo de sus simpatizantes porque no tuvo manera de armarlos ni de pagarles sus servicios a la causa.

Cuando la predestinación lo llevó a Petatlán, se agregaron al ejército insurgente 103 voluntarios y el sargento Bautista Cortés, perteneciente a las compañías milicianas de la Corona, le hizo entrega de fusiles mohosos y lanzas<sup>68</sup>. Morelos recibió ahí a su antiguo amigo y protector José María Izazaga —quien años atrás lo había recomendado con el rector don Miguel

<sup>67</sup> Ignacio Manuel Altamirano, *Morelos en Zacatula*, Episodios de la Guerra de Independencia, impresión de Victoriano Agüeros, Biblioteca de autores mexicanos, Tomo 72, México 1910.

<sup>68</sup> Alejandro Martínez Carbajal, *op. cit.*, p. 51.

Hidalgo para ingresar al Colegio de San Nicolás—, que ahora iba dispuesto, con su generosidad y admiración, para proporcionarle al jefe insurgente del Sur lo que éste más necesitaba: dinero para armas y municiones. Ese admirable compromiso de Izazaga, pronto el más hábil diplomático de Morelos, se tradujo en la instalación de una maestranza donde se fabricarían fusiles y pólvora para el ejército independentista.

Ya en el exuberante territorio que hoy es el estado de Guerrero, en Tecpan, bañado por la brisa que llegaba del Océano Pacífico, se le unieron soldados realistas que desertaron de la milicia española cuando su jefe, el capitán veterano Juan Antonio Fuentes, huyó al saber de la aproximación de Morelos, lo que fue considerado un éxito militar logrado por el jefe insurgente. Ahí, el 7 de noviembre —mientras Hidalgo sufría la aplastante derrota de Aculco—, se incorporaron al Ejército del Sur los hermanos Juan José y Hermenegildo Galeana, mismos que en verdad tenían amigos y parientes que los apreciaba y que no dudaron en seguirlos a la aventura que iniciaban.

Al segundo de ellos, cariñosamente le llamaban “Tata Gildo”, un hombre honrado de franqueza y sencillez campesina, con pinta de guerrero irlandés por ser rubio y de ojos azules, quien formaría los primeros batallones y creó el primer regimiento con el nombre de Guadalupe, y que en el desarrollo de la guerra se significaría por su valor, así como por la admiración y lealtad que le guardó siempre a Morelos, a quien en

más de una ocasión le salvaría la vida con riesgo de la propia.

Al día siguiente de la adhesión de Hermenegildo, hicieron lo mismo los otros dos hermanos, Juan y Fermín, hombres fuertes y de notable patriotismo; también Ignacio Ayala. Todos ellos ricos terratenientes y hacendados acomodados de la comarca. Eran viejos conocidos de José María desde su época de arriero, mismos que en pocos días reunieron más de 2 000 hombres y algunas armas. Los Galeana invitaron a Morelos a su hacienda del Zanjón, donde le regalaron un pequeño cañón, llamado “el Niño”, el cual usaban para hacer salvas en las festividades populares. Fue su primera artillería.

Una vez fortificado Tecpan, expidió los nombramientos de coroneles en favor de Hermenegildo Galeana, José Antonio Galeana, Julián y Miguel de Ávila, Rafael Valdovinos e Ignacio de Ayala. Después, el 8 de noviembre el nuevo caudillo continuó su marcha, pasó por Coyuca, donde se le unió Juan Álvarez, a quien nombró capitán. Llegó hasta El Aguacatillo, donde completó unos 800 hombres.

Los rebeldes también lograron atrincherarse en los cerros de Las Cruces, El Marqués, San Marcos y Pie de la Cuesta. En éste, finalmente acampó el caudillo y se le unieron algunos naturales de Atoyac. Todos esos lugares, eran puntos críticos de Acapulco. Como Morelos iba enfermo, se trasladó a El Ejido para descansar y recuperarse.

El 12 de noviembre, Rafael Valdovinos y Juan Bautista Cortés llegaron a El Veladero —hoy parque nacional—, lugar geográficamente situado en la zona alta de la bahía del puerto de Acapulco, desde donde se observan perfectamente las dos costas, al que consideró fundamental en su estrategia. Al día siguiente, asumiendo que las condiciones estaban dadas para emprender la toma de Acapulco —el anhelado objetivo—, desde El Ejido Morelos dio la orden de iniciar las hostilidades contra el puerto.

Ese mismo día, 13 de noviembre de 1810, Cortés y Valdovinos con 700 hombres salieron a ejecutar la encomienda recibida. Una partida de 400 realistas a cargo de Luis Calatayud salió de la fortaleza a enfrentarlos. Aquella primera escaramuza se trabó al pie de la montaña, duró dos horas, pero no concluyó. Con dificultad los rebeldes lograron que los contrincantes se desbandaran.

El día 14, el jefe del naciente Ejército del Sur le escribió a Hidalgo. Le reseñó lo que había hecho en cumplimiento de la misión que el cura de Dolores le había asignado. Le informó que tenía sitiado el puerto de Acapulco con 800 hombres; le pidió apoyarlo con cañones y pólvora; y le solicitó hacerle saber nuevas instrucciones<sup>69</sup>. En los días siguientes, unos 600 hom-

<sup>69</sup> Secretaría de Educación Pública, *Morelos, Documentos inéditos y poco conocidos*, México 1927, t. II, p. 263.

bres abandonaron el cuartel realista para sumarse a Morelos<sup>70</sup>.

Así fue el inicio de la primera campaña de Morelos, aquellos logros preliminares exaltaron el ánimo de los insurgentes<sup>71</sup>. El día 14, el jefe del naciente Ejército del Sur le escribió a Hidalgo. Le reseñó lo que había hecho en cumplimiento de la misión que el cura de Dolores le había asignado. Le informó que tenía sitiado el puerto de Acapulco con 800 hombres; le pidió apoyarlo con cañones y pólvora; y le solicitó hacerle saber nuevas instrucciones<sup>72</sup>.

Estos acontecimientos de triunfo ocurrían al mismo tiempo que Hidalgo volvía derrotado a Valladolid tras el desastre de San Jerónimo Aculco, donde se había encizañado con él Ignacio Allende, habiéndose separado ambos caudillos, entre los cuales se había roto la confianza de manera irreparable.

En el Cuartel General del Aguacatillo, el día 16 de noviembre, José María Morelos emitió algunas instrucciones, de las que solo se conserva un fragmento. En ellas se asigna a los sacerdotes administrar las rentas y las bulas papales; se establece que de las obras pías solo se echará mano en caso muy necesario; se instruye que los comandantes no atacarán al enemigo con fuerzas

<sup>70</sup> Carlos Herrejón Peredo, *op. cit.*, pp. 65 y 66.

<sup>71</sup> Ubaldo Vargas Martínez, *op. cit.*, pp. 37 y 38.

<sup>72</sup> Secretaría de Educación Pública, *Morelos, Documentos inéditos y poco conocidos*, México 1927, t. II, p. 263.

inferiores, pero sí harán el esfuerzo por repelerlo en sus fortificaciones; se dispone que los oficiales del ejército serán nombrados por la superioridad en razón de los méritos desarrollados; a los comisionados y oficiales se les ordena proceder en franca armonía, con bastante fidelidad y maduro consejo; se les prohíbe hablar mal de la conducta del otro.

En el que fuera su primer bando, suscrito al día siguiente, emitió disposiciones orientadas a un gobierno insurgente; basadas en el plan que Miguel Hidalgo le había compartido en forma verbal cuando platicaron en el trayecto de Charo a Indaparapeo. Ordenó la libertad de los reos, y a nombre de Hidalgo, Morelos suprimió las castas, la esclavitud, el pago de tributos, las deudas a los europeos; decretó la libre fabricación de pólvora y que el estanco de tabaco y las alcabalas sirvieran para sostener las tropas, entre otras disposiciones<sup>73</sup>.

A la capital virreinal habían llegado noticias alarmantes sobre la inicial y victoriosa marcha estratégica de Morelos. La información impresionó al virrey Venegas, quien para detener al cura guerrillero y hacerlo retroceder, ordenó al militar madrileño Juan Francisco Paris Marín, destacamentado en Oaxaca, que con su brigada compuesta por 1 500 hombres se movilizara para atacar a los insurgentes.

<sup>73</sup> Alejandro Martínez Carbajal, *op. cit.*, pp. 73 y 74.

A partir del 20 de noviembre, se sucedieron diversas batallas con saldos a favor y en contra para ambos bandos. El 8 de diciembre, día de la Inmaculada Concepción, las avanzadas de París se dejaron ver por el rumbo de San Marcos. Desde el 10, el tixtleco Vicente Guerrero había llegado a El Aguacatillo para apoyar a Morelos, quien de inmediato movilizó al grueso de su ejército y lo concentró en Paso Real de la Sabana.

Los realistas, comandados por Francisco París, acudieron hasta donde se encontraban las tropas insurgentes. Sus soldados atacaron a José María Morelos y a Julián Ávila en El Veladero, y a Guerrero en El Aguacatillo. Los dos ejércitos chocaron, París inició el fuego, arremetió de frente pero fue rechazado y al cabo de seis horas de combate, los realistas se retiraron; volvieron a la carga el día 13, y nuevamente fueron obligados a retirarse hacia Tres Palos<sup>74</sup>.

Morelos hizo contacto con el realista, capitán de patriotas, Mariano Francisco Tavares, quien estaba resentido con las autoridades españolas que lo habían confinado a prisión cuando protestó por la destitución y encarcelamiento del virrey José de Iturrigaray. Se unió a Morelos en forma definitiva y le ofreció entregarle cañones y máquinas de guerra. Con su apoyo, el jefe rebelde envió hacia la Laguna de Tres Palos, el 4 de enero de 1811, a 600 hombres comandados por

<sup>74</sup> Carlos Herrejón Peredo, *op. cit.*, p. 71.

Julián de Ávila, quienes atacaron impetuosa y sorpresivamente a los desprevenidos soldados de la Corona. Tras dos horas de combate, el campo quedó a merced de los insurgentes. Paris logró huir y más de 800 de sus hombres, bien armados, fueron hechos prisioneros y conducidos a Tecpan. Tan meritoria victoria no fue suficiente para que Morelos se pudiese levantar con el éxito esperado de tomar el Puerto de Acapulco.

Aquellas primeras semanas de marcha militar, hicieron de Morelos el primero de los jefes de la insurgencia que en realidad organizó los cuadros del ejército libertador, lo que no habían logrado Hidalgo y Allende por sus rencillas. Fueron días que marcaron la todavía incipiente campaña del animado caudillo suriano, cuyo sorprendente e indiscutible genio militar le merecería, muy pronto, el reconocimiento como el líder de más temple y mayor capacidad estratégica que produjo el movimiento de independencia.

Desde que emprendió su cruzada, a medida que avanzaba, Morelos crecía su pequeño ejército en forma ordenada, incorporando algunos elementos con preparación militar y líderes destacados de las comunidades. Así fue dando coherencia y organización a su tropa, que hacia finales de 1810 sumaba ya a poco más de 2 000 hombres. La mayoría de ellos mal armados, pero con una gran lealtad, disciplina y obediencia a su jefe. La firmeza y el liderazgo en el mando del general Morelos, ayudaban a suplir las carencias de aquel incipiente contingente.

El saldo final de la serie de combates reseñada era muy favorable a los milicianos que pretendían la libertad de la nación mexicana. Fue un comienzo feliz y exitoso para el hombre que empezaba a brillar con los fulgores de una nueva aurora, quien más adelante relevaría, como generalísimo de los ejércitos de América, al jefe supremo de la insurgencia, Miguel Hidalgo, cuya estrella brillante ya había comenzado a declinar y a opacarse. Pronto también, sería admirado por luchar hombro con hombro junto a sus oficiales, y porque en los momentos críticos de los combates, siempre se le vería al frente de sus soldados, a veces rayando en la temeridad.

Estando en plenitud de su primera campaña, ocupada la Sabana y afianzada su posición en El Veladero, el cura de Carácuaro seguía con la idea fija —que no lo dejaba tranquilo— de apoderarse del puerto, así que se dispuso a atacar el fuerte de San Diego. Dicha fortificación marítima había sido construida en el siglo XVII, con el fin de proteger la plaza de los ataques y saqueos de los piratas; estaba artillada y preparada para recibir y resistir poderosos embates. Tomar aquella fortaleza era aventura difícil.

Por aquellos días, el cura militar decidió dejar de celebrar misa porque consideraba que, al haber muertes causadas por sus decisiones, canónicamente se consideró clérigo irregular y, por tanto, impedido de officiar el rito eucarístico. Asumió que su ministerio era incompatible con la vocación militar recién acepta-

da. Fue una decisión para él trascendente, tras la cual se dispuso a entrar directamente a la lucha, haciendo uso de las armas por sí mismo. Para José María, dejar de celebrar misa no le impedía oír misa, confesar ni comulgar. No tenía conciencia de culpa porque tenía por justificados los homicidios, lo mismo que la guerra. Era ordinario para él acercarse al sacramento de la confesión antes de cada batalla<sup>75</sup>.

### Batalla del Puente de Calderón y deposición de Hidalgo

Empezado el Año Nuevo, el 10 de enero de 1811, Hidalgo y Allende, que se habían reencontrado apenas unas semanas antes en la Nueva Galicia, volvieron a discrepar. En junta de oficiales, Allende opina que no deben enfrentarse a Félix María Calleja, sino organizar una guerra de guerrillas. Hidalgo se impone una vez más y decide dar la batalla campal.

El día 14 sale el ejército insurgente de Guadalajara, se dirige hacia Puente Grande, lo cruzan y acampan en La Laja, donde Allende insiste en no hacerle frente a los realistas, sino retirarse a San Blas. Hidalgo no cede, ratifica su necia decisión de presentar batalla a los realistas y crece la tensión entre ambos. El día 15 pasan la noche cerca de Puente de Calderón donde, al siguiente día, se enteran de la proximidad del ejército realista que

<sup>75</sup> *Ibid*, p. 75.

se acerca al mando del general Calleja. Toman posiciones para esperar al enemigo<sup>76</sup>.

El día 17, *El Despertador Americano* publica una adulación a Hidalgo que le otorga el título de “Padre de la Patria”, y contiene una inútil justificación del degüello de españoles bajo el insustancial argumento de que fue el “justo castigo con que la doliente patria venga los enormes atentados de unos lobos que se cubren con piel de oveja”<sup>77</sup>.

Ese mismo día el ejército independentista se alista para la batalla en la barranca poco profunda aledaña al puente de piedra. Tiene medianamente armados unos 3 500 hombres, con una artillería de alrededor de 100 cañones, acompañados de 25 000 soldados escasamente armados y sin idea de la disciplina militar. Entre ellos unos 7 000 indios flecheros de Colotlán; un ejército ficticio que algunos historiadores lo exageran al afirmar que sumaba 90 000 milicianos. El ejército de Calleja, en cambio, dispone de unos 6 000 hombres, pero bien armados y disciplinados, criollos en su gran mayoría.

Transcurridas seis horas de la batalla, una estruendosa explosión en las municiones de los desorganizados insurgentes provocó su confusión, el humo espeso los envolvió y huyeron en estampida, lo que precipitó su derrota. Además, habían desaprovechado su artillería al colocar los cañones en una posición que impedía

<sup>76</sup> *Ibid*, pp. 56 y 57.

<sup>77</sup> *El Despertador Americano*, 17 de enero de 1811, núm. 7, p. 41.

causar daño al enemigo con sus disparos, mismos que solo les pasaban por encima. De aquel desastre, que fue absoluto, quedó como mudo testigo el Puente de Calderón con sus tres arcos magníficamente dovelados.

Luego de la inesperada y humillante derrota, en la que fue la última batalla comandada por Hidalgo, los caudillos se dispersaron. Ignacio Allende, Ignacio Rayón y los más que quedaron de la tropa se dirigen a Aguascalientes. El padre Hidalgo, con muy pocos acompañantes y lleno de dudas, emprende una dolorosa ruta hacia el norte, en la hoy frontera de Jalisco con Zacatecas. Dos días después, el 19 de enero, llega a San José de Gracia, en la región Altos Sur del actual estado de Jalisco, donde permanecerá cinco días para salir el 24 antes del amanecer con rumbo a la hermosa hacienda de San Blas de Pabellón, formada en el siglo XVII —hoy Pabellón de Hidalgo— en el actual municipio de Rincón de Romos, Aguascalientes.

En esa población, el día 25, se reúne con Ignacio Allende, quien apoyado por otros jefes le reprocha su empecinamiento en imponer decisiones equivocadas, sin la menor atención a sugerencias de quienes tienen mejor idea de la guerra. Le tiran en cara los fracasos de Aculco y Calderón, le reprochan su mando autocrático y sus inhumanas ejecuciones de españoles. Finalmente le exigen que renuncie al mando y el cura replica con la tenacidad que le caracteriza. Ante su negativa, Allende y sus compañeros lo amenazaron de muerte, obligándolo a ceder. En vano Rayón trató de mediar y lograr

un acuerdo por el cual Allende se haría cargo del mando militar e Hidalgo de la conducción política.

Allende despojó de la jefatura a Hidalgo frente a sus oficiales; lo tomó preso y se proclamó generalísimo. Aquella humillación fue el fin político y castrense del cura rebelde, cuya aventura bienintencionada y mal dirigida no llegó ni a cinco meses. Su ejercicio de la autoridad fue sumamente violenta y devastadora, aunque había logrado la expansión territorial del movimiento y la efervescencia social en favor de la Independencia, sobre todo en las clases marginadas.

Con razón el historiador Edmundo O’Gorman escribiría que:

En el increíblemente corto plazo de ciento veinte días, aquel teólogo criollo, cura de almas pueblerinas, galante, jugador y dado a la música y bailes, gran aficionado a la lectura y amante de las faenas del campo y de la artesanía, dio al traste con un gobierno de tres siglos de arraigo; porque si la vida no le alcanzó para saberlo, no hay duda que fue él quien hirió de muerte al virreinato<sup>78</sup>.

<sup>78</sup> Edmundo O’Gorman, *Memorias de la Academia de la Historia*, así fue referido en el discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia: “Hidalgo en la Historia”, México, 1964, t. XXIII, núm. 3.

## Huida y captura del mando rebelde

Mientras en el Sur, Morelos consolida su ejército, unifica en la confianza a sus destacados oficiales y se dispone a tomar el Puerto de Acapulco para cortar el comercio novohispano, los primeros jefes insurgentes, disminuidos y peleados entre sí, salen de la hacienda de San Blas de Pabellón el día 26 de enero de 1811, en una marcha que más bien parece fuga.

Hidalgo va en calidad de prisionero, custodiado por quienes habían sido sus soldados, iniciaba su vía dolorosa. Los anima la idea de establecerse en Estados Unidos para conseguir armas. Así lo hizo saber el depuesto caudillo durante su breve estancia en el famoso Convento de Guadalupe —cerca de la noble ciudad minera de Zacatecas— a los franciscanos José María Sáenz y Antonio de la Cruz Gálvez, quienes lo llenaron de atenciones y lo alojaron en una celda de aquel monasterio fundado en 1720. En ese austero lugar, la quietud recoleta debe haber traído un poco de paz al alma desosegada del abatido caudillo.

Allende ya se encargaba de todo, como el jefe que era, sin embargo, Hidalgo todavía firmó algunos nombramientos de tipo administrativo porque aún se mantenía en secreto su degradación militar y la designación de Allende como generalísimo. A partir de entonces, el exjefe insurgente prosiguió en el contingente sin mando alguno, si acaso acompañado de cerca por unos pocos y aparentando ser el jefe militar y político todavía, para no

causar descontento o confusión entre los simpatizantes de la causa que lo aclamaban en los pueblos por donde pasaban, siempre en calidad de preso de los nuevos mandos.

Era urgente llegar a Saltillo. Por decisión de la autoridad insurgente y quizá por seguridad, a principios de febrero, Hidalgo y Allende toman caminos distintos. Se encuentran en Matehuala el 17, y días después vuelven a continuar por separado hacia el norte. Allende salió primero con solo 100 hombres, dejó el mando a los coroneles Arias e Iriarte; Hidalgo, por enfermedad, salió después, el día 20 con la tropa. Aún sin el mando militar y político, el cura ahora subordinado de Allende seguía tomando algunas decisiones políticas, como había propuesto Rayón para zanjar la disputa de liderazgo del cura con Allende.

El 24 de febrero el nuevo jefe supremo de la insurgencia llegó a la importante ciudad de Saltillo, que había sido tomada por el dinámico potosino José Mariano Jiménez el pasado 8 de enero. Después, el 4 de marzo, arribaría Hidalgo con su salud deteriorada, por lo que pidió ser alojado en casa aparte. Al conocerse de su llegada la gente acudía a verlo y reconocerlo como caudillo del movimiento insurgente.

Esa noche la pasó en las Casas Reales, donde estaba alojado Allende, con quien al siguiente día, hizo evidente su diferencia ideológica respecto de la justificación de la lucha, al expresar su indignación con los tiranos españoles y pronunciarse en favor de la Independencia total respecto del trono de los borbones. Idea

contraria a la del ahora mandamás de la insurgencia, quien pretendía una emancipación parcial y paulatina respecto de la Corona. Tal vez ello provocó que un día después se formalizara la renuncia a que había sido obligado el cura en Pabellón.

La junta de jefes ratificó el nombramiento de Ignacio Allende como generalísimo, hecho que fue celebrado —como en las juras de los monarcas— arrojando dinero a la multitud, provocando la aclamación interesada del pueblo. Se dispuso celebrar el acontecimiento con misa de acción de gracias en la parroquia, hoy Catedral, que en ese momento lucía el esplendor de su recién labrada fachada. Hubo corridas de toros, fuegos artificiales y festejos que se prolongaron por varios días, al tiempo que seguían desertando algunos de los insurgentes.

El día 13 de marzo reciben la propuesta del gobierno virreinal de optar por el indulto, Allende y Jiménez la estaban considerando con seriedad. Entonces repeniéndose momentáneamente de su degradación, el cura preso tuvo el valor de rechazar el indulto para influir en la respuesta firmada por Allende y él mismo, en su calidad de “jefes nombrados por la nación mexicana”, aunque muy probablemente redactada por el segundo de ellos, diciendo que:

No dejarán las armas de la mano hasta no haber arrancado de la de los opresores la inestimable alhaja de su libertad.

Y remata contundente:

El indulto es para los criminales, no para los defensores de la patria<sup>79</sup>.

Aquel rechazo era su sentencia de muerte. Entonces se dispuso que unos 1 500 hombres continúen la marcha hacia San Antonio de Béjar, en Texas —que aún era parte del territorio de la entonces Nueva España— para contactar a los angloamericanos y solicitar su ayuda, aunque esa posibilidad le causaba desconfianza a Allende por las ambiciones expansionistas de los vecinos del Norte que, sin embargo, eran la última esperanza de los insurgentes.

La mayor parte del ejército, unos 3 500 quinientos, permanecería unos días más en Saltillo para después regresar al centro del país a fortalecer y continuar con la insurrección. Este contingente quedó a cargo de Ignacio Rayón, con José Mario Liceaga como segundo al mando. Rayón se había sumado a la causa desde el 23 de octubre en Maravatío, tres días después de la incorporación de Morelos a la insurgencia como jefe del ejército en su región.

Sin que ambos lo supieran, comenzaba lo que sería la segunda etapa de la lucha independentista. Mientras el cura de Carácuaro continuaba fortaleciéndose en el Sur, desde el Norte Rayón emprendía lo que sería una

<sup>79</sup> Carlos Herrejón Peredo, *op. cit.*, p. 71.

destacada y muy importante empresa con tropas a su cargo.

Hidalgo y Allende, con su menguado ejército, en su retirada salieron de Saltillo el 16 de marzo y llegaron a la estancia de Santa María. Primero llegó el cura, escoltado por 200 hombres de caballería, y Allende, con toda la tropa llegó al anochecer. A ellos acudió Bernardo Gutiérrez de Lara, quien les ofreció sus buenos oficios con el propósito de acordar con Estados Unidos. Se le comisionó para ir con el gobierno de aquella nación a continuar las gestiones que habían comenzado cuando, en Guadalajara, Allende había nombrado representante diplomático a su amigo Ignacio Aldama, nombramiento que fue un fracaso, como también lo sería el de Gutiérrez de Lara, quien tampoco llegó a Washington. Sin embargo, Allende reiteró su desconfianza a la pretensión de esa alianza promovida por Hidalgo.

Se prosiguió la marcha, una de las más penosas, por tener que pasar alternativamente de la montaña al desierto. Tras una jornada agotadora, estando en La Joya, recibieron la invitación del capitán de milicias retirado, el general texano y criollo Francisco Ignacio Elizondo, para reunirse en las Norias de Baján y después marchar juntos a Estados Unidos a comprar armamento. Para ello envió a uno de sus agentes, de apellido Bernal, quien el día 20 visitó el campamento de los rebeldes, en medio del desierto, y los engatusó con la falsa promesa de que una expedición militar aliada los aguardaba en Baján para escoltarlos hasta

Monclova, donde saldría a recibirlos Manuel Salcedo, gobernador de la Provincia de Texas, y que el pueblo los espera para recibirlos con fiesta.

La realidad era que les tenían preparada una emboscada a cargo del oficial Francisco Ignacio Elizondo quien, fingiendo lealtad a los insurgentes, los esperaba en una colina inmediata a las Norias de Nuestra Señora de Guadalupe de Acatita de Baján, en medio de una extensa y deshabitada zona desértica. Ahí, a su llegada el día 21, a medida que iban llegando los coches con los engañados y disminuidos milicianos, fueron hechos prisioneros y amarrados con cuerdas.

Sorprendidos por la traición, los rebeldes a la Corona, desde sus carruajes abrieron fuego, sin éxito ante la descarga de fusilería que dejó muerto a Indalecio Allende, hijo del caudillo, quien a pesar de su juventud era teniente coronel. El jefe insurgente, que había disparado su pistola para defenderse desde el coche en que viajaba, vio morir a su hijo que iba con él, además de Jiménez y Arias, quien resultó mortalmente herido.

Hidalgo, que venía a caballo escoltado por unos 40 hombres, cuando le marcaron el alto en nombre de Fernando VII, llevó la mano a su pistola, pero dándose cuenta de lo inútil de la resistencia, se entregó. De ese modo, en una trampa demasiado simple, el gobierno del virreinato logró hacerse de los iniciadores de la Independencia. Desde entonces, al lugar de tan infamante suceso, se le conoce también como el Pasaje o Loma del Prendimiento.

Los traidores capturaron más de mil insurgentes, mismos que al día siguiente fueron trasladados a Monclova, atados de pies y manos. Allende llevó consigo el cadáver de su hijo para velarlo y sepultarlo en aquella ciudad. Cuando llegó la caravana de prisioneros, fue recibida al grito de: “¡Viva Fernando VII y mueran los insurgentes!”. Los repiques, la música y las salvas de artillería fueron para Elizondo. Ahí, los jefes del movimiento de la Independencia fueron sobajados.

En una herrería ubicada bajo un frondoso nogal, les pusieron grilletes y esposas bien remachadas, acto que conmovió a los que presenciaron aquella humillación. Pasaron la noche hacinados en una casa estrecha, hambrientos y semidesnudos. Cuando por aviso de Félix María Calleja, el virrey supo de la aprehensión de los principales mandos insurgentes, en evidente estado de júbilo, mandó echar al vuelo las campanas de los templos de la capital y disparar salvas de artillería en señal de regocijo. Ordenó también que los prisioneros fueran juzgados en Chihuahua por un Consejo de Guerra y que la sentencia se obedeciera de inmediato.

Manuel Salcedo determinó que los prisioneros fueran divididos en tres grupos: el primero, de 30 integrantes, fue enviado a la Villa de Chihuahua, entre ellos iban Miguel Hidalgo, Ignacio Allende, Juan Aldama, Mariano Jiménez, Mariano Abasolo y Mariano Hidalgo. Con rumbo a Durango fueron enviados unos diez religiosos y clérigos, para ser procesados. El resto

de los apresados permaneció en Monclova, donde unos fueron fusilados y otros obligados a trabajos forzados.

En el trayecto hacia el Norte, que fue dantesco, en medio de dos filas de soldados iban los principales reos, uno tras otro. Atravesaron el Río Nazas, muchos pueblos y rancherías, como Álamo de Parras —después San José de Viesca— y el Bolsón de Mapimí, en tierras de Durango, donde hubo un descanso necesario de cuatro días. Hidalgo trató en vano de sobornar a los centinelas para conseguir ser liberados. El penoso viaje al fin concluyó el 23 de abril —día de San Jorge—, cuando la cansada caravana llegó a la entonces Villa de San Felipe de Chihuahua. La entrada de los prisioneros por la Calle Real, a las doce del día, debió ser dramática.

Los chihuahuenses, que habían sido amenazados de castigo si mostraban compasión por los insurgentes en desgracia, los recibieron con el silencio del miedo. Fueron alojados en diversos cuartos del ex colegio de la Compañía de Jesús, transformado en Hospital Real poco tiempo después de la expulsión de los jesuitas, y en aquel momento habilitado como cuartel y cárcel, donde hoy es el Palacio de Gobierno de Chihuahua.

Ahí los principales caudillos serían procesados tras múltiples declaraciones en severas comparecencias. En su juicio intervendrían la milicia, la Iglesia, el Santo Oficio y las autoridades de la Colonia.

## Avance exitoso del ejército de Morelos

La astucia le había permitido a Morelos vencer a la tropa realista del general Paris, quien había sido enviado por el virrey Venegas, y con ello se había apoderado de las principales alturas que dominan Acapulco. Para no exponerse a un sangriento fracaso, toda vez que la fortaleza o castillo de San Diego —que pretendía tomar por asalto—, contaba con una guarnición numerosa y estaba bien pertrechada, decidió repetir su estrategia de apoyarse en algún realista simpatizante de la causa insurgente. Consiguió que un sargento de artillería del fuerte, llamado José “Pepe” Gago, a cambio de un anticipo de 300 pesos, se comprometiera a ayudarlo entregándole el sector que tenía a su cargo.

El cura José María abandonó la Sabana la noche del 7 de febrero de 1811, iba decidido a encabezar directamente a la tropa en combate. Ese mismo día, por la tarde, llegó el también cura José Antonio Talavera para unirse a la lucha, había sido su condiscípulo en el colegio de San Nicolás. Los rebeldes debían atacar la madrugada del día 9, en cuanto Gago les diera la señal con un farol sobre la entrada de la fortificación. Morelos, confiado, atacó cuando apareció la luz, pero fue recibido —como describe Carlos María de Bustamante— con una descarga general de artillería, fusilería y lanchas cañoneras preparadas de antemano<sup>80</sup>.

<sup>80</sup> Ubaldo Vargas Martínez, *op. cit.*, p. 39.

Gago había traicionado a Morelos y no a los realistas, que huyeron en loca carrera, porque la confusión había desordenado a la tropa. Los destrozos causados entre las filas insurgentes fueron muy serios y José María ordenó retirada cuando se vio perdido. Con dificultad, el sorprendido caudillo reunió a sus soldados que desmoralizados se habían desperdigado.

Durante nueve días intentó en vano hacerse de San Diego y, cuando el virrey envió refuerzos a los realistas, decidió levantar de manera provisional el sitio y retirarse a Tecpan. Iba enfermo, el paludismo o una afectación intestinal lo había atacado. Debilitado por la enfermedad y por la excesiva actividad desarrollada, va derrotado y preocupado por no haber logrado su objetivo, encomendado por Hidalgo, de quien ignora su estado de desgracia. Aprovechó esos días para rediseñar su proyecto de insurgencia.

Continuaron los días, y durante marzo de 1811, el hambre golpeaba a Morelos y a sus hombres, ya que escaseaban los víveres porque los que les enviaban eran interceptados por los realistas. Una vez restablecido de su enfermedad en Tecpan, y asimilada la lección de su exceso de confianza en el intento de tomar el Fuerte de Acapulco, el 18 de abril nombró a los comisionados para cobrar las rentas reales<sup>81</sup>. Después, decidió regresar al campamento y cuartel general que había dejado instalado en el cerro El Veladero, en La Sabana.

<sup>81</sup> Alejandro Martínez Carbajal, *op. cit.*, p. 75.

Por esos días, convocados y convencidos por Hermenegildo Galeana, se habían unido a la insurgencia los Bravo, familia de patriotas propietarios de una hacienda en Chichihualco, que no simpatizaban con el gobierno virreinal a pesar de las invitaciones que éste les hacía para levantar fuerzas en favor de la Corona. Eran cinco los hermanos Bravo, cuatro de ellos: Leonardo, Miguel, Víctor y Máximo, quienes sumaron al joven Nicolás, hijo del primero, y a Calixto, hijo del cuarto. Se habían negado a formar una compañía de auxiliares realistas en la Costa del Sur, razón por la que eran hostigados por las autoridades y obligados a esconderse. Casimiro, el quinto de los hermanos, se pronunció por el realismo.

El día primero de mayo de 1811, don Leonardo le entregó un paquete al caudillo, eran las últimas gacetas publicadas en la capital del virreinato. Nicolás Bravo las acababa de traer de Chilpancingo porque contenían noticias graves del interior, entre ellas la captura de los jefes insurgentes en el norte del país. Morelos decidió compartir la información a sus oficiales en otro momento. Por la tarde, llegaron a la hacienda de la Brea, que encumbra las primeras lomas de la Sierra Madre. Ahí pernoctaron y madrugaron para estar a buena hora en el campamento.

Por la mañana Morelos revisó a su tropa; después, tras contemplar la hermosa bahía de Acapulco discutió el plan en junta de guerra, con sus oficiales más cercanos, sus pares, entre ellos Hermenegildo Galeana y sus

hermanos Juan José y José Antonio, Don Leonardo y Nicolás Bravo, Miguel de Ávila, Ignacio Ayala, Rafael Valdovinos, el cura José Antonio Talavera, que fungió como secretario, y Vicente Guerrero. Después tomó la decisión de enviar a dos destacados insurgentes para ir a Estados Unidos a conseguir auxilios: Mariano Tabares y David Faro, que era angloamericano<sup>82</sup>.

En aquella reunión de mandos, Morelos informó con pesar que, en el Norte, los jefes pioneros de la insurgencia eran conducidos presos hacia la Villa de Chihuahua, expresando que el gobierno español, con toda seguridad estaba contento. Entonces les leyó la grave información que, desde el pasado 9 de abril, había publicado el gobierno del virreinato en su *Gaceta*, donde daba cuenta de la captura del generalísimo Miguel Hidalgo y sus otrora oficiales. Este suceso lamentable y la inminente muerte de los primeros caudillos insurgentes, causó evidente pesar al caudillo, sobrepuesto de su íntima tristeza, como corresponde a quien debe afrontar la adversidad desde la responsabilidad de jefe, les dijo:

Debemos recibir esta desgracia con la frente serena, como hemos recibido la noticia de los reveses de Aculco y Calderón. La prisión del señor Hidalgo y de sus compañeros, lejos de apagar el fuego patrio debe encenderlo más.

<sup>82</sup> Carlos Herrejón Peredo, *op. cit.*, p. 81.

Y asumiendo quizá, que el destino del prócer iniciador de la lucha era el patíbulo, en su arenga agregó:

Es necesario probar a la nación que la muerte de un caudillo no acaba con los principios que proclamó ni con el pueblo que los defiende. Es preciso hacerle ver que, aunque la estrella de la insurrección palidece en el Norte, todavía sigue brillando en el Sur.

Después de ser oficiada una misa en honor de los patriotas asesinados, y marcialmente homenajeados con disparos al cielo, Morelos y sus pares discutieron ampliamente y concluyeron que era indispensable avanzar pronto hacia el centro, dejando sitiado el puerto de Acapulco, con un representante suyo en El Veladero. Para ello se designó al coronel Julián Ávila, con la orden expresa de conservar los puntos conquistados. Montaron sus caballos y al trote se dirigieron a la emblemática montaña, a la que Morelos bautizó como “Paso a la Eternidad”, para significar irónicamente que el que se acercaba, se aproximaba a la muerte<sup>83</sup>. Por la noche iniciaron el éxodo con rumbo a El Veladero, a la cabeza iba el Padre Talavera.

A Hermenegildo Galeana, con su Regimiento de Guadalupe, correspondería emprender la nueva campaña proyectada, apoyada por los hombres que habrían de reclutar los Bravo. Así se hizo el día 3 de mayo, siguiendo el sendero de la montaña. Atrás del

<sup>83</sup> Ubaldo Vargas Martínez, *op. cit.*, p. 38.

regimiento —que enarbolaba la bandera blanca y azul de la Independencia—, distinguido por su imprescindible y señero pañuelo de seda, iba Morelos, flanqueado por un grupo de gallardos jinetes.

Por orden de su comandante en jefe, Galeana y los Bravo se adelantaron con parte del regimiento a la hacienda de los segundos, establecida en Chichihualco, para aprovisionarse de los víveres indispensables. Hasta ahí acudió también el comandante realista Lorenzo Garrote, quien trató de sorprenderlos. Había sido enviado para capturar a los Bravo, vivos o muertos, porque se habían negado a levantar contingentes en favor del gobierno español. A marcha forzada llegó a Chichihualco el 21 de mayo a medio día y, en forma inmisericorde, abatió algunos pelotones insurgentes que no lograron reaccionar a tiempo por la sorpresa del caso.

Algunos dispersos lograron dar aviso oportuno a los Bravo y a los Galeana, que tranquilamente platicaban en la casa principal de la hacienda. Cada cual corrió a ponerse al frente de su compañía. Don Hermenegildo encontró a sus soldados —negros costeños— bañándose desnudos en el río Huacapa o lavando su ropa. Así como estaban, encuerados, hizo que tomaran sus machetes y enfrentaran a los realistas; lo hicieron como toros salvajes gritando “¡Galeana! ¡Galeana!”.

Cuando la caballería de los Bravo apareció en escena, el comandante español, con sus soldados gachu-

pinos corrieron con rumbo a Tixtla; dejaron tiradas armas, dinero y carga; que los insurgentes recogieron como botín de guerra para reforzar al ejército de Morelos que llegaría unos días después. Aquella escaramuza sería llamada la Batalla de los Encuerados<sup>84</sup>.

### Reencuentro con Francisca Ortiz

Se cree que, en mayo de 1811, cuando José María Morelos y Pavón tenía 48 años, en el apogeo de su gloria militar y antes de la toma de Tixtla, se habría reencontrado con Francisca Ortiz, aquella mujer con quien quiso casarse y le fue arrancada de su vida mientras estudiaba en San Nicolás. Se supone que las cosas sucedieron así:

El día 24 de mayo de 1811 por la mañana, seguido de sus imponentes tropas, José María Morelos había entrado triunfante a Chilpancingo, donde solo estaría de paso para después proseguir a Tixtla, según lo convenido con sus oficiales. A su llegada, no encontró resistencia, pues el lugar había sido abandonado por los realistas, que tomaron el camino de Tixtla, precisamente a donde después iría el contingente rebelde.

Mientras sus soldados fraternizaban con los vecinos y jugueteaban con las hermosas chilpancingueñas<sup>85</sup>, Morelos preguntó a los parroquianos por el pa-

<sup>84</sup> Mauricio Leyva, *Juan Álvarez, entre el zorro y la pantera*, p. 71.

<sup>85</sup> Ubaldo Vargas Martínez, *op. cit.*, p. 42.

radero de Leonardo Bravo; un viejo conocido suyo le dijo que estaba desde el día 17 con su familia, en Chichihualco, ubicado a unas diez leguas al norponiente de Chilpancingo.

Tras un efímero descanso, apenas para beber agua, continuó José María a encontrarse con los Galeana y los Bravo en dicho lugar, de donde partirían hacia Tixtla, un pueblo de 4 000 habitantes, dedicados en su mayor parte a la agricultura y a la arriería, situado en un valle rodeado de montañas, a diez leguas al oriente de Chilpancingo. Hacia allá se dirigió el caudillo.

Habría ocurrido que, poco antes de llegar a la Hacienda de Chichihualco, a la orilla del camino se encontró con una mujer cuyo vestido dejaba ver la insinuante figura de un cuerpo escultural. Llevaba el rostro envuelto en su rebozo, hacia ella avanzó Morelos haciendo trotar a su caballo. En actitud seductora la abordó preguntando qué hacía una mujer tan hermosa lejos de la villa. Temerosa y sin voltear, la fémina intimidada apresuró sus pasos, el rebozo cayó sobre sus brazos dejando al descubierto su cara. Al verla, José María retrocedió como asustado, le invadió un escalofrío y su piel morena se tornó ceniza, la había reconocido y quedó estupefacto. Titubeante, como incrédulo, le preguntó qué hacía ahí. La dama no respondió, se echó a llorar y corrió hacia la hacienda.

Entonces, confundido preguntó —con evidente expresión de dolor— si alguien la conocía. Uno de los hombres le respondió: “Se llama Francisca Ortiz, es la

esposa de Matías Carranco”. En efecto, era la misma persona que amó en su juventud y que le había sido arrebatada. Furioso, fue teó salvajemente a su caballo a donde los esperaban Leonardo Bravo, Hermenegildo Galeana, Pedro Ascencio, Julián de Ávila y Vicente Guerrero. Lo saludaron amigablemente, él se mostró molesto provocando confusión en sus leales amigos y oficiales, quienes solo intercambiaron miradas y guardaron silencio. Sin más, se dirigió a don Leonardo y lo cuestionó: “¿Conoce usted a Matías Carranco?”. La respuesta fue afirmativa, se trataba —le dijo— de un hombre recientemente integrado a la tropa insurgente.

Morelos pidió que trajeran a su presencia a Matías. Cuando a éste lo pusieron frente al caudillo, entendió de lo que se trataba. Ambos desenvainaron sus machetes y se arrojaron con fiereza el uno sobre el otro. Guerrero, Julián de Ávila y Tata Gildo conocían la historia que provocó aquel enfrentamiento cuerpo a cuerpo. Quisieron intervenir, pero Pedro Ascencio los hizo detenerse al grito de: “¿Déjenlos, ellos saben su cuento!”, sin embargo, pistola en mano se mantenía atento al duelo y dispuesto a dispararla si Morelos era vencido.

Se impusieron la fuerza y experiencia del arriero devenido en militar, quien desarmó al que le causara una de las dolencias más fuertes de su vida años atrás. Luego lo golpeó hasta desahogarse y con la hoja del machete que le había quitado le marcó en repetidas veces la espalda. Para Morelos aquel había sido un lance de honor —aunque impulsado más por su orgullo he-

rido—, al término del cual, perdonó la vida y dio de baja de su ejército a quien lo había ofendido quitándole a su mujer amada.

Saciada su añeja sed de venganza, y una vez que logró serenarse y despojarse de los humos coléricos, se percató de la presencia de Francisca a unos cuantos metros, se acercó a ella y la besó apasionadamente, como asumiendo haber recuperado a la mujer que por derecho le correspondía<sup>86</sup>. Luego del altercado regresaron todos a Chilpancingo donde, en la casa de los Bravo, festejaron a Morelos con un banquete. Los jefes y oficiales lo felicitaban.<sup>87</sup> Vecinos y soldados departieron y relajaron la tensión acumulada por la guerra.

Fue un festejo en grande que continuó el día 25. Las mujeres cocinaron diferentes platillos típicos para agasajar a los insurgentes, sobre todo al señor Morelos. Tras el comelitón con mesas en la plaza, acompañado de brindis, la celebración terminó en baile. Aquella tarde José María permitió que sus soldados se divirtieran y festejaran los triunfos compartidos. Él mismo echó una cana al aire y le dio rienda suelta a su instinto de hombre: bailó con Francisca hasta que la luz de la luna le inspiró tomarla en su lecho, después de 22 años de no verla.

<sup>86</sup> Mauricio Leyva, *Juan Álvarez, entre el zorro y la pantera*, p. 70 a 73.

<sup>87</sup> Alejandro Martínez Carbajal, *op.cit.*, p. 87.

## La toma de Tixtla

El 26 de mayo de 1811, decidido a combate, Morelos retomó su ruta hacia Tixtla. En dicho lugar, desde días antes había cundido la alarma, al saberse que el jefe suriano iba con ese rumbo. El comandante militar de aquella población, Joaquín de Guevara —suegro de Nicolás Bravo—, fortificó la plaza y organizó a sus milicianos, apoyado por Lorenzo Garrote y el recién llegado coronel Nicolás Cosío, quien acababa de asumir la Comandancia General de la División del Sur, mismo que en varias ocasiones ofreció el indulto a Morelos, contestándole éste su negativa con la energía que le caracterizaba.

El cura Manuel Mayol, clérigo poblano y furibundo enemigo de la insurgencia, también haría de refuerzo para repeler a los rebeldes. Ejercía una gran influencia en sus feligreses y tenía especial desprecio por los insurgentes, a los que crucificaba con sus discursos puritanos desde el púlpito. Su maledicencia tenía por hijo del diablo y enemigo de la religión a Morelos; también Guerrero era motivo de sus orientaciones espirituales, señalándolo como mujeriego, pendenciero, jugador, bebedor y parrandero, no más y no menos.

Antes del amanecer del 25 de mayo de 1811, las tropas insurgentes estaban listas para emprender la marcha. Cientos de indios, pardos y mulatos —algunos a pie y otros a caballo—, así como los altos mandos, esperaban la orden de avanzar. Armados con machetes, hondas, pistolas, mosquetones, espadas y cañones,

estaban formados a las afueras de la casa de don Leonardo. Con base en lo dicho en párrafos anteriores respecto del reencuentro de José María con Panchita, es de suponer que cuando el caudillo salió de la casona de los Bravo, apareció ante sus guerreros con una fuerte dosis de motivación para continuar su campaña.

A las siete de la mañana comenzó a moverse la columna bajo la dirección de Morelos, iba sobre Tixtla, como estaba planeado desde la última reunión de mandos en La Sabana. Una hora después los insurgentes estaban apostados en las cercanías del pueblo de donde era oriundo Vicente Guerrero, ahí presente junto al caudillo del Sur. A la distancia se avistaban los fortines que el bando contrario había levantado en el Barrio Alto. Destacaba la bandera española ondeando altiva en el fortín de la plaza que llamaban El Calvario, en la única torre de la parroquia. Ahí estaba apostado Garrote con 30 hombres y cuatro piezas de artillería de grueso calibre.

Era notoria la presencia del Regimiento de Guadalupe, que enarbolaba el lábaro azul y blanco de la Independencia. También destacaba un grupo de jinetes que portaban una bandera negra y roja. Con ellos estaba Morelos, quien ahí reunió a sus capitanes y les hizo saber sus órdenes; él mismo asumió su propia tarea. Les instruyó economizar las municiones y les conminó a que todo disparo debía dar en el blanco sin que alguno

se desperdiciara; que por las condiciones del terreno tratarían de aproximarse y combatir cuerpo a cuerpo<sup>88</sup>.

En la plaza del pueblo, los soldados y oficiales fieles a la Corona, con gritos de “¡Viva el rey!”, se dispusieron a recibir a la columna rebelde; vestían uniformes en colores verde y rojo. Después de pasar revista y orar, sonó la diana y se desplegaron bajo el mando de Cosío en la colina cercana a El Calvario. Eran más de 1 000 hombres, entre ellos los Lanceros de Veracruz.

Como era su costumbre y en descargo de su conciencia, José María buscaría evitar la batalla enviando a un mensajero de paz para tratar de rendir la plaza, sin necesidad del uso de las armas. Para ello llamó al Padre José Antonio Talavera, quien venía muy bien montado y equipado militarmente. Lo envió con bandera blanca a intimar al jefe realista, con el ofrecimiento de garantía de respetar la vida para todos si accedían a rendirse.

Al cumplir su encomienda, el religioso Talavera se dirigió al llano de Piedras altas, donde fue tratado con desprecio y arrogancia por parte del comandante Cosío, quien sin siquiera saludarlo le dijo que: “Los soldados fieles al rey no quieren pláticas con rebeldes, que es ridículo hacer intimaciones con una chusma”.

Le hizo saber además que su plaza tenía una fuerza regular tres veces mayor que la encabezada por Morelos. Éste, al recibir la insultante respuesta realista, indignado ordenó desplegar la temible bandera rojinegra en señal de

<sup>88</sup> Mauricio Leyva, *Juan Álvarez, entre el zorro y la pantera*, p. 74.

ataque. Pidió la protección de Dios al tiempo que montó su caballo haciéndolo relinchar, resuelto desenvainó su sable y resollando fuerte gritó: “¡Ahora nosotros!”, y a galope emprendió la arremetida de manera personal.

Momentos antes don Leonardo Bravo trató de persuadirlo para que no se expusiera como un soldado más. El jefe insurgente le respondió: “Hay casos en que toda la táctica consiste en el arrojo y que la orden del General debe ser el ejemplo”.

Así que, alzando la frente, también se lanzó como pantera suriana contra la infantería enemiga, que fue destruida en poco tiempo. Los realistas que no murieron en aquel combate se rindieron o huyeron por el camino a Chilapa, a donde muy pronto los alcanzaría la insurgencia. En la refriega se distinguió por su coraje el joven Nicolás Bravo. El enfrentamiento había sido tan intenso como terrible. En el calor de la batalla, Morelos fue herido en una pierna y ni cuenta se dio. Ahí también resultó con heridas Juan Álvarez, mismo que, atado a un catre improvisado y escoltado por algunos hombres, sería llevado hacia Coyuca, muy cerca de la costa, donde sería atendido y curado por Faustina Benítez, su futura esposa<sup>89</sup>.

Al final, vencidos los defensores de la Corona, entre vivas a la Independencia y a Morelos, fue arriada la bandera española y sustituida por el crismón azul y blanco —los primeros colores nacionales— del Re-

<sup>89</sup> *Ibid*, p. 81.

gimiento de Guadalupe. Don Hermenegildo Galeana, cubierto de sangre y pólvora, salió de los parapetos, avanzó hacia el caudillo y le entregó la bandera española, al tiempo que le informó que dentro del fortín estaban los prisioneros.

Morelos felicitó a Galeana y después ordenó a Vicente Guerrero tomar por asalto el centro de la plaza. Así lo hizo ante el trémulo espanto del cura Mayol, mismo que rodeado de niños y mujeres, angustiado suplicaba misericordia para con su vida y la de los pobladores, y la hubo. Morelos le dijo a Guerrero —originario de ahí, de Tixtla— que su tierra era hermosa, pero que era una lástima que su población “fuera tan chaqueta”<sup>90</sup>. Entonces, como Vicente hablaba el náhuatl tixtleco, que su madre le había enseñado, le pidió que a los 300 indios prisioneros les ofreciera la libertad y la opción de incorporarse a la insurgencia. Todos accedieron.

Al amparo del desorden, Cosío, Garrote y Guevara —que se habían batido desesperadamente—, como los demás lograron huir a la capital del virreinato. Ahí tratarían de explicar cómo una “chusma” de 600 hombres, sin artillería, pudo tomar la plaza defendida por 1600 hombres y armada con ocho piezas de artillería.

Después del brillante triunfo, el 6 de julio hubo nombramientos entre la oficialidad de plana mayor, de mariscal para abajo<sup>91</sup>. Morelos ascendió al cura Juan

<sup>90</sup> Alejandro Martínez Carbajal, *op. cit.*, p. 91.

<sup>91</sup> Carlos Herrejón Peredo, *op. cit.*, p. 83.

Antonio Talavera a Mariscal de Campo y lo envió a El Veladero para unir su fuerza a la del comandante Julián de Ávila y, en compañía del estadounidense Guillermo Danlin y Miguel Bravo, atacar al capitán realista Francisco Paris y poder hacerse al fin del puerto de Acapulco, sitiado por los insurgentes. Decidió también regresar a Chilpancingo, población que había sido fundada en 1591 y estaba destinada a ser punto estratégico durante la Guerra de Independencia.

Habida cuenta de las penurias causadas por la guerra a la actividad económica y dada la carestía que dificultaba pagar a la tropa, antes de partir, Morelos quiso poner en circulación un peculiar medio de cambio. Éste fue la moneda de cobre para uso del comercio, en calidad de libranza, misma que respaldaría la Caja Nacional una vez obtenida la independencia, ya que se dispusiera de suficientes reales de oro o plata. Así lo decretó por bando del 13 de julio, tras lo cual escribió a Rayón para informarle, diciéndole que con la moneda de cobre “nos presta el rico y el pobre”<sup>92</sup>.

José María se encaminó a Chilpancingo, al dejar Tixtla, instaló una reducida guarnición de 100 hombres, al mando de Tata Gildo Galeana y de Nicolás Bravo, quien a la sazón contaba apenas con 19 años. A ambos les ordenó la rápida fortificación del pueblo, en previsión de un posible ataque del realista comandante

<sup>92</sup> *Ibid*, p. 81.

Juan Antonio Fuentes, quien había sido nombrado sucesor de Cosío por el virrey Venegas.

El 15 de agosto —tal como había temido Morelos— el regimiento de Galeana fue sorprendido por la tropa de Fuentes, quien por dos desertores de la insurgencia supo de la insensatez e imprudencia de algunos rebeldes que, sin autorización, habían dejado Tixtla para ir a las fiestas religiosas y taurinas en Chilpancingo, donde movido por su devoción mariana el jefe suriano celebraba el día de la Virgen de la Asunción, patrona del pueblo. Aquel descuido había dado al militar realista una magnífica ocasión para apoderarse del punto debilitado y se lanzó a tomar dicha población.

Hermenegildo envió de inmediato un correo a Chilpancingo para informar de aquella contrariedad a Morelos, quien acudió al día siguiente en auxilio de sus valientes soldados, mismos que con coraje costeño habían mantenido una vigorosa resistencia. Al frente de 700 hombres, llevó consigo el ya famoso cañoncito El Niño. Llegó cuando más reñido estaba el combate y de inmediato entró en acción.

Ante el inesperado ataque del caudillo insurgente, Fuentes intentó desesperadamente levantar defensas con empalizadas y trincheras, pero ya nada podían hacer los realistas, por lo que él y sus oficiales abandonaron el campo de batalla y huyeron desordenados hacia Chilapa y Tlapa, hasta donde los lanceros de Morelos cayeron sobre los fugitivos, adueñándose de esas plazas

sin dificultad. Aquel día 16 de agosto de 1811, sería relevante en los registros de la insurgencia.

Durante el recuento de prisioneros, entre ellos aparecieron “Pepe” Gago, el artillero que había traicionado a Morelos en Acapulco, así como Toribio Navarro, el sujeto que a cambio de dinero había ofrecido reclutar soldados en la Costa Sur y luego se pasó a los realistas. Enterado el cura y jefe insurgente, consideró que en aquellas circunstancias la piedad de su parte hubiera sido vista por su tropa como debilidad. Un castigo menor podría valorarse como una torpeza o como una falta de respeto a los altos ideales que inspiraron la lucha por la Independencia.

Optó entonces por la justicia vindicativa, aceptada por la ética cristiana —mediante la cual se impone al infractor o al súbdito una pena igual a su delito para restituir el honor agraviado—, y sin escuchar sus lamentaciones y súplicas de perdón mandó fusilar en el acto a los traidores, a quienes consideró merecedores no solamente del desprecio y la cólera insurgente. Por aquella decisión, como por otras semejantes, no pocos historiadores consideran que Morelos fue cruel sin necesidad. Juicio del que discrepo rotundamente.

Por esos días Morelos visitó a Juan Álvarez que se recuperaba de las heridas recibidas y después acudió a Chilapa.

## Ejecución de los jefes insurgentes pioneros

Como ya he mencionado, desde el mismo día en que dio inicio el levantamiento rebelde, la relación entre Miguel Hidalgo e Ignacio Allende comenzó a deteriorarse en razón de la permisividad del primero a los actos vandálicos de la indisciplinada tropa, que el segundo reprobaba. Amén de la discrepancia del militar con algunas decisiones del cura, entonces capitán general, que valoraba como inconvenientes para la causa.

A partir de esos sentimientos encontrados y de las diferentes visiones ideológicas respecto de la independencia pretendida, Allende se hizo disidente de Hidalgo y la inicial comunión de ambos terminó en ruptura. En esa condición fueron aprehendidos y enjuiciados sin poder llevar hasta su término el proyecto que juntos comenzaron. En prisión, Hidalgo le expresaría a Allende que “los iniciadores de las grandes causas nunca las ven terminadas”.

Desde finales de abril, con una junta militar improvisada, encabezada por el alférez español Ángel Abella, iniciaron los procesos de los desvanecidos jefes insurgentes, quienes en reiteradas ocasiones acudirían a rendir declaración ante los dignatarios del Santo Oficio. La causa de Hidalgo comenzó el 7 de mayo de 1811 y proseguiría hasta el día 18, no culpó a nadie para escapar de la muerte y cargó sobre sus hombros toda la responsabilidad de la revolución. Cuando se le preguntó quién lo había hecho juez competente para defender el

reino, contestó: “El derecho que tiene todo ciudadano cuando cree a la patria en riesgo de perderse”<sup>93</sup>.

Con las precauciones pertinentes se les permitía acudir ocasionalmente a misa y acercarse al sacramento de la confesión a los reos que así lo solicitaban. La primera semana de mayo, durante tres días Hidalgo fue sometido por la Inquisición a un minucioso interrogatorio que incluyó 43 preguntas, mismas que contestó con serenidad y entereza, sin delatar a nadie. Negó haberse aprovechado de su condición de sacerdote para incitar al pueblo a tomar las armas y expresó su convicción de que la Independencia era una causa justa, necesaria y benéfica para el pueblo novohispano.

El 8 de mayo, día de su cuarta declaración, Hidalgo cumple 58 años, y diez días después, ante José Ignacio Iturribarria, canónigo duranguense, y José Mariano de Urrutia, cura de Cosiguriachi, reconoció sus excesos y manifestó por escrito su arrepentimiento y retractación de los yerros cometidos contra Dios y el rey; pedía perdón a la Inquisición y a la Iglesia y rogaba a los insurgentes que se apartaran del errado camino que seguían.

De aquel texto se remitió copia al obispo de Durango, Francisco Gabriel de Olivares, así como a los intendentes de Durango y Sonora, a los gobernadores de Coahuila y Nuevo México, y a la Junta de Gobierno de Texas. En su deplorable circunstancia, aquella

<sup>93</sup> Francisco de la Maza, *op. cit.*, p. 400.

compunción se ha interpretado como la concesión del caudillo, que era un ferviente católico, para limpiar su alma y presentarse ante el juicio divino. Lo único que podía rescatarlo era su sincero arrepentimiento, así fuera a gritos, y no vaciló en condenar su gloria terrena para salvar su alma.

Bien dice el historiador y político Luis Castillo Ledón, que para poder entrar a la vida eterna, la Iglesia prescribe la contrición o el arrepentimiento sincero de los pecados. Canónicamente, Hidalgo tenía el deber de retractarse para no dar el escándalo de morir fuera de la religión. Como católico no cometió acto de debilidad alguna, cumplió con un mandamiento, con un deber. Por ello, a cambio de recibir la absolución, tuvo que reconocer que su proceder rebelde en la insurgencia “no se conciliaba con la doctrina del Evangelio”, entonces firmó —o le hicieron firmar— el documento en el que reconocía haberse equivocado y se arrepentía de sus actos<sup>94</sup>.

El tribunal de la Inquisición tenía abierto un proceso contra Hidalgo desde julio de 1800, acusándolo de hereje y apóstata de la religión, proceso que —como narra el historiador y escritor Arturo Moreno Baños— se reanudó en septiembre de 1810 en el que se le declaró “amante de la libertad que proclamaban los enciclopedistas y en consecuencia hereje, judaizante, libertino, calvinista y grandemente sospechoso de ateísmo y ma-

<sup>94</sup> *Ibid*, p. 404.

terialismo”. El 7 de febrero de 1811, el doctor Manuel de Flores, inquisidor fiscal, había presentado formal acusación en su contra fundada en 53 cargos.

El 7 de junio terminaron los procesos militares contra todos los jefes insurgentes. Al concluir las declaraciones de Ignacio Allende, Juan Aldama, Mariano Jiménez y Santamaría, el Consejo de Guerra los sentenció, sin concederles el legítimo derecho de ser defendidos, “a ser pasados por las armas del modo más ignominioso, con la confiscación de sus bienes y trascendencia de infamia a sus hijos varones, si los tuvieren”. Solo Abasolo fue condenado a diez años de presidio en España; se había pintado como víctima de Hidalgo, Allende y Aldama, logrando que su abnegada e influyente mujer gestionara el perdón a su vida.

De todos ellos, el teniente coronel Jiménez fue el más entero y valiente. Allende, en cambio, el más desdichado, le trastornaba la muerte de su hijo; le agobiaba una herida por una caída de caballo, le pesaban las vejaciones padecidas y los castigos sufridos al ser golpeado con la cadena de los grilletes, a tal grado, que intentó suicidarse<sup>95</sup>, cobarde propósito que impidieron sus subalternos.

A Hidalgo, como era de esperarse, le aguardaban los más inhumanos sufrimientos. El gobierno que él tuvo la osadía de enfrentar y lesionar de muerte, quiso dar ejemplar castigo a modo de advertencia para los

<sup>95</sup> Fernando Benítez, *op. cit.*, pp. 97 y 98.

que aún luchaban por el ideal de la libertad. El día 8, por ser sacerdote, su causa fue turnada al juez eclesiástico. Atendiendo a los requerimientos del Tribunal de la Fe, el 10 de junio, el cura envió un largo escrito rechazando los cargos de hereje y apóstata de la religión y explicando las causas para encabezar la insurrección. La respuesta fue desestimada por el jurado.

El 25 de junio se presentó el comisionado encargado de los procesos, Ángel Abella, en los respectivos calabozos de los jefes que ya habían sido condenados a muerte. Les hizo poner de rodillas, les leyó el veredicto y llamó a un sacerdote para prepararlos a bien morir. En su derrota, tal vez pensaron que con su muerte se establecería el fracaso de su esfuerzo, no imaginaban que en esos mismos días de su tristeza final —en los que Hidalgo también se preparaba para ser ejecutado—, José María Morelos, siguiendo su ejemplo triunfaba en el Sur, en Tixtla, y con ello mantenía viva la lucha por la causa que ellos, junto con Hidalgo, habían iniciado.

A las 6 de la mañana del día siguiente, los toques de clarines, el redoble de tambores y el lúgubre tañir de campanas, anunciaron el inminente fusilamiento de los caudillos insurrectos, quienes esposados y con grilletes fueron llevados a la plaza de San Felipe, llamada también plaza de los Ejércitos. Se les colocó en banquillos, con los ojos vendados y de espaldas a los pelotones de ejecución. El teniente Pedro Armendáriz tuvo la voz de mando que dio la señal para disparar.

Una vez sacrificados, Manuel Salcedo ordenó que a los cuerpos se les cortaran las cabezas, y fueran puestas en sal, para después ser enviadas a Guanajuato.

Ante la cercanía de la muerte, había aflorado la debilidad humana en Juan Aldama, expresó que Hidalgo y Allende solo eran dos tiranos que causaron la perdición “de muchos hombres de bien y del reino”. Le unía gran amistad con Allende desde la infancia, habían sido compañeros en el Regimiento de la Reina, pero en su condición de candidato al patíbulo, por miedo, o tal vez con la esperanza de evitar la muerte, en el momento de los juicios se retractó de su participación en la insurgencia, acusó a su jefe y amigo de haberlo obligado a incorporarse al movimiento. Allende no se echó para atrás, por el contrario, dijo que no lo podían acusar de traición a la patria, sino de lealtad<sup>96</sup>.

Días después, el 3 de julio, el asesor del Santo Oficio Rafael Bracho emite dictamen y le da curso de inmediato, proponiendo que Hidalgo sea sentenciado a muerte. Consideradas agotadas las averiguaciones — recuerda Moreno Baños—, el licenciado Bracho formuló su dictamen enumerando las agravantes, concluyó que Hidalgo era “reo de alta traición y mandante de alevosos homicidios” y que “debe morir por ello, confiscársele sus bienes y quemar públicamente sus proclamas y papeles sediciosos”.

<sup>96</sup> Virginia Bautista, *Aldama, Allende y Jiménez, los rebeldes de hace dos siglos*, Excélsior, 26 de junio de 2011.

Pero antes de que se ejecutara tal veredicto, por ser clérigo debía ser juzgado también por el Santo Oficio. Por ello, el obispo Olivares, desde Durango, instruyó la degradación del cura revolucionario. Todos parecían tener urgencia en terminar las formalidades y proceder contra quien fuera iniciador y principal jefe de la insurgencia para eliminarlo. Pensaban que con ello pondrían fin a la lucha armada de los “emancipacionistas”.

Entonces, el comandante Nemesio Salcedo ordenó a su hijo, el gobernador y comandante de Texas, teniente coronel Manuel Salcedo, para que una vez cumplida la consigna del prelado se hiciera cargo de la ejecución del procesado, conforme al dictamen del asesor Bracho. También urgió al canónigo doctoral de Durango, Francisco Fernández Valentín, para que se diera prisa en cumplir con el rebajamiento dispuesto por el obispo.

Durante su lóbrega prisión de casi tres meses en Chihuahua, ante el Santo Oficio, Hidalgo había reconocido que mandó matar gente por frenesí. Se atribuyó —como hizo también Allende— la idea de la Independencia, defendió la lucha emprendida como una guerra justa y aceptó con humildad sus excesos, aunque ni eso le valió para que le fuera levantada la excomunión de que había sido injustamente objeto. También reconoció ante el tribunal de la Santa Inquisición, haberle instruido así a Morelos: “Quiero que tengamos un Congreso que nos trate como si fuéramos hermanos, que dicte leyes suaves, justas, benéficas y acomodadas a cada lugar”.

El día 27 de julio, al fin, el canónigo Fernández pronunció la sentencia de degradación, en virtud de la destrucción, excesos y asesinatos reconocidos por el propio Hidalgo. Después, el sentenciado fue obligado a golpes a ponerse de rodillas para que el comisionado Alba le diera a conocer su sentencia de muerte. En seguida mandó llamar a un sacerdote para preparar al prisionero a morir cristianamente. A la ejecución de Hidalgo debía preceder la degradación instruida, debía realizarla un juez eclesiástico que le despojara de su calidad de sacerdote. El día 29, cerca de las 6 de la mañana, escoltado y encadenado, el condenado fue presentado ante el Tribunal del Santo Oficio.

El canónigo Fernández Valentín, por órdenes del obispo de Durango, procedió al acto de la humillante destitución, con todo el ceremonial estipulado en el Pontifical romano. En una mesa colocada cerca de un altar improvisado en el fondo de uno de los corredores del hospital militar, se colocó una vestidura eclesiástica, ornamentos, un cáliz con bandeja y unas vinajeras. Hidalgo compareció ante el citado juez y dio principio la ceremonia.

Primero le fueron retirados los grilletes y después lo vistieron por escasos minutos como el cura que había sido toda su vida, con las prendas eclesiásticas. Hidalgo vertió en el cáliz un poco de vino, puso sobre la charola una hostia sin consagrar y con el vaso sagrado entre sus manos se puso de rodillas a los pies del juez. Quitándole abruptamente el cáliz y la patena, con un

dejo de desprecio, Fernández Valentín pronunció las palabras de execración, al tiempo que con un cuchillo raspaba las palmas de sus manos y las yemas de sus dedos. Sin el más mínimo asomo de caridad cristiana le dijo: “Te arrancamos la potestad de sacrificar, consagrar y bendecir que recibiste con la unción de las manos y los dedos”<sup>97</sup>.

Al final solo le quedaban sus prendas eclesiásticas, mismas que —tras menoscabarlo como ser humano en forma humillante— una por una le fueron quitando frente a quienes acudieron a presenciar el desenlace del proceso y el rito de degradación, lo dejaron ataviado de calzón corto y camisa abierta que dejaba ver un escapulario con la imagen Guadalupana que le acompañó en todas sus batallas. Se lo habían regalado, según dijo, unas monjas en 1806, en ocasión de su Santo, un día de San Miguel. Él mismo se quitó el escapulario bordado en pergamino, que llevaba en su pecho empapado de sudor, y pidió que fuera enviado a las madres teresitas que se lo habían obsequiado, hasta Querétaro. Concluido el proceso eclesiástico, le fue leída su sentencia de muerte y después regresado a su celda.

Ahí, el cura defenestrado y condenado escribió con carbón, en la tosca pared de la Torre que lo albergaba, algunas frases dedicadas de manera amigable y con gratitud al cabo Miguel Ortega, su celador, y al alcaide

<sup>97</sup> Arturo Moreno Baños, *Juicio a Miguel Hidalgo*, El Independiente de Hidalgo, [elindependientede Hidalgo.com.mx](http://elindependientede Hidalgo.com.mx), 31 de julio de 2016.

de la cárcel, el español Melchor Guaspe, mismos que le habían tratado con respeto y se ganaron su amistad durante el tiempo que lo tuvieron bajo su custodia.

El día 30, muy temprano, tras desayunar en su celda, Hidalgo fue llevado a la capilla del Hospital Real donde estaba preso, ahí acudió una vez más al sacramento de la confesión con el cura Juan José Baca; comulgó y rezó. Había llegado el momento de cumplir la sentencia, así lo anunciaron las campanas de la Villa de Chihuahua. Después fue conducido por el teniente coronel Manuel Salcedo —emisario del gobierno español— al patio interior, donde estaba formado el pelotón de ejecución. Marchaba a la muerte leyendo el *Miserere* en su Breviario. Lo esperaba el teniente Pedro Armendáriz y el piquete a su cargo, con 12 soldados que habrían de fusilarlo a las 7 de la mañana.

Ya en el paredón, besó el banquillo donde habría de morir, lo colocaron de cara a la pared, pero él se negó a ser acribillado en forma indigna. Salcedo tenía órdenes terminantes de fusilarlo por la espalda, sin embargo, terminó cediendo ante la serenidad y la exigencia de Hidalgo, que se rehusó a morir como un desleal. Ya sus propios compañeros —ahora muertos— lo habían depuesto militarmente al quitarle el mando de las fuerzas armadas levantadas por él. Ahora, los suyos, los eclesiásticos, lo destituyeron en forma ignominiosa, como no habían hecho antes con un sacerdote. Se había preparado para morir con la sencillez de un hombre de

pueblo y, ya sobrepuesto al dolor, no permitiría que le quitaran la vida degradándolo una vez más.

Pidió no ser vendado de los ojos, como solía hacerse con los traidores. Se formaron tres filas de cuatro tiradores, el cura se sentó mirando a la cara de los soldados, tomó el crucifijo que llevaba consigo, lo puso sobre el corazón y les dijo: “La mano derecha que pondré sobre mi pecho será, hijos míos, el blanco seguro a que habréis de dirigíos”.

La entereza del condenado intimidó a los soldados, mismos que cuando obedecieron la voz de “¡fuego!”, no lograron matarlo, tres balas le pegaron en el vientre y la otra le quebró un brazo. Hubo necesidad de una descarga adicional que tampoco cumplió su cometido, solo hicieron que sus ojos se llenaran de lágrimas. La tercera fila de fusileros tampoco pudo matarlo, las balas volvieron a penetrar en el vientre destrozado. Fue necesario que Armendáriz ordenara a dos soldados dispararle a mansalva en el corazón, para que Hidalgo muriera sobre su propia sangre.

Tras su ejecución, ese mismo día al oscurecer, un soldado tarahumara de apellido Salcedo de un tajo le cercenó la cabeza con un machete. En la plaza pública aledaña al hospital, fue exhibido el decapitado cadáver de quien fuera sembrador de libertades nacionalistas y el iniciador de la Guerra de Independencia, considerado por ello reo de alta traición. Habían transcurrido casi ocho meses de haber iniciado la gesta de liberación nacional en nombre de la religión que siempre respe-

tó. Su muerte fue un duro golpe a la insurgencia, pero también un motivo de perseverancia para quienes seguían en los campos de batalla.

El cuerpo fue recogido por los frailes franciscanos y sepultado en la capilla de San Antonio, en tanto que la cabeza fue inmersa en una caja con sal, donde estaban las cabezas de Allende, Aldama y Jiménez, para ser enviadas al intendente de Zacatecas y luego ser trasladadas a Guanajuato. Calleja mandó colocarlas en jaulas de hierro para ser colgadas de escarpías en las cuatro esquinas de la Alhóndiga de Granaditas, a fin de que sirvieran de escarmiento a la población. Ahí habrían de permanecer hasta después de consumada la Independencia. Fueron retiradas en marzo de 1821.

En 1823, el recién constituido Congreso —el mismo que condenó a Agustín de Iturbide— dispuso su traslado y sepultura en la Catedral de la Ciudad de México. En 1869, a instancias del presidente Benito Juárez, el Congreso de la Unión erigió en su honor el Estado de Hidalgo y, desde 1925, sus restos reposan en el Ángel de la Independencia, monumento así conocido, mandado construir por el presidente Porfirio Díaz para rendir homenaje a los héroes de aquella gesta nacional.

Para los realistas, comenzando por el virrey, la eliminación de los caudillos pioneros en la lucha por la Independencia fue considerada un triunfo, un castigo ejemplar y una advertencia para todos aquellos que pensarán rebelarse a la Corona de España. Significó

un parteaguas para la causa libertaria novohispana, por la depresión que provocó en los insurgentes y en los pobladores que los apoyaban. En tal situación coyuntural los realistas, ufanos, hicieron circular documentos apócrifos que daban por terminado el movimiento libertario.<sup>98</sup> Pero a pesar de que fue un golpe fuerte, la determinación insurgente no declinó.

A la muerte de Hidalgo, quien erigido en supremo jefe de la insurgencia había instalado un gobierno nacional desde Guadalajara y nombrado a Ignacio López Rayón como “Secretario de Estado y del Despacho” con amplias facultades. Éste asumió el mando provisional del movimiento. Nadie escatimó que así fuera y pronto formalizaría un gobierno comandado por la Junta Nacional Americana.

La insurgencia había cundido y Morelos, que estaba en pie de lucha, seguía avanzando y acumulando victorias. Ambos jefes, en la emergencia de sus liderazgos y en el desempeño de sus respectivas encomiendas, mantendrían vivo el movimiento, llevando la delantera a los realistas. Los dos, cada uno en su estilo de mandar, darían cauce a la segunda etapa de la guerra de Independencia, significada por la perseverancia insurgente.



<sup>98</sup> Virginia Bautista, *Aldama, Allende y Jiménez, los rebeldes de hace dos siglos*, Excélsior, 26 de junio de 2011.

CAPÍTULO CUARTO

SEGUNDA ETAPA  
DE LA GUERRA  
DE INDEPENDENCIA





## Los pares de Morelos

Como jefe de la insurgencia, Hidalgo había logrado desplegar en buena parte del territorio de Nueva España el entusiasmo por la Independencia, aunque en aquel momento y circunstancias de la lucha, la fama que corría de él distaba mucho de la que le había distinguido como un cura bondadoso. En su desempeño como jefe militar y político no potenció sus muchas cualidades humanas, ni logró controlar los sentimientos de odio que lo llevaron a ser sanguinario en las pocas batallas que había librado, parecía no soportar que en la guerra estaba de por medio la vida de miles de personas.

También habría emulado a los revolucionarios franceses en la forma de azuzar al pueblo, al que permitió el saqueo y todo tipo de abusos. No consideró los derechos naturales de sus adversarios. Su conduc-

ta caritativa que le había ganado el afecto y respeto de sus feligreses no se manifestó en su desempeño al mando de la insurgencia. Ese comportamiento había provocado división y disidencia entre sus tropas y lo apartó del camino de la justicia para una liberación integradora.

En su favor se reconoce que hizo desaparecer las jerarquías sociales y los privilegios de los encumbrados, restó poder político y económico a los peninsulares, quienes habían disfrutado de su posición a merced de los nativos novohispanos. El mérito de haber iniciado la Guerra de Independencia no se desvaneció nunca, pero lo hizo nulo en su persona y su error lo había conducido a derrotas y a la rebelión de sus oficiales, cuya reincorporación bajo su mando no bastó para rectificar su conducta.

El cura José María Morelos, en cambio, una vez en la responsabilidad como comandante del Sur, se condujo a partir de una lógica muy distante de la de su mentor, a quien admiró desde que le conoció en el Colegio de San Nicolás Obispo de Valladolid. Al discípulo le movía un sentimiento distinto al del maestro, de justicia y no de venganza; de protección de los derechos naturales del hombre, no un afán de poder. Provenía de una familia pobre y había sido “Cura de Indios”, lo que quizá le facilitó comprender el legítimo derecho de oponerse a la opresión y a las realidades de injusticia evidente y prolongada, que atentaban contra los derechos fundamentales de los novohis-

panos y dañaban gravemente sus legítimos afanes de bienestar.

La presencia de Morelos —como escribió la historiadora Guadalupe Jiménez Codinach— comenzó a encauzar el torbellino de la lucha. Por su empeño, los planes políticos se hicieron más definidos y más amplios; las operaciones con más precisión y disciplina, y la destrucción de vidas y riquezas, que no podía ser directamente provechosa, ni mucho menos cristiana y piadosa, se hizo ordenada y justificable como acción de represalia y defensa<sup>1</sup>.

La expectativa de éxito de las tropas de Morelos estaba sustentada en la lealtad, capacidad y habilidades para el combate de los valientes hombres que integró a su círculo de confianza: sus pares. En este grupo de jefes, que eran a su vez sus escoltas, surgido en momentos apremiantes, destacarían personajes importantes como Ignacio Ayala, sumado a la causa de la Independencia desde el principio, al lado del cura José María, quien lo llegaría a nombrar mariscal de campo por sus acciones en combate. Hermenegildo Galeana y su hermano Pablo, quienes pertenecían a una familia de prestigiados hacendados criollos, en la zona de Tecpan. Vicente Guerrero en Tixtla — hoy Ciudad Guerrero—, de donde era originario; y que comenzó su carrera militar desde 1810, bajo las

<sup>1</sup> [expomorelos.inha.gob.mx](http://expomorelos.inha.gob.mx) *José María Morelos y Pavón, Generalísimo de los ejércitos de la América mexicana.*

órdenes directas de Hermenegildo Galeana y jugaría un papel fundamental hacia la consumación de la Independencia. Rafael Valdovinos, originario de Coahuayutla.

Entre las familias adheridas a la lucha, destacan los ya citados hermanos Bravo: Leonardo, Máximo, Víctor y Miguel, en la región de Chilpancingo, con base en su hacienda El Zanjón, de Chichihualco; Juan Álvarez Hurtado, “El Zorro”, de Atoyac —hoy Ciudad Álvarez—, en la Costa Grande; el sacerdote Mariano Matamoros en la región de Jantetelco, donde fue párroco y quien se unió a su amigo Morelos en Izúcar, cuando huía de las autoridades españolas que supieron de su simpatía por la causa de la Independencia.

En el bien seleccionado grupo de mando del jefe suriano, habrían de destacar también Nicolás Bravo, hijo de don Leonardo; José Miguel Aducto Fernández Félix, quien posteriormente adoptaría el nombre de Guadalupe Victoria y sería el primer presidente de la independiente República Mexicana.

Otros integrantes de aquel selecto grupo de oficiales, fueron Valerio Trujano, Andrés Quintana Roo, joven abogado originario de Mérida; Manuel Mier y Terán, originario de Tepeji del Río, recién graduado de minería cuando se unió a Morelos, quien lo hizo jefe de artillería en la tropa de Matamoros; era conocido por su inteligencia y don de mando. Incluso el escritor, abogado y periodista Carlos María de Bustamante, oriundo de la Villa de Antequera.

Algunos de aquellos aguerridos e intrépidos hombres —que no estuvieron exentos de dispersiones, derrotas y riñas internas—, descollarían como genios militares, como hombres de Estado o en ambas categorías. Por sí mismos, todos eran patriotas y hombres de fe, profesaban la religión católica y eran profundamente guadalupanos, como lo fue Miguel Hidalgo, como lo era Morelos, su jefe. Y éste, infundía sentimientos patrios en ellos y les estimulaba el credo religioso porque bien sabía que, cuando el patriotismo con valores espirituales alienta al hombre, éste es capaz de realizar las más grandes proezas en aras de una causa que abraza con convicción.

Todos ellos, particularmente Hermenegildo Galeana, Mariano Matamoros, Leonardo y Nicolás Bravo, Vicente Guerrero, Guadalupe Victoria —sus mejores soldados—, al igual que muchos otros que espontáneamente se sumaron a Morelos, atraídos por su magnetismo personal o por conocer de sus hazañas que lo habían prestigiado. Con el respeto de su carácter sacerdotal y con la admiración por su severidad militar, lo seguían dispuestos a correr su suerte. Por su bravura en los combates, a José María le costaba trabajo contenerlos. Juntos se agigantaron infundiendo respeto en sus tropas, despertando su inspiración y simpatía. Con la más elevada visión de causa construyeron el glorioso Ejército del Sur y unidos lo reconstruyeron cuando fue necesario.

Solo una vez aquella cohesión interna se vio seriamente amenazada, cuando el licenciado poblano Juan

Nepomuceno Rosainz, hombre culto pero intrigante y ambicioso, se incorporó a la lucha en 1812 y al contingente de Morelos cuando éste lo liberó de prisión y, otorgándole toda su confianza, lo nombró auditor de guerra y su secretario. Aprovechando el ascendiente de su cargo comenzó a formar su propio grupo y oponerlo al que formaban los pares, que eran los jefes veteranos tan queridos por el caudillo sacerdote, que habían hecho o hacían el papel de sus escoltas. A ese connotado grupo de leales patriotas, en lo sucesivo Rosainz habría de controvertir en diversos momentos, sin que sus intrigas vulneraran el espíritu de cuerpo, ni la inquebrantable disciplina de aquella élite de leales revolucionarios.

Una vez que el jefe y sacerdote advirtió esa subterránea rivalidad entre sus hombres de más confianza, quiso detenerla a tiempo. Con la más clara y sincera franqueza les dijo: “Cuando la discordia comienza por los principales, corre como un fuego abrazador por todos los subalternos, da materia de arrepentimiento a los recién convencidos, y de murmuración a los adictos al chisme”<sup>2</sup>.

Morelos recibió su formación militar para la guerra, de su natural intuición y de su propio ingenio. Y en aquellos hombres, Morelos volcó su aprendizaje y se distinguió como un extraordinario formador de jefes; los instruyó desde su ejemplo de valor y patriotis-

<sup>2</sup> Ubaldo Vargas Martínez, *op. cit.*, p. 91.

mo y le correspondieron con su perseverante lealtad y disciplina.

Ninguno le pidió nada —¡nomás faltaba!—, se conformaron con el honor de servir en sus filas a la causa de la Independencia; estaban dispuestos a dar lo mejor de sí en tan elevado propósito. Morelos, conocedor del valor de aquellos hombres, supo aprovecharlos en buena forma. Como dice Alfonso Teja Zabre, “valieron para Morelos como todo un ejército”<sup>3</sup>, dispuestos siempre a la acción defensiva de la causa de la libertad. Hacia el final de sus campañas, los Pares se reducirían a no más de cien hombres, que le servían de escoltas.

### Intento de atentado en Chilapa

Acampado en Chilapa, a donde Morelos había llegado el 21 de agosto con más de 1 500 hombres, recibió dos cartas con advertencias de que enviarían mercenarios para matarlo. Se presentarían a ofrecerle sus servicios, aparentemente de forma desinteresada. Una de esas misivas era de Ignacio López Rayón, presidente de la Junta de Zitácuaro, avisándole que el virrey había pagado a un asesino para matarle, que lo sabía de buena fuente. Le daba por señal de identificación que se trataba de un hombre “muy barrigón”. Cuando el hombre descrito se presentó, Morelos le dio un trato cordial y

<sup>3</sup> Alfonso Teja Zabre, *Vida de Morelos*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia.

hasta lo invitó a comer con él y sus principales oficiales. Todo el día le atendieron como si en él confiaran. A la hora de dormir, el jefe suriano ordenó que le pusieran una cama junto a la suya. Una vez dormido el caudillo, el confundido asesino huyó, la serenidad de Morelos lo asustó y no quiso arriesgarse.

Los historiadores han omitido comentar que a Hermenegildo Galeana le había tocado estar vigilando, durante su brevísima estancia, a los sicarios del virrey. Tenía consigo un machete bien afilado y su arma de fuego preparada, estaba listo para actuar al más leve movimiento del asesino fallido. Entonces el cura caudillo redactó una carta de agradecimiento a Rayón por la advertencia. En el texto sobresale lo siguiente: “Le doy mil gracias por su aviso, pero puedo asegurarle que a esta hora no hay en este campamento más barrigón que yo”.

Morelos representaba un peligro para el gobierno virreinal y era natural que se le quisiera dar muerte<sup>4</sup>. El caudillo permanecería en Chilapa hasta el 21 de noviembre de aquel 1811. Durante esos tres meses el general estuvo a punto de ser víctima de asesinos pagados.

En ese campamento, además de demostrar gran talento, el caudillo decidió dar forma permanente a sus victorias y aprovechando que el río Mezcala le servía de foso natural y le resguardaba de cualquier sorpresa, dio mejor estructura y disciplina a su ejército, nombrando

<sup>4</sup> Alejandro Martínez Carbajal, *op. cit.*, pp. 75 y 76.

a don Leonardo Bravo como su lugarteniente; organizó un gobierno civil, para lo cual envió comisionados a todos los lugares donde había núcleos considerables de sus tropas<sup>5</sup>.

En esas semanas, prohibió que gente ajena al movimiento entrara a Chilapa; aprovechó el tiempo para buscar cuevas de salitre para fabricar pólvora, construir implementos de guerra, reparar el armamento que tuviera algún desperfecto. También se aprovecharon los telares existentes —que hacían prosperar una pequeña industria de telas y tejidos—, para confeccionar los uniformes que utilizaría el contingente armado.

Con estos sucesos de triunfo, Morelos concluyó su primera campaña<sup>6</sup>, con un liderazgo consolidado y coordinado con Rayón, el líder formal de la insurgencia, que lo sería por un tiempo prolongado manteniendo el fuego de la causa. Cabe destacar aquí que Morelos, desde el primer momento en que Rayón asumió el mando insurgente, y aún cuando organizó la Junta de Zitácuaro, estuvo en contacto con él; y que López Rayón, comprendiendo la fuerza de Morelos, también procuró estar en constante comunicación con el caudillo del Sur, primero haciendo notar su autoridad y después, obligado por las circunstancias, en tono de compañerismo.

<sup>5</sup> Gral. Francisco L. Urquiza, *op. cit.*, pp. 31.

<sup>6</sup> Ubaldo Vargas Martínez, *op. cit.*, pp. 42 a 46.

Morelos no había logrado aún la toma de Acapulco, como le había instruido el ahora extinto Hidalgo, sin embargo, al tomar las regiones de Tecpan, Chilpancingo y Tixtla —toda la costa y el centro del actual Estado de Guerrero—, había conseguido un avance significativo en su encomienda como jefe en el Sur, lo cual le permitió dedicarse durante las siguientes semanas a la organización de sus fuerzas y a limpiar de realistas el territorio a su cargo.

### Creación de la Junta de Zitácuaro

Tras la captura de los primeros jefes rebeldes en Coahuila, Rayón —como se hacía llamar— había decidido abandonar Saltillo por considerarlo un lugar vulnerable y de alto riesgo para la insurgencia a su cargo. El 26 de marzo de 1811, al mismo tiempo que Morelos sitiaba Acapulco, comenzó su retirada con rumbo al sur de la Nueva España, seguido de 3 500 hombres. Le acompañaban algunos líderes comprometidos con la causa libertaria, entre ellos sus dos hermanos, José María y Francisco, así como el padre José Antonio Torres, Juan Pablo Anaya, Víctor Rosales y el rico hacendado vallisoletano Manuel Villalongín.

En abril, desde Zacatecas, emulando las juntas de defensa que los ciudadanos españoles habían formado para hacer frente a las tropas napoleónicas en 1808, así como las Juntas gubernativas constituidas en Quito y Caracas, Rayón y Liceaga, convencidos de la justicia de

su lucha, habían expresado al sanguinario Felix María Calleja su intención de erigir un Congreso o Junta Nacional que haría preservar los derechos de Fernando VII. Aquel planteamiento al encargado de las milicias realistas, quien se había convertido en la sombra que perseguía a los jefes insurgentes, se antojaba bisoño. La respuesta de Calleja a los ingenuos que pretendían congraciarse con él, fue ordenar su captura, así se lo había ordenado el virrey.

Los líderes rebeldes, prosiguieron su marcha hacia Michoacán. En la Piedad se encontraron con Mariano Francisco Tabares y David Faro, quienes llevaban la encomienda de abrir negociaciones en Estados Unidos de Norteamérica, de parte de Morelos. Era mitad de mayo, de propia iniciativa informaron a Rayón de todo lo realizado en el Sur y, a invitación suya, lo acompañaron en su marcha. Al fin, tras librar algunas batallas en la ruta, se establecieron en la Villa de Zitácuaro, misma que Rayón convirtió en la principal fortaleza militar insurgente y más tarde sería la sede de su gobierno.

En esa población, de modo impertinente Rayón extendió los grados de general brigadier a Tabares y de coronel a Faro, investiduras que al volver ellos a Chilapa a principios de agosto —por instrucciones de Rayón— desagradaron a Morelos, tanto que no les dio mando en el ejército, los reprendió públicamente por desacato y los rebajó a soldados rasos. Este hecho incubó en ellos el germen de la disidencia, que no tardaría en llevarlos a la traición.

El 11 de julio de 1811, Rayón había propuesto a Morelos la formación de un gobierno Nacional con autoridad suprema, a la que se sujetaran todos los comisionados y jefes del partido de la independencia, para impedir trastornos que la conducta de muchos de ellos originaban, por la anarquía con que actuaban. También le solicitó enviar a un hombre de sabiduría sobresaliente para celebrar dicha asamblea gubernativa. Morelos estaba de acuerdo en que se constituyera un gobierno, era lo que había deseado porque con ella se evitarían muchos males.

Semanas después, tras derrotar a los españoles en Tixtla, desde ahí, el caudillo oriundo de Valladolid le respondió al de Tlalpujahuá que aprobaba la idea de establecer la Junta. Compartían el propósito de Rayón, en el sentido de contener la proliferación de comisionados sin mérito alguno, que había nombrado Hidalgo, muchos de los cuales —ya en el papel de generales— se habían convertido en ladrones y no estaban comprometidos con la causa libertaria. En su contestación, además de felicitar a Rayón por la victoria obtenida en Zitácuaro ante las fuerzas que le envió el virrey, designó como su representante al sacerdote José Sixto Berduzco Macías, cura de Tuzantla, quien había sido su compañero desde los días del seminario.

En ocasión de su respuesta, reconociendo la autoridad de Rayón, Morelos también le informó de sus acciones militares, del estado de fuerza de su ejército, le propuso el sello de cobre como dinero y, días después,

le anunció la toma de Chilapa, que en aquella región era la población de más vigorosa economía.

Al saberse de la muerte de Miguel Hidalgo —ocurrida el 30 de julio—, en virtud del nombramiento que le había otorgado a Rayón en Guadalajara, éste ostentó la jefatura de la insurgencia y convocó a los principales jefes y generales del movimiento a reunirse cerca de Zitácuaro el 19 de agosto. En esa fecha, reunidos los invitados en la sala de cabildos de dicha villa —concurrieron 13 personas—, se tomó un primer acuerdo: instalar un gobierno rector de la insurgencia, elegir mediante un plebiscito a sus dirigentes y jurar obediencia al gobierno establecido<sup>7</sup>. Tres eventos fundacionales en una sola jornada.

De este modo se ponía en práctica una tesis de la segunda escolástica, la cual sostenía que el poder de los monarcas surge del pueblo y, en caso de estar ausentes, regresa al pueblo como origen y depositario del poder<sup>8</sup>.

Celebrada la reunión, Rayón resultó electo como presidente de la que se llamó Suprema Junta Nacional Americana, a la que ordinariamente se le llamaría Junta de Zitácuaro, Junta de Gobierno, o solo la Junta. En calidad de vocales, fueron designados Liceaga y el teólogo José Sixto Berduzco Macías, cura de Tuzantla

<sup>7</sup> Electores en Zitácuaro, Palacio Nacional en Zitácuaro, 21 de agosto de 1811, en Hernández y Dávalos, *Colección*, t. III, núm. 96, pp 403 y 404.

<sup>8</sup> [almomento.mx](http://almomento.mx), *El mando insurgente tras la captura de Miguel Hidalgo*, 27 de septiembre de 2014.

y apoderado de Morelos. Tras rendir protesta, se hizo juramento solemne “de fidelidad al rey don Fernando VII”, ante su retrato, que bajo dosel se colocó en la sala capitular de aquella villa.

El día 21 de agosto se firmó el acta constitutiva de aquel órgano gubernativo y unos días después se integró Morelos como cuarto vocal. Aquellos sucesos incrementaron la preocupación del bando realista, por lo que el comandante Bernardino Bonavia, desde Oaxaca, le envió una carta de advertencia al virrey Venegas. Le proponía tomar medidas militares para frenar el avance de las fuerzas insurgentes.

Además de gobernar, la función principal de la Junta sería administrar justicia y fungir como secretaría de guerra. En el ejercicio de sus atribuciones, el segundo gobierno insurgente expidió nombramientos, acuñó monedas, emitió diversos ordenamientos y publicó su propio periódico. De esta manera, el mérito destacable del órgano de gobierno, fue haber sentado el precedente en la forma de gobierno mexicano y ser el centro de legitimación para las acciones militares insurgentes.<sup>9</sup> Vino a llenar el hueco de soberanía prevaleciente.

A partir de la instalación de aquel concilio rebelde, la insurgencia comenzó a legitimarse y entró en un proceso de institucionalización. La Guerra de In-

<sup>9</sup> Samuel Villela Flores, (coord., comp.), *Los Sentimientos de la Nación, interpretaciones recientes*, Editorial Impresora Apolo, México 2014, p. 85.

dependencia comenzó a tener una estructura mejor organizada; dejó de ser una lucha multitudinaria y de acción destinada solo a ganar batallas. Dio principio una etapa donde conocer la situación general de la lucha e informar a los combatientes del desarrollo general del movimiento insurgente, fueron funciones importantes, donde las ideas contaban tanto o más que las armas<sup>10</sup>.

En ese tiempo, durante la segunda mitad de 1811, Rayón, el heredero directo de Hidalgo en el mando insurgente, y por supuesto la Junta, comenzaron a tener una correspondencia regular con miembros de la numerosa organización Los Guadalupe. Éstos, además de enviarles información estratégica, les proporcionaban armas, dinero y otros auxilios, contribuyendo de esa manera a su solidez. Al frente de la Junta de Zitácuaro, apoyado por la citada organización secreta, Rayón logró mantener relaciones con la capital y proveerse de noticias políticas y militares, así como información sensible del gobierno virreinal que permitía la mejor toma de decisiones en beneficio de la insurgencia, ya con una visión de gobierno<sup>11</sup>.

De esta manera, antes de que Morelos se hiciera notar por sus luchas y avance en el Sur, Rayón —leal

<sup>10</sup> Ernesto de la Torre Villar, *Temas de la Insurgencia*, Universidad Nacional Autónoma de México, México 2000, p. 464.

<sup>11</sup> Virginia Guerra, *Los Guadalupe*, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, pp. 78 y 79.

seguidor de los ideales de Hidalgo— fungió como cabeza visible de la Independencia. Mantuvo vivo el fuego de la causa desde un esfuerzo respetable que le dio base organizativa a los insurgentes. Siendo un hombre estimado por sus conocimientos del derecho, logró sumar a personajes notables.

La creación de la Junta de Gobierno, mostró la altura de miras de Rayón y confirmó su compromiso con el anhelo de independencia. No obstante sus méritos —que algunos historiadores le han regateado para empequeñecer su participación en el movimiento insurgente—, pronto Morelos lo superó en visión política y social, en la capacidad militar y de estadista. Sin embargo, se sometió a la autoridad de la asamblea, estableciendo así el principio de Estado de Derecho y la subordinación a una autoridad legítima.

El hecho innegable es que el cura militar, teniendo en la Junta el fundamento de legalidad que la espuria autoridad virreinal le negaba<sup>12</sup>, descolló por su vigor, liderazgo y visión de Estado; y que para las exigencias del superior propósito pretendido, Rayón fue demasiado cauto y se dejó llevar por una actitud fidelista hacia la Corona que, si bien compartía con otros líderes, no era el sentimiento mayoritario, mis-

<sup>12</sup> Manuel González Oropeza, *Los Sentimientos de la Nación y los orígenes del poder legislativo mexicano*, en *Los Sentimientos de la Nación. Entre la espada militar y los orígenes del Estado de Guerrero*, Chilpancingo, Guerrero 2001, Instituto de Estudios Parlamentarios “Eduardo Neri”, pp. 192 y 193.

mo que deseaba una independencia total del gobierno peninsular<sup>13</sup>.

Tal vez en la desconfianza hacia esa actitud de Rayón, y por las versiones conocidas de que llegó a recibir apoyos de la autoridad virreinal, Los Guadalupes comenzaron a identificarse con la voluntad de cambio y estilo de mando militar de Morelos, a quien vieron como un líder más confiable para hacer triunfar la causa.

La existencia y acción de Los Guadalupes, conocida por las autoridades virreinales, y los triunfos de Morelos en el Sur, hicieron que el virrey Venegas considerara a la Junta como altamente peligrosa, y que Calleja la calificara de “diabólica”. Por ello trataron de debilitarla minando su prestigio y solidez. Venegas trató de cooptarla y alinearla a sus propósitos, comunicando supuestos acuerdos con sus integrantes para pacificar al país, aunque en el fondo solo buscaba conocer su real fuerza para sofocarla.

### Inicia la segunda campaña de Morelos

El 3 de septiembre de 1811, José María Morelos instruyó dar a conocer a las comunidades de su demarcación militar, los propósitos revolucionarios de la insurgencia, a fin de obtener su confianza y lograr su tranquilidad. Al día siguiente, la Junta Nacional explica al caudillo los motivos por los que aún se proclama a Fernando VII.

<sup>13</sup> Ernesto de la Torre Villar, *Temas de la insurgencia*, *op cit.*, p. 463.

El día 10 expidió un decreto por el que se creaba la provincia de Tecpan —en lo que después sería el estado de Guerrero—, erigiendo a la heroica villa de ese nombre en la “Ciudad de Nuestra Señora de Guadalupe de Tecpan”, y se le señaló como cabecera de la nueva demarcación. Al mismo tiempo, al Puerto de Acapulco, con categoría de ciudad, pomposamente llamada Los Reyes, lo castigó quitándole el nombre por su resistencia durante seis meses a la insurgencia, lo llamó Congregación de los Fieles.

Como algunos oficiales insurgentes se excedieron en sus facultades en contra de la libertad de los naturales del rumbo del Sur, se originó una protesta que amenazaba desembocar en una guerra entre las castas y entorpecer el avance del movimiento insurgente. Por ello, Morelos decretó también que los oficiales, jueces y comisionados no deberían extralimitarse en las facultades propias de sus cargos, ni menos proceder el inferior contra el superior, a no ser que así lo hubiese instruido el propio Morelos o la Junta Suprema. En todo caso, cuando surgieran problemas serios y de traición, debería recurrirse ante la superioridad legítima autorizada, para que procediera según lo demandaran los hechos.

El día 15 —a un año de que Hidalgo iniciara la gesta independentista—, el caudillo del Sur ordenó el establecimiento de correos y determinó que no fueran alteradas las leyes de contribuciones a la Santa Madre Iglesia. Hacia finales de ese mes, el jefe José María se encuentra, en Taxco, con insurgentes de Cocula, y se

dispone a tomar Toluca. Después, el 14 de octubre, Morelos da a conocer a la Junta Nacional el juramento de adhesión de los pueblos del Sur.

Desde que Morelos desconoció los grados militares que Rayón había concedido sin razón a Faro y Tabares, éstos se indisciplinaron al grado de rompimiento y conspiración. Con el pretexto de ir a conseguir víveres, partieron a Chilapa. Después, aliados con dos capitanes, uno de apellido Mayo y otro Ignacio Jacinto, en septiembre intentaron soliviantar a los costeños de raza negra<sup>14</sup>. Los azuzaban a realizar una independencia propia, con el falaz argumento de que estaban excluidos de los postulados de la lucha. Aglutinaron un grupo numeroso de afrorestizos y comenzaron acciones militares por cuenta propia.

Al paso de algunas semanas, la pretendida contrarrevolución sería sofocada. En octubre, acompañado de Nicolás Bravo y sus escoltas —unos 100 hombres—, llegó Morelos a poner orden. Iba maltrecho de salud, la mula en que viajaba había dado una gran maroma y él resultó con una pierna tronada. Duraría un tiempo en que el trote le molestara. Total que, tras mínima resistencia de los subversivos, el jefe del Sur los capturó. Les precisó en voz alta que la Independencia que buscaba era para todos los americanos, sin distinción de razas<sup>15</sup>.

<sup>14</sup> Carlos Herrejón Peredo, *op. cit.*, pp. 92 y 93.

<sup>15</sup> Mauricio Leyva, *Juan Álvarez, op. cit.* P. 80.

Después, sin más, Morelos hizo fusilar al capitán Mayo y a otros. Días más adelante, a Tabares y a Faro los llevó a Chilapa, donde le informaron que los conspiradores traían ramificaciones en su tropa<sup>16</sup>. Entonces, por conducto de don Leonardo Bravo, mandó ejecutar a los dos taimados. Ambos fueron degollados.

Pese a estos incidentes en la región del Sur, la primera campaña de Morelos avanzaba con éxito, como ya se ha descrito anteriormente. También destacaba la labor de Rayón y, entre ambos, comenzaba a percibirse un tufo de rivalidad que acarrearía consecuencias nada favorables a la causa.

A mediados de noviembre de ese año, 1811, abandonó Chilapa con dirección al oriente e inició su segunda campaña. Al ocupar Tlapa, ya en la intendencia de Puebla, se le unieron el padre Mariano Tapia, que era vicario del lugar, y el indígena Victoriano Maldonado, quien disponía de cientos de flecheros. A ambos les dio grado de coronel<sup>17</sup>.

Durante los ocho días que permaneció en Tlapa, Morelos mantuvo comunicación con la Junta de Zitácuaro y se dio tiempo para contestar un manifiesto fechado del 15 de septiembre —a un año de haber comenzado la guerra—, que había expedido el obispo de Puebla, don Manuel Ignacio González Campillo. Este hombre, fiel al sistema virreinal, trataba de justi-

<sup>16</sup> Carlos Herrejón Peredo, *op. cit.*, p. 95.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 105.

ficar sus críticas, expresaba que la Independencia de la Nueva España era un problema político; también hacía referencia al fracaso de Hidalgo, y no tenía mayor argumento.

El prelado había tomado la costumbre de denigrar la conducta de los insurgentes y elogiar a los europeos. En su ocurno, recrimina a Morelos el comportamiento de otros sacerdotes y lo acusa de ser culpable de que muchos vayan al infierno; lo acusa de arrogarse facultades eclesiásticas y le pronostica la cárcel. También lo exhorta a la reflexión y a la oración<sup>18</sup>.

El caudillo, en su senda carta fechada el 24 de noviembre, en un afán de que se viviera en santa paz entre los partícipes de la causa de la Independencia, le hace ver al obispo que en sus manifiestos “no ha hecho más que denigrar nuestra conducta, ocultar nuestros derechos y elogiar a los europeos, lo cual es gran deshonor a la nación y a las armas”. Lo conminó a defender a los americanos, no a los europeos; le pidió designar a un religioso de su confianza para brindar asistencia espiritual a los rebeldes patriotas, y le sugirió entenderse con la Suprema Junta Nacional Americana Gubernativa<sup>19</sup>. Posteriormente, el prelado repartiría un peso a cada hombre que estuvo dispuesto a combatir a Morelos.

José María salió de Tlapa a fines de noviembre, llegó a Joalpan, donde reorganizó sus fuerzas y las

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 107

<sup>19</sup> Alejandro Martínez Carbajal, *op. cit.*, pp. 111 a 114.

distribuyó estratégicamente en tres cuerpos: 1) el de la descubierta o vanguardia, la designó bajo el mando de Vicente Guerrero y Manuel Sandoval, 2) a cargo de don Hermenegildo Galeana y 3) a los hermanos Bravo, quienes con más de 500 hombres marcharon sobre Huitzaco y Tepecoacuilco, lugares que tomaron tras enfrentar en batalla a los realistas.

Después, los Bravo se separaron de Galeana para auxiliar a Morelos en la toma de Izúcar. A la cabeza del tercer cuerpo se posicionó el propio José María, que marchó sobre Chautla de la Sal, en el territorio de Puebla. Ahí, a principios de diciembre lo fue a combatir el español Mateo Musitu —un rico propietario y soldado improvisado—, quien tenía cuatro cañones, uno llamado “San Andrés mata Morelos”, según la inscripción que tenía, con el que aseguraba que lo mataría.

Al vigoroso y porfiado ataque de los realistas, la tropa insurgente respondió con ferocidad haciéndose de la victoria. Musitu ofrecía \$50,000 pesos por su vida, pero Morelos lo mandó fusilar, quedándose con el cañón de marras. Aquel gachupín murió fuera de su patria, en su empecinamiento por usurpar la ajena. Al asustado capellán de la fuerza derrotada, José Manuel de Herrera, cura del Valle de Huamuxtitlán, a él sí lo perdonó Morelos y lo incorporó a su ejército como vicario castrense de sus soldados.

El triunfo de Chiautla le allanó el camino a la insurgencia para hacerse de Izúcar, cuyos pobladores eran simpatizantes de la idea de independencia y el 10

de diciembre recibieron a Morelos entre aclamaciones y demostraciones de admiración. Llegó con los 100 hombres de su escolta y numerosos indios flecheros que hacían el papel de auxiliares. El 11 hubo preparativos para la fiesta de la Virgen de Guadalupe, que Morelos dispuso se hiciera con solemnidad. Él mismo predicaría el sermón del día 12<sup>20</sup>.

Ya en Izúcar, el 16 de diciembre se presentó Mariano Matamoros, cura interino de Jantetelco, en aquel tiempo población de modesta importancia, que hoy pertenece al estado de Morelos. Iba para unirse al cura militar José María, quien advirtiendo las brillantes cualidades y el espíritu marcial de su colega religioso, lo nombró coronel del ejército, cargo en el que destacaría como un hombre de extraordinaria energía interior.

El Padre Mariano, dotado de una ágil inteligencia y de una serenidad que mucho le serviría frente a las exigencias de la guerra había prestado sus servicios sacerdotales en el corazón de la Sierra Gorda, en la iglesia de Landa, donde los indios chichimecas habían sido evangelizados por Fray Junípero Serra algunas décadas antes.<sup>21</sup>

Aquel hombrecito con apariencia de novicio carmelita, sería lugarteniente del mejor jefe insurgente. Por su destacada lealtad, sus firmes convicciones y su

<sup>20</sup> Carlos Herrejón Peredo, *op. cit.*, p. 111.

<sup>21</sup> Nemesio Rodríguez Lois, *Forjadores de México*, Editorial Tradición, México 1983, p. 99.

cultura, que era muy superior a la de don Hermenegildo, Morelos llegó a considerarlo su “brazo derecho”<sup>22</sup>.

El día 17, cuando el caudillo se disponía a marchar hacia Puebla —donde cundió angustiada alarma por la aproximación insurgente—, a la salida de Izúcar fue atacado sorpresivamente por el jefe realista Soto Maceda, quien era oficial de marina, mismo que al frente de 600 aguerridos soldados metió en apuros a los rebeldes. Morelos no esperaba un ataque tan repentino y apenas tuvo tiempo de fortalecer el perímetro de la plaza principal, con parapetos y vigas.

En el fragor de la lucha, José María tuvo calma para acercarse a un oficial realista moribundo y darle la absolución sacramental<sup>23</sup>. Tras cinco horas de recio combate, en el que Morelos se batió cuerpo a cuerpo, los refuerzos realistas fueron destrozados. Soto Maceda cayó mortalmente herido causando desconcierto entre su tropa, misma que emprendió la retirada en dirección a Atlixco, llevando consigo a su moribundo jefe, quien habría de expirar en Cholula dos días después.

Al cumplir ocho días en Izúcar, Morelos arregló sus cosas lo mejor que pudo y, como era de suponer, habría de marchar sobre Puebla, cuya conquista era tentadora y posible. Sin embargo —como le había ocurrido a Hidalgo en el Cerro de Las Cruces—, titu-

<sup>22</sup> Ubaldo Vargas Martínez, *op. cit.*, p. 51.

<sup>23</sup> Carlos Herrejón Peredo, *op. cit.*, p. 112.

beó por miedo o inseguridad en sus posibilidades de hacerse de aquella gran ciudad; o tal vez la suspicacia del cura general le hizo valorar como prioritario el no dejar enemigos en la retaguardia, toda vez que no tenía dominada por completo la zona del sur. Por el motivo que haya sido, el caudillo retrocedió hacia el Sur con el evidente propósito de volver a Tierra Caliente.

José María dejó en Izúcar una guarnición que confió al competentísimo e inteligente coronel Matamoros, así como a los capitanes Sánchez y Guerrero. Después, el día 24, marchó sobre Cuautla, a donde ingresó entre repiques de campana. De ahí se dirigiría a Taxco, ciudad de la plata, donde se encontraban otros dos grupos de insurgentes.

Por un lado, había llegado Miguel Bravo; por otro, tras haber tomado Tepecoacuilco, arribó Hermenegildo Galeana, acompañado de Vicente Guerrero, Leonardo y Nicolás Bravo, quienes llegaron el 22 de diciembre al pueblo de Tecapulco, donde se enteraron de la aproximación del mariscal Ignacio Martínez, enviado por la Junta de Zitácuaro, también para tomar Taxco, defendida por el sanguinario comandante español García Ríos. Antes de la llegada de Morelos, Galeana y Martínez se disputarían la consecución del mismo objetivo. Las tropas libertarias atacaron al mismo tiempo por distintos flancos. Martínez fue derrotado y obligado a retirarse. El día 24 se suspendió la acción militar y el 25, las triunfantes columnas in-

surgentes entraron a la ciudad de la plata, cuyos moradores eran partidarios del rey de España.

Tras cruzar las montañas y cerros que definen el área geográfica de Taxco, el día 31 ya tarde, entró Morelos al mineral. Al día siguiente, el primero de 1812, se solemnizó el triunfo con una misa, presuntamente celebrada en el majestuoso y churrigueresco templo de Santa Prisca, el ejemplo más completo del barroco novohispano, que había sido construido por el europeo José de la Borda entre 1748 y 1758.

Don Ignacio Martínez exigía que le entregaran el armamento por ser el visitador de la Junta Americana de Zitácuaro, pero Morelos concedió ese honor a Galeana, el verdadero triunfador de aquella batalla con la que el cura militar y sus oficiales —los pares— habían enaltecido el impulso patriótico en el Sur, con sendas y rotundas victorias que hicieron notoria la excelente posición estratégica del general Morelos, misma que le ofrecía la oportunidad de adueñarse, para bien de la causa, de Toluca, el paso natural hacia México; o bien, avanzar sobre Puebla.

Así destacaba el liderazgo de José María Morelos, quien se erigía como una amenaza para las autoridades virreinales, ya que sus tropas se aproximaban cada vez más a la capital de la Nueva España. Había que detener al jefe insurgente y a sus fuerzas de batalla. Al mismo tiempo que Morelos acumulaba poder y éxito, las disensiones entre los miembros de la Junta de Zitácuaro eran cada vez más evidentes, como lo era la

ineficaz dirección de Rayón, circunstancia que ofrecía al gobierno virreinal la oportunidad de desorganizar y destruir dicha Junta, evitando que ésta pudiese fortalecerse y agrupar a los rebeldes dispersos. Para tal propósito envió a Félix María Calleja, el más hábil de los jefes realistas, y el más sanguinario.

Por lo pronto, Morelos salió de Taxco alrededor del 11 de enero con rumbo al boscoso pueblo de Tenancingo —en el hoy Estado de México—, lo acompañaban Hermenegildo Galeana, Leonardo Bravo y Mariano Matamoros. La columna estaba integrada por más de 3 000 hombres. Al mismo tiempo, Calleja se aprestaba para atacar Zitácuaro.

El asalto a la citada población fue ordenado por Morelos el 22 de enero y el combate duró solo dos días. El primero de ellos, Tata Gildo se posicionó en la Calle Real, la capilla de los Dolores y la tenería. Al día siguiente, en su afán de conservar la plaza, arremetió contra los insurgentes el oficial realista Francisco Michelena, quien cayó muerto en el intento. En aquella ocasión, a consecuencia de los padecimientos de Morelos, por la caída que había tenido en Izúcar, había dirigido la acción sentado sobre un cajón y comiendo tamales que le llevaban los indios<sup>24</sup>.

Dos días con sus noches se sostuvo el fuego vivo contra el enemigo fortificado en Tenancingo. Tras la victoria insurgente, la estancia de Morelos fue de cinco

<sup>24</sup> Carlos Herrejón Peredo, *op. cit.*, pp. 119 y 120.

días. Luego salió con su ejército el 29 de enero hacia la villa de Cuernavaca, donde con repiques y algarabía fue recibido el 4 de febrero. Al día siguiente celebró ahí la fiesta del beato Felipe de Jesús. Es muy probable que para entonces, el exitoso caudillo ya planeaba avanzar sobre Puebla.

### Caída de Zitácuaro y sitio de Cuautla

Para evitar nuevos descalabros realistas en Zitácuaro —donde Rayón había logrado repeler dos ataques de las fuerzas de la Corona que comandaba el general Manuel J. de Emparán—, el virrey Venegas, tragándose su orgullo, recurrió a Calleja, con quien compartía un mutuo desprecio, nombrándolo mariscal de campo y ordenándole desalojar a los insurgentes de Zitácuaro. Calleja se trasladó en diciembre de 1811 hacia la sede de la Suprema Junta Nacional Americana con aproximadamente 3 000 hombres bien armados, para desalojar la villa. Antes de proceder al asalto de la sede gubernamental de la insurgencia, hizo preparativos minuciosos y sitió el lugar estableciéndose en la Loma de los Manzanillos. Ignacio López Rayón, enterado del asedio se preparó para el combate, colocando ingeniosas trampas para resguardar a la población. Comisionó a su hermano Ramón, con una fuerza de 700 hombres armados, 20 000 auxiliares y 36 cañones, para organizar la resistencia.

El 2 de enero de 1812, Calleja ordenó un ataque directo a la ciudad con toda la fuerza. Tras un reñido combate, venció a los insurgentes, hizo huir a Rayón herido y logró apoderarse de tan preciada plaza, así como del total de la artillería, mucho parque y gran cantidad de víveres de los rebeldes. Para reprimir a los habitantes por haber albergado a la Junta, hizo fusilar a 19 prisioneros y, el día 5, publicó un bando por el cual privaba a los indios de sus derechos y ordenaba que todos los habitantes abandonaran la población en un lapso de seis días.

La noble y heroica ciudad de Zitácuaro fue entonces incendiada, las casas y templos saqueados, los habitantes ejecutados en el acto. Convertida —en gran parte— en un montón de ruinas calcinadas. Rayón y sus compañeros lograron escabullirse de milagro y fueron a refugiarse, sucesivamente, a Tlachalpa y Sultepec. La toma de la sede del gobierno insurgente se convirtió en la noticia del momento, para muchos fue la confirmación de que Calleja era un demonio.

Este suceso lamentable obligó a Morelos a modificar sus planes y a reunir en una sola fuerza a los cuerpos de ejército de Hermenegildo Galeana, Nicolás Bravo y el suyo propio. Juntos, avanzaron hacia Tenancingo, donde el día 22, tras breve e intensa lucha se hicieron de la victoria al doblegar en forma aplastante la fuerza realista a cargo del general Rosendo Polier, quien derrotado logró llegar a Toluca dos días después. Fue entonces, a propósito de aquella victoria insurgente

te, cuando Calleja tuvo noticias de Morelos por primera vez, estaba intrigado con su nuevo enemigo y deseoso a la vez de enfrentarlo, sin ocultar los celos que sentía por su fama, que en buena medida competía con la suya.

Después de su hazaña en Zitácuaro, Calleja había solicitado al virrey, mediante una carta, que lo relevara en el mando del ejército. Venegas le contestó otra misiva que vino a elevar el ego del militar realista hasta la estratósfera. Le decía que no encontraba con quien reemplazarlo, y que los jefes del ejército solo querían servir a sus órdenes. Calleja, con su altanero orgullo peninsular, se dirigió con sus tropas a la Ciudad de México y pidió al gobernante de la Nueva España que él y su columna fueran recibidos con honores en el palacio virreinal. El ejército del Centro llegó a la Ciudad de los Palacios a principios de febrero.<sup>25</sup>

Con la toma de Tenancingo se había presentado la magnífica circunstancia que sugería a los insurgentes hacerse de Toluca, donde las tropas realistas estaban muy disminuidas y aporreadas, y cuya conquista se antojaba fácil. Además, se trataba del acceso más importante a la capital virreinal, que estaba prácticamente rodeada de insurgentes y padecía escasez de víveres. Pero en los tres días de descanso, Morelos —que traía resentida su salud— dio un giro sorpresivo a su estrategia militar al recibir noticias de que Félix María

<sup>25</sup> Irving Reynoso, *op. cit.*, pp. 48 y 49.

Calleja del Rey estaba en camino hacia Toluca, con un poderoso y reforzado ejército de 5 000 hombres, más de los que le seguían a él.

La justificada angustia del virrey por el avance de los grupos guerrilleros rebeldes, le había orillado a poner en manos de Calleja —el militar más experimentado y de mayor prestigio entre los realistas— el Ejército del Centro, el más numeroso y mejor capacitado. Aunque entre ellos había un sentimiento de odio que solía aflorar, Venegas hubo de contener su orgullo y solicitar al ególatra y protagónico militar, que se hiciera cargo de la misión que tanto ambicionaba: detener el contundente y peligrosísimo avance triunfal de Morelos.

Ante tal situación, el general insurgente decidió salir de Tenancingo para continuar su marcha, pero no hacia Toluca, tampoco hacia Puebla, donde el enemigo se preparaba para recibirlo, sino a Cuernavaca, donde Mariano Matamoros se integró a la caravana que no se detuvo ahí y siguió adelante. El 9 de febrero la fuerza insurgente entró a Cuautla de Amilpas —hoy de Morelos—, ciudad rodeada de haciendas ricas, ubicada en un bajío elevado y llano. Ya la esperaba don Leonardo Bravo, quien desde dos meses antes, con la ayuda de sus habitantes, se había dado a la tarea de hacer obras de defensa para fortificar la plaza, así como hacer acopio de víveres; estaba todo listo para resistir algún ataque.

El 12 de febrero, los ejércitos de Calleja salieron de la capital virreinal en busca de Morelos, quien al enterarse de ello decidió esperarlos y enfrentarlos en Cuaut-

la. El día 17, los realistas se establecieron en un paraje llamado Pasulco, en el hoy municipio de Yecapixtla, a diez kilómetros de Cuautla, para desde ahí inspeccionar el entorno de la población que habrían de atacar. Al amanecer del día siguiente, sobre la abundante vegetación y los sembradíos de caña de azúcar que rodean la pintoresca meseta donde se ubica Cuautla, por el norte destacaba una extensa y densa polvareda que anunciaba la proximidad del enemigo.

Desde las primeras horas de ese día, 18 de febrero, a lo largo de la principal y larga calle de la población, en cuyos extremos están dos plazas con templos y conventos de robusta construcción: San Diego y Santo Domingo, todos los lugares estratégicos estaban cuidadosamente ocupados por los insurgentes. Los soldados de Hermenegildo Galeana se adueñaron del convento de San Diego; los de Leonardo Bravo se atrincheraron en el de Santo Domingo, en tanto que los del cura Matamoros se hicieron fuertes en la hacienda de Buenavista. Morelos, sobre la torre de San Diego, observaba cómo las fuerzas enemigas se apostaban en el Calvario, punto ya muy cercano a donde estaban los insurgentes.

Recorriendo el contorno de la ciudad, para hacer un reconocimiento de la misma, Félix María Calleja habría dicho que no sería difícil atacar semejante “poblacho”, toda vez que, “exceptuando tres o cuatro iglesias, todo lo demás son jacales y huertas”. Desde su arrogancia, el jefe realista, inflado por la adulación de sus seguidores,

se burlaba de la candidez del cura. Éste, desestimando la opinión de Galeana —secundada por Matamoros y los Bravo—, atravesó la trinchera del norte de San Diego acompañado de su escolta y, pistola en mano, se dirigió hacia el Calvario. No había sido posible detenerle, fue una medida tan audaz como temeraria, justificada por él ante sus pares con el falaz argumento de que solo quería observar con su anteojo al enemigo, desde un punto más cercano.

Ya estando bastante retirado del fuerte, una cerrada descarga y un cañonazo le diezmaron su escolta. Cayeron muchos de sus valientes soldados, a uno de ellos lo contempló mientras agonizaba. Otros se mantuvieron a su lado, aunque la mayor parte emprendieron la fuga al tiempo que Morelos les gritaba a todo pulmón: “¡No corran, que las balas no se ven por la espalda!”, mientras que, al tiempo que lo rodeaban, en la avanzada realista gritaban: “¡A cogerlo vivo, ya es nuestro!”.

Los gritos de unos y de otros eran sofocados por el estruendo de los disparos. José María estaba empecinado en su lance irracional. A un oficial que le instaba a desistir para volver, le respondió enérgico: “¡Más vale morir peleando que entrar a Cuautla corriendo!”.

Galeana, que observaba inquieto desde lejos, montó su cabalgadura y seguido de algunos hombres se lanzó al rescate del general en jefe. Determinado, sorprendió a los realistas, los que al no disponer de tiempo para reaccionar con sus armas de fuego, se defendieron con sus bayonetas, viéndose obligados a huir. Morelos,

salvado por Galeana, regresó con los suyos por la trinchera de San Diego, por donde había salido del campamento rebelde. Fue recibido, entre los gritos festivos de la población y la tropa, con las campanas echadas al vuelo<sup>26</sup>.

La mañana siguiente, el día 19, en punto de las 7, los realistas, comandados por el teniente coronel Segarra, iniciaron un intenso y furioso ataque al grito de “¡Viva el rey!”, que fue correspondido con los gritos alternados de “¡Viva la América! ¡Viva Morelos! ¡Viva la Virgen de Guadalupe!”.

Pronto se generó una nube asufroza generada por los fusiles y cañones de ambos bandos. Los insurgentes disparaban desde las trincheras que habían formado a lo largo de un canal que corría paralelo a la calle. Cuando en el fragor de la batalla, ya con desventaja de los rebeldes éstos comenzaban a rendirse y a entregar las trincheras, Segarra ordenó a sus soldados: “¡Adentro, que la trinchera es nuestra!” Y cuando se disponía a dar el salto final, el brigadier Galeana le salió al paso diciéndole: “¡Esto es lo tuyo!”, al tiempo que le sorrajaba un escopetazo que dejó la mitad de su cuerpo sobre la barricada.

En medio de aquel infierno, el regimiento Provinciales de Guanajuato, horadando casas y saltando cercas, lograron abatir al último artillero que defendía la entrada al fuerte, por la plaza de San Diego. Los

<sup>26</sup> Alfonso Teja Zabre, *op. cit.*, pp. 78 a 82.

insurgentes que ahí resistían abandonaron la posición y huyeron por las huertas de San Martín. Entonces, un niño de nombre Narciso Mendoza—que andaba buscando a su madre herida—, corriendo se hizo de uno de los cañones abandonados y lo detonó contra los soldados realistas, barriéndolos súbitamente y haciendo pedazos al coronel Rul —el hombre más querido del ejército— y a su caballo. Los moribundos gritaban: “¡El niño!, ¡el niño!”.

Cuando un segundo cañonazo los liquidó e hizo huir a los sobrevivientes a su campamento, donde los oficiales contaban a sus tropas y los soldados buscaban a sus compañeros entre los que iban llegando. Mientras los defensores de la Corona española salían asustados de Cuautla, los insurgentes recuperaron la posición y, con los ánimos enardecidos por el triunfo, celebraron toda la madrugada.

El jefe Morelos hizo llevar a su presencia al chiquillo Narciso Mendoza e hizo merecido reconocimiento por su hazaña. Lo incorporó en la compañía infantil que había formado desde los primeros días de su presencia en Cuautla, a cuyo frente —como capitán— había puesto a su hijo Juan Nepomuceno Almonte, de 12 años de edad. El grupo se llamó “Brigada de los Emulantes”, estaba conformado por alrededor de 20 integrantes, entre niñas y niños de 8 a 16 años, hijos de insurgentes. Esta singular compañía militar prestaba todo tipo de apoyos durante las campañas, como hicieron durante el sitio de Cuautla: recolectar y cargar

viveres, asistir enfermos y heridos, y los que podían cargar un rifle también ayudaban en batalla.

Pronto la versión más difundida de aquel episodio, en ambos bandos, referiría la hazaña de Narciso Mendoza, “el niño milagroso y todopoderoso”, de quien el supersticioso Calleja —porque lo era— en vano trataría después que no se hablara de él entre la tropa, y a quien ponía de pretexto para no volver a entrar al pueblo, optando por esperar la rendición de los insurgentes cuando se les acabara la comida. Al paso de algunos años, la historia militar de nuestra nación independiente, registraría que Narciso Mendoza llegó a ser teniente coronel del Ejército Mexicano, en tanto que Juan Almonte alcanzaría el grado de general.

Aquella misma noche inolvidable, el humillado Félix María, que había participado en la batalla, no lograba asimilar su derrota, la primera que sufría desde su llegada a la Nueva España. Con despecho escribió su parte al virrey en el que, entre otras cosas, le dice que Cuautla estaba fortificada con inteligencia y, como para justificarse, exageraba las cifras diciendo que la defendían 12 000 hombres, de los cuales 2 500 estaban armados con fusil y disponían 30 piezas de artillería de varios calibres. Agrega que necesita más gente de infantería y artillería, así como viveres, pertrechos y tiempo<sup>27</sup>.

Morelos, que había logrado repeler el furioso ataque realista, ahora tendría que enfrentar la gravedad de

<sup>27</sup> Ubaldo Vargas Martínez, *op. cit.*, pp. 54 a 61.

un sitio en toda forma, frente a un jefe realista que no pudo cumplir la orden del virrey Venegas, a quien pretendía poder suplantar algún día. Esa era su máxima meta, por el momento.

Así como a Félix María Calleja le había pedido el virrey que se hiciera de Cuautla, al brigadier Ciriaco del Llano le ordenó hacerse de Izúcar, donde los insurgentes eran comandados por el Padre Sánchez. Ciriaco también falló en su cometido, en sucesivos ataques realizados entre el 20 y 26 de febrero obtuvo el mismo resultado que su colega Calleja. Entonces el virrey, enfurecido, le instruyó desistir y dirigirse a Cuautla con sus 2 000 hombres, sin perder tiempo, para sumarse al comandante Félix María, reforzar el bloqueo, establecer un cerco perimetral que poco a poco se fuera achicando y, ya en considerable ventaja, lograr el objetivo prioritario de vencer a Morelos, quien se preparaba para lo peor, pues sabía de su desventaja competitiva en una situación en la que nadie podía entrar ni salir.

Las huestes insurgentes —que no pasaban de 3 000 hombres— estaban mal preparadas militarmente y peor armadas, integradas en su mayoría por negros y mulatos provenientes de la costa de Nueva España, todos padeciendo hambre y sin posibilidades de hacerse de alimentos. En tanto que el ejército realista sumaba 7 000 milicianos, compuesto por batallones novohispanos y españoles recién llegados de la península ibérica. Los defensores de la Corona estaban bien capacitados y armados, hambreados también, aunque con posibili-

dades de recibir víveres desde la capital virreinal. Para el militar español, la rendición de la plaza era cuestión de tiempo y no había necesidad de arriesgar el pellejo.

A fines de febrero, el ejército realista fue fortalecido, mientras que el de Morelos seguía acumulando pérdidas humanas. El 10 de marzo Félix María ordenó despertar a los insurgentes abriendo fuego de artillería. Tronaron los obuses, los cañones y los morteros sobre Cuautla, seguidos de fuego de metralla y del lanzamiento de granadas y bombas que no se interrumpirían ni de día ni de noche durante todo el asedio.

Cada 24 horas los estruendosos cañonazos saludaban a Cuautla, destruyendo estrepitosamente las chozas del pueblo, cuya modesta construcción no oponía resistencia alguna. Al principio la gente corría asustada a refugiarse en las iglesias, después se adaptaron a la inevitable realidad y cuando los soldados rebeldes y los pueblerinos advertían el vuelo de una bomba, controlando sus nervios se echaban en tierra y esperaban la explosión, tras la cual recogían los fragmentos de hierro y los acumulaban en la maestranza establecida por Morelos para hacer municiones.

Las avanzadas de ambas fuerzas chocaban constantemente en condiciones de angustia para todos, que se agudizaba por el clima caluroso y sofocante, por la escasez de víveres, de agua y de parque. La situación dentro de la villa fortificada era mucho peor, donde con admirable espíritu de sacrificio los habitantes de Cuautla veían con pesar la devastación de sus hogares.

La inesperada capacidad de resistencia de los sitiados impacientó a Félix María, cuya estimación inicial le hizo suponer que sometería a los insurgentes en no más de seis días. Al paso de las semanas advirtió los riesgos de sostener el cerco y decidió recurrir a las medidas más inhumanas y violentas para quebrantar la heroica resistencia.

Cuando los pozos que mandó a perforar Morelos estaban a punto de secarse, Calleja ordenó cortar el agua de las inmediaciones, que grupos de indios salían a tomarla para mitigar la sed y el insoportable calor que ya causaba desesperación en el pueblo. El sacerdote y general insurgente comprendió la gravedad del daño que la acción del jefe realista causaría a los suyos y ordenó a Galeana hacer lo necesario para fortificar la toma de agua, obra que fue hecha bajo el fuego de los realistas. En tal afán los patriotas morían arteramente baleados, procurando liberar a sus compañeros de los horrores de la sed.

Al comenzar abril, la situación ya era casi insostenible por la carencia de alimentos que orillaba a la caza de ratones, iguanas, lagartijas, ranas y hasta la ingesta de cueros remojados para sobrevivir. Calleja, que había informado al virrey de la fortificación inteligente de Cuautla, ahora en su correspondencia reportaba ufano, haber cortado el suministro de agua de Juchitengo, que entraba por la villa, y terraplenada la zanja que conducía el vital líquido; comunicaba que el enemigo, de

manera extraordinaria, continuaba reparando ruinas y respondiendo a los ataques.

Las mujeres, con sombría desesperación veían morir a sus pequeños por el hambre que se hacía cada día más severa, y a sus maridos sucumbir acribillados por el fuego de los realistas. Para colmo, sobrevino la peste, los enfermos eran colocados en la Iglesia de San Diego, convertida en hospital, los que no cabían morían abandonados en las casas, en las calles o en los atrios de los templos, donde se hacinaban los cadáveres que a menudo eran destrozados por las incesantes bombas, esparciendo sus restos mutilados<sup>28</sup>.

A finales de marzo, con la llegada de las primeras lluvias, las calles se volvieron pantanos de lodo, el calor húmedo agudizaba la infesta de olores putrefactos y los soldados comenzaron a enfermarse de gripe y pulmonía. Poco podía hacerse contra las enfermedades que atacaron a la población hasta convertirse en epidemias.

La desesperación influía para que muchos no estuvieran de acuerdo en continuar la defensiva, exigían elaborar un plan para romper el cerco; preferían morir en el intento que seguir esperando y acumulando incertidumbre. Para prevenir la amenaza de la indisciplina o la rebelión entre las tropas, el general insurgente les explicaba el valor de la guerra como recurso para defender la religión, la de la Virgen Morena que se había aparecido en tierras americanas; les estimulaba la

<sup>28</sup> México a través de los Siglos, tomo III, p. 294.

convicción de que morir por la causa rebelde equivalía a ganar el cielo, no defenderla significaba la condena del alma<sup>29</sup>.

En un intento por evitar que la penuria doblegara el ánimo, Morelos solía officiar misa en la iglesia del centro, después recorría las calles y los improvisados hospitales saludando a los deambulantes parroquianos y hablando con los enfermos para animarlos. Organizaba oraciones colectivas para pedir la protección de Dios y ofrecía confesar personalmente a todos los que lo necesitaran. Decretó la “alegría heroica”, a la que Félix María hace referencia en uno de sus informes al virrey Venegas diciendo con elogio:

Si la constancia y alegría de los defensores de Cuautla fuese una moralidad y dirigida a una causa justa, merecería algún día un lugar distinguido en la historia. Estrechados por nuestras tropas y afligidos por la necesidad, manifiestan alegría en todos los sucesos, entierran sus cadáveres con júbilo ... Este clérigo es un segundo Mahoma que promete la resurrección temporal y después el paraíso con el goce de todas sus pasiones a sus fieles musulmanes.

En el campamento realista la situación no era precisamente bonancible, y el caudillo insurgente se percataba de ello. El propio Calleja —marcado por el fracaso en

<sup>29</sup> Irving Reynoso, *op. cit.*, pp. 166 y 167.

cada paso que daba—, casi a diario le escribía al virrey reclamándole apoyo bélico “porque Cuautla debe ser destruido”, le rendía cuenta del mal estado de sus deshechas y desmoralizadas tropas, refiriendo que los aguaceros recién llegados y las muchas disenterías les hacían muy difícil su situación. Él mismo decía que su salud había sufrido un ataque bilioso que lo tenía al borde del sepulcro.

Morelos decidió aprovechar el precario estado del ejército enemigo para intentar un último y desesperado esfuerzo para salvar de aquella situación a sus soldados. Confió al bravo coronel y sacerdote Mariano Matamoros aquella empresa vital, mismo que el 21 de abril, acompañado del Coronel Perdiz y de 100 hombres, la mayoría de los cuales murieron en el intento. También resultó muerto el coronel Perdiz, mandando Calleja que su cadáver, desnudo y atravesado en el lomo de una mula, fuera devuelto al campo de los sitiados.

Mariano atravesó impetuosamente las líneas enemigas y, salvando la tenaz persecución de los realistas, fue a reunirse con Miguel Bravo, que se encontraba en Ocuituco, a los pies del Popocatepetl. Tenía dispuesto un cargamento de provisiones que había recolectado por los pueblos vecinos. De inmediato, ambos jefes insurgentes se movilizaron con máxima cautela hacia Cuautla, en auxilio de sus compañeros encerrados.

Por conducto de un correo, Matamoros avisó a Morelos que logró cumplir su instrucción y traía con-

sigo un convoy con los anhelados víveres y pertrechos de salvación, de los que no lograrían hacer entrar ni un grano de maíz a Cuautla. La noticia, sin embargo, trajo a los asediados dolientes una última y suprema esperanza. El día 27, Morelos aguarda la llegada de la ayuda. De pronto, un estruendo de fusilería rompe el silencio de la madrugada, los dragones de Mariano y Miguel atacan vigorosamente la retaguardia realista del brigadier Ciriaco del Llano, cuyos soldados estaban embrutecidos por el alcohol y se desfogaban en los burdeles que se improvisaban a las orillas del campamento; los oficiales tenían su fiesta aparte, atendidos por las cortesanas más selectas que viajaban con el ejército.

Félix María, que era abstemio, estaba convaleciente de sus males en su tienda, atendido por su esposa, Francisca de la Gándara, de quien se había hecho acompañar bajo el cálculo de que en 15 días habría de rendir a Cuautla. Ella se habría hecho simpatizante de la insurgencia y admiradora del mismo Morelos, lo que despertaría celos y acrecentaría el odio del militar español, hacia el sacerdote y militar mulato. Calleja, al igual que Morelos era profundamente devoto de la Virgen de Guadalupe, así se lo había inculcado su mujer, tanto que a una de las hijas que procrearon —como también había hecho Morelos con su hija, procreada con Brígida Almonte— la bautizaron con el nombre de María de Guadalupe. Ambos líderes guadalupanos de diferente nacionalidad y servidores de distinta causa, compartían la misma fe y se asumían hijos de la misma

madre celestial, pero estaban ahí enfrascados en una guerra dispuestos a matarse el uno al otro.

Aquella balacera iniciada por los insurgentes que venían al rescate, era la señal esperada. La gente en Cuautla se animó y el entusiasmo se manifestó en redoble de tambores y en repique de campanas. En esos críticos momentos, en que ya era imposible y desesperada toda resistencia, el general Morelos convocó a sus pares la noche del primer día de mayo. Les dijo que no era posible pedir más sacrificios a los abnegados habitantes de Cuautla y a sus heroicos defensores, les planteó la disyuntiva de caer exhaustos en poder del enemigo o intentar romper el sitio con riesgo de morir en el campo de batalla. Sus leales oficiales lo respaldaron, él les agradeció y emitió, mediante escrito firmado en aquella fecha, la orden de cómo habría de ser abandonada la plaza, que incluía el noble gesto de dar un peso a cada enfermo. Unas horas después, todo estaba listo para salir de aquel encierro.

En la Plaza de San Diego se reunieron las tropas y se aprestaron a intentar su salvación con todo el vigor que les quedaba. Después de las dos de la madrugada, ya del día 2 de mayo, con don Hermenegildo Galeana a la vanguardia, se puso en silenciosa marcha la columna, caminando junto a las lomas de Zacatepec. En ella iban también mujeres, niños y hombres cuautlenses. Atrás quedaba un pueblo destruido y basuriento, de cuyas ruinas emanaba el hedor que desprendían los cadáveres mezclados de hombres y bestias.

Al atravesar un puente de vigas, el inevitable ruido puso en alerta a los realistas y comenzaron el tiroteo, mismo que fue respondido por los insurgentes que, alentados por la voz de su general, gritaban —como ya era de rigor en esas ocasiones— vivas a Morelos, a la América y a la Virgen de Guadalupe.

Después de una hora de feroz combate, el ejército de la Corona rodeaba ya a la columna libertaria. Morelos y sus oficiales peleaban en la primera línea animando con su ejemplo a los soldados, cuya abnegación los hizo perder la vida para dar tiempo a su jefe de ponerse a salvo. En lo más reñido del combate, una bala derribó al caballo que montaba Morelos, cayendo con su cabalgadura en una zanja y resultando con dos costillas hundidas. Al ser reconocido por su inseparable palia-cate que llevaba amarrado a la cabeza, se precipitaron sobre él algunos realistas, de quienes lo salvaron Galeana y sus soldados.

Urgidos de salir de aquella prolongada situación, los rebeldes se arrojaron con increíble empuje sobre los realistas rompiendo los diversos cercos de fuego, iniciando una retirada desordenada y dispersa. Así, por fin los insurgentes lograron escapar tras 72 días de heroica resistencia, aunque perdieron la artillería y se disgregaron. En medio de la estampida tumultuosa, la furiosa caballería realista degolló sin contemplaciones a todos los que hallaban a su paso. También encontraron el apreciado cañoncito de Morelos, “El Niño”. El general insurgente, seguido del entonces capitán Anas-

tasio Bustamante, con dificultades logró llegar a Ocuilco, al pie del volcán, desde donde iría a encontrarse con Miguel Bravo en Izúcar para juntos trasladarse a Chiautla. Ahí permanecerían un mes en espera de que se concentraran los oficiales y soldados dispersos.

Don Leonardo Bravo, comisionado para escoltar a los civiles en la salida de Cuautla, no había corrido con la misma suerte. En la persecución, los no combatientes —mujeres, niños, ancianos, enfermos o heridos— imposibilitados para huir con rapidez, se desbandaron por el campo, donde fueron bárbaramente pasados a cuchillo, haciendo una espantosa carnicería humana, tan absurda como inútil. Seguido de unos cuantos valientes, Leonardo llegó a la hacienda de San Gabriel con el fin de pernoctar, el propietario, Gabriel de Yermo, lo hizo aprehender junto a sus oficiales y soldados y los entregó a los dragones realistas que iban tras ellos. Atado de los brazos por la espalda, el oficial insurgente fue llevado ante el general español y posteriormente a la Ciudad de México para procesarlo.

Peor aún le fue a Francisco Ayala, quien tras la dramática salida de Cuautla fue a refugiarse en la hacienda de Temilpa, al sur de Yautepec. Matamoros le mandó avisar que ahí corría peligro porque por ese rumbo merodeaban las fuerzas de Armijo. Ayala desestimó la advertencia y hubo de enfrentar a los realistas. Durante la acción tuvo el dolor de ver morir a sus dos hijos y terminó entregándose como prisionero. Armijo lo mandó fusilar sin consideración alguna y después dispuso que

su cadáver y los de sus hijos fueran colgados en los árboles del camino, a la entrada de Yautepec.

Durante la ruptura del sitio, Calleja —que solía desvelarse pensando cómo destruir a la nación americana— dormía tranquilo en su cuartel general de Cuauhtlixcó. La noche anterior le había escrito al virrey que: “Conviene mucho que el ejército salga de este infernal país lo más pronto posible”.

No supo de la salida insurgente sino dos o tres horas después, cuando despertó al toque de diana y supo de la fuga de los sitiados. Morelos y sus tropas ya estaban fuera de su alcance. Ya sobrepuesto de la sorpresa, ordenó que los moradores que quedaban en Cuautla fueran pasados a cuchillo sin piedad. El coronel José María Echegaray acudió a la abandonada y destruida ciudad doliente, triste por el espectáculo que presentaba la villa, no se atrevió a cumplir la orden, pero sí permitió que los realistas la saquearan por el solo placer de demoler lo poco que había quedado en pie. Desahogada la euforia y el ansia de botín, los soldados de la Corona incendiaron el pueblo, como a modo de castigo habían hecho en Zitácuaro.

Así concluyó el sitio de Cuautla, cuyo suelo patrio fue regado con muchísima sangre de quienes, por defenderlo para su propia causa, ahí quedaron sepultados para siempre. Sin duda uno de los episodios más admirables en la historia de México y uno de los hechos militares más sobresalientes de la gesta independentista, en que la insurgencia logró romper el sitio con apenas

800 soldados, frente a 12 000 hombres de las tropas realistas. Aquel memorable 2 de mayo de 1812, la soleada mañana presenció la proeza libertaria del cura y general José María Morelos y Pavón, cuyo prestigio se acrecentó al grado de que entre sus seguidores se decía que tenía facultades sobrenaturales<sup>30</sup>.

El general Calleja hizo su entrada triunfal a la capital virreinal el 16 de mayo e hizo tocar cornetas a modo de festejo. Llevaba consigo algunos prisioneros, entre ellos Leonardo Bravo, de quien la muchedumbre hacía escarnio con insultos. Sin embargo, el festejo fue mínimo porque el ejército realista, autonombado victorioso, no logró el propósito de someter a Morelos y a los insurgentes, y con ello poner fin a la guerra. Desde el punto de vista militar, en realidad no hubo ganador en el sitio de Cuautla y, muy pronto, el reconocimiento fue para el jefe de las diezmadas tropas rebeldes, por su valor y perseverancia, por su lealtad a la causa de la libertad nacional.

En cambio, Félix María que siempre estuvo en posición ventajosa, en su fuero interno bien sabía que su derrota era moral, porque tuvo todo para vencer a los insurgentes sitiados y éstos, movidos por su lealtad a su causa y animados por su comandante general, lo humillaron al escapar. En uno de sus informes al virrey quiso justificarse diciendo que “las putas y el calor acabaron con el ejército”. Algo había de cierto en aquel es-

<sup>30</sup> Alfonso Teja Zabre, *op. cit.*, p. 93.

crito, porque las prostitutas de Cuautla también habían colaborado con los insurgentes. Acudían a sus campamentos para complacer sus bajos instintos y obtenían de ellos información que mucho sirvió para que Morelos se anticipara a algunos de los ataques realistas. Así ayudaron a resistir el sitio, sus acciones también habían sido heroicas y dignas de reconocimiento.

Tras aquella azarosa hazaña de la insurgencia — porque así fue reconocida hasta por los aliados de la Corona, dentro y fuera de la Nueva España—, la gloria fue sin duda para el general José María, el cual consolidó su prestigio como un genio militar y de la guerra y se dispuso al reinicio de operaciones para lograr la Independencia. En ocasión de la resonancia de Cuautla, muchos intelectuales se pasaron al lado insurgente, muy probablemente a colaborar directamente con Los Guadalupe. Leona Vicario, Andrés Quintana Roo y Carlos María Bustamante, entre otros, fomentaron por todos los medios a su alcance la insurgencia. Fue entonces cuando la primera compuso el primer Himno Mexicano, cuya figura central era Morelos, y llegó a cantarse en los campamentos de los rebeldes. También a propósito de esta destacada acción, se dice que cuando supo de ella Napoleón Bonaparte, refiriéndose a Morelos exclamó: “Con dos clérigos como ese yo conquistaría el mundo”<sup>31</sup>.

<sup>31</sup> Gral. Francisco L. Urquiza, *op. cit.*, pp. 68 a 70.

Para cuando llegó el mes de junio, el general José María Morelos —todavía padeciendo las heridas recibidas a la salida de Cuautla— ya había integrado nuevamente su ejército de 800 hombres y se habían reincorporado Hermenegildo Galeana, Mariano Matamoros, Miguel Bravo y su sobrino Nicolás. A pesar de haber sido afectados por la captura de Leonardo Bravo y la muerte de Francisco Ayala, emprendieron la marcha con dirección a Chilapa, que había sido ocupada mientras los insurgentes estaban sitiados en Cuautla. Al retomar la tarea militar, daba inicio la tercera campaña, sus planes eran extender su dominio hasta Oaxaca. También por esos días, el 12 de junio, la Junta Nacional otorgó a Morelos el muy merecido título de capitán general de los ejércitos.

### Empecinamiento en el sitio de Acapulco

Al comenzar el año 1812, al tiempo que daba inicio el rememorado cerco de Cuautla, otro sitio, el de Acapulco, seguía a cargo de la insurgencia. Morelos había instruido mantenerlo por tratarse de un punto estratégico para la lucha contra el gobierno virreinal, además de ser una plaza significativa por habérsela establecido, como objetivo prioritario, el mismo Hidalgo en Indaparapeo, cuando se vieron por última vez.

El 8 de enero, desde El Veladero descendió un grupo de rebeldes hasta los peñascos inmediatos del Cerro del Padrastró, cercano a la Fuerza Real. Fueron recibi-

dos con un intenso tiroteo proveniente desde El Fuerte San Diego y el fortín del antiguo Hospital de Nuestra Señora de la Consolación, fundado en 1570. Librándose del ataque, los insurgentes se siguieron de largo y atacaron la población, pero la abandonaron para dirigirse al Cerro de La Mira, el cual debieron abandonar cuando, la mañana del día 9, el gobernador José Ignacio del Camino, al frente de 20 hombres trató de combatirlos.

Durante el transcurso de 1812 se sucederían una serie de eventos que desembocarían en la toma del puerto un año después. El sacerdote José Antonio Talavera, el comandante Julián Ávila y Guillermo Danley, abandonaron El Veladero con el propósito de atacar a Francisco Paris, destacamentado en Ometepec. Por su deteriorada salud, el gobernador José Antonio del Camino solicitó licencia y fue relevado por el capitán Pedro Antonio Vélez, quien mediante violento enfrentamiento desalojó a los insurgentes de La Mira.

Al mando de Juan Álvarez, una partida de insurgentes marchó rumbo a San Marcos y el 11 de febrero, en el punto conocido como Los Amates, lograron importante victoria sobre los realistas. Ante el avance libertario, Francisco Paris dispuso que el Alférez habilitado, el oaxaqueño Francisco Antonio Berdejo, acudiera a Acapulco para contribuir a la seguridad de la bahía, a donde arribó el 18 de febrero. Ahí el sitio era sostenido por los insurgentes en espera de las instruc-

ciones del general Morelos, quien por entonces estaba sitiado con sus tropas en Cuautla.

Tras romper el cerco en Cuautla, el reconstruido ejército del jefe rebelde ganaba terreno y recuperaba pueblos que había ocupado el enemigo, generando preocupación a las autoridades virreinales, mismas que se habían esmerado en hacer creer que el movimiento de insurrección estaba a punto de ser aplastado. Difundieron la idea de que las tropas de Morelos estaban aniquiladas para siempre y el caudillo condenado a vivir escondido en una caverna<sup>32</sup>. Tal simulación se vino abajo a partir de que se difundió la noticia de que Morelos había recapturado Chilapa el 7 de junio. En ese momento ya las diferencias entre Calleja —que había sido retirado del mando realista al ser disuelto el Ejército del Centro— y el virrey Venegas, rayaban en la disputa abierta.

Durante la estancia del ejército insurgente en Chilapa, Morelos fue informado de que Valerio Trujano, quien en muy poco tiempo se había erigido en el principal jefe en el sur de Puebla y norte de Oaxaca, estaba en difícil situación: sitiado en Huajuapán desde el 5 de abril. Trujano llevaba más de dos meses resistiendo los ataques realistas, sin disponer de artillería. El cura y jefe insurgente puso en ejecución su plan para salvar a su valiente amigo, a quien quería entrañablemente desde antes de la insurgencia, pues lo había conocido siendo arriero como él.

<sup>32</sup> Alfonso Teja Zabre, *op.cit.*, p. 101.

Hacia finales de julio las tropas rebeldes, encabezadas por Morelos, Miguel Bravo, Galeana y Vicente Guerrero, arremetieron contra las columnas al servicio de España. Al interior del cerco, correspondiendo el respaldo de sus leales colegas rebeldes, Valerio también decidió cargar con toda su guarnición contra el campamento realista del miliciano Regules, quien vencido huyó perseguido por Trujano hasta las inmediaciones de Oaxaca. La brillante victoria insurgente dejó un saldo muy favorable en armamento: unos 30 cañones, 1 000 fusiles, parque en abundancia y gran número de caballos. Además, 300 prisioneros que fueron enviados al presidio de Zacatula.

La exitosa reaparición de Morelos desmintió las versiones que estampaban las gacetas en contra de la insurrección. Al saberse de sus recientes éxitos, en la Ciudad de México recuperaron el entusiasmo los partidarios de la Independencia. Así ocurrió con Los Guadalupe y con los platónicos admiradores de los rebeldes, llamados irónicamente “ojalateros”, cuya colaboración con la causa se limitaba a conspirar sin mayores riesgos y a desear en silencio el triunfo de la revolución. Esta vez se atrevieron a más y buscaron la manera de unirse a los jefes insurgentes<sup>33</sup>.

Parecía lógico que el paso siguiente era marchar sobre Oaxaca, tal como insistía el aguerrido Valerio Trujano, quien al igual que Galeana, gustaba de intentar

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 102.

hazañas difíciles; les movía su valor y su fe generosa en el ideal de independencia. Sin embargo, Morelos, que solía no ser impulsivo y todo lo calculaba, consciente de que la acción con sentido político y ordenado al propósito superior, no podía fincarse en la improvisación carente de reflexión y rumbo. Entonces optó por ser prudente y resolvió movilizar sus efectivos hacia Tehuacán de las Granadas, en el hoy estado de Puebla.

Ahí llegó el 10 de agosto con más de 3 000 hombres. La plaza era considerada entonces una posición central, porque desde ella se amenazaba a Oaxaca, a Puebla y a Veracruz. Ocupada la ciudad, durante su permanencia de varios meses, recibió de la Junta de Zitácuaro el muy merecido nombramiento como comandante de los ejércitos insurgentes. Ahí también consideró que era el momento de culminar la tarea pendiente de conquistar Acapulco.

### Ejecución infame de Leonardo Bravo

En la Ciudad de México, la causa procesal del brigadier Leonardo Bravo se había llevado con lentitud a fin de conseguir que su hijo y hermanos abandonaran la revolución. Quizá presintiendo que Leonardo podía no salir bien librado de su captura, y para no quedarse sin un segundo en el mando cuando se disponía a tomar Oaxaca, Morelos designó en tal posición al cura Mariano Matamoros, en tanto que a Hermenegildo Galeana le confirió el grado de Mariscal. Nombramientos que

mediante carta habría de participar hasta el 12 de septiembre al jefe de la Junta de Gobierno, Ignacio Rayón.

Estando en su cuartel general de Tehuacán, José María recibió un comunicado del virrey Venegas que trató de sacar el mayor provecho posible del prisionero. Ofrecía liberar a don Leonardo, así como el indulto a Nicolás Bravo y a sus dos tíos, Víctor y Miguel, a cambio de que abandonaran la lucha. Con la preocupación reflejada en su rostro, Morelos meditaba al tiempo que leía y releía aquel arrugado pliego cuyo contenido le presionaba. Consideraba consultar con los Bravo, los directamente interesados, antes de dar respuesta al virrey.

En eso estaba cuando escuchó toques de corneta, redobles jubilosos de tambores y repique de campanas, todo a la vez. Era la recepción de Nicolás Bravo y sus soldados, a quienes el general había enviado a una misión y regresaban tras haber cumplido la encomienda y haber conseguido la victoria en una batalla que tuvo lugar el 19 de agosto de 1812, en San Agustín del Palmar. El joven oficial venía satisfecho a rendir buenas cuentas y llevaba consigo a los prisioneros españoles atrapados en aquella acción. Morelos salió a recibirlo y rodeado de su Estado Mayor lo saludó al bajar de su caballo y lo felicitó públicamente, a él y a sus soldados.

Horas más tarde le comunica que su padre, don Leonardo, ha sido condenado a muerte y le comparte la alternativa que ofrece el virrey para evitar su ejecución. Le dice que tiene absoluta libertad para dejar las

armas y acudir a salvar a su padre. El joven oficial Nicolás Bravo —de apenas 21 años—, consternado por la noticia, agradece la comprensión humana de su superior militar y le expresa que a ese precio no quiere la libertad de su amado padre porque no cree en el virrey, que le parece una falacia su propuesta. Sospecha una sucia traición y por lo tanto, no cree poder hacer nada por el autor de sus días; prefiere continuar en la lucha para así honrar sus convicciones e ideales, que son también los de su progenitor.

Valorando la lealtad y nobleza de Nicolás, Morelos envía respuesta por escrito al virrey y le ofrece liberar a 800 españoles que tiene prisioneros en diversos lugares, a cambio de la libertad de Leonardo Bravo, quien además de ser el segundo en el mando, era reconocido como un hombre bueno y gran patriota. Mientras espera respuesta a su propuesta, Morelos asciende a grado de general a Nicolás Bravo y lo nombra comandante de la zona de Veracruz, en cuya función sale unos días después hacia el pueblo de Medellín, muy cerca de Veracruz, y lo ocupa a principios de septiembre.

Cuando el virrey Venegas recibió la misiva del jefe insurgente, cuyos recientes triunfos habían provocado profunda preocupación, cercana al miedo, en la corte virreinal, decidió la opción de la cruel venganza. No le importó la suerte de sus 800 compatriotas que Morelos ofrecía canjear por el rescate de don Leonardo, a quien en ese momento condenó a morir a garrote vil.

En la segunda mitad de septiembre, un mensajero entregó en Medellín una carta al general Nicolás Bravo, signada por José María Morelos el 17 de ese mismo mes, en el cuartel general de Tehuacán. En ella leyó, acompañado de sus oficiales, la dolorosa y fatal noticia de la muerte de su padre. En su mensaje, el jefe del ejército del Sur —que solía estremecerse ante el dolor humano— le dijo que deploraba suceso tan infausto y que le recordaba que es una gloria morir en el servicio de la patria. También le dio una instrucción determinante: “De todos modos, como respuesta a la anterior noticia, sírvase mandar pasar a cuchillo a todos los prisioneros que tiene en su poder, comunicándome en seguida, su ejecución. Igual cosa haré con los que yo guardo”.

Terminada la lectura, el joven general buscó donde sentarse y ante la mirada respetuosa y solidaria de sus compañeros, lloró en silencio su incontenible indignación. Semejante atentado clamaba venganza, de ahí que la orden de su jefe Morelos se ajustaba a su comprensible cólera. Entonces dictó una sentencia tajante: poner en capilla a todos los prisioneros para ejecutarlos a la mañana siguiente. Durante la noche, mientras el Padre Sotomayor, capellán del ejército, daba auxilio espiritual a los condenados, Nicolás reflexionaba, tratando de encontrar paz interior, de equilibrar sus emociones para lograr subordinar sus sentimientos y su entendible coraje, a otra pasión superior: la consecución de la independencia y la libertad.

Cuando llegó la hora de fusilar a los 300 españoles, que ya estaban resignados a morir, a las 7 de la mañana se escuchó el toque de la banda de guerra y se presentó el general Nicolás Bravo frente ellos, aún con sentimientos encontrados. Portaba con gallardía el uniforme de gala, con agilidad se trepó a una improvisada plataforma, clavó su mirada reclamante en los asustados gachupines que estaban rodeados por los soldados a cargo de la ejecución. Aquellos infelices, sin deberla, pagarían el arrebató caprichoso de su virrey. La multitud congregada miraba atónita el espectáculo sin entender bien la circunstancia de ese momento destinado a que Nicolás Bravo cumpliera la orden del comandante Morelos.

El joven general Bravo había preparado un discurso para tan significativo evento. Lo llevaba escrito y procedió a leerlo en voz alta y solemne, su mensaje estaba repleto de pensamientos nobles y elevados. Concluyó su arenga diciéndoles a los condenados: “En nombre de la patria, que no quiere esclavos ni cadáveres, mi venganza es el perdón. ¡Pueden marcharse a donde gusten!, ¡Váyanse, están libres!”.

Nicolás dio media vuelta frente a los incrédulos y sorprendidos prisioneros, y furioso les gritó: “¡Lárguense, antes de que me arrepienta!”.

Así lo refiere el general revolucionario Francisco Luis Urquiza, citando a algún historiador<sup>34</sup>.

<sup>34</sup> *Ibid*, p. 72.

En medio de aquella lucha brutal, alimentada lo mismo por ideales que por resentimientos, y en la que se jugaba el destino de la nación, Nicolás Bravo, sobrepuesto al odio, acababa de dar a la historia nacional un sorprendente ejemplo de hidalguía y magnanimidad que nadie esperaba, y menos Morelos, que gustaba de ser obedecido, máxime cuando no es propio de un subordinado, y menos en tiempo de guerra, incumplir la orden de un superior, solo porque le parezca inadecuada. Aquel desacato enrareció el ambiente entre los mandos y flotó en el aire un clima de tensión.

A Nicolás debió parecerle desorbitada la orden de fusilar a los 300 prisioneros, cuando el único culpable de la tragedia de su padre era el virrey Venegas. No quiso recurrir a una medida excesiva que consentía la exacerbación de la inquina; que servía para satisfacer sus particulares sentimientos, pero era a todas luces inútil e injusta. Aquella actitud, plausible por intrínsecamente generosa, era sin embargo un acto de desobediencia militarmente reprehensible. El general Morelos no aprobó el hecho de dejar sueltos a 300 enemigos y pudo recurrir con razón al justo reproche y hasta recurrir a un juicio sumario. No obstante, la indisciplina de su subordinado, con rectitud moral consideró las circunstancias, sabía que los hechos que suscitaron el comportamiento de Nicolás habían ocurrido así:

El 13 de septiembre, hasta las afueras de la capital virreinal fueron llevados Leonardo y dos de sus compañeros soldados. Bajo el falaz argumento de que se

trataba de un “excomulgado”, le fue negada la asistencia de un sacerdote para morir tras recibir los servicios sacramentales de la confesión y la comunión. En la calzada del Ejido —hoy avenida Juárez— se había instalado una plataforma de madera a modo de patíbulo, a la que un pregonero subió a leer, para la multitud congregada, la sentencia de muerte instruida por el virrey Francisco Javier Venegas.

Antes de subir al tablado, don Leonardo trató de infundir ánimo a sus compañeros. Les dijo, que si no habían temblado en Cuautla, no había razón para hacerlo en México. Con voz fuerte y firme añadió: “Si de todas maneras vamos a morir, que sea con valor, ¡Viva México!”. “¡Que Viva!” respondieron sus amigos. En seguida se despidieron y musitaron sus últimas oraciones. Don Leonardo subió despacio, trémulo y en actitud serena a la plataforma, llevaba los ojos llorosos y el alma triste; tomó asiento y fue inmovilizado con las manos atadas por la espalda. Luego vino el salvaje tormento llamado garrote vil, que consiste en colocar una argolla de hierro en el cuello del reo a modo de golilla, que al oprimirse mediante un torniquete le causa muerte por asfixia o al rompersele las vértebras cervicales.

Leonardo Bravo esperó el momento de su mortal castigo. Por fin el torniquete fue girado bruscamente y la argolla sujetó con fuerza su garganta. El verdugo siguió girando el tornillo, el caudillo insurgente dejó de respirar, enrojecido cerró los ojos desorbitados. Instantes después, un chasquido indicó que la tráquea y las

cervicales estaban rotas<sup>35</sup>. Así de malvada fue la muerte de otro insurgente que entregó su vida por la patria.

Ante esa demostración de sadismo para quitar la vida a un patriota, la contrastante nobleza de Nicolás Bravo sirvió de atenuante para Morelos, quien optó por respetar la decisión ejemplar de su subalterno. El jefe insurgente acreditó con su actitud, que la encomienda de mandar con vigor no excluye la sensibilidad de acercarse a quienes dirige, para demostrarles reconocimiento y afecto, lo cual hizo con humildad. Era consciente de que su subordinado solo había emulado a su superior, toda vez que el sacerdote y jefe de la insurgencia solía perdonar a los realistas presos tras derrotarlos, lo que valió para que muchos de aquellos indultados se sumaran a Morelos. Lo mismo hicieron los soldados absueltos por el joven Bravo: agradecidos, se unieron a la tropa de quien les perdonó la vida.

### Expedición hacia Oaxaca

Apenas unos días después de la ejecución de Leonardo Bravo, Morelos tuvo que lamentar la pérdida de otro de sus queridos pares. Esta vez por dos imprudencias. Una, de su secretario, el licenciado Juan Nepomuceno Rosainz; la otra, del coronel Valerio Trujano, quien era un magnífico y leal jefe. A éste, que era un hombre honrado, celoso de la disciplina y del decoro militar, el

<sup>35</sup> Ubaldo Vargas Martínez, *op. cit.*, pp. 81 y 82.

general le había encomendado recoger los ganados que encontrara en los alrededores de Tehuacán. Cuando se disponía a ejecutar la orden de su superior, acompañado de sus ya fogueados combatientes, intervino el impertinente de Rosainz —quien se había unido a la insurgencia en abril de ese año— sugiriéndole mejor llevar hombres sin experiencia, con el hueco razonamiento de que así aprenderían a ser obedientes como soldados. Y Valerio, que no era ningún bisoño, cometió el error de tomarle la palabra<sup>36</sup>.

Cerca de Puebla se topó con una columna realista cuatro veces superior en fuerza que la de Valerio Trujano, que no pasaba de 150 hombres, incluido su hijo Gil. Se fue a refugiar al rancho de La Virgen, cerca de Tlacotepec, donde resistió hasta que los realistas incendiaron la hacienda, obligando a los insurgentes a salir y buscar la escapatoria. Valerio y sus hombres lograron huir, más no así su hijo, que había quedado atrapado y caído preso. Regresó al lugar para rescatarlo y solo encontró la muerte. Montando a caballo y con su hijo en brazos, ambos fueron acribillados a balazos.

Esta irreparable pérdida para el ejército libertador ocurrió el 7 de octubre de 1812. Cuando recibió los cuerpos, el capitán general José María Morelos no pudo evitar que dos lágrimas resbalaran por sus mejillas, dejando ver su consternación. Por instrucciones

suyas, padre e hijo fueron sepultados con honores en Tehuacán.

La muerte de Valerio Trujano fue otro duro golpe moral para José María en su tercera campaña, como habían sido las muertes de Francisco Ayala y Leonardo Bravo, patriotas respetables como muchos otros, a los que el general sacerdote quería y respetaba profundamente. Y él, como caudillo supremo de sus pares, cargaba con la responsabilidad de los éxitos y los fracasos de sus tropas, y también con la penosa e ingrata carga de ver morir, o enterarse de la muerte de sus compañeros.

Sin embargo, sabía que mandar es un honor y no un privilegio, de modo que, por la supremacía de su personalísima vocación y responsabilidad como jefe del Ejército del Sur, no podía dejarse vencer. Comprendía que su misión exigía sacrificio y entrega, también fortaleza interior para sobreponerse y conectar su pensamiento con la acción, sus ideas con las decisiones que debía tomar, su conocimiento con la experiencia de otros; pero también su inteligencia con la palabra, que le era indispensable para alentar a sus fieles seguidores y encauzar sus potencialidades con orden y disciplina.

En esa disposición de espíritu, a mediados de octubre, el infatigable Morelos ya estaba listo para la nueva expedición en su tercera campaña, en la que alcanzaría sus victorias más espectaculares, y que suponía ocupar las estratégicas plazas de Acapulco y Oaxaca. Antes de emprender esa marcha, quiso aprovechar la debilidad

realista en Orizaba y emprendió una breve correría hacia dicha plaza, donde llevaría a cabo una de sus más notables acciones guerreras. El día 28 de octubre muy temprano, al llegar al Ingenio, el caudillo insurgente envió parlamentarios que trataron de persuadir al jefe realista, de apellido Andrade, de rendirse. Su respuesta fue terminante y retadora: “¡Que entre el señor Morelos, si puede!”

Sobrevino un sangriento ataque no exento de crueldad por el bando rebelde. Las calles se llenaron de cadáveres y heridos, por encima de los cuales huyó a caballo el comandante realista. A las once de la mañana, el implacable José María, con su filoso machete suriano en la diestra, bajaba del Cerro de la Cruz. Todavía le tocó ver cómo escapaban los últimos dragones en estampida. En ese momento era dueño de Orizaba, para ese entonces llamada la “Rica Alhaja de la Corona”. Dos horas había durado el asalto.

El 31 de octubre ordenó el regreso a Tehuacán. Al siguiente día, después de misa por la festividad de Todos Santos, Morelos y Hermenegildo Galeana salieron a posicionarse en las Cumbres que, para su sorpresa ya estaban ocupadas por un comandante español que los obligó a replegarse. El cura caudillo ordenó retirada hacia un pueblecito llamado San Pedro Chapulco, antes de llegar recibió la dolorosa noticia de que Tata Gildo había caído prisionero. Se disponía a volver a la carga para rescatarlo, cuando le avisaron que ya estaba a salvo. Había enfrentado a los dragones que lo persi-

guieron y, una vez que dio muerte a tres de ellos con propia mano, logró escapar.

Pasado el susto, el 3 de noviembre estaban de regreso en Tehuacán, donde por instrucciones del capitán general se concentraron las tropas. En esta ocasión confirió a Matamoros y Galeana los grados de mariscales, y al primero lo designó como su segundo en el mando insurgente. Hubiera querido que fuera Hermenegildo Galeana su lugarteniente, pero no le confirió dicha distinción por el inconveniente de que no sabía leer.

Morelos salió el día 10, tras enterarse por varios correos interceptados de que tropas enemigas irían desde Puebla para atacarlo. Ya tenía madurado su plan y no quiso arriesgar lo más por lo menos, con su atinada reserva decidió evitar la distracción en una batalla que por ahora no abonaba al fin superior. Al emprender la marcha le acompañaban sus jefes más notables: el Mariscal y lugarteniente Mariano Matamoros —ahora segundo en la jerarquía de su ejército—, los tres Galeana, los Bravo, Vicente Guerrero, Miguel Mier y Terán y José Miguel Fernández Félix. Este último, recién se había sumado a las fuerzas de Tata Gildo y era originario de Tamazula, en la Nueva Vizcaya. El capitán general llevaba consigo también, por supuesto, a su inseparable hijo Juan y a Francisca Ortiz, a quien recientemente había recuperado en Chichihualco y hecho su mujer en Chilpancingo, misma que iba preñada de su primer hijo, el tercero de José María.

La fuerza insurgente ascendía entonces a 5 000 hombres, muchos de ellos no lo suficientemente preparados para una empresa de gran magnitud; contaba con 40 cañones, abundante parque y provisiones. Hábilmente fingió encaminarse a la costa, pero llevaba el oculto propósito de atacar Antequera, es decir Oaxaca, intención que esta vez —la primera quizá—, no consultó con sus admirables pares, quienes al igual que los realistas creyeron su disimulada intención de dirigirse al tan anhelado puerto de Acapulco. El capitán general había decidido no correr el riesgo de que una indiscreción alertara a los realistas en la plaza que era su real motivo.

La conquista que pretendía Morelos era realmente atrevida y suponía sortear obstáculos naturales que dificultarían la marcha: caudalosos ríos, valles profundos y montañas frías. Además de la escasez absoluta de víveres<sup>37</sup>. El día 24 de noviembre, los cansados insurgentes tuvieron a la vista el maravilloso paisaje que adornaba a Oaxaca. Ocuparon la pintoresca villa de Etlá, situada en un hermoso valle poblado de fincas y molinos, a tres leguas de su objetivo. Ahí pernoctaron y desde ese lugar José María envió un correo conminando a rendirse al general Antonio González Sarabia, defensor de la ciudad.

El jefe realista recibió e ignoró la intimación de Morelos, prefirió fortificarse lo mejor que pudo y cuando

<sup>37</sup> Jesús Romero Flores, *op. cit.*, p. 76.

recurrió al auxilio de los moradores, ya era demasiado tarde. El día 25 la columna insurgente estaba desde antes frente a la bella ciudad de Oaxaca; al no recibir respuesta, Morelos ordenó el ataque. En tal circunstancia, el obispo Bergoza, ardiente enemigo de la insurrección y Arzobispo electo de México, se dio a la fuga. Unas horas después, el caudillo suriano, ya seguro del triunfo, ordenaba el asalto final al mismo tiempo que el comandante defensor del fuerte, coronel Bonavia, instruía la retirada de los necios defensores del anulado rey de España.

El heroísmo vino de ambos lados, destacando la acción del insurgente Miguel Fernández Félix, quien para anular a los adversarios debía atravesar un foso y llegar al pie del parapeto. Fue entonces cuando, en un arranque de desesperación, Miguel arrojó su espada al otro lado del crecido foso y pidió lo siguieran los soldados rebeldes. Les dijo: “¡Va mi espada en prenda, voy por ella!”. Los insurgentes lo acompañaron y, unas horas después, al amanecer del día 26 de noviembre, la ciudad de Oaxaca quedó en manos del capitán general Morelos, quien estaba triunfante en la plaza mayor. Así, la primera capital de provincia que se tomaba con macicez, estaba totalmente conquistada, lo que significó un duro porrazo a la posición estratégica del gobierno virreinal.

Con aquella apoteótica victoria, José María acrecentó considerablemente su prestigio. Su ingenio militar lo había hecho posible y, con la humildad que lo engrandecía, escribió una carta a Rayón diciéndole que: “La acción no se debe a mí, sino a la Emperadora Guadalupeana, como

todas las demás”<sup>38</sup>. Fue entonces que Miguel Fernández, en agradecimiento a la Virgen por la victoria obtenida, pidió al cura Morelos que lo volviese a bautizar, ahora con el nombre de Guadalupe Victoria.

Aquí es oportuno señalar que, cuando, entre Felix María Calleja —el general realista más destacado de la Nueva España— y el virrey Venegas, se agudizaron sus evidentes diferencias, Los Guadalupes vieron en ello la oportunidad para debilitar al segundo, quien terminó removido por las autoridades peninsulares y sustituido por Calleja. Éste, convocó a elecciones a realizarse el 29 de noviembre de 1812, para reinstalar el Ayuntamiento de la capital.

Los miembros de aquella organización trabajaron ardua y subrepticamente —como era su estilo—, para influir en los resultados. Lograron que solo fueran electos individuos nacidos en América, entre ellos varios de sus integrantes, simpatizantes por supuesto de Morelos, lo que hizo más significativa la toma de Oaxaca, tanto en lo militar como en lo político. La reciente aplicación de la Constitución de Cádiz, había facilitado el empoderamiento de la sociedad civil, y los insurgentes supieron aprovechar la oportunidad.

Al llegar diciembre, Francisca Ortiz dio a luz un niño<sup>39</sup>. En la pila bautismal, el nuevo vástago recibió el nombre del abuelo materno: José Ortiz. Vinieron sema-

<sup>38</sup> Mariano Cuevas, *Historia de la Nación Mexicana*, p. 432.

<sup>39</sup> Mauricio Leyva, *Juan Álvarez, op. cit.* p. 88.

nas en las que Morelos bajó su intensa actividad bélica, le dio forma al gobierno local y fortaleció su potencial militar. Estableció una casa de moneda, fundó el periódico *Correo Americano del Sur*, cuya redacción encomendó al licenciado oaxaqueño Carlos María de Bustamante, recién incorporado a las filas del caudillo suriano.

Movido por su profunda devoción a la Virgen del Tepeyac, expidió un edicto, mediante el cual mandató que:

Por los singulares, especiales e innumerables favores que se deben a María Santísima en su milagrosa imagen de Guadalupe, Patrona, defensora y distinguida Emperatriz de este reino, y para manifestar nuestro reconocimiento, devoción y confianza, todo hombre de diez años arriba, deberá poner en el sombrero la cucarda de los colores nacionales celeste azul y blanco, una divisa de listón, cinta, lienzo o papel, en que declarará ser devoto de la Santísima Virgen de Guadalupe, y soldado defensor de su culto, y al mismo tiempo, defensor de la Religión y de su patria<sup>40</sup>.

También hizo que se jurara obediencia a la Junta de Gobierno, la de Zitácuaro, presidida por Rayón, a la que a fines de 1812, de manera visionaria urgió a nombrar un quinto integrante dedicado solo a la administración de justicia; y que de una vez por todas, los insurgentes se quitaran la máscara y dejaran de fingir proclamación a

<sup>40</sup> Ubaldo Vargas Martínez, *op. cit.*, p. 97.

Fernando VII, truco que había justificado Rayón ante la Junta y con el cual nunca estuvo de acuerdo el ahora capitán general de los ejércitos insurgentes, en cuyas filas dejó de hablarse del dizque rey. A diferencia de Hidalgo, que al menos en el inicio del movimiento insurgente vitoreó al vapuleado monarca, posición asumida por muchos líderes rebeldes, Morelos buscaba una independencia completa respecto de España y la formación de una república mexicana.

Los soldados que le eran fieles desde el principio de su enrolamiento en la lucha y los que se le fueron sumando, ya en esta tercera campaña estaban mejor equipados, en su mayoría con las armas que fueron quitando a los enemigos en las sucesivas batallas victoriosas, y en parte por el armamento comprado o construido por órdenes de Morelos. Éste, en Oaxaca también se aplicó a uniformar a la tropa lo mejor posible, ya que en su mayor parte estaban cubiertos de harapos. Aún así, la “uniformidad” dejaba mucho que desear, por su diversidad en colores y diseño. El mismo José María y sus generales accedieron a vestir un llamativo uniforme a la moda “francoespañola” de la época<sup>41</sup>. Enfundado en ese ropaje militar, Morelos fue pintado por un indio mixteco; el uniforme y el cuadro le fueron capturados más tarde y llevados a España, de donde serían devueltos al gobierno de México en 1910, con motivo de las fiestas del centenario de la Independencia.

<sup>41</sup> *Ibid*, p. 97.

La ocupación de Oaxaca, vendría a ser la última guerra importante de la tercera campaña de José María, al término de la cual había conquistado media Nueva España para la causa de la Independencia<sup>42</sup>. Sin embargo, Morelos seguía con la idea fija de conquistar Acapulco, a sangre y fuego si fuera necesario. Para él era como la condición sin la cual no podría estar concluida su misión y creyó que había llegado la hora de hacerlo. El 9 de febrero, con su obsesión a cuestas enfiló sus descansadas tropas hacia Acapulco.

### Caída de Acapulco

Al cabo de algunos meses de tensión por el sitio insurgente en la zona de Acapulco, el 26 de noviembre de 1812, Julián de Ávila había atacado La Mira, que estaba al mando del subteniente Francisco Antonio Berdeja, quien no tuvo más alternativa que la retirada. Ante la posibilidad de que al fin los perseverantes insurgentes lograran su anhelado propósito, el gobernador Pedro Antonio Vélez se afanó en defender a la población, aunque era imposible resguardarlos a todos en el castillo o fuerte de San Diego. Desesperado, rogó al virrey que se dignara brindarle el mayor auxilio posible para salvar la afligida plaza de Acapulco.

El día 8 de diciembre, en el interior del fuerte, colocó la banda de guerra a la imagen de la Virgen de la Soledad,

<sup>42</sup> Alfonso Teja Zabre, *op. cit.*, p. 116.

y la declaró Generala y Patrona de Acapulco. En los últimos días de 1812, atendiendo instrucciones de Morelos, los Bravo salieron de Oaxaca para batir a los diversos jefes realistas situados al oriente del puerto. La exitosa empresa insurgente limpió aquel territorio de enemigos, los cuales fueron a refugiarse en el Fuerte de San Diego.

Para el caudillo sacerdote seguía vigente la orden de Hidalgo de consumir la conquista de Acapulco, estaba obsesionado en alcanzar ese cometido. Con dicha consigna en mente, los primeros días de enero de 1813 —mientras las autoridades virreinales padecían alta presión nerviosa por el amenazante progreso insurgente—, con un plan bien trazado, consecutivamente salieron de Oaxaca, Mariano Matamoros, Hermenegildo Galeana y José María Morelos. Éste, para ocuparse de la guerra, en aquella ciudad dejó a Panchita y a su hijo recién nacido, de donde después serían llevados a Tepecoacuilco con los familiares de ella.

Marcharon con bastante rapidez hacia El Veladero, donde los principales comandantes se reunieron a finales de febrero. Ahí el jefe insurgente promovió a coronel a Juan Álvarez, ya repuesto de sus heridas. También ordenó el ataque, distribuyó las fuerzas, instruyó las rutas de acceso y estableció la estrategia para la acción. El día 21 se cumplieron 26 meses de sitio en que los insurgentes tenían sometida a la plaza. Cinco días después, por órdenes del general Morelos, Juan Álvarez salió rumbo a Ometepepec para auxiliar a los in-

surgentes, quedando como comandante del sitio Juan José Galeana<sup>43</sup>.

Al mismo tiempo que las fuerzas de Morelos intentaban culminar el sitio de Acapulco, el 13 de febrero de 1813, en la capital virreinal ocurrió un acontecimiento de trascendencia para los leales a la Corona, que impactaría también en el lado insurgente: Félix María Calleja fue nombrado Virrey en sustitución de Francisco Venegas.

Por esos días, los dirigentes de la Junta escenificaban una ridícula disputa. Ignacio López Rayón y José Sixto Berduzco se estorbaban mutuamente en sus personalísimos afanes de gloria. En febrero de 1813, estando ambos en Pátzcuaro, incapaces de enfrentar juntos a una fuerza realista que se aproximaba, se separaron. Rayón se retiró a la hacienda de Puruarán y Berduzco al pueblo de Ario. Las noticias de aquel desavenimiento entre los jefes de la Junta llegaron a Morelos, cuando se esforzaba por tomar la fortaleza o castillo de San Diego. Le consternaba la situación porque él profesaba especial afecto por los tres dirigentes enconados entre sí.

El 4 de abril José María abandonó El Veladero. Tras una caminata lenta y difícil, estorbada por el clima y los accidentes del terreno, se aproximó al puerto y concentró su tropa en Pie de la Cuesta, desde donde hizo un reconocimiento de la posición realista y, mediante un correo, propuso al capitán Pedro Antonio Vélez, rendir el fuerte de San Diego. Lo mismo mandó decir al gover-

<sup>43</sup> Alejandro Martínez Carbajal, *op cit.*, pp. 127 a 132.

nador Vélez, cuya respuesta fue clara: “Solo los bárbaros capitulan”. Para el día 5, algunos grupos de insurgentes se habían situado en el cerro El Herrador y otros se acercaban a la ciudad por las barrancas de La Poza de Los Dragos. Entonces Morelos formalizó su plan de ataque y ordenó la invasión de Acapulco. De inmediato se movilizaron sus oficiales con sus respectivos contingentes que, con sus mejores soldados, abrieron fuego el día 6 de abril de aquel memorable año de 1813.

En todos los puntos de combate, los soldados de la Corona defendieron con denuedo la plaza que habían logrado conservar pese al asedio insurgente, durante casi más de dos años. Tres intentos hizo Morelos para hacer capitular a Vélez. Al no tener respuesta, los insurrectos ocuparon la población y quemaron las casas próximas al fuerte. Al final, más de 13 000 realistas terminaron replegados en el castillo de San Diego. Desde ahí resistieron los embates de los aguerridos rebeldes. Se cree que el 15 de abril, el capitán Paris, comandante de la Quinta División del Sur y acérrimo custodio de Acapulco, falleció al interior del Fuerte de San Diego, siendo sustituido por el militar José María Añorve.

Los defensores de la plaza lograron arrebatarse a sus enemigos el estandarte de la Virgen de Guadalupe. Como era la Generalísima de los insurgentes, la llevaron prisionera al Fuerte, la encerraron y le montaron guardia. Llevaron una imagen de la Virgen de la Soledad, que era la Generala de los realistas, para que presenciara el juicio que le hizo un consejo de guerra,

mismo que sentenció la pena de muerte y el estandarte guadalupano fue fusilado a un lado de la capilla<sup>44</sup>.

El día 30, Morelos volvió a pedirle a Vélez la rendición del fuerte. La respuesta fue que resistiría a como diera lugar y continuaron los combates. A mediados de mayo, Rayón mandó pedir a José María le enviara soldados para que lo auxiliaran, solicitud que fue desatendida porque el jefe del Sur los necesitaba para culminar la toma del puerto.

El prolongado cerco de Acapulco había perjudicado, con hambre y enfermedades, a los sitiados y a los sitiadores. El rigor del clima los hacía sufrir, el sol y la lluvia contribuían a su infortunio. En tales condiciones, Morelos intentó retirarse a Chilpancingo, pero Tata Gildo se opuso. Le dijo: “Todos subsistimos aquí por el amor que le tenemos a usted, en el momento que lo vean marchar, no quedaría un soldado y entonces perderíamos la reputación militar que nos sostiene”<sup>45</sup>.

Bajo la presión insurgente, el gobernador consideró necesario fortificar la Isla de la Roqueta, que dista dos leguas del Castillo. En ese lugar se reparaban las embarcaciones y desde ahí se surtían víveres a los realistas en canoas y lanchas cañoneras. Atendiendo una audaz acción, propuesta por el teniente coronel Pedro Irrigaray y aprobada por una junta de oficiales, Morelos comisionó al joven oficial Pablo Galeana para tomar la ínsula.

<sup>44</sup> *Ibid*, p. 138.

<sup>45</sup> Alejandro Martínez Carbajal, *op cit.*, pp.140 y 141.

A la 11 de la noche del 8 de junio se embarcó sigilosamente con 80 hombres de su regimiento. Para proteger las lanchas, don Hermenegildo se apostó en Caleta. Ya en tierra, a las cinco de la mañana rompieron fuego. La reacción de los realistas fue inútil, aunque intentaron sostenerse. Pablo Galeana dejó al frente de La Roqueta a Miguel de Ávila y el día 10, que en el calendario religioso se festeja a la Santísima Trinidad, habiendo cumplido su misión fue a encontrarse con su capitán general en Caleta. José María dispuso que se oficiara una misa de acción de gracias.

Durante las primeras dos semanas de agosto, las tropas insurgentes ocuparon el caserío de Acapulco e invadieron el Campo Marte aldeaño al Fuerte. El Mariscal Galeana le recordó a Vélez la amistad que entre ellos existía y le pidió entregar el castillo para evitar males mayores a la guarnición realista, en tanto que Morelos, el día 16 confirmó la orden para demoler la fortaleza. Al ver que no tenían escapatoria posible sus valientes soldados, el gobernador hizo llegar al jefe insurgente los términos de su capitulación, que ya tenía preparada, exigiendo respeto para él y su tropa. El caudillo rebelde, desde sus alcances humanitarios, accedió a la petición con algunas modificaciones y, el 19 de agosto de 1813, fue firmada la rendición del Fuerte de San Diego.

Los estudiosos de la estrategia consideran un error militar que José María hubiese dedicado tanto tiempo y recursos para hacerse de Acapulco, una plaza importante pero no determinante. Tanto empeño solo se explica en la

fidelidad de Morelos a su compromiso moral con el extinto Miguel Hidalgo, quien lo había hecho jefe del Ejército del Sur, pues en la lógica de la guerra no hacía sentido tomar este puerto sin haber tomado el de Veracruz; lo que pudo haber sucedido si Morelos no hubiese abandonado Orizaba. Esa distracción por empecinamiento, permitió al enemigo, que estaba al borde del desastre, reforzar sus milicias y configurar mejor sus planes<sup>46</sup>.

Ya lograda la pertinaz intención del caudillo, el día 20 de agosto, el gobernador entregó las llaves del castillo y todo el armamento. El encargado de recibir la fortaleza fue el Mariscal don Hermenegildo Galeana, quien mandó izar la bandera azul y blanca sobre el castillo de San Diego. Morelos había cumplido por fin la misión que tres años antes le asignara el extinto cura de Dolores.

Aquella proeza merecía ser festejada y José María, en el mismo Fuerte celebró en grande la victoria. Ahí, según testimonio de Carlos María Bustamante, junto a sus soldados y oficiales vestidos de gala, compartió con los vencidos un espléndido banquete y con ellos, tras un impetuoso y emotivo discurso que le salió del alma, brindó con un “¡Viva España, pero la España hermana, no la dominadora de América!”<sup>47</sup>.

La felicidad que a los insurgentes causó la toma de Acapulco, estaba más que justificada, por la victoria en sí misma. Sin embargo —como ya dije en líneas ante-

<sup>46</sup> Ubaldo Vargas Martínez, *op. cit.*, p. 98.

<sup>47</sup> Gral. Francisco L. Urquiza, *op. cit.*, p. 85.

riores—, en esa empresa se invirtió tanto tiempo, que dio oportunidad a los defensores de la Monarquía para recuperar terreno y fortalecerse.

El jefe insurgente había tenido antes, todo para hacerse de la Ciudad de México, Puebla o Veracruz; las tuvo al alcance del triunfo pero no le merecieron el empeño decidido que tuvo con Acapulco. Su estancia en Oaxaca le había permitido robustecer sus tropas con recursos y soldados. Movido tal vez por su orgullo, ofendido por la perseverante resistencia de los realistas que se mantenían a la defensa del puerto y del fuerte; y presionado moralmente por no haber cumplido con la instrucción de Hidalgo desde 1810, resistió la tentación de dirigirse hacia la capital virreinal y decidió avanzar sobre el puerto.

Finalmente el sacerdote y capitán general de la insurgencia cumplió su propósito. La toma del Fuerte de San Diego no solo marcó el triunfo sobre los realistas en Acapulco, fue el principio del fin de la ruta del Galeón de Manila, que había durado más de 250 años. Asimismo, este suceso significó el preámbulo para la creación del Congreso de Anáhuac y, paradójicamente, el asedio y toma de Acapulco marcaron el inicio del declive del general Morelos, que lo llevaría hacia su ruina total<sup>48</sup>.



<sup>48</sup> Alfonso Teja Zabre, *op cit.*, pp. 117 a 119

CAPÍTULO QUINTO

BASES DEL ESTADO  
MEXICANO Y OCASO  
DEL MEJOR JEFE  
INSURGENTE





## Instalación del Congreso de Chilpancingo

**D**esde su entrevista con Hidalgo, cuando éste le hizo jefe insurgente del Sur, Morelos llevaba clara la idea del Congreso que su maestro y mentor político le había transmitido y que, al poco, habría de hacer más explícito en el Manifiesto que expidió en Guadalajara en diciembre de 1810, sustentado en la tesis de la soberanía popular<sup>1</sup>. El iniciador del movimiento libertario había dicho:

Rompamos, americanos, estos lazos de ignominia a los que (los españoles) nos han tenido ligados tanto tiempo... Establezcamos un Congreso que se componga de representantes de todas las villas, ciudades y lugares de este reino, que teniendo por objeto principal mantener

<sup>1</sup> Documentos para la Historia del México Independiente 1808-1938, edición y compilación de Miguel Ángel Porrúa, 2010, p. 83.

nuestra religión, dicte leyes suaves, benéficas y acomodadas a las circunstancias de cada pueblo.

Similares palabras, había escuchado Morelos del cura de Dolores en su trayecto de Charo a Indaparapeo, mismas que para el caudillo suriano eran instrucción política y militar.

Brillantes victorias, había acumulado el sacerdote venido a militar, cuando consumada la de Acapulco, organizada civilmente la población del puerto y en ese momento acrecentado al máximo su prestigio militar, el capitán general Morelos pudo asumir como concluida su misión, la campaña del Sur había llegado a su fin. Sin embargo, aquel hombre era infatigable, tenía una prodigiosa capacidad para la acción y se sentía llamado para ir más lejos; para no quedarse en las metas cumplidas de la guerra, las que no pasaban de ablandar, dividir o aniquilar al enemigo desde su desempeño militar. Era de los que creen que se es irresponsable cuando se puede realizar más de lo que el deber le obliga, y no se hace.

Para la tarea política, que implicaba organizar en definitiva un gobierno nacional y construir un nuevo régimen, también estaba dotado de cualidades. Así que decidió ocuparse en esa misión, la que sería su cuarta campaña. Comenzó por dar fin a las disensiones que por envidias y celos habían hecho ya crisis en la Junta de Gobierno, donde Ignacio Rayón —que estaba aferrado al puesto de Presidente— ya había demostrado

estar muy por debajo de la misión que Miguel Hidalgo le había confiado. Ni en lo militar ni en lo político había tenido éxito, lo limitaban su egolatría y mezquindad peligrosa. Desconfiaba de Morelos, envidiaba sus triunfos y lo consideraba un incómodo contrincante.

Rayón se excedía en sus atribuciones y disputaba con José María Liceaga y José Sixto Berduzco —vocales también de la Junta—, y estos, que no estaban exentos de culpa, lo desconocieron como su presidente desde principios de 1813 y lo señalaron como traidor<sup>2</sup>; lo acusaron de entablar comunicación con los españoles con la finalidad de vender al movimiento, por lo que Rayón los destituyó en Tlalpujahuá. Ambos también peleaban entre sí y con otros dignatarios a quienes Morelos les había dado rango con mando, tales como Bustamante y Rosainz.

Aquella penosa situación repercutía y causaba estragos entre los jefes con tropas a su cargo, ya porque andaban por la libre, sin coordinación alguna, o bien porque estaban en mutuo desacuerdo; y algunos, que eran de segundo orden, ya parecían pequeños reyezuelos o grandes bandidos, como Osorno y Arroyo<sup>3</sup>. Entonces, Liceaga y Berduzco solicitaron al capitán general que pusiera fin a las diferencias que los separaba de Rayón<sup>4</sup>.

<sup>2</sup> Ubaldo Vargas Martínez, *op. cit.*, p. 106.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 88.

<sup>4</sup> Alejandro Martínez Carbajal, *op. cit.*, p. 165.

Era preciso desaparecer la anarquía provocada por el descuido de quienes estaban al frente de la Junta; urgía poner orden y unificar a los jefes para evitar un descarrilamiento y para no dejar perder lo conseguido. Al ver en peligro los intereses de la nación, llegó el momento en que el gran caudillo juzgó pertinente recurrir a una medida más radical sin restar autoridad a ninguno de los tres malquistados personajes.

Estando en el Fuerte de San Diego, decidió hacer de la tempestad un rocío y materializar el anhelo de Hidalgo de establecer un Congreso para la nación. Entonces, desde Acapulco, el 28 de junio de 1813, en su calidad de capitán general de los ejércitos americanos y de vocal del Supremo Congreso Nacional —y aprovechando, claro, su autoridad moral—, convocó a La Junta para reunirse en Chilpancingo, lugar que con ese motivo fue elevado a la categoría de ciudad, con el título de Señora de la Asunción.

De entre eclesiásticos y seculares, teólogos y juristas —aunque no estuviesen graduados— Morelos hizo que se eligieran delegados por Guadalajara, Michoacán, Puebla, México, Veracruz, Tecpan y Oaxaca, y estableció el 8 de septiembre como fecha de inauguración de un “Congreso Nacional”. Éste habría de sustituir a la Junta de Zitácuaro, redactaría una Constitución que sirviera de norma a la nación y designaría un gobierno a la altura de las circunstancias, que se encargara de mantener la revolución, organizar y disciplinar a las tropas; que asignara formalmente nombramientos a

los jefes insurgentes y declarara la Independencia de la Nueva España.

Era evidente que el general Morelos —ya metido en su papel de estadista— prefería conquistar la libertad antes que implorarla. Por ello insistía en que una de las prerrogativas propias de la soberanía, era el Poder Ejecutivo, cuyo titular tendría que ser merecedor de la confianza de toda o la mayor parte de la Nación y miembro destacado en la lucha por la libertad. Para ese propósito, votarían por escrito de coroneles para arriba en la escala de mando y escogerían, de entre los cuatro generales más reconocidos, al más idóneo y capaz.

Rayón creyó usurpados sus derechos y escribió a Morelos. Le reclamó tomarse la facultad de convocar a la Junta, siendo que el presidente de dicho órgano de gobierno era él. Morelos, sin empacho alguno y sin diplomacia, criticaba a Rayón de querer asumir todos los poderes, con el pretexto de salvar a la patria. Le hizo ver que sobre los caprichos personales estaban los asuntos generales de la nación, para salvarla del enemigo y lograr su libertad. Por ello propone reorganizar La Junta en una reunión de vocales caballerosos y patriotas.

El 31 de agosto de 1813 José María Morelos salió hacia Chilpancingo. Ya instalado —en una choza ubicada donde hoy es el palacio de gobierno del estado de Guerrero—, mientras llegaban los representantes de las provincias y haciendo ver su talento organizador, había fijado un reglamento de cómo habían de cele-

brarse las sesiones, la forma de presidirlas y de realizar las votaciones; lo que hoy se llama protocolo. Los diputados que resultaron electos por los delegados fueron Ignacio López Rayón, José Sixto Berduzco, José María Liceaga, Andrés Quintana Roo, Carlos María Bustamante, José María Cos, Cornelio Ortíz de Zárate, Carlos Enríquez del Castillo, José María Murguía y José Manuel de Herrera. Al paso de los siguientes meses, el número de diputados iría en aumento.

Tal vez con la idea de celebrar el inicio de la lucha de Independencia, dicen algunos historiadores, José María cambió la fecha de inauguración del Primer Congreso de Anáhuac —el cual sería conocido como Congreso de Chilpancingo por la ciudad sede de su realización— para el 13 de septiembre. Sabiendo que entre los hombres existen verdades que no se dicen y silencios que siempre se callan, hay quienes creen que el motivo para cambiar la fecha había sido el de honrar la memoria de Leonardo Bravo, a un año de su muerte<sup>5</sup>. Lo que es cierto, es que el día establecido para iniciar los trabajos de ese memorable Congreso no estaban los representantes de las provincias, tampoco Rayón, en virtud de lo cual Morelos prorrogó la apertura de los trabajos hasta que la mayoría de los invitados estuvieran presentes.

Ese dichoso día, los vecinos adornaron las fachadas de sus casas con floreros y gallardetes de papel de china.

<sup>5</sup> Mauricio Leyva, *Juan Álvarez, op. cit.* p. 89

Desde el amanecer, músicos venidos de los alrededores detonaron la alegría que sería memorable. Los delegados se reunieron en la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, misma que vería nacer las nuevas instituciones nacionales y soberanas. Este templo, parroquial, fue seleccionado como sede para sus labores legislativas no por razones de amplitud, sino porque Morelos, el más religioso de los caudillos de la Independencia, así lo había previsto. También por disposición del capitán general, se pusieron unas mesitas en el exterior para que los asistentes dejaran sus arreos militares y no ofender la casa de Dios con elementos de guerra<sup>6</sup>.

El cura Francisco Lorenzo Velasco, capellán castrense, cantó una misa en el engalanado templo desbordado de gente. Desde el púlpito, exhortó a todos a deliberar alejando toda pasión mezquina y atendiendo solamente al bien de la nación<sup>7</sup>. Al concluir la celebración eucarística, se procedió a dar por iniciada la sesión solemne de instalación del Congreso. Carlos María Bustamante leyó el reglamento a que se sujetarían las votaciones —expedido por el caudillo en vísperas de aquel evento—, que consta de 59 artículos. Fue el instrumento jurídico que los diputados hubieron de tener presente desde entonces durante su vigencia como órgano colegiado<sup>8</sup>. También se puso de manifiesto la

<sup>6</sup> Alejandro Martínez Carbajal, *op. cit.*, 169 y 170.

<sup>7</sup> Ubaldo Vargas Martínez, *op. cit.*, p. 107.

<sup>8</sup> Samuel Villela Flores, *op. cit.*, p. 132.

urgencia de nombrar a alguien al mando del Poder Ejecutivo y de las fuerzas armadas.

Al día siguiente, nuevamente en la iglesia, se llevó a cabo la segunda sesión. Morelos abrió los trabajos con un discurso que sacudió las almas de los presentes. Expuso los motivos por los que debía reemplazarse la Junta de Zitácuaro y propuso integrar un cuerpo de sabios varones para representar la soberanía de la nación, mismos que serían el eje de gobierno y autoridad máxima.

Para tal efecto, leyó una lista con los nombres que integraban su propuesta: José María Morelos y Pavón por el Nuevo Reino de León, Ignacio López Rayón por Guanajuato, José Sixto Berduzco por Michoacán, Andrés Quintana Roo por Puebla, Carlos María Bustamante por México, José María Cos por Veracruz, José Manuel Murguía por Oaxaca y José Manuel de Herrera por Tecpan; y como secretarios Carlos Henríquez del Castillo y Cornelio Ortiz Zárate<sup>9</sup>. Se procedió a la votación y la propuesta fue aprobada por la mayoría. México tenía así a sus primeros diputados.

Los días previos, José María había redactado un documento para aquella ocasión, escrito por él mismo, que contiene una serie de principios que él llamó “Exposición de los Sentimientos de la Nación”, que significaron la ruptura con el pasado colonial y reconocimiento de la Nación Mexicana y de toda la América Septentrional. Se trataba de una breve, pero enérgica

<sup>9</sup> Mauricio Leyva, *Juan Álvarez, op. cit.* pp. 90 y 91.

alocución, acerca del fin que los congregaba. Juan Nepomuceno Rosainz, a nombre del caudillo sacerdote, procedió a leer dicho texto. Pronunció un elocuente, reflexivo y conceptual discurso con numerosas referencias a Dios en el que, de entrada, destaca con irrefutable verdad que los enemigos han pretendido negar que la Soberanía reside esencialmente en los pueblos y que, transmitida a los Monarcas, en su ausencia debe regresar a ellos, los cuales eran libres de reformar sus instituciones políticas, siempre que les conviniera.

En aquel mensaje, inspirado en las ideas que comenzaban a revolucionar al mundo, Rosainz también destacó la necesidad de nombrar un jefe supremo, con mando sobre las fuerzas armadas del movimiento insurgente para continuar la empresa de la Independencia.

La asamblea atenta, escuchaba la voz del lector Rosainz, pero sabían que era el genio militar, el héroe, el estadista Morelos, quien les hablaba, hermanando con sinceridad conceptos liberales bien entendidos con un catolicismo sensato. Era el sacerdote y militar quien enfatizaba, que ningún pueblo tiene derecho para sojuzgar a otro y que la indignación, por la opresión a los americanos, había provocado que en Dolores se levantara la voz para clamar al cielo en favor del pueblo que ha formado escuadrones y ha multiplicado ejércitos. Luego, dirigiéndose a los diputados, en su incendiaria arenga dictada por José María, el licenciado Rosainz les dijo: “¡Reciban el más solemne voto que a ustedes hacemos en este día, de morir o salvar a la patria!”.

Ante la mirada penetrante de su jefe y la atención cautivada de aquella selecta asamblea liberal que no conocía de laicidad, evocando al “Dios grande y misericordioso”, el secretario de Morelos, leyendo añadió:

Nada hagamos, nada intentemos, si antes y en este lugar no juramos todos, en la presencia de este Dios benéfico, salvar la patria, conservar la religión católica, apostólica y romana; obedecer al Romano Pontífice, Vicario de Jesucristo; religiosas; formar la dicha de los pueblos, proteger todas las instituciones... vamos a restablecer el imperio mexicano mejorando el gobierno; vamos a ser el espectáculo de las naciones cultas que nos observan; vamos, en fin, a ser libres e independientes!

El Congreso —espléndido sucesor de la Junta Nacional Americana— pudo instalarse, gracias al patriotismo de los habitantes de Chilpancingo, sobre todo de las mujeres, quienes daban de comer a las tropas insurgentes que llegaban con los delegados de las provincias y de los congresistas.

### Sentimientos de la Nación

El texto escrito por José María Morelos para la apertura del Congreso, leído por Rosainz, es un documento admirable por las teorías sociales y políticas avanzadas que contiene, expresadas en 23 puntos, y que el autor denominó Sentimientos de la Nación. Fueron redacta-

dos por Morelos en el momento que ha cosechado sus mayores éxitos militares y políticos, tras la conquista de Antequera de Oaxaca. Son postulados humanistas, políticos y sociales, así como aspiraciones que, a lo largo de su experiencia libertaria, habían quedado esparcidas en bandos y decretos pronunciados en el curso de la guerra insurgente.

Los Sentimientos de la Nación, fueron la consecuencia de posicionamientos previos, como el bando de El Aguacatillo, del 17 noviembre de 1810, las anotaciones que Morelos había hecho estando en Tehuacán el 7 de noviembre de 1812, los Elementos Constitucionales redactados por Rayón en abril de ese año, y finalmente, el bando de Oaxaca, del 29 de enero de 1813<sup>10</sup>. Indudablemente estuvieron inspirados en las entonces revolucionarias ideas de la Ilustración, y que ya habían dado cuerpo a documentos de Estado en Europa y Norteamérica. Constituyen una suerte de programa político fijado por el caudillo, pues reúnen los lineamientos que orientaron las labores del Congreso, hasta la elaboración del Decreto Constitucional que habría de emitirse en noviembre de 1814.

Concluida su misión militar encomendada por Hidalgo, con esa propuesta que marca una voluntad de ruptura con el antiguo orden, ingresó José María a su faceta de estadista. Lo hizo adoptando y adaptando desde su propia visión, principios que darían sustento

<sup>10</sup> Samuel Villela Flores, *op. cit.*, p. 126.

al diseño del Estado mexicano en construcción, mismo que, en su concepción, sería un Estado libre e independiente de España y de toda otra nación; confesional, con religión única, sin tolerancia de ninguna otra; con la obligación de solemnizar el 12 de diciembre, “dedicado a la Patrona de nuestra Libertad, María Santísima de Guadalupe”.

Además de proponer la abolición de la esclavitud y de la distinción entre las castas, “quedando todos iguales”, Morelos suscribió la necesidad de establecer equidad jurídica de modo que un americano solo se distinga de otro “por el vicio o la virtud”. Anticipa que el Estado tendría una soberanía fincada en el pueblo; con un gobierno ejercido desde la división de poderes, en los tres órganos clásicos: Ejecutivo, Legislativo y Judicial. Gobierno que estará orientado al cuidado de los derechos primigenios de los americanos, antes que de los extranjeros.

En su texto, la idea de la caridad cristiana de Morelos, así como su sentido de justicia social, se advierte en el fondo de la petición que hace a los congresistas, de elaborar leyes que “moderen la opulencia y la indigencia y de tal suerte se aumente el jornal del pobre, que mejore sus costumbres, alejando la ignorancia, la rapiña y el hurto”.

En su vejez, Andrés Quintana Roo le habría de referir a don Guillermo Prieto que, un día antes de la apertura del Congreso en Chilpancingo, Morelos le había llamado para leerle algunos párrafos que había

escrito. Tenía a su joven secretario particular como un hombre inteligente y culto; deseaba compartirle, para conocer su opinión, las líneas que pretendía leer para los congresistas al instalar sus trabajos.

José María, como poseído de una exaltación extraña, leía mientras recorría la pequeña habitación donde se encontraban. Andrés, sentado frente a una pequeña mesa, le escuchaba atento y asombrado por lo que le parecía un cúmulo de ideas bien articuladas y que daban forma a conceptos que le parecían de extraordinaria oportunidad para darle sentido a la lucha por la libertad. En aquellas palabras estaba la esencia misma de sus anhelos, y así se lo hizo saber. Viendo su mirada penetrante y firme, con admiración y reverencia le dijo: “Señor, no tengo nada que corregir. Ruego a usted no aumentar ni quitar nada a estas cosas que usted acaba de revelar”.

Aquella propuesta, aunque no fue suscrita a plenitud por los legisladores insurgentes, fue el primer documento fundacional del Estado Mexicano, en una nación preexistente que luchaba por su libertad. Su impronta habría de verse reflejada más adelante en la Constitución de Apatzingán y sería uno de los textos más leídos en los primeros acercamientos a la historia patria<sup>11</sup>.

<sup>11</sup> *Ibid*, pp. 43 y 63.

## Generalísimo y Siervo de la Nación

El 15 de septiembre de 1813, bajo la presidencia de José Sixto Berduzco, en la Iglesia sede volvió a reunirse el Congreso. Esta vez, con el deliberado propósito de elegir al Generalísimo Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas y, a la vez, del Poder Ejecutivo de la Administración Pública. Antes de aquel acto, ya los jefes y oficiales —entre los que figuraban varios sacerdotes— habían recabado firmas en favor de José María Morelos y Pavón. Con ese respaldo y para darle formalidad a la designación, se sometió la elección al cuerpo de representantes de las Provincias, es decir, a los diputados. El nombramiento recayó así, en el admirado y respetado caudillo vallisoletano.

En principio, Morelos se rehusó a prestar el juramento de rigor como Titular del Ejecutivo, por considerar superior el cargo a su capacidad y merecimientos. Berduzco, en su calidad de presidente de la Asamblea, le suplicó aceptar el nombramiento. Como se resistiera, Quintana Roo propuso que fuera el Congreso quien deliberara y resolviera al respecto. Así se hizo mientras José María se retiró a orar en la sacristía. La gente se aglomeró en torno de los diputados para demandarles que no aceptaran su renuncia. Después de una hora de debate, el Congreso aprobó un decreto en que se declaraba no admisible la renuncia y se reconocía a Morelos como Primer Jefe del Ejército, en quien quedaba

depositado el Poder Ejecutivo de la Administración Pública<sup>12</sup>.

El Congreso le otorgó el título de Alteza, pero él —en plenitud de su triunfo y sin permitirse ninguna ambición— lo rechazó. En cambio, consciente de que se engrandece quien rechaza la adulación, prefirió llamarse “Siervo de la Nación”. De esa manera, el Generalísimo de los ejércitos de la Insurgencia, al subordinar su propia autoridad a la del Congreso, quiso ser el primero en dar ejemplo de obediencia al órgano representativo del pueblo<sup>13</sup>.

Entonces, en la presencia del pueblo y tropas, Morelos protestó ante el Congreso de Anáhuac y juró: “Defender a costa de mi sangre la Religión Católica, la pureza de María Santísima, los derechos de la Nación Americana y desempeñar lo mejor que pueda el empleo que la Nación me ha conferido”

Así quedó suprimida la antigua Junta de Zitácuaro y reemplazada por el Congreso de Chilpancingo. Momentos después, asumiendo las funciones que le fueron asignadas, nombró secretarios del Poder Ejecutivo a Rosainz y José Sotero Castañeda. También declaró como oficial el retiro del mando a Rayón, Liceaga y Berduzco, aunque con los honores de capitanes generales<sup>14</sup>. A Mariano Matamoros y a José Sotero Castañe-

<sup>12</sup> Alejandro Martínez Carbajal, *op. cit.*, pp. 187 a 190.

<sup>13</sup> Ubaldo Vargas Martínez, *op. cit.*, p. 112.

<sup>14</sup> Mauricio Leyva, *Juan Álvarez, op. cit.*, pp. 97 y 98.

da les confirió el grado militar de tenientes generales, a cargo cada uno de un conjunto de provincias. De la misma manera, a José María Murguía y Galardi le encomendó presidir las subsiguientes sesiones de los legisladores.

Dispuso que la sede del Congreso sería el lugar donde radicarán temporalmente los legisladores, llamada Palacio Nacional, la primera fue en Chilpancingo quedó establecido que ahí podían acudir los ciudadanos a formular por escrito sus propuestas a través de los secretarios. En seguida, invitó a los presentes para que lo acompañaran a dar gracias a Dios.

Morelos entendía que si el hombre nace libre, debería permanecer libre y nadie tenía las facultades para esclavizar a otro. Desde esa convicción, entre sus primeros actos destacados, el 5 de octubre, ya como jefe de gobierno, Morelos decretó la Abolición de la Esclavitud, ratificación de la que había hecho Hidalgo dos años antes, en Guadalajara, aunque fue más a fondo. La firmó como Siervo de la Nación y José Sotero de Castañeda como secretario.

Unos días después se supo que al fin acudiría para incorporarse Ignacio López Rayón, quien incapaz de controlar sus resentimientos mezquinos, con un pretexto o con otro, no acudió a la instalación del nuevo órgano de gobierno ni se presentó a sesiones del Congreso. El Generalísimo mandó una representación, a cargo del intendente del ejército don Antonio de Sesma, para recibirlo en Chichihualco y escoltarlo hasta Chilpancingo,

donde fue recibido con grandes honores, acompañado de sus hermanos Ramón y José María.

En cuanto Rayón se hizo presente y tuvo a Morelos frente a él, le manifestó su inconformidad por haberse instalado el Congreso y por no haber reconocido la autoridad del rey. Estaba contrariado por el nombramiento de Generalísimo de las Armas Insurgentes que había recaído en José María, en tanto que a él le fue privada la jefatura del gobierno y el mando de tropas. Sin poder controlar sus celos, le advirtió al Generalísimo que, si éste decidiera declarar la Independencia, no firmaría ningún documento y haría circular las razones de su inconformidad en un manifiesto. El ex jefe de la desaparecida Junta expresó su resentimiento sin moderación y pronto transmitiría su muina rupturista a otros. Pese a todo, el 4 de noviembre, después de presentar el juramento correspondiente, tomó su lugar en el Congreso.

El día 6, el Congreso aprobó y, en la presencia de Dios, “Árbitro moderador de los imperios y autor de la sociedad”, emitió solemnemente la primera Acta de la Declaración de Independencia de la América Septentrional —misma que había sido redactada por Carlos María Bustamante— y la hizo pública. En ella se declaraba rota para siempre la dependencia del trono español a que estaba sujeta Nueva España, misma que recupera la soberanía usurpada y establece que no profesa ni reconoce otra religión más que la católica, ni permitirá, ni tolerará el uso público ni secreto de ninguna otra. En esa misma fecha, el Congreso decretó la

reactivación de la Compañía de Jesús —que había sido suspendida en 1767—, para la enseñanza de la juventud y demás prácticas de aquel instituto<sup>15</sup>.

Rayón, que en vano insistió en que se expresara lealtad a Fernando VII, afirmó su inconformidad en todo momento y pasó a cumplir su amenaza de ventilarla abiertamente. Abrió nuevos frentes de batalla y procedió a darle cohesión a las fuerzas que se encontraban dispersas en distintos puntos del territorio. Entonces, Morelos solicitó licencia ante los miembros del Congreso, misma que fue rechazada por considerarla demasiado arriesgada.

### Comienza la catástrofe de Morelos y sus pares

Por ser Valladolid una ciudad de mayor relevancia, había previsto instalar ahí el gobierno. El 7 de noviembre de 1813, junto con Nicolás Bravo salió de Chilpancingo hacia su tierra natal. Antes —según una versión muy poco abordada por los historiadores, y sustentada en la tradición— le escribió a Francisca Ortiz, le dijo que se mantuviera a salvo con el infante de los dos<sup>16</sup>.

Tras cerciorarse que todas las plazas estratégicas estaban bien resguardadas, junto con su hijo Juan se dirigió al que fuera su curato para visitar a su otra mujer amada, Brígida Almonte, así como a su hija Gua-

<sup>15</sup> Alejandro Martínez Carbajal, *op. cit.*, p. 202.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 93.

dalupe. Al llegar diciembre, pasó por el Puerto de los Amoles y vio cómo se perfilaba en el horizonte el caserío de su Carácuaro entrañable, cuyo templo había sido levantado por él. Al llegar, atravesó las calles que él ayudó a construir. Ahí se enteró que la madre de sus vástagos había muerto recientemente.

Tres días permaneció en su parroquia asimilando su tristeza. Fue la última vez que el caudillo convivió con sus antiguos feligreses, con quienes pasó las festividades de La Guadalupana<sup>17</sup>. Pasó a Nocupétaro y dejó a su hija con la familia de su difunta compañera. Cargó con su inseparable hijo Juan y, acompañado de su duelo interior, continuó su trayecto. Iba afectado seriamente por la muerte de la mujer que le había asistido en sus primeros años de ministerio sacerdotal.

Llegó con su contingente a las afueras de Valladolid, en las Lomas de Santa María, el 22 de diciembre. Ahí instaló su campamento, encabezaba un magnífico ejército —el mejor que pudo reunir Morelos en sus campañas—, que se había engrosado en el camino y contaba con más de 5 000 hombres bien equipados y disciplinados, y tal vez otro tanto de milicianos que ayudaban al Generalísimo en diversos menesteres. Le acompañaban Hermenegildo Galeana y Nicolás Bravo.

<sup>17</sup> Gerardo Sánchez Díaz y Ramón Alonso Pérez Escutia, *Carácuaro de Morelos, Historia de un Pueblo de la Tierra Caliente*, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo e Instituto de Investigaciones Históricas, Morelia 1994, pp. 86 y 87.

Al día siguiente pidió la rendición de la plaza al coronel Domingo Landázuri que la defendía, no hubo respuesta. El caudillo suponía que hacerse de la ciudad sería relativamente fácil y ordenó que el asalto general sería en la Nochebuena. Pidió a sus soldados que se pintaran el rostro de negro, para distinguirse de los combatientes realistas. El comandante de éstos, el coronel Agustín de Iturbide —que aún no era un oficial de renombre, pero sí un experto de la guerra— supo de tal ocurrencia e hizo que sus tropas se tizaran la cara también<sup>18</sup>.

Para ambos jefes militares, católicos y guadalupanos fervientes por igual, pelear por su ciudad natal era muy significativo. En su enfrentamiento los movería —además de sus firmes convicciones y la furia que se estimula con la guerra— el orgullo de haber nacido en la gran Valladolid.

Según lo previsto, la noche de Navidad se enfrentaron ambos bandos. Desde el inicio del asalto los insurgentes entraron en confusión, después en pánico. El plan era sorprender, pero resultaron sorprendidos por sus enemigos. No sabían a quien disparar y ya desorganizados se desbandaron con tremendo susto a cuestras. Morelos, Matamoros y Galeana en vano trataron de contener la fuga de los suyos, de los cuales muchos quedaron tendidos en el campo.

<sup>18</sup> Gral. Francisco L. Urquiza, *op. cit.*, p. 100.

Morelos había enviado recado a Rayón para que acudiera, junto con sus hermanos, en su apoyo, pero no llegaron.<sup>19</sup> Aquella nochebuena fatídica, que habría de significar el principio del fin de su carrera insurgente, hubo una mortandad enorme —tal vez 2 000—, que hizo más dolorosa la derrota para José María. Éste, preocupado por su hijo Juan Nepomuceno, que había resultado herido de un brazo, abandonó el campo esa misma noche, tras lo cual, la dispersión fue general e incontenible. Un prisionero importante, que resultó gravemente herido, fue el padre Miguel Gómez, cura de Petatlán y confesor de Morelos, el cual sería conducido a Valladolid para ser fusilado en una de sus plazas<sup>20</sup>.

En la desperdigada de la tropa, con el inicio del año 1814, el Generalísimo y Mariano Matamoros llegaron a Puruarán, en Tierra Caliente, que había sido cuartel general de los Rayón en 1810. Ahí, entre las arboledas y cañaverales rescataron a muchos de los insurgentes que habían salido por piernas de Valladolid. Rehicieron su tropa con los hombres que pudieron juntar. Se concentraron en la hacienda del lugar, a donde también llegó Rayón por instrucción que le había hecho llegar Morelos.

En ese solitario lugar aguardarían al enemigo, aunque discutieron si valía la pena el riesgo y si la hacienda era el punto más adecuado para el combate.

<sup>19</sup> Carlos Herrejón Peredo, *op. cit.*, p. 377.

<sup>20</sup> *Ibid*, pp. 378 y 379.

Algunos, entre ellos Matamoros, sugerían no presentar batalla hasta que la tropa se recuperara en todos sentidos. Morelos pretendía estar en batalla pero le convencieron de que dejase a Matamoros al frente y él se fuera con un contingente a la hacienda de Santa Lucía, en el territorio de su parroquia de Carácuaro, a distancia de seis leguas<sup>21</sup>.

Acatando las órdenes del Generalísimo, Mariano Matamoros permaneció en la hacienda en espera del enemigo. Hasta allá llegó el astuto Iturbide, quien días después coronó su victoria al vencer a Matamoros. Este lastimoso suceso tuvo lugar el 12 de enero de 1814, en una batalla que tuvo lugar en Puruarán, sin que los historiadores logren precisar el sitio exacto del enfrentamiento. En ese indeterminado paraje, además de fracasar Mariano, el antiguo párroco de Jantetelco, resultó prisionero de Agustín.

De Santa Lucía, Morelos había partido con rumbo a Coyuca. Al pasar por Zirándaro, donde permaneció al menos del 12 al 15 de enero, Morelos fue informado de que su amigo, el Padre Matamoros, estaba preso en la cárcel de la Inquisición, en Valladolid. Recibió con la noticia uno de los más duros golpes de su vida militar.

Por esos días también se supo que doña Josefa Ortiz de Domínguez había sido recluida, el 2 de enero, en el Convento de Santa Teresa de México, por lo que Miguel Domínguez, su esposo renunció a su cargo de

<sup>21</sup> *Ibid*, pp. 381 y 382.

corregidor y se trasladó a la capital virreinal para asumir la correspondiente defensa de su mujer.

Tal vez ofuscado Morelos, y dando de antemano por perdido a su lugarteniente, precipitó la sustitución de Matamoros. En mala hora nombró para ese cargo a Juan Rosainz, su secretario particular. Decisión que fue muy mal recibida por los principales jefes insurgentes, quienes incrédulos acataron la orden superior por disciplina, pero también por el respeto, confianza y cariño que le profesaban a su Comandante en Jefe, al que reconocían su caudal como estratega. Entre ellos, había varios de mayor antigüedad y con mejores méritos adquiridos en el campo de batalla. Sin embargo, no estaba en ello su extrañeza y preocupación.

Rosainz no era un ignorante en materia de guerra, tenía práctica en el uso de las armas, ya que, desde antes de integrarse al cuerpo de oficiales de Morelos, se había batido con éxito en favor de la Independencia. No tenía don de mando ni la intuición estratégica de otros jefes de mayor antigüedad y de más méritos adquiridos en el campo de batalla. Sin embargo, el desasosiego de los pares —Rosainz no pertenecía a ese fraterno linaje— estribaba en que al nuevo comisionado, lo consideraban indigno de la confianza del jefe, por intrigoso, pretensioso y presumido.

Por la *Gaceta* del gobierno, Los Guadalupes se habrían enterado de lo ocurrido en Valladolid. Poniendo en duda la veracidad del boletín oficial, con fecha 5 de

enero de 1814, le escribieron diversas cartas para preguntar al respecto. En una de ellas le decían:

Las acciones desgraciadas, Serenísimo Señor, no son capaces de debilitar nuestro entusiasmo, antes bien electrizan más nuestro patriotismo... por lo mismo nuestra mayor ansia es saber con toda certeza lo sucedido en Valladolid y así suplicamos a V.A. se sirva sinstruirnos de lo que allí acaeció<sup>22</sup>.

Es evidente que la fallida campaña de Valladolid, la derrota insurgente en Puruarán, el prendimiento de Matamoros y la desmoralización de los jefes rebeldes por el desafortunado nombramiento de Rosainz, marcaron el inicio de la debacle. Generaron preocupación y desánimo en aquella organización que tanto apoyaba la lucha. Lo peor estaba por venir.

### Destitución del Generalísimo y muerte de Matamoros

A raíz de las recientes y muy significativas derrotas de los insurgentes, se desencadenó el avance del realismo al Sur, con el teniente coronel Armijo al frente. Morelos debía encontrarse con el Congreso para custodiarlo,

<sup>22</sup> Ernesto de la Torre Villar, *Los "Guadalupes" y la Independencia, con una selección de documentos inéditos*, Editorial Jus, México 1966, *op. cit.*, p. 97.

aunque cuando salió a campaña lo había puesto a la protección de Miguel y Víctor Bravo.

Habiendo concluido el Congreso sus sesiones el día 15 de enero de 1814, salió el 22 de Chilpancingo rumbo a Tlacotepec, custodiado por Vicente Guerrero. Ahí reanudaron sesiones el día 29 y al enterarse de la derrota de Puruarán, se disgustaron por el nombramiento que hiciera Morelos a Rosainz, lo consideraban un error del gran defensor de la Independencia. Rayón se presentó por esos días atizando la hoguera de las envidias, iba decidido a recuperar el mando. Liberó su resentimiento e intrigó contra Morelos en el Congreso, al que sugirió conveniente “mandarlo nuevamente a decir misas en su parroquia de Carácuaro”<sup>23</sup>.

El hecho es que los diputados consideraron que las circunstancias de la guerra modificaban todo y planteaban otras necesidades. Entonces designaron a Ignacio Rayón como nuevo jefe de las armas independientes, destituyendo al Generalísimo. Ya en su nueva responsabilidad, Rayón se trasladó a Oaxaca, en tanto que Chilpancingo fue recuperado para los realistas por el coronel José Gabriel de Armijo, quien el día 19 de febrero derrotó a Juan Rosainz en Chichihualco, donde se había ubicado con lo que quedaba de las tropas de Morelos. Con Rosainz fueron vencidos los jefes Hermenegildo Galeana, Guadalupe Victoria, los hermanos

<sup>23</sup> Lucas Alamán, *op. cit.*, t. IV, p. 27.

Nicolás y Víctor Bravo<sup>24</sup>, quienes habían combatido de mal grado y sin el entusiasmo que antes les inspiraba el ahora depuesto José María. La caída de los pares estaba en su apogeo.

Cuando Morelos llegaba a Tlacotepec, el congresista Herrera salió a su encuentro y le hizo saber lo ocurrido. Seguramente afectado por la defenestración de que fue objeto por el Congreso que él había formado, prefirió pasar por alto la ingratitud puesta al descubierto. Haciendo honor al título que había adoptado de Siervo de la Nación, renunció sin objetar a las amplias facultades de Generalísimo.

Morelos no manifestó repugnancia alguna, antes bien expresó que, si no se le creía útil como general, serviría de buena voluntad como soldado<sup>25</sup>. También le escribió a Rayón, haciéndole saber que aceptaba su designación, e informándole que le enviaba a Vicente Guerrero para que lo auxiliara en la protección del Congreso.

Una vez que el gobierno colegiado entró a ejercer el Poder Ejecutivo y el fernandista Rayón se hizo cargo de las fuerzas armadas, Morelos se enteró que el 3 de febrero, Mariano Matamoros —su gran amigo y leal lugarteniente— había muerto en Valladolid. Lo fusilaron junto a uno de los pilares de la arcada que mira hacia el costado derecho de la Catedral. Cuando supo

<sup>24</sup> Alejandro Martínez Carbajal, *op. cit.*, pp. 209 a 212.

<sup>25</sup> Lucas Alamán, *op. cit.*, t. IV, p. 27.

de tal tragedia, Morelos gritó con impotencia: “¡He perdido mi brazo derecho!”.

Mariano Matamoros había sido un sacerdote piadoso, y continuó con su vida de oración aún en los días de su faceta insurgente. Quiso morir con los sacramentos y fortalecer con ellos su alma para el último trance. Para ello había cedido al chantaje de que fue objeto y, el viernes 21 de enero, delante del provisor vicario general, Francisco de la Concha abjuró de la insurgencia y la condenó. Después se preparó para morir, durante algunos días tuvo acceso a la confesión y a la eucaristía.

El día de su ejecución, al salir de la cárcel clerical, el padre Mariano se descalzó y caminó varias calles recitando el salmo 50. Al llegar al sitio de su fusilamiento, con los ojos vendados y de frente al pelotón, recibió las dos descargas que le quitaron la vida por haber luchado en defensa de su patria<sup>26</sup>. Después fue velado y sepultado en el Templo de la Cofradía de la Tercera Orden, quizás el más antiguo de Valladolid, mismo que sería demolido tras promulgarse las leyes de reforma, después de 1859.

### Congreso Itinerante

Una tarde de febrero, Morelos estuvo a punto de ser atrapado por Armijo, quien había ordenado su captura. Dormía junto a una barranca, en el rancho de Las Áni-

<sup>26</sup> Carlos Herrejón Peredo, *op. cit.*, pp. 386 y 387.

mas cuando, advertido de la aproximación de Armijo, alcanzó a montar su caballo y abandonar el lugar<sup>27</sup>. El Congreso logró huir rumbo a Tetela, gracias a la oportuna intervención de una partida insurgente comandada por el coronel Ramírez, mismo que fue muerto al intentar contener a los realistas. La patria libre seguía siendo el ideal por el que los insurgentes estaban dispuestos a sacrificar la vida.

Paralelamente a los errores y a las derrotas de Morelos, Los Guadalupe habían pasado de la sorpresa y la incertidumbre al desengaño y al desencanto. Las cartas que le enviaron a principios de año —a las que me referí antes—, seguramente no tuvieron respuesta. Pero aún así le acercaron todavía información al Generalísimo, sobre la situación del gobierno virreinal y sus movimientos. No pocos de los miembros de la sociedad secreta irían siendo objeto de persecución, ya que entre los papeles cogidos a los insurgentes fueron apareciendo pistas sobre ellos<sup>28</sup>.

El desastre de Morelos y sus Pares continuaba, agudizada por la muerte —por causas naturales— de don José Juan de Izazaga. El Congreso, en Tlacotepec decidió, el 21 de febrero, que Acapulco fuera abandonado por los insurgentes y ordenó a José María ir a retirar los soldados del Fuerte de San Diego.

<sup>27</sup> Alejandro Martínez Carbajal, *op. cit.*, p. 215.

<sup>28</sup> *Ibid*, p.393.

Morelos y Galeana lograron llegar a Tecpan a principios de marzo, cada uno por su lado. Se habían separado desde el desastre de Puruarán. En ese lugar desahogaron sus penas, en una charla de amigos. En esa confianza, sin orgullos contenidos, lloraron al recordar sus logros y sus desgracias. Galeana expresó su deseo de regresar a su vida campirana para sembrar algodón y tener una vida aislada. También liberó un resentimiento contenido, le dijo a su admirado jefe: “Todo se ha perdido porque usted se ha fiado de hombres que no debiera, para el mando de las armas. Yo no podré escribir en un papel, es verdad, pero sí librar una batalla en el campo” Morelos comprendió el reclamo que envolvían aquellas palabras, consoló a su leal amigo y le pidió continuar en la empresa de salvar a la patria.

José María marchó por fin al puerto de Acapulco a mediados de mes, para llevar a cabo la ingrata tarea que le había encomendado el Congreso: dismantelar el castillo y quemar la población<sup>29</sup>. Cuando llegó, sus seguidores ya no lo percibieron igual, sus ojos vidriosos y rojizos delataban el dolor que llevaba dentro, también la rabia por la suerte de Matamoros y la suya propia.

Por mandato escrito de Morelos, expedido el 9 de abril desde Pie de la Cuesta, el teniente coronel Isidoro Montes de Oca dismanteló la fortaleza de San Diego y quemó todo cuanto de madera había en su interior;

<sup>29</sup> *Ibid*, pp. 401 y 402

desalojó a los vecinos y los concentró en las playas, para proceder a incendiar la ciudad y el cargamento de cacao procedente de Guayaquil.

El 10 de abril, también por disposición de José María, Francisco Marcos Martínez Mongoy, con filosa daga degolló a 60 prisioneros en tres puntos distintos: en el hoy inexistente Hospital, en La Quebrada y en la Poza de los Dragos. Consumada la sangrienta fechoría, con claros tintes de venganza y desahogo del caudillo venido a menos, éste se dispuso a dejar El Veladero. El día 12 llegó Armijo a Acapulco para contener el incendio, era tarde para ello, la ciudad estaba totalmente calcinada y su presencia solo le sirvió para enterarse de las crueldades a cargo de los insurgentes.

Cumplida su horrenda misión y antes de volver al lado del Congreso, para darle servicio de escolta, Morelos reforzó la posición de El Veladero, encomendándosela a Hermenegildo Galeana, con el apoyo de Juan Álvarez en el Bejuco y Pie de la Cuesta<sup>30</sup>. En esos días, como represalia por el fusilamiento de Mariano Matamoros, el Congreso votó el acuerdo de que se diera muerte a más de 200 prisioneros españoles que estaban distribuidos en diversos lugares.

Cuando Morelos salió de Acapulco, pasó por Tecpan, donde ordenó el degüello de 42 realistas prisioneros. Otro tanto hizo en Zacatula, Coahuayutla y Ajuchitán. Así continuaron las represalias por la muerte de

<sup>30</sup> Alejandro Martínez Carbajal, *op. cit.*, pp. 217 a 222.

Mariano Matamoros que, para colmo, se unía ahora a la de Miguel Bravo —hermano de don Leonardo—, quien, teniendo la encomienda de mantener Chilapa, había perdido la plaza en combate y fue fusilado el 12 de abril, en Puebla. En su juicio José María habría de confesar que no fueron asesinatos, sino represalia ordenada por el Congreso, que él obedeció<sup>31</sup>.

Habiendo cumplido las comisiones del Congreso, Morelos se aprestó para ir en su búsqueda, acompañado ya solo de 50 pares y otros que iría reclutando. Supuso que se hallaba en Guayameo y hacia allá se dirigió. Cuando confirmó que ya no estaba ahí, sino en Huatamo, continuó su marcha con ese rumbo.

Cuando el Congreso había decidido emprender la marcha, antes de abandonar Tlacotepec, expidió los nombramientos de comandantes generales y de intendentes en algunas provincias. Designó como vicario general castrense a don José de San Martín y aumentó el número de sus integrantes a 18. Entre ellos algunos cercanos colaboradores de Rayón, en cambio, los Bravo, los Galeana y otros de los Pares, fueron omitidos. A José María Morelos, lo hicieron diputado por por Nuevo León, se enteraría después.

Los congresistas se adentraron en Tierra Caliente, cargando sus ya muy destapadas desavenencias y resentimientos. Llegaron hasta Uruapan, mientras el gobierno virreinal se hacía de los lugares donde la crisis

<sup>31</sup> Carlos Herrejón Peredo, *op. cit.*, p. 406.

insurgente lo permitía. Comenzó así la faceta itinerante del Congreso de Anáhuac, y la de Morelos en su búsqueda. Ambos perseguidos por los realistas.

Calleja, ahora ya como virrey, le había ordenado al coronel José Gabriel de Armijo, perseguir sin descanso a dicha Asamblea. El jefe realista era originario de San Nicolás de Tierranueva, en San Luis Potosí, era reconocido por su crueldad; había participado en las batallas de Aculco, Guanajuato y Puente de Calderón; tenía odio acumulado contra los rebeldes. Armijo decidió aprehender a José María y a los diputados. Para ello salió de Chichihualco, llegó a Tlacotepec cuando sus perseguidos ya habían abandonado el lugar. El cura del lugar le informó la ruta por donde avanzaban los insurgentes y fue tras ellos. La marcha sería tan penosa como accidentada. Los mermados congresistas habrían de sufrir hambre y enfermedades comunes en Tierra Caliente.

Desde el 27 de abril, las fuerzas de Armijo habían llegado a las cercanías del El Veladero. Fue atacado por Hermenegildo Galeana, mismo que fracasó y hubo de huir a su fortificación. Dos veces el comandante realista le ofreció el indulto para que depusiera las armas y se acogiera al perdón virreinal, pero no aceptó. Entonces Armijo instruyó preparativos bélicos para avanzar hacia los puntos fortificados y artillados de los insurgentes.

Cuando la avanzada de la Corona estuvo a tiro, los soldados de Galeana dispararon los cañones, pese a lo cual los enemigos avanzaron hacia los fortines de San Cristóbal y La Purísima Concepción, logrando doble-

gar a los hombres de don Hermenegildo. Al amanecer del día 6 de mayo de 1814, los realistas tomaron El Veladero, cuyas casas mandó incendiar Armijo, para que no quedara vestigio de la existencia de aquel reducto rebelde. Galeana y sus leales lograron huir entre la espesura del bosque que bien conocían.

En La Sabana, durante 18 días tuvieron que alimentarse de plátanos y de los escasos víveres que les daban los habitantes de las poblaciones. Tras angustioso peregrinar y después de la desertión de algunos de sus hombres, Galeana transitó hacia Coyuca librando diversos enfrentamientos y recuperando algunos hombres dispersos y sumando a otros en las poblaciones.

En plena mala racha, el 27 de junio, vino un descalabro mayor para la insurgencia: la indignante muerte de Tata Gildo a manos de un cobarde realista. Al escapar don Hermenegildo tras un combate en El Salitral, se golpeó contra las ramas de un árbol y cayó de su cabalgadura. Estando indefenso y aturdido, Joaquín León le disparó en el pecho, quedó de rodillas en el suelo a disposición de su verdugo, quien montado en su caballo se le acerca y de un tajo le cortó la cabeza, misma que tomó de los cabellos y fue a exhibirla en la puerta de la iglesia, insertada en una lanza. Más tarde, dos soldados de Galeana recuperaron el cuerpo mutilado y lo enterraron en El Salitral, al poniente de Coyuca<sup>32</sup>.

<sup>32</sup> Alejandro Martínez Carbajal, *op. cit.*, p. 231.

El gran temple del Generalísimo no se doblegaba ante los más duros reveses de la guerra; pero era un hombre también de sentimientos, y estos no podían contenerse ante la muerte de sus colaboradores más queridos. Por ello, al enterarse de la decapitación de don Hermenegildo —estando en la Hacienda de San Luis—, Morelos exclamó: “¡He perdido mis dos brazos! ¡Ya no soy nada!”, doliéndose de la muerte de Matamoros y de Galeana. La decadencia seguía, la buena estrella se eclipsaba más de prisa.

El Congreso no lograba establecerse ni estabilizarse, pues la independencia aún no era una realidad, y las posibilidades de hacerse de la infraestructura necesaria para enfrentar al poder de la Corona, eran cada vez menos. Durante su recorrido, pasaría la temporada de aguas en la hacienda de Tiripetío, comarca de Tuzantla. Habiendo reunido en sí los tres poderes, atendería asuntos gubernativos, aunque principalmente trabajaría en la redacción de la constitución que más adelante promulgaría.

El éxodo del Congreso no estuvo exento de discor-dias. Los congresistas reñían entre sí, criticaban a los jefes combatientes y aun al propio Morelos. Algunos desertaron y se plegaron al bando realista. Conscientes de que Calleja estaba aprovechando su debilitamiento y divisionismo para desprestigiarlos, divulgaron como pudieron que la unidad y armonía entre los insurgentes sería la base del triunfo de su causa. En esa armonía

restablecida, aunque forzada, el Congreso llegó a Apatzingán, escoltado por Morelos.

### Constitución de Apatzingán

Apoyado en sus conocimientos de Derecho, Rayón había aportado —desde que fue presidente de la Junta—, a la redacción de los Elementos Constitucionales, con sus 38 artículos, redactados en abril de 1812. Fue el legado más importante para la historia del constitucionalismo insurgente que dejó la Junta<sup>33</sup>. Un documento con bases conceptuales para la estructura de un Estado independiente, defensor de la fe católica, de la sagrada religión y de los derechos del rey Fernando VII. Aquel texto recogía la influencia de las ideas revolucionarias francesas y las constitucionalistas estadounidenses, ambas inspiradas en el pensamiento de la Ilustración que habían alentado a los criollos a poner en marcha el movimiento insurgente en la Nueva España.

Desde que Morelos tenía su cuartel general en Tehuacán, en aquel año, recibió de Rayón el proyecto de Constitución que había elaborado con la Junta de Gobierno, aunque siete meses después, en noviembre. De su contenido, Morelos le dijo que eran las mismas ideas que había conferenciado largamente con Miguel Hidalgo. Desde entonces, José María había rechazado tajantemente el despropósito, considerado en aquel do-

<sup>33</sup> Samuel Villela Flores, *op.cit.*, p. 36.

cumento, de mantener el nombre de Fernando VII en el programa revolucionario<sup>34</sup>, y remitió algunas modificaciones tendientes a establecer un concepto nacionalista, así en lo civil como en lo eclesiástico<sup>35</sup>.

Con ese antecedente, y sustentada en Los Sentimientos de la Nación, a principios de agosto de 1814, el texto de la Constitución ya iba muy adelantado. A mitad del mes, los diputados se trasladaron a San Antonio Urecho, lugar de hermosa vegetación donde Morelos habría estado 14 años antes —en mayo de 1799— por un breve período de tiempo, en reemplazo del cura titular. Ahí, en la hacienda de Santa Efigenia, prosiguieron la redacción, en pleno declive militar de la insurgencia. José María Morelos no tuvo mucho que ver con el diseño de la Constitución, estaba absorto en el esfuerzo bélico. Dejó esa labor a los juristas, que tanto habían influido en sus puntos de vista desde finales de 1812<sup>36</sup>. Quienes tuvieron la mayor parte en la redacción fueron: José Manuel de Herrera, José Sotero Castañeda y, el recién casado, Andrés Quintana Roo<sup>37</sup>.

Temerosos los congresistas de que Morelos les arrebatara el poder conseguido, lo enviaron a realizar tareas de milicia y ya lo llamarían después. Así que Morelos se dirigió a Cuarayo, después estuvo en Ario, luego

<sup>34</sup> Alfonso Teja Zabre, *op. cit.*, p. 127.

<sup>35</sup> Gral. Francisco L. Urquizo, *op. cit.*, p. 81.

<sup>36</sup> Samuel Villela Flores, *op. cit.*, p. 144.

<sup>37</sup> Carlos Herrejón, *Morelos, op. cit.*, pp. 434 y 435.

en Santa Clara del Cobre, regresó a Ario y de ahí partió hacia Apatzingán<sup>38</sup>. A finales de septiembre, Morelos ya se hallaba cerca, con 300 hombres que había logrado sumar consigo. Al fin se reincorporó al Congreso y participó en algunas sesiones en que se discutía el proyecto constitucional. Lo hizo en su calidad de diputado por Nuevo León.

Seguramente en esa definición de conceptos y normas generales para la nación que se pretendía independiente, también metieron la mano los Guadalupes, sin duda. Surgió así la primera Constitución del país, fue como el acta de nacimiento de una nación nueva para el mundo. Misma que sería quemada en una hoguera por órdenes de José María Calleja, y condenada por la Iglesia<sup>39</sup>.

Finalmente, el 22 de octubre de 1814, los diputados concluyeron aquella jornada del Congreso de Anáhuac o de Chilpancingo, celebrada al aire libre, bajo unos naranjos. Como bien dice Ubaldo Vargas Martínez: “Sorprende que lo hicieron en medio de tantas vicisitudes y penalidades”<sup>40</sup>.

Primero celebraron una misa cantada en acción de gracias, donde se dio lectura pública a la Constitución. Concluido el oficio litúrgico, se procedió a la jura del Decreto constitucional por parte de todos los funcionarios, eclesiásticos, oficiales, tropa y pueblo en gene-

<sup>38</sup> Carlos Herrejón Peredo, *op. cit.*, pp. 430 y 431.

<sup>39</sup> Mauricio Leyva, *La Masonería, op. cit.*, p. 84.

<sup>40</sup> Ubaldo Vargas Martínez, *op. cit.*, p. 135.

ral. Después se regocijaron con una sencilla comida, donde hubo dulces de Guanajuato y Querétaro. Ya entregados al festejo, también improvisaron un baile, en el que vestido de uniforme danzó José María Morelos. Morelos, estando en pleno ocaso de sus glorias militares, abrazó a los diputados y expresó satisfecho: “Este es el día más feliz de mi vida”<sup>41</sup>.

Surgió así la primera Constitución del país, fue como el acta de nacimiento de una nación nueva para el mundo. Misma que, meses más tarde —el 24 de mayo de 1815— sería quemada en la Plaza Mayor por órdenes de José María Calleja, y condenada por la Iglesia<sup>42</sup>.

La Constitución de Apatzingán estableció el predominio del Congreso sobre los otros dos poderes, a los que habría de nombrar. También estaban a su cargo las fuerzas armadas. Esa falta de equilibrio resultaría altamente perjudicial en el orden práctico y pronto acarrearía mayor debilitamiento del movimiento insurgente. Morelos y sus colegas promulgaron el Decreto el día 25 e iniciaron la división de poderes. Como integrantes del Poder Ejecutivo fueron nombrados Liceaga, Morelos y Cos, quienes dejaron por ello de ser diputados. El primero de ellos asumió la presidencia del órgano colegiado, cargo que sería rotativo cada tres meses.

El virrey Calleja, al enterarse de cómo se reorganizaban los patriotas en torno a una Constitución, redo-

<sup>41</sup> Carlos Herrejón, *Morelos, op. cit.*, p. 437.

<sup>42</sup> Mauricio Leyva, *La Masonería, op. cit.*, p. 84.

bló sus esfuerzos de guerra y en pocas semanas logró derrotar y pasar por las armas a no pocos insurgentes. Entre ellos el indio Víctor Maldonado, uno de los más leales y eficientes colaboradores de Morelos; Mariano Ramírez, comandante de Huamantla, que había sido el segundo de Matamoros<sup>43</sup>. La causa de la libertad seguía costando vidas a la patria novohispana.

Por esos días, José María Cos, diputado por la provincia de Zacatecas, traicionó al Congreso. Lo acusó de estar del lado de los españoles, de albergar traidores y de haber lesionado la pureza de la religión, entre otras ocurrencias. También señaló a Morelos de comprometer el movimiento con Estados Unidos, en razón de haber enviado a Juan Pablo Anaya a intentar negociaciones con el gobierno de aquel país. José María recibió la orden de capturar a Cos y, de ser necesario, fusilarlo. Fue tras él y logró capturarlo, y el Congreso lo confinó a cadena perpetua en los calabozos de Atijo<sup>44</sup>.

El Congreso y el Poder Ejecutivo permanecieron en Apatzingán hasta el 30 de octubre. El asedio realista y la escasez de recursos los hizo emprender la huida. Estuvieron en Tancítaro y Uruapan, de donde regresaron a Apatzingán el 30 de noviembre. Ahí estuvieron hasta el 16 de diciembre, emigraron hacia Ario, donde estarían tranquilos más de cuatro meses<sup>45</sup>.

<sup>43</sup> Carlos Herrejón, *Morelos, op. cit.*, p. 449.

<sup>44</sup> Mauricio Leyva, *Juan Álvarez, op. cit.*, p. 95.

<sup>45</sup> Carlos Herrejón, *Morelos, op. cit.*, p. 451.

A principios de 1815, estando en Uruapan, con la necesidad de obtener el reconocimiento de las naciones extranjeras como nación independiente, Morelos eligió a José Manuel de Herrera para enviarlo a Estados Unidos. Con él, mandó también a su hijo Juan Nepomuceno para salvaguardarlo del peligro que las adversas circunstancias presentaban.

### Instalación del Supremo Tribunal de Justicia

En aras de la causa de la Independencia, el más caro anhelo de Morelos había sido dotar al país de un orden constitucional que acabara por independizarlo de la Corona, pero sin que ello dejara una enemistad permanente con la Madre Patria, pues con sinceridad deseaba que España fuera nación hermana y no dominadora de América.

En el artículo 44 de la Constitución de Apatzingán se estableció que la soberanía del pueblo estaría representada por el Supremo Congreso Mexicano, y que además se crearían dos corporaciones: el Supremo Gobierno y el Supremo Tribunal de Justicia para la América Mexicana. Quedaba pendiente el establecimiento del poder judicial. Éste estaría integrado por cinco individuos en cuanto las imperantes circunstancias lo hicieran posible.

Para el recto comprender de Morelos, no debía haber más nobleza —entendida como estrato social— que la virtud, el saber, el patriotismo y la caridad. Pre-

gonaba la igualdad entre seres humanos, refutaba la existencia de privilegios y abolengos, lo mismo que la irracionalidad de la esclavitud porque, como habría dicho, “el color de la cara no cambia el del corazón ni el del pensamiento”.

Quería borrar el estigma de la discriminación y — como había dicho la víspera de la instalación del Congreso de Chilpancingo— “que todo el que se queje con justicia tenga un tribunal que lo escuche, lo ampare y lo defienda contra el fuerte y arbitrario”. Esa convicción cimentada en preclaras ideas, en gran medida reflejo de su formación sacerdotal que mucho influía en su sentimiento y forma de proceder, estaba dispuesto a defenderla con su sangre, como lo acreditó en reiteradas ocasiones.

Morelos obró de esa manera porque al encabezar la lucha de independencia desarrolló el ideal de una justicia nueva para los mexicanos; una justicia propia, sin injerencia de intendentes, de corregidores o de virreyes. El jefe insurgente quería un Tribunal de Justicia animado por el respeto a los ciudadanos, donde los encargados de impartir justicia lo hicieran de buena fe, con criterio sano y espíritu sereno, apoyados en el conocimiento profundo del derecho y avalados por la honestidad de su conducta.

Ese cúmulo de aspiraciones se materializó en esperanza cuando, al fin, el 7 de marzo de 1815, en la población de Ario, Michoacán —hoy Ario de Rosales—, Morelos trocó su lucha libertaria en justicia para

el pueblo. En ese boscoso lugar, al norte de La Huacana, fue establecido el primer Tribunal de Justicia, que en sí mismo era una clara materialización del anhelo independentista de nuestra nación.

El Supremo Congreso, acatando el Decreto Constitucional, de manera sencilla integró en aquel órgano jurisdiccional a los licenciados Mariano Sánchez Arreola, como Presidente, como Ministros a José María Ponce de León, Mariano Tercero y Antonio de Castro, y como Secretario a Juan Nepomuceno Marroquín<sup>46</sup>. Estos juristas, al lado del gran caudillo Morelos, dieron vida al Supremo Tribunal de Justicia de la Nación —antecesor de la actual Suprema Corte de Justicia de la Nación—, arriesgando la propia en cumplimiento de su deber. El acto revistió gran solemnidad, como el del anterior octubre en Apatzingán<sup>47</sup>.

Movidos por el imperativo de hacer realidad la Independencia de México y comprometidos con aplicar la ley a casos particulares, así lo hicieron al conocer y resolver diversos procesos jurisdiccionales. En Ario despachó asuntos de su competencia, entre otros: el fallar las causas instruidas contra altos funcionarios de gobierno. Ejercieron su facultad jurisdiccional en el corto tiempo de su desempeño, mismo que concluiría

<sup>46</sup> Supremo Tribunal de Justicia del Estado de Michoacán, *Morelos en la Memoria de Ario 1815*, Morelia 1999, p. 20.

<sup>47</sup> María Teresa Martínez Peñaloza, *Morelos y el Poder Judicial de la insurgencia mexicana*, Supremo Tribunal de Justicia de Michoacán, Tercera edición, Morelia 2000, pp. 75 y 76.

al disolverse los Poderes Nacionales de la insurgencia en Tehuacán, tras el fusilamiento de Morelos en diciembre del mismo año.

Contra la afirmación reiterada de que la Constitución de Apatzingán no tuvo vigencia por las circunstancias de guerra —yo mismo lo he dicho y escrito en otros de mis libros, ahora corrijo—, el desempeño de estos hombres, que dieron majestad a la justicia mexicana, permite afirmar que aquella Ley Suprema sí tuvo un meritorio cumplimiento que fue glorioso en razón de la inseguridad y estado de angustia en que vivía el país, y que hacía difícil su respetabilidad y aplicación. Pese a ello, como afirmara Jorge Mendoza Álvarez, presidente del Supremo Tribunal de Justicia de Michoacán, entre 1974 y 1977, “surgió la justicia nacional en Ario de Rosales, población testigo del empeño de Morelos para darnos leyes e instituciones mexicanas, y una nacionalidad libre e independiente de intromisiones extranjeras”<sup>48</sup>.

### Prisión y muerte del Generalísimo

Los poderes o corporaciones constitucionales, disfrutaron en Ario una productiva tregua en su fatigoso peregrinar. Pero Agustín de Iturbide, ávido de grandes hazañas y enemigo acérrimo de los insurgentes,

<sup>48</sup> Jorge Mendoza Álvarez, en *Morelos en la Memoria de Ario 1815*, Supremo Tribunal de Justicia del Estado de Michoacán, p.19.

ya los tenía ubicados e iba en pos de ellos. Eran los primeros días de mayo de 1815, el Congreso iba a entrar en sesión cuando recibió la noticia de la aproximación del avezado militar realista. Los diputados y los ministros corrieron a ponerse a salvo, cada quien por donde pudo. De los integrantes del poder ejecutivo, Liceaga se separó, en tanto que Morelos y Cos permanecieron hasta más tarde para sacar archivos e imprenta.

Con la repentina huída y la dispersión que sobrevino, se abrió un paréntesis en la vida institucional de la insurgencia. Poco se sabe de esos aciagos días. El Congreso y el Gobierno —del que Morelos formaba parte— se habían reunido en Huetamo a principios de junio y de ahí pasaron a Puruarán, donde en julio se incorporó el supremo Tribunal. En algún momento las corporaciones llegaron a Uruapan, de donde salieron el 29 de septiembre hacia el oriente<sup>49</sup>.

Para marchar, a través de un territorio dominado por el enemigo, el Congreso restituyó a Morelos como jefe militar, no confiaba en otro para tan complicada encomienda. Como miembro del Poder Ejecutivo, la nueva Constitución no permitía a José María tener mando de tropas; sin embargo, pudo más la necesidad que la ley, y en beneficio de la causa el Congreso autorizó aquella excepción.

<sup>49</sup> María Teresa Martínez Peñaloza, *op. cit.*, pp. 77 a 79.

Rosainz, separado del cargo, se acogió entonces al indulto realista y reveló la ruta de las instituciones constitucionales de la insurgencia, que en ese momento iban hacia Tehuacán, donde esperaban conseguir apoyo económico y militar. La suerte estaba echada, porque a Morelos y su comitiva, entre más se internaban al oriente, mayores peligros los acechaban. Para atajar su tránsito y emboscarlos, Armijo se situó en Tixtla; Manuel de la Concha se apostó en Teloloapan con 600 soldados; Domingo Claverino se situó en Zacatula, por si Morelos tomaba ese rumbo; Aguirre se ubicó en San Felipe Obraje.

Las guarniciones realistas del Valle de Toluca, de Cuautla y Cuernavaca, así como las que estaban situadas al sureste de la Ciudad de México, se encaminaron hacia el sur, hacia la zona por donde se sabía iba la caravana con los diputados y ministros custodiados por José María Morelos. Otra división mandada por el coronel Monduy, se situó en Chalco, para evitar que los perseguidos se abrieran paso entre los volcanes, los que cierran el sureste de la capital virreinal<sup>50</sup>.

Advertido de la proximidad del enemigo, en su papel de escolta y defensor del Congreso y del Tribunal insurgente, Morelos los conduce hábilmente para salvarlos —lo cual era su misión—, aunque el traslado era lento por las carretas, burros y mulas, cargadas con víveres, exceso de equipaje y pesados archivos.

<sup>50</sup> Alejandro Martínez Carbajal, *op. cit.*, p. 235.

Después de agotadoras jornadas, el día 2 de noviembre llegó a Atenango del Río. Ahí esperaba encontrar protección de los contingentes de Manuel Mier y Terán, de Antonio de Sesma y de Vicente Guerrero, pero grande fue su desconcierto cuando se dio cuenta que ninguna partida insurgente lo aguardaba. Al parecer no habían recibido las órdenes de concentrarse en aquel lugar.

Ante la hostilidad de los habitantes del poblado, los miembros del Congreso y del Tribunal cruzaron el río y el día 3 llegaron ya tarde a Texmalaca —hoy Temalac, en Guerrero—, donde José María ordenó efectuar un descanso de todo un día. Ese tiempo perdido fue aprovechado por los realistas para caerles de sorpresa. Llegaron a Texmalaca al amanecer del día 5 y Manuel de la Concha atacó la columna rebelde cuando ésta iba de salida. Al verse rodeado, con el apoyo de Nicolás Bravo y José María Lobato, ofreció tenaz y estoica resistencia en defensa de los congresistas.

Cayendo en cuenta de la inminente derrota y sabedor de que el interés de los realistas era capturarlo a él, pidió a los integrantes de los Poderes Legislativo y Ejecutivo, así como a los del Tribunal de Justicia y demás civiles, que marcharan con la mayor rapidez posible para salvarse de caer prisioneros. El combate se inició a las once de la mañana. Hubo un momento en que se encontraron Morelos y Nicolás Bravo en medio de aquella confusión. El primero le ordenó al

segundo alcanzar a sus autoridades y ponerlas a salvo. Bravo manifestó a gritos su decisión de luchar hasta el fin y morir en la pelea si era necesario. La respuesta de José María fue tajante: “¡No! ¡Vaya usted a escuchar al Congreso que si yo perezco, poco importa!”

Nicolás entendió la circunstancia y la prioridad de su superior y contra su deseo, con los ojos llorosos, se retiró dejando solo y a su suerte al jefe, quien luchaba tenazmente. Morelos, ante la imposibilidad de seguir en la refriega, tratando de escapar monta su caballo y emprende la huida por el bosque, acompañado de su asistente. Intentando engañar a los realistas durante su intensa persecución, baja de su bestia y la palmea fuerte haciéndola correr. La intentona no dio resultado y a José María le dio alcance el contingente llamado patriotas de Tepecoacuilco. Tras decirle a su asistente que rindiera las armas para salvarse, fue atrapado, ni más ni menos que por Matías Carranco, quien se había vuelto realista desde que recibió la paliza de Morelos en Chichihualco. Morelos, al reconocerlo le dijo: “Señor Carranco, parece que nos conocemos”<sup>51</sup>.

Matías lo condujo a la presencia de Manuel de la Concha, en el hoy municipio de Atenango del Río. El coronel, a manera de sádico escarmiento, lo hizo mirar el fusilamiento de 30 insurgentes prisioneros, bajo la acusación de haber intentado darle auxilio al

<sup>51</sup> Alejandro Martínez Carbajal, *op. cit.*, pp. 232 a 238.

Generalísimo durante su detención<sup>52</sup>. Después, el día 13, encadenado fue llevado a Tepecoacuilco. A su entrada, había júbilo, la gente por la que luchó vociferaba contra él y le lanzaba piedras. Morelos, ya en desgracia, apretaba entre sus manos su rosario y las lágrimas se atoraban en sus ojos mientras rezaba a la Virgen de Guadalupe en voz alta.

Ahí, en la casa de la condesa de Maturana —que aún se conserva— lo tendrían preso durante unos días. Ese mismo día escribió una carta para el mayor de sus hijos, Juan Nepomuceno. En ella le dijo:

Mi querido hijo Juan:

Tal vez en los momentos que ésta escribo, muy distante estarás de mi muerte próxima. El día 5 de este mes de los muertos he sido tomado prisionero por los gachupines y marchó para ser juzgado por el caribe de Calleja.

Morir es nada, cuando por la patria se muere, y yo he cumplido como debo con mi conciencia y como americano. Dios salve a mi patria, cuya esperanza va conmigo a la tumba.

Salvate tú y espero serás de los que contribuyan con los que quedan aún a terminar la obra que el inmortal Hidalgo comenzó. No me resta otra cosa que encargar-

<sup>52</sup> José Fabián Ruiz, *Morelos el hombre*, *op. cit.*, p. 369.

te que no olvides que soy sacrificado por tan santa causa y que vengarás a los muertos.

El mismo Carranco te entregará, pues así me lo ofrece, lo que contiene el pequeño inventario, encargándote entregues la navaja y des un abrazo a mi buen amigo don Rafael Valdovinos. Tú recibe mi bendición y perdona la infamia de Carranco.

Tu padre, José María Morelos (rúbrica)

Te encargo que la Virgen del Rosario la devuelvas a la Parroquia de Carácuaro, cuya imagen ha sido mi compañera. A Dios.

Algunos historiadores sostienen que esta carta romántica es apócrifa. Si acaso es así, la frase de “Morir es nada cuando por la patria se muere”, es auténtica, porque fue dicha por Morelos a Don Antonio Gómez, cuya visita recibió y a quien le encargo cuidar de su hijo procreado con Francisca, sobrina de aquel hombre. Ella había regresado al lado de Matías —raptada otra vez, dicen algunos—, mismo que reconoció como suyo al hijo de Morelos y lo volvió a registrar como José Vicente Carranco Ortiz<sup>53</sup>.

En México, la noticia de la anhelada captura del caudillo militar se supo el 9 de noviembre. Entonces se mandó celebrar con un Tedeum que ofició el arzobispo Pedro de Fonte. El virrey Calleja ordenó su traslado a

<sup>53</sup> *Ibid*, p. 245.

la Ciudad de México, en un carronato cubierto para evitar que sus seguidores lo identificaran y detonaran una revuelta. Recabada la orden de traslado y después de haber recorrido un largo camino, el día 21, el Siervo de la Nación fue llevado, solo de paso, a San Agustín de las Cuevas —hoy Tlalpan—, donde permaneció esa noche en el Convento de Santa Inés y al día siguiente, conducido al edificio llamado la Ciudadela de la capital de México.

Mientras tanto, el virrey Calleja dirigió una orden a la Jurisdicción Real y Eclesiástica Unida, para que instalara la causa por traición al rey y por herejía, entre otro cúmulo de delitos que le fueron imputados. Además, envió un oficio a los inquisidores a fin de que recibiesen a Morelos en la cárcel de la Inquisición —situada en la calle de la Perpetua, hoy calle Venezuela—, para su subsiguiente degradación sacerdotal.

La Inquisición, de acuerdo con la Constitución de Cádiz, había sido suprimida por decreto el 22 de febrero de 1813, fue restablecida al regresar Fernando VII al trono, mediante decreto del 21 de enero de 1814.

La instrucción del virrey fue que el proceso concluyese en el término de tres días. Por tal razón, la madrugada del 22 de noviembre, el cura insurgente fue trasladado a la cárcel del Santo Oficio de la Inquisición. La institución pidió que Morelos fuese reo exclusivo, solo depositado en ella. La petición, por supuesto, fue aprobada por Calleja, en confabulación con el arzobis-

po Pedro José Fonte, quien sería el último arzobispo español de México.

Para el proceso mixto del ilustre insurgente —que estaría plagado de vicios— se nombraron jueces a Miguel de Bataller, por la jurisdicción real; por la eclesiástica al provisor del arzobispado Félix Flores Alatorre. Ante dicho tribunal, que comenzó sus actuaciones el mismo día a las 11 de la mañana y concluyó la confesión y cargos por la tarde. Al pedirle nombrara un defensor, Morelos contestó que no conocía a nadie en México que se ocupara de ello. Le fue asignado el licenciado José María Quiles, abogado muy joven, sin experiencia aun en ese oficio, mismo que, a pesar de las pocas esperanzas de éxito en una causa ya juzgada de antemano, con determinación y buena fe trató de salvarlo.

En el salón principal del tribunal, debajo de un doncel de terciopelo carmesí, se encontraba la mesa de los inquisidores. Estos ocupaban sillas también cubiertas de terciopelo del mismo color. Ahí —donde ahora es la biblioteca de la Escuela de Medicina de la UNAM— el reo respondió un exhaustivo interrogatorio formulado por el fiscal Tirado. Morelos atravesó el recinto vestido con un camisón hasta la rodilla, sin cuello —que le hacía lucir ridículo— y descubierta la cabeza en señal de penitente. Así se le puso frente al tribunal, en un banquillo sin respaldo.

Ante los cargos que se le hicieron, en la presencia de una gran cantidad de personas conocidas de la ca-

pital, con firmeza se dijo inocente de todos los cargos que se le imputaban, desde la herejía y la rebelión hasta el asesinato, pues todos fueron en nombre de la “guerra justa” que libraba. En descargo de sus acciones, expresó: “No desconozco al rey por la sencilla razón de que no existe”.

Acusado de violar el celibato, de tener hijos y de ignorar las excomuniones en su contra, una y otra vez les reiteró con dignidad que las excomuniones solo eran válidas si las dictaba el Papa o un concilio. Y les expresó: “Es mi lucha una causa política, no de religión”, aunque sabido es cuanto la religión era inspiradora de su lucha.

Morelos fue declarado hereje y sentenciado a reclusión perpetua en África, si no era condenado a la pena de muerte por la justicia real. En vano, el Congreso envió una carta al virrey solicitando el indulto del jefe insurgente. El tribunal eclesiástico decidió llevar a cabo la confiscación de sus bienes y la degradación sacerdotal.

La tarde del 27, puesto de rodillas en la Capilla del Santo Oficio, el cura de Carácuaro y Nocupétaro fue degradado, en una ceremonia pública y humillante, por el obispo de Oaxaca. En aquel imponente acto fue despojado de la casulla y estola que le habían puesto para denigrarlo. Con el cáliz le fueron raspadas las yemas de sus dedos, al tiempo que Bergoza pronunciaba en latín, lo que en castellano se traduce así:

Apartamos de ti la facultad de ofrecer el sacrificio a Dios y de celebrar misa. Con esta raspadura te quitamos

la potestad que habías recibido en la unción de las manos. Te despojamos con razón del vestido sacerdotal. Te privamos del orden levítico, porque no cumpliste tu ministerio dentro de él. Como hijo ingrato, te echamos de la herencia del Señor.

Según la narración de Lucas Alamán, Morelos derramó lágrimas al momento de su degradación.

El 28 de ese mismo mes, fue trasladado nuevamente a la Ciudadela, en donde se le formó el tercer proceso, ahora militar. Desde los primeros días de diciembre, la ejecución de Morelos se preparó minuciosamente terminando con el ánimo del caudillo. Unos historiadores afirman lo que otros desmienten: que en su humana debilidad ofreció revelar la jerarquía en la cadena de mando de los insurgentes, formar un plan para acabar con la revuelta, presentarse al rey para solicitar su perdón, escribir a otros jefes rebeldes y conminarlos a la rendición.

De ser así, el otrora poderoso jefe alzado se derrumbó y humilló buscando el perdón. Para evitar la muerte confesó su arrepentimiento una y otra vez sin conseguir su propósito. La empecinada defensa del insurgente fue en vano, los tribunales oficiales lo sentenciaron a la pena capital: sería fusilado por la espalda y le serían cercenadas la cabeza y una mano para exhibirlas en jaulas de hierro, una en la Ciudad de México y otra en Oaxaca.

El 21 de diciembre, en la Ciudadela, Manuel de la Concha le notificó a José María su sentencia de muerte, el reo la escuchó de rodillas, posición en la que, exacta-

mente 18 años antes, había recibido el orden sacerdotal. La mañana siguiente, los guardias que ingresaron a su celda lo encontraron rezando y de rodillas, le dieron pan y café. Al sacarlo, encadenado de pies y manos lo subieron a un carruaje. Custodiado por 50 soldados lo condujeron por la calzada que lleva al Santuario de Nuestra señora de Guadalupe. Lo acompañaba el padre Miguel Salazar y un oficial de la división asignado por de la Concha.

Al detenerse frente a la Capilla del Pocito, Morelos interrumpió sus oraciones un momento, se asomó por la ventanilla y, pensando tal vez que ahí terminarían sus días, comentó: “Es este el lugar de mi muerte”.

Temiendo una acción insurgente para salvar a Morelos, Calleja ordenó su ejecución en Ecatepec, en las afueras y al norte de la ciudad virreinal. Ya en el pueblo de San Cristóbal Ecatepec —a donde llegó como a la una de la tarde—, lo ingresaron al antiguo Palacio del Consulado de la Ciudad de México. Más tarde, mientras el condenado contemplaba los áridos llanos de Texcoco, de la Concha le preguntó: “¿Sabe usted a qué hemos venido hasta aquí?”. Morelos le respondió: “Me lo imagino señor, a morir... este lugar está muy árido ¡Y yo que nací en el jardín de la Nueva España!”.

El Padre Salazar lo confesó en sacramento y le suministró la comunión. Después probó un caldo de garbanzos y, como era su costumbre, pidió y fumó un puro de hoja. Un rato más tarde, llegado el momento de su ejecución, se despidió del coronel de la Concha

con un abrazo. Empuñó con solemnidad una cruz, se puso de rodillas presentando su espalda al pelotón y pronunció una plegaria que serían sus últimas palabras: “Señor, si he obrado bien, tú lo sabes; pero si he obrado mal, me acojo a tu infinita misericordia”

Tocaron los tambores los soldados apuntaron sus fusiles, relampagueó la espada del oficial y tras el grito de “¡fuego!”, en voz de Manuel de la Concha, sonó la descarga. Cuatro balas lo atravesaron y quedó tendido en donde ahora se encuentra el monumento levantado en su honor, en el año de 1915<sup>54</sup>. En seguida, otros cuatro disparos a quemarropa lo remataron y su sangre regó el suelo por cuya emancipación entregó la vida. Con evidente consternación, los soldados que lo fusilaron miraban su cadáver. Habían terminado con la existencia de un héroe, cuya obra sería retomada y concluida por otros.

José María Morelos y Pavón fue ejecutado a las tres de la tarde, como se hizo constar en el parte militar que de la Concha envió a Calleja. Enseguida se le dio sepultura en el cementerio de la parroquia del pueblo, “sin pompa alguna... sin poner señal alguna”. Así quedó asentado en el acta parroquial de defunción que levantó y firmó el notario del juzgado del curato, don Alfonso de Quiroz, quien también señaló haber recibido algunos objetos del difunto, entre ellos: un breviario romano, un pequeño diccionario francés y español, con la firma del

<sup>54</sup> Jesús Romero Flores, *op. cit.*, p. 146.

cura Miguel Hidalgo, y un librito de oraciones con el nombre de doña Juana Pavón, su madre<sup>55</sup>.

### Homenaje póstumo

La captura de Morelos en Texmalaca, después su proceso y su muerte el 22 de diciembre de 1815 en San Cristóbal Ecatepec, marcaron la rápida declinación de la etapa más importante de la ofensiva insurgente. Al desaparecer el caudillo más destacado, el que con cierta inteligencia y prodigiosa actividad dirigía a los mexicanos hacia su independencia, se provocó un estado de penoso abatimiento que aprovechó Calleja para deshacerse de todas las personas de quienes sospechaba y para perseguir tenazmente a Los Guadalupes, quienes no cesaron sus funciones, pero aminoraron notablemente su desempeño y eficacia a partir de 1816.

Morelos —como afirma Ubaldo Vargas Martínez, uno de sus biógrafos—“no vivió para sí mismo, sino para los demás... sintió en carne propia el dolor de los que sufren”<sup>56</sup>. Murió fusilado por esa Causa en la que creyó, a los 50 años. Era entonces el caudillo más importante de la lucha por la independencia de México.

En el México independiente, el 19 de julio de 1823, el Congreso Nacional Constituyente promulgó un de-

<sup>55</sup> Litografía expuesta en el museo Casa de Morelos, en Morelia, Michoacán.

<sup>56</sup> Ubaldo Vargas Martínez, *op. cit.*, pp. 79 a 82.

creto en el que reconocía a los que habían luchado por la Independencia, como “Beneméritos de la Patria en Heroico Grado”. Se ordenaba que sus restos fueran exhumados de los diferentes lugares donde habían sido enterrados después de sus ejecuciones, para trasladarlos a la capital del país y ser sepultados con dignidad cristiana en la cripta bajo el altar de los reyes, en la Catedral Metropolitana, erigida en altar a la patria. Asimismo, se mandaba levantar un monumento en el lugar en que habían sido sacrificados.

El homenaje fue todo un acontecimiento, para narrar su desarrollo me apoyo en el relato que hiciera, en 1974, el recién fallecido historiador hidalguense Manuel Arellano Zavaleta:

El encargado de hacer cumplir este mandato fue José Joaquín de Herrera, quien procedió de inmediato a organizar las exhumaciones para reunir los restos de los caudillos en la Villa de Guadalupe el 16 de septiembre de ese año. Los cuerpos decapitados de Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez, fueron desenterrados, el primero de la capilla de la tercera orden del convento de San Francisco en Chihuahua y los demás del camposanto de esa ciudad. Sus cráneos, fueron exhumados en la Ermita de San Sebastián de la ciudad de Guanajuato. Así sucesivamente se recolectaron los restos de los demás insurgentes.

Entre ceremonias, procesiones, desfiles con redobles militares y repiques de campanas, que se realizaban por donde pasaban los despojos de los héroes, éstos llegaron a su destino en la fecha prevista. Ahí se les unió el corte-

jo más pequeño, pero no menos digno, que conducía los restos del cura de Carácuaro José María Morelos, mismos que habían sido exhumados de su sepulcro del costado izquierdo de la iglesia de San Cristóbal Ecatepec. Ahí también llegaron, para unirse a sus compañeros de lucha y a su jefe amado, los restos del cura de Izúcar y mariscal de los ejércitos, Mariano Matamoros.

Después de las honras funébres realizadas en la Basílica Guadalupeana —donde por siglos desde la época prehispánica ha gravitado la fe de los mexicanos—, se inició la procesión cívica y militar por la calzada de Guadalupe hasta la garita de Peralvillo, donde diversos regimientos, caballerías y batallones militares aguardaban en valla al cortejo para hacerle honores a su paso hasta la iglesia de Santo Domingo. Al ser depositados en ese sagrado lugar, se dispararon tres cañonazos consecutivos y se continuó disparando uno cada media hora durante los días 16 y 17. Ahí se les montó guardia permanente.

El día 17, las calles aledañas lucían sus ventanas con sábanas blancas y lazos negros, enmarcando así el gran homenaje a los héroes. Tres cañonazos lanzados frente al Palacio Nacional, marcaron el principio de la peregrinación del pueblo al salir las urnas de Santo Domingo, otra descarga igual marcó el momento en que entraban en la Catedral y quince más cuando terminó la ceremonia religiosa. En la columna, atrás de las urnas, cabalgaba Vicente Guerrero; lloraba emocionado al recordar al gran Morelos. Le acompañaba, también conmovido, Carlos María Bustamante,

mientras las campanas inundaban el ambiente con su sonoridad de gloria.

Ya en la Iglesia Catedral, las urnas fueron colocadas frente al altar mayor. Como aún no se construía el sepulcro bajo el altar de los reyes, provisionalmente fueron depositadas en la capilla de San Felipe de Jesús de la propia Catedral. Ahí donde se habló de excomuniones y se insultó en la forma más desvergonzada a los forjadores de la libertad del pueblo, ahora se les ensalzaba y bendecía<sup>57</sup>. De hecho, por entonces la Iglesia católica opuso resistencia al homenaje, bajo el falaz argumento de que, tanto Morelos como Hidalgo habían sido excomulgados y considerados herejes.

Como bien ha dicho el historiador Salvador Rueda, el recién establecido gobierno republicano tenía que hacer a un lado la idea de que aquellos personajes habían sido perturbadores del orden público, herejes, seductores del pueblo o insignes facinerosos como había afirmado la desaparecida inquisición y, finalmente, ese año de 1823 se inauguró la Rotonda de los Hombres Ilustres y se les dio merecido reposo a los héroes de la Independencia en la Catedral de la Ciudad de México<sup>58</sup>.



<sup>57</sup> Manuel Arellano, *Ventana al tiempo*, Editorial Libros de México, México 1974, pp. 41 a 44.

<sup>58</sup> Instituto Nacional de Antropología e Historia, *Estudios a los restos de héroes independentistas*, 27 de febrero de 2013.



## COROLARIO





**P**or mucho más de lo que aquí he podido describir, basado en lo que otros han estudiado e investigado, respetando sus particulares valoraciones y expresando las propias acerca del personaje inspirador de este libro, con sobrada razón puede decirse que Morelos fue, como afirmamos muchos, el hombre más extraordinario que produjo la Revolución de Independencia, sin que ello desdore el blasón de muchos personajes, mujeres y hombres, que con su denodado y valiente esfuerzo engrandecieron a la nación mexicana y aportaron con amorosa entrega a su libertad e independencia.

De haber sido un niño con vida amarga, colmada de carencias y sobresaltos, en el campo terracalienteño templó su carácter e inició la intelectualidad de su futura existencia como nicolaíta, sacerdote, insurgente y legislador. Pasó a ser un mexicano espontáneo, ingenioso y de buen humor, aun en los momentos difíciles

como en el frustrado asalto del Fuerte de San Diego o durante el sitio de Cuautla. Destacó tanto por su laboriosidad incansable y productiva en todas las facetas de su vida, como por sus profundas convicciones y seguridad que imponían respeto e inspiraban confianza a sus feligreses en la Iglesia y a sus subalternos en la guerra.

No obstante, haber mudado ideológicamente al pensamiento moderno, en el que la libertad, la igualdad y la soberanía popular eran puntos cardinales, no abandonó ni por un momento su misión como sacerdote. Las bases de su formación y la experiencia que tuvo como pastor de almas lo acompañaron toda su vida. Sus debilidades como hombre de su época no opacan sus evidentes merecimientos como sacerdote piadoso y compasivo que fue, solidario y generoso con los desvalidos, cualidades que lo hicieron grande de corazón, aun cuando en la euforia de la guerra tuvo arrebatos de injusticia y exesos de venganza.

Como jefe militar se rodeó de colaboradores que lo admiraban y estuvieron dispuestos a desempeñar la misión que les encomendaba. Sin desplantes despóticos ni alardes de autoridad —comunes entre mandos militares— supo conservar la unidad de cuerpo y la disciplina, ganando para sí el respeto, admiración y lealtad de sus soldados. Con sentido de prudencia, y de manera contrastante con Hidalgo, solía consultar a sus pares para tomar decisiones, cosa poco común en quien tiene mando militar. Lo mismo hacía con Los

Guadalupes, organización que comenzaría a extinguirse después del fusilamiento del caudillo.

Su determinación de desprender en definitiva a México del yugo de España, destaca su patriotismo, mismo que lo hizo confrontar al presidente de la Junta de Zitácuaro, en quien existía todavía voluntad de lealtad a la Corona. Sus flaquezas humanas tampoco mermaron su capacidad de estrategia y su arrojo castrense que lo destacaron entre los mejores.

Es irrefutable que su pasión por la lucha estaba animada, ante todo, por su religiosidad, por la que llegaría a decir que la insurgencia se reducía “a defender y proteger en todos sus derechos nuestra santa religión... y extender el culto de Nuestra Señora la Virgen María”<sup>1</sup>. Para Morelos, la vida como deber, como sacrificio, como tragedia, no se hacía perfecta sino en la Religión Católica, la que consideró única e insustituible en su idea de una patria nueva, sin desigualdades ni injusticias.

También lo movían sus convicciones sociales, las que se reflejarían en las palabras escritas a Ignacio López Rayón cuando le dijo: “no me dejaré ultrajar de nadie, pero no seré injusto invasor de mis conciudadanos”<sup>2</sup>.

Su calidad de hombre de Estado es a todas luces prominente y sublime. Con la misma manera que asimiló el oficio militar y mostró sus innatas cualidades

<sup>1</sup> Carta al Excmo e Illmo Sr Obispo de Puebla, diciembre de 1811.

<sup>2</sup> Carta al Sr. Capitán General Lic. D. Ignacio Rayón, Acapulco, 3 de agosto de 1813.

de estrategia, es admirable como, siendo casi autodidacta, su genial capacidad le permitió adentrarse en el pensamiento social y político de su época, y entender la oportunidad de transformación nacional.

La causa independentista le impelía a encontrar formas de organización y Morelos asumió la responsabilidad de buscarlas. Y lo hizo, diseñó con gran talento, los poderes Legislativo, Ejecutivo y Judicial que inauguró en el proceso de nación independiente en el que estaba participando. Lo hizo —con gran humildad y sencillez—, entre penurias, inseguridades y angustias, que jamás mermaron su determinación y perseverancia.

Su vocación y solvencia moral de apóstolado, se acredita desde que concibe y plasma en documentos la visión de país que quiso heredar a las futuras generaciones, siempre acatando las órdenes recibidas del primer comandante en jefe de la guerra de emancipación, aunque ejecutadas con su peculiar estilo y modo, siempre determinados; y fincado en la nobleza o en el coraje que demandaba cada circunstancia. Cualidades desvanecidas en él, en el tramo de su tercera campaña, significada por sus derrotas y pérdida de poder.

Su obra por la justicia fue consecuencia de haber sido un hombre justo, con visión de estadista y talento organizador de instituciones, no cimentó la administración de justicia porque haya sido de ideas liberales y pretendiera imponerlas para encumbrar a un grupo en el poder; y menos porque haya sido masón, condición que es absolutamente improbable que haya tenido,

tanto que ni masones ni anti liberales recalcitrantes podrían demostrar.

El Siervo de la Nación se ratifica como hombre de Estado cuando, voluntariamente, se somete a la autoridad del Congreso que él constituyó. Ese órgano de gobierno promulgó la Constitución de Apatzingán. Pudo hacerlo, gracias al temple moral de José María, porque así como éste supo ser fuerte cuando se sentía débil, y valiente cuando tuvo miedo, así también tuvo la humildad de pasar de Generalísimo a un simple soldado del Ejército Insurgente, para convertirse en escudo y defensa de las recién instauradas autoridades insurgentes por él impulsadas.

Bien dice el historiador Carlos Herrejón —destacado biógrafo de Morelos—, que la convicción del cura de Carácuaro por la independencia era tan profunda, que se inscribía más allá de su preparación formal y de su oficio eclesiástico, por lo que en su proceso inquisitorio, dijo en forma preclara: “Siempre conté con la justicia de la causa en que había entrado, aunque no hubiera sido sacerdote”<sup>3</sup>.

Por todo ello, Morelos es hombre ejemplar, que sobresale por su integridad, visión, desinterés y sacrificio. Es nombre que evoca una patria libre y es símbolo de los mexicanos que gozamos de esa libertad de la que, con generosidad, fue gran constructor, y por la que fue al cadalso en la convicción de que “Morir es nada cuando por la patria se muere”.

<sup>3</sup> Carlos Herrejón Peredo, *op. cit.*, p. 52.



# BIBLIOGRAFÍA





- ALAMÁN, LUCAS, *Historia de México, desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año 1808 hasta la época presente*, Editorial Jus, México 1942, 5 tomos.
- ARELLANO, MANUEL, *Ventana al tiempo*, Editorial Libros de México, México 1974.
- BENÍTEZ, FERNANDO, *La Ruta de la Libertad*, Ediciones ERA, Alacena, primera edición 1960, p. 13.
- BENITEZ, JOSÉ R., *Morelos, su casa, y su casta en Valladolid*, Centro de Estudios sobre la Cultura Nicolaita, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia 1993, pp. VI y 111.
- BUSTAMANTE, CARLOS MARÍA, *Cuadro histórico de la Revolución Mexicana, comenzada en 15 de septiembre de 1810 por el ciudadano Miguel Hidalgo y Costilla, cura del pueblo de Dolores, en el obispado de Michoacán*, Talleres Linotipográficos Soria, México 1926, 5 tomos.

- CÁRDENAS DE LA PEÑA, ENRIQUE, *Morelos*, Editorial Renacimiento, México 1964.
- COLEGIO DE MICHOACÁN, *Repaso de la Independencia, Memoria del Congreso sobre la Insurgencia Mexicana, octubre 22 y 23 de 1984*, compilación y presentación de Carlos Herrejón Peredo, Coedición de El Colegio de Michoacán y el Gobierno del Estado de Michoacán, Zamora, Michoacán 1985.
- COMITÉ DE ASUNTOS EDITORIALES, CÁMARA DE DIPUTADOS, *México y el Vaticano, breve reseña histórica*, Asuntos Editoriales LVII Legislatura, Talleres Gráficos de la Cámara de Diputados.
- DE LA MAZA, FRANCISCO, *La Ruta del Padre de la Patria*, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, México 1960.
- DE LA TORRE VILLAR, ERNESTO, *Temas de la Insurgencia*, Universidad Nacional Autónoma de México, México 2000.
- ESPINO, MANUEL, *Evolución de la laicidad y la libertad religiosa en México*, Editorial Grañén Porrúa, México 2017.
- ESTRADA MICHEL, RAFAEL, *José María Morelos, Grandes Protagonistas de la Historia Mexicana*, Editorial Planeta DeA-gostini, México 2002.
- FLORESCANO, ENRIQUE y GUZMÁN MOISÉS, *Símbolos Patrios, la Bandera y el Escudo Nacional*, Gobierno de la República, Secretaría de Gobernación, Chapa ediciones, México 2010.
- GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, LUIS, *Viaje por la Historia de México*, Secretaría de Educación Pública, Gobierno Federal, quinta edición, México 2009.

- HERREJÓN PEREDO, CARLOS, *La Ruta de Hidalgo*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, México 2012.
- HERREJÓN, CARLOS, *Morelos, Revelaciones y enigmas*, El Colegio de Michoacán y Penguin Random House Grupo Editorial, México 2019.
- HERRERA PEÑA, JOSÉ, *Morelos ante sus jueces*, Editorial Porrúa, S.A., México 1985.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO, INHERM, *Historia de los Ejércitos Mexicanos*, México 2015.
- LEYVA, MAURICIO, *Juan Álvarez, entre el zorro y la pantera*, Ediciones Diario de Guerrero, Chilpancingo, 2010.
- LEYVA, MAURICIO, *La Masonería en el siglo XIX en México*, Instituto Belisario Domínguez, Senado de la República, México 2012.
- LUNA, FRANCISCO JAVIER, *Miguel Hidalgo y Costilla, biografía*, Mexicanos Ilustres, Editores Mexicanos Unidos, México 2013, pp. 10 y 11.
- GUZMÁN, MARTÍN LUIS, *Morelos y la Iglesia Católica*, Empresas Editoriales, México 1948.
- MARTÍNEZ CARBAJAL, ALEJANDRO, *La Guerra de Independencia en Guerrero*, H. Congreso del Estado de Guerrero, LIX Legislatura, Instituto de Estudios Parlamentarios “Eduardo Neri”, Editora Laguna, Torreón, Coah., primera edición 2010.
- MARTÍNEZ PEÑALOZA, MARÍA TERESA, *Morelos y el Poder Judicial de la insurgencia mexicana*, Supremo Tribunal de Jus-

- ticia de Michoacán, Tercera edición, Morelia 2000, pp. 75 y 76.
- MIQUEL I VERGÉS, JOSÉ MARÍA, *Diccionario de Insurgentes*, Editorial Porrúa, México 1969.
- REYNOSO, IRVING, *Calleja y Morelos, Las memorias de un insurgente desconocido*, Ediciones B, México 2011.
- RUIZ, JOSÉ FABIÁN, *Morelos, intelectual & filósofo revolucionario*, prefacio de Jorge Manzo Méndez, Ediciones Michoacanas, Morelia 2017.
- , *Morelos el hombre*, Ediciones Casa Natal de Morelos y Frente de Afirmación Hispanista A.C., Morelia, Michoacán 2008.
- SÁNCHEZ DÍAZ, GERARDO y PÉREZ ESCUTIA, RAMÓN ALONSO, *Carácuaro de Morelos, Historia de un Pueblo de la Tierra Caliente*, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo e Instituto de Investigaciones Históricas, Morelia 1994.
- SUPREMO TRIBUNAL DE JUSTICIA DEL ESTADO DE MICHOACÁN, *Morelos en la Memoria de Ario 1815*, Morelia 1999.
- TEJA ZABRE, ALFONSO, *Morelos*, Espasa Calpe, Colección Austral, cuarta edición, México 1978.
- VARGAS MARTÍNEZ, UBALDO, *Morelos siervo de la nación*, Editorial Porrúa, S.A., México 1992.
- VILLELA FLORES, SAMUEL, coordinador académico y compilador, *Los Sentimientos de la Nación, interpretaciones recientes*, Editorial Impresora Apolo, México 2014.



# ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS .....	5
PLEGARIA .....	7
PRÓLOGO.....	9
<i>Pedro Salmerón Sanginés</i>	
INTRODUCCIÓN .....	17
Controversia innecesaria .....	18
La fe, un aliciente de la lucha .....	22
Guadalupe en la esencia de México.....	26
Insurgentes guadalupanos.....	28
José María Morelos, el caudillo más extraordinario.....	36
CAPÍTULO PRIMERO	
PROLEGÓMENOS DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA .....	45

El acontecimiento guadalupano.....	47
Conciencia de pueblo .....	49
Surge la nación mexicana .....	51
Influencia ideológica del Siglo de las Luces .....	54
Comienza la idea de emancipación .....	57

#### CAPÍTULO SEGUNDO

LA FORMACIÓN DE UN CRIOLLO COMPROMETIDO... ..	61
Una infancia azarosa .....	63
Joven talentoso, productivo y enamorado .....	68
Estudiante de San Nicolás .....	71
Seminario y consagración religiosa .....	75
Su vida sacerdotal .....	84

#### CAPÍTULO TERCERO

GUERRA DE INDEPENDENCIA.....	93
Crisis de España, preludeo de una guerra justa .....	95
Paternidad del cura de Carácuaro .....	100
Organización secreta Los Guadalupes .....	104
La conspiración y “El Grito” .....	109
La primera tropa y el estandarte insurgente .....	116
Semblanza del comandante en jefe .....	121
Inicia la ruta bélica del padre Hidalgo.....	133
La matanza de Guanajuato.....	141
Edicto de excomuni3n .....	146
Consternaci3n en Carácuaro .....	151
La toma de Valladolid .....	155
Morelos, jefe del Ejército del Sur.....	157

Ruptura de Hidalgo con sus oficiales .....	161
Fractura insurgente tras la Batalla del Monte de las Cruces .....	164
Hacia la debacle de la insurgencia .....	172
Reclutamiento y primera campaña de Morelos .....	180
Batalla del Puente de Calderón y deposición de Hidalgo .....	194
Huida y captura del mando rebelde .....	197
Avance exitoso del ejército de Morelos .....	205
Reencuentro con Francisca Ortiz .....	212
La toma de Tixtla .....	215
Ejecución de los jefes insurgentes pioneros .....	223

#### CAPÍTULO CUARTO

#### SEGUNDA ETAPA DE LA GUERRA

DE INDEPENDENCIA .....	237
Los pares de Morelos .....	239
Intento de atentado en Chilapa .....	245
Creación de la Junta de Zitácuaro .....	248
Inicia la segunda campaña de Morelos .....	255
Caída de Zitácuaro y sitio de Cuautla .....	266
Empecinamiento en el sitio de Acapulco .....	288
Ejecución infame de Leonardo Bravo .....	292
Expedición hacia Oaxaca .....	299
Caída de Acapulco .....	309

#### CAPÍTULO QUINTO

#### BASES DEL ESTADO MEXICANO

Y OCASO DEL MEJOR JEFE INSURGENTE .....	317
---	-----

Instalación del Congreso de Chilpancingo.....	319
Sentimientos de la Nación.....	328
Generalísimo y Siervo de la Nación.....	332
Comienza la catástrofe de Morelos y sus pares.....	336
Destitución del Generalísimo y muerte de Matamoros.....	342
Congreso Itinerante.....	345
Constitución de Apatzingán.....	353
Instalación del Supremo Tribunal de Justicia.....	358
Prisión y muerte del Generalísimo.....	361
Homenaje póstumo.....	374
COROLARIO.....	379
BIBLIOGRAFÍA.....	387



**Cuando  
por la patria  
se muere**

se terminó de imprimir en la Ciudad de México durante el mes de noviembre del año 2020.

La edición impresa sobre papel de fabricación ecológica con *bulk* a 80 gramos estuvo al cuidado de la oficina litotipográfica de la casa editora.



Cuando el patriotismo alienta a las personas, éstas son capaces de realizar las más grandes proezas en beneficio de su nación. Con esa inspiración se puede trascender la adversidad para realizar los más sublimes anhelos de bien común. José María Morelos, como muchos de su tiempo, quiso que México fuera independiente, sin desigualdades ni injusticias. Con ese legítimo fin se hizo guerrero por la causa de la libertad.

Morelos llegó a ser el más extraordinario de los insurgentes. Primero se superó a sí mismo y se hizo sacerdote con profunda sensibilidad social. Después, convirtió su ministerio religioso en el cimiento de su obra para la salvación de su pueblo. Aceptó formar el Ejército del Sur y se hizo militar. Por su liderazgo y talento también fue legislador. Como estadista, construyó los primigenios poderes del Estado Mexicano: Legislativo, Ejecutivo y Judicial. En su gloria política, recibió el título de “Alteza” y con humildad prefirió el de “Siervo de la Nación”.

Con su palabra escrita, Manuel Espino acredita que el “cura de indios” aportó, más que nadie, al superior propósito de la Independencia Nacional. Destaca cómo el testimonio del caudillo es lección de vida para el presente; y hace comprensible por qué, ya en el camino de su ejecución, Morelos estuvo dispuesto a morir para heredarnos un país con autodeterminación frente al mundo.



## Otros libros del autor:

- *Señal de Alerta*
- *Volver a Empezar*
- *Estrategia para la Paz Justa*
- *La Guerra Injusta de Ciudad Juárez*
- *Así Queremos México*
- *El Poder del Águila*
- *Mexicanos al Grito de Paz*
- *Evolución de la Laicidad y la Libertad Religiosa en México*
- *Yihadismo, una amenaza mundial que podría estar operando en México*
- *Mi lado correcto en la política*

# Manuel Espino



Político, escritor y empresario católico, originario de Durango; estudioso de la Hispanidad y de la Historia de México. Licenciado en Administración de Empresas con Maestría en Seguridad e Inteligencia Estratégica.

Fundador y presidente nacional del movimiento social Ruta 5, la Estrategia Ciudadana. Fue presidente nacional del Partido Acción Nacional, de la Organización Demócrata Cristiana de América, y Vicepresidente mundial de la Internacional Demócrata de Centro.

Desempeñó cargos públicos en los tres órdenes de gobierno; fue diputado federal en tres ocasiones y actualmente se desempeña como Comisionado del Servicio de Protección Federal.

Autor de diez libros y diversos ensayos relacionados con la seguridad nacional y la seguridad pública.



**RUTACINCO**  
la estrategia ciudadana